

LA MUERTE DEL PADRE

Karl Ove Knausgård está luchando con su tercera novela casi diez años después de que su padre se emborrachara hasta morir. Quiere que sea una obra maestra, pero le atormentan las dudas sobre su talento como escritor y se pasa los días imaginando epitafios nada halagadores para sí mismo. La mente de Karl Ove deambula entre sus frustraciones actuales y su relación con su familia y el pasado –su infancia, las inseguridades de la adolescencia, el descubrimiento del sexo, del alcohol, esa «bebida mágica», su pasión por el rock– cuando su padre tenía la misma edad que él ahora. Era un niño serio y a menudo angustiado, con un hermano más feliz y menos complicado que él, una madre apacible y cariñosa pero casi invisible, y un padre distante e imprevisible. Un padre cuya muerte prematura suscitó en él emociones contradictorias, alivio, y también un profundo dolor, sentimientos que el protagonista aún no ha conseguido aceptar. La muerte del padre es la primera novela de las seis que conforman *Mi lucha* y que pueden ser leídas de forma independiente o como partes de un proyecto muy ambicioso. Karl Ove Knausgård se embarca en una exploración proustiana de su pasado y desmenuza la historia de su propia vida hasta obtener las «partículas elementales». El resultado es una historia universal de los combates –grandes y pequeños– que todos debemos librar en nuestras vidas, una novela tan profunda como absorbente que nos atrapa desde la primera página, escrita como si la propia vida de su autor estuviera en juego.

Autor: Karl Ove Knausgaard

©2012, EDITORIAL ANAGRAMA, S.A

ISBN: 9788433933935

Karl Ove Knausgård

La muerte del padre

Mi lucha: Tomo I



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Karl Ove Knausgaard

La muerte del padre

Primera parte

CUANDO mi padre tenía la edad que yo tengo ahora, rompió con su antigua vida y empezó una nueva. Yo tenía entonces dieciséis años, y estaba haciendo el primer curso del bachillerato superior en el instituto de Kristiansand. Al principio del curso mis padres seguían casados, y aunque tenían problemas, no había nada en su conducta que me hiciera pensar que fueran a separarse. En esa época vivíamos en Tveit, a veinte kilómetros de la ciudad de Kristiansand, en una vieja casa a las afueras de la población del valle. Estaba en un alto, de espaldas al bosque y con vistas al río. Aparte de la vivienda, tenía un gran granero y una casa anexa. Cuando nos mudamos allí en el verano que cumplí trece años, mis padres compraron gallinas, y creo que tardaron medio año en desaparecer. En un trozo de tierra al lado del césped, mi padre cultivaba patatas, y más abajo estaba el sitio del compostaje. Una de las muchas profesiones con las que mi padre soñaba era la de jardinero, y de hecho tenía cierto talento para ello. El jardín que rodeaba la casa de la urbanización en la que habíamos vivido hasta entonces era suntuoso y no sin detalles exóticos, como aquel melocotonero que mi padre plantó en la pared que daba al sol, del que estaba tan orgulloso y que daba frutos, de modo que la mudanza al campo estuvo llena de optimismo y futuro, a lo que poco a poco empezó a añadirse algo de ironía, porque una de las pocas cosas concretas que recuerdo de la vida de mi padre de aquellos años es un comentario que hizo una noche de verano mientras mi madre, él y yo estábamos sentados alrededor de la mesa del jardín asando carne en la barbacoa:

—¡Qué bien estamos ahora, ¿verdad?!

La ironía era sencilla, incluso yo la capté, pero también lo complicaba todo, porque no entendía a qué venía. Para mí la noche era realmente maravillosa. Lo que esa ironía entrañaba pasó como una corriente subterránea durante el resto de aquel verano; nos bañábamos en el río desde temprano por la mañana, jugábamos al fútbol en descampados a la sombra, íbamos en bicicleta hasta el camping de Hamresanden, donde nos bañábamos y mirábamos a las chicas, y en el mes de julio participamos en el campeonato de fútbol infantil y juvenil Norway Cup, donde me emborraché por primera vez. Alguien conocía a alguien que tenía un piso, alguien conocía a alguien que nos podía comprar cerveza, de modo que allí me encontré una tarde de verano bebiendo en un cuarto de estar desconocido. Aquello fue como un estallido de alegría, nada era ya peligroso o digno de preocupación, no hacía sino reírme,

reírme sin cesar en medio de todo lo desconocido, los muebles desconocidos, las chicas desconocidas, el jardín desconocido, pensé que así era como quería estar. Exactamente así. Reírnos sin parar y sucumbir a todos los caprichos que se nos ocurrieran. Hay dos fotos más de esa noche, en una estoy tumbado entre un montón de cuerpos en el suelo en medio de la habitación, en una mano tengo una calavera, mientras mi propia cabeza queda como separada de mis manos y pies, sobresaliendo por el otro lado, contraída en una especie de mueca de felicidad. En la otra foto estoy yo solo, tumbado en una cama con una botella de cerveza en una mano y en la otra una calavera con la que me tapo la ingle, llevo gafas de sol y tengo la boca abierta de par en par de tanto reírme. Fue el verano de 1984, yo tenía quince años y acababa de hacer un descubrimiento: beber era fantástico.

Las semanas siguientes continuó nuestra vida de niños, nos quedábamos adormilados en las rocas debajo de la cascada, a veces nos tirábamos a la charca, cogíamos el autobús para ir al centro los sábados por la mañana, comprábamos chucherías e íbamos a las tiendas de discos, y siempre estaba subyacente la ilusión de empezar pronto el bachillerato superior. Ése no fue el único cambio en la familia: mi madre había pedido excedencia en su trabajo en la escuela de enfermería para estudiar un año en la Universidad de Bergen, donde vivía mi hermano Yngve. La idea era que mi padre y yo siguiéramos viviendo solos en la casa, y así lo hicimos los primeros meses, hasta que él propuso, seguramente para librarse de mí, que me fuera a vivir a la casa que tenían mis abuelos en la calle Elvegaten en la ciudad, donde mi abuelo paterno había tenido su oficina de auditor de cuentas durante muchos años. Todos mis amigos vivían en Tveit, y tenía la sensación de no conocer a los nuevos compañeros del instituto lo suficiente como para quedarme con ellos después de clase, de manera que cuando no hacía deporte, que en aquella época practicaba cinco días a la semana, me quedaba en el salón viendo la televisión, haciendo deberes arriba en la buhardilla o escuchando música en la cama. De vez en cuando iba a Sannes, a nuestra casa, a recoger ropa, casetes o libros, algunas veces pasaba allí la noche, pero prefería la habitación de la casa de mis abuelos. Algo frío se había posado sobre nuestra casa, seguramente porque allí ya no se desarrollaba ninguna actividad, mi padre comía casi siempre fuera y hacía las mínimas cosas prácticas en casa. Eso dejó huella en el aura de nuestro hogar, el cual, al acercarse las navidades, ya tenía un aire de

abandono. En el sofá que había delante del televisor del cuarto de estar de la planta de arriba había excrementos resecos de gato, en la encimera de la cocina cacharros sucios, todas las estufas eléctricas estaban apagadas, excepto un radiador que mi padre se llevaba de una habitación a otra. Él, por su parte, estaba herido en el alma. Una noche que fui allí, sería a principios de diciembre, después de dejar la bolsa en mi habitación helada, me lo encontré por el pasillo. Venía del granero, cuyos bajos se habían convertido en un apartamento. Estaba despeinado y tenía la mirada oscura.

—¿No podemos hacer fuego? —pregunté—. Hace muchísimo frío.

—¿Haceg fuego? Ni en broma vamos a haceg fuego.

Yo no sabía pronunciar la «r», nunca había sabido pronunciar la «r». Fue uno de los traumas de mi infancia tardía. Mi padre solía imitarme, unas veces cuando quería hacerme ver que pronunciaba mal, en un intento inútil de ponerme firme y hacerme pronunciar la «r» como se debía pronunciar, o cuando algo en mí le repugnaba, como en ese momento.

Me limité a darle la espalda y volví a subir la escalera. No le regalaría el placer de ver lágrimas en mis ojos. La vergüenza que sentí por estar a punto de llorar, con quince, casi dieciséis años, era más fuerte que la humillación que sentía porque me hubiera imitado. No solía llorar, pero mi padre me tenía agarrado de una manera que no lograba librarme. Por otra parte sí pude manifestarme a mi manera. Subí a mi habitación, metí en mi bolsa unas cintas de casete nuevas, la bajé al cuarto que había junto a la entrada, donde estaban los armarios de la ropa, metí unos jerséis, fui a la entrada, me puse el chaquetón, me eché la bolsa al hombro y salí. Había nieve dura, las farolas del garaje se reflejaban en la nieve resplandeciente, que justo debajo de la luz parecía completamente amarilla. El prado que bajaba hacia la carretera también estaba iluminado, porque había estrellas en el cielo y la luna colgaba casi llena sobre el río al otro lado. Eché a andar. Mis pasos crujían en las rodadas de los coches. Me paré abajo, donde estaban los buzones. Tal vez debería haberle dicho que me iba. Pero si lo hubiera hecho, lo de irse no tendría ningún sentido. El propósito era claro: que reflexionara en lo que había hecho.

¿Qué hora sería?

Me quité la manopla de la mano izquierda, me subí un poco la manga del chaquetón y miré. Las ocho menos veinte. En media hora pasaría un

autobús. Tendría tiempo de sobra para volver a subir.

Pero no, ni de coña.

Me eché la bolsa al hombro y seguí bajando. Al mirar por última vez hacia la casa descubrí humo saliendo de la chimenea. Él creería que yo seguía en mi habitación. Así que se había arrepentido y había encendido la estufa.

El hielo en el río crujía. Era como si el sonido se desplazara a toda prisa, para luego subir por las suaves laderas.

Entonces se oyó un estallido.

Me estremecí. Ese ruido siempre me llenaba de alegría. Levanté la cabeza y miré el cielo estrellado. La luna que colgaba sobre la colina. Los faros de los coches al otro lado del río, que abrían grandes rendijas de luz en la oscuridad. Los árboles, negros y callados, pero no esquivos, se erguían a lo largo de la orilla del río. Los dos medidores de madera del nivel del agua en la superficie blanca, siempre cubierta por el río en otoño, pero que en ese momento, cuando había poca agua, estaba desnuda y resplandeciente.

Él había encendido la chimenea. Era una manera de decir que se arrepentía. Por tanto marcharse de casa sin decirle nada ya no tenía ningún sentido.

Di la vuelta y regresé. Abrí la puerta y me puse a desatarme las botas. Sus pasos se oían por el salón; me enderecé. Abrió la puerta y se me quedó mirando, con la mano en el pomo.

—¿Ya te vas? —preguntó.

Era imposible explicarle que ya me había ido y había vuelto. Me limité a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Pues sí, creo que ya es hora —contesté—. Mañana empiezo muy temprano.

—Vale —dijo él—. Creo que me pasaré por ahí por la tarde. Para que lo sepas.

—Vale —dije.

Me miró durante unos instantes. Acto seguido cerró la puerta y volvió al salón.

Yo la abrí de nuevo.

—¿Papá? —dije.

Se volvió y me miró sin decir nada.

—Hay reunión de padres mañana. A las seis.

—¿Ah, sí? —dijo—. Tendré que ir, claro.

Se volvió de nuevo y entró en el salón. Yo cerré la puerta, me até las botas, me eché la mochila al hombro y empecé a andar hacia la parada del autobús, donde me detuve diez minutos más tarde. Debajo de mí estaba la cascada, congelada en grandes arcos y venas de hielo, suavemente iluminada por la luz de la fábrica de parque. Por detrás de ella y detrás de mí subían los páramos, que rodeaban las dispersas pero iluminadas casas del valle del río de oscuridad y falta de humanidad. Las estrellas sobre el paisaje parecían encontrarse en el fondo de un mar congelado.

Llegó el autobús con sus faros rastreadores, enseñé la tarjeta al conductor, y me senté en el penúltimo asiento a la izquierda, como hacía siempre que estaba libre. No había mucho tráfico, y pasamos a toda prisa por Solsletta, Ryensletta, la playa de Hamresanden, nos adentramos en el bosque en dirección a Timenes, salimos a la carretera principal, pasamos por Varoddbroa, luego por el instituto de Gimle, y finalmente entramos en la ciudad.

La casa se encontraba muy cerca de la orilla del río. Entrando a la izquierda estaba el despacho del abuelo, y a la derecha la vivienda. Dos salas, una cocina y un pequeño baño. También la planta de arriba estaba dividida en dos, a un lado un enorme desván y al otro una habitación, en donde hacía la vida. Allí tenía una cama, un escritorio, un pequeño sofá, una mesa baja, un radiocasete, un soporte para casetes, un montón de libros de texto, algunas revistas y periódicos de música, y en el armario un montón de ropa.

La casa era vieja y había pertenecido a la abuela paterna de mi padre, es decir, mi bisabuela, que murió allí. Por lo que tenía entendido, durante su infancia mi padre había mantenido un relación muy estrecha con ella y había pasado mucho tiempo allí. Para mí la bisabuela era una especie de figura mitológica, fuerte y firme, testaruda, madre de tres hijos varones, uno de los cuales era mi abuelo. En las fotos que había visto de ella, siempre llevaba vestidos negros y cerrados. Hacia finales de esa vida que empezó en la década de 1870 y se extendió durante casi un siglo entero, se volvió senil, o empezó a «chochar», como se decía en la familia. No sabía nada más de ella.

Me quité las botas y subí la escalera, empinada como una escala, y entré en la habitación. Hacía frío y encendí la estufa de aire caliente. También encendí el casete. *Echo & the Bunnymen, Heaven Up Here*. Me tumbé en la

cama y me puse a leer. El libro era *Drácula*, de Bram Stoker. Lo había leído el año anterior, pero en ese momento me resultaba igual de intenso y fantástico. La ciudad, con su murmullo de coches y edificios, desapareció de mi conciencia para volver de vez en cuando, como si también yo estuviera en movimiento. Pero no era así, estaba tumbado en la cama, sin moverme, y me quedé leyendo hasta las once y media de la noche. Entonces me cepillé los dientes, me desnudé y me acosté.

Lo de despertarme allí por la mañana completamente solo me producía una sensación muy especial, era como si el vacío no sólo estuviera a mi alrededor, sino también dentro de mí. Hasta que empecé en el instituto siempre me había despertado en una casa en la que mis padres ya estaban levantados y preparándose para ir a trabajar, con todo lo que ello conllevaba de fumar cigarrillos, beber café, escuchar la radio, desayunar, y motores de coche calentándose fuera en la oscuridad. Aquello era otra cosa, y a mí me encantaba. Andar el escaso kilómetro que había hasta el instituto a través del barrio antiguo también me encantaba, y siempre me llenaba de pensamientos que me gustaban, como por ejemplo que yo era alguien. La mayoría de los estudiantes del instituto eran de la ciudad y alrededores, sólo algunos otros y yo procedíamos del campo, lo que era una gran desventaja. Significaba que los otros se conocían de antes, y se reunían en pandillas fuera de las horas de clase. Esas pandillas también estaban activas en el horario escolar, y no resultaba muy fácil unirse a ellas. De modo que en cada recreo surgía el mismo problema: ¿dónde debía estar yo? ¿Dónde debía colocarme? Podía ir a la biblioteca a leer, o quedarme en el aula haciendo como si estuviera repasando los deberes, pero eso significaba señalar que era uno de los marginados y a la larga no funcionaba, de modo que en el mes de octubre de ese año empecé a fumar. No porque me gustara, tampoco porque resultara bien, sino porque me proporcionaba un sitio donde estar: durante los recreos podía salir a la puerta junto con los demás fumadores sin que nadie lo cuestionara. Al acabar el instituto por la tarde, cuando volvía a mi habitación, el problema dejaba de existir. En primer lugar porque solía ir a Tveit a entrenar, o a ver a Jan Vidar, mi mejor amigo de la época anterior, y en segundo lugar porque nadie me veía, ni podía saber que estaba toda la tarde solo en la casa, cuando así ocurría.

También las clases eran diferentes. Compartía aula con otros tres chicos y veintiséis chicas, y en la clase tenía un papel que desempeñar, un lugar donde poder hablar, responder a preguntas, discutir, resolver tareas, ser alguien. Me habían metido allí con los demás, a todos les pasaba lo mismo, no me había impuesto a nadie y nadie podía decir nada porque estuviera allí. Me sentaba atrás en un rincón, al lado tenía a Bassen, delante a Molle, más allá, en la misma fila, se sentaba Pål, y el resto del aula estaba lleno de chicas. Veintiséis chicas de dieciséis años. Algunas me gustaban más que otras, pero ninguna tanto como para poder decir que estuviera enamorado de ella. Estaba Monica, de padres judíos húngaros, que era muy lista y erudita, y defendía siempre intensa y persistentemente a Israel cuando discutíamos el conflicto de Palestina, algo que yo no era capaz de entender, pues todo era tan evidente... Israel era un Estado militarista, Palestina una víctima. Luego estaba Hanne, una guapa chica de Vågsbygd que cantaba en un coro, era creyente y bastante ingenua, pero uno se alegraba sólo con mirarla y estar en la misma habitación que ella. También estaba Siv, rubia, de piel bronceada y brazos y piernas largos, que uno de los primeros días dijo que el recinto entre el instituto y la Escuela de Comercio se parecía a un campus norteamericano, lo que la hizo destacar ante mis ojos, ya que ella sabía algo que yo no sabía sobre un mundo del que me hubiera gustado formar parte. Siv había vivido en Ghana los últimos años, y presumía demasiado, se reía demasiado alto. También estaba Benedicte, de facciones afiladas, un poco tipo años cincuenta, pelo rizado y ropa con cierto aire de clase alta. Luego estaba Tone, de movimientos gráciles, seria y con el pelo oscuro, pintaba y parecía más independiente que las demás. Otra era Anne, que llevaba aparatos en los dientes y a la que había metido mano en el sillón de peluquería de la madre de Bassen en una fiesta que nuestra clase celebró aquel otoño. Otra era Hilde, de pelo rubio y piel sonrosada, de talante decidido, y sin embargo un poco anónima, y que se dirigía a mí a menudo. El centro de atención de las chicas era Irene, una muchacha guapa de esa manera que surge y se disuelve en el transcurso de una sola mirada. También estaba Nina, robusta y de complexión hombruna, pero con algo frágil y ardiente a la vez. Luego estaba Mette, pequeña, aguda e intrigante. Estaba la que adoraba a Bruce Springsteen y siempre llevaba vaqueros, estaba la bajita que se reía constantemente, estaba la que se vestía de un modo tan provocativo como guarro y que siempre olía a tabaco, estaba

la que enseñaba las encías cada vez que sonreía, por lo demás guapa, pero su risa, que era como una constante risa tonta que acompañaba todo lo que decía y todas las bobadas que era capaz de decir, aparte del hecho de que ceceara, inhabilitaba en cierto modo su belleza, o más bien la anulaba. Estaba rodeado de un montón de chicas, de un montón de cuerpos, un océano de pechos y muslos, y el hecho de que sólo las viera en un entorno formal, en sus pupitres, añadía aún más fuerza a su presencia. Todo aquello daba sentido a mi existencia, esperaba con ilusión entrar en clase, sentarme donde tenía derecho a sentarme, junto a todas esas chicas.

Esa mañana en concreto bajé primero a la cantina, me compré un bollo y una Coca-Cola, luego me senté en mi sitio y me puse a degustar mis víveres y a hojear un libro mientras el aula se llenaba lentamente a mi alrededor de alumnos que entraban, todavía con movimientos somnolientos y caras marcadas por el sueño de la noche. Intercambié algunas palabras con Molle, que vivía en Hamresanden y con la que había compartido clase en la escuela obligatoria. Luego entró el profesor Berg, vestido con camisa típica, que nos daba lengua noruega. Junto con historia, era la asignatura que se me daba mejor, mi nota estaba entre un nueve y un nueve y medio, y me había propuesto sacar un diez en los exámenes de junio. Las ciencias naturales eran mi asignatura más floja, en matemáticas tenía un seis, no estudiaba nada y el nivel de las clases estaba muy por encima de mi capacidad de comprensión. Los profesores de mates y ciencias naturales eran de la vieja escuela; el de mates, Vestby, tenía un montón de tics, uno de los brazos se le movía y se retorció constantemente. En sus clases estaba sentado con las piernas encima del pupitre charlando con Bassen hasta que Vestby, con la cara compacta y carnosa ya roja, gritaba mi nombre con voz chillona. Entonces bajaba las piernas, esperaba a que se hubiera dado la vuelta, y seguía hablando. Nygaard, el profesor de ciencias naturales, un hombre bajo y flaco, casi encogido, con una sonrisa diabólica y gestos infantiles, se estaba aproximando a la edad de la jubilación. También él tenía varios tics, parpadeaba constantemente con un ojo, se le movían sin querer los hombros y echaba hacia atrás la nuca, como la parodia de un profesor atormentado. Durante los meses de verano llevaba un traje claro, y uno oscuro en los meses de invierno. En una ocasión lo vi usar el compás de la pizarra como fusil; nosotros estábamos inclinados sobre un examen, él nos miraba fijamente a todos, dobló el compás, se lo puso al

hombro y lo iba moviendo de fila en fila mientras sonreía maliciosamente. Yo no daba crédito a mis ojos, ¿se había vuelto loco? Yo también hablaba en sus clases, tanto que siempre tenía que pagar las consecuencias hablara quien hablara: Knausgård, decía si oía algún murmullo desde algún sitio de la clase, y levantaba la mano, lo que significaba que tenía que quedarme de pie al lado de mi pupitre durante lo que quedaba de clase. Yo lo hacía con gusto, porque había en mí un incipiente impulso de sedición, deseaba mandarlo todo al carajo, empezar a hacer novillos, a beber, a machacar a la gente. Era anarquista, ateo, y menos burgués cada día que pasaba. Tenía la intención de ponerme pendientes y de raparme el pelo al cero. ¿Ciencias naturales? ¿Para qué quería yo las ciencias naturales? ¿Mates? ¿Para qué quería yo las mates? Yo quería tocar en un grupo, ser libre, vivir como quería, no como debía.

En eso no tenía a nadie conmigo, estaba solo, de modo que por el momento no era realizable, pertenecía al futuro y era informe, como todo lo que tenía que ver con el futuro.

No hacer los deberes, no prestar atención en las clases, formaba parte de lo mismo. Yo siempre había estado entre los mejores en todas las asignaturas, me gustaba alardear de ello, pero ya no, ahora había algo casi vergonzoso en las buenas notas, pues significaba que te quedabas en casa estudiando, que eras un empollón, un perdedor. Pero con la lengua noruega era distinto, era algo que asociaba con escritores y vidas de bohemio; además, era algo que no podías estudiar para ser bueno en ello, se trataba de otra cosa, sensibilidad, buena mano, personalidad.

Me pasaba las clases pensando en otra cosa, fumaba en la puerta durante los recreos, y a ese ritmo, mientras el cielo y el paisaje debajo de él se abría lentamente pasó el día, hasta que sonó el timbre por última vez a las dos y media, y me fui a casa. Era el 5 de diciembre, el día antes de mi cumpleaños, cumplía dieciséis y mi madre vendría de Bergen. Me hacía mucha ilusión. En cierto modo estar solo con mi padre me gustaba en el sentido de que se mantenía alejado de mí en la medida de lo posible, viviendo en Sannes cuando yo dormía en la ciudad, y al revés. Cuando mi madre llegara eso cambiaría, pues todos viviríamos en el campo hasta pasado Año Nuevo, y la desventaja de tener que verme con mi padre todos los días casi se compensaría por completo con la presencia de mi madre. Con ella podía hablar. Con ella podía hablar de casi todo. A mi padre no podía contarle nada. Nada, sólo lo referente

a cosas completamente prácticas, como adónde iba y a qué hora volvería.

Cuando llegué a casa de los abuelos, el coche de mi padre estaba aparcado fuera. Entré, el recibidor estaba llena de humo de freír y desde la cocina llegaba el ruido de cacharros y una radio.

Asomé la cabeza por la puerta.

—Hola —saludé.

—Hola —contestó él—. ¿Tienes hambre?

—Sí, bastante. ¿Qué estás haciendo?

—Chuletas. Siéntate, ya están.

Entré y me senté junto a la mesa redonda. Era vieja, supuse que había pertenecido a su abuela.

Mi padre colocó dos chuletas, tres patatas y un montoncito de cebolla en mi plato. Luego se sentó y se sirvió él.

—Bueno —dijo—. ¿Alguna novedad en el instituto?

Negué con la cabeza.

—¿No has aprendido nada hoy?

—No.

—Está bien —dijo él.

Seguimos comiendo en silencio.

No quería herirle, no quería que pensara que la comida era un fracaso, o que tuviera una relación fracasada con su hijo, de modo que estuve pensando un buen rato en algo que decir. Pero no se me ocurría nada.

Él no estaba de mal humor. No estaba enfadado. Sólo ausente.

—¿Has ido a ver a los abuelos últimamente? —pregunté.

Me miró.

—Sí —contestó—. Me pasé por allí ayer por la tarde. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en especial —contesté, notando cómo se me sonrojaban las mejillas—. Por saberlo.

Había cortado toda la carne con el cuchillo. A continuación me acerqué el hueso a la boca y me puse a roerlo. Mi padre hizo lo mismo. Luego dejé el hueso y me bebí el agua del vaso.

—Gracias —dije, y me levanté.

—¿La reunión de padres es a las seis? —preguntó él.

—Sí —contesté.

—¿Tú te quedas aquí?

—Creo que sí.

—Entonces luego me paso por aquí a buscarte, y vamos juntos a Sannes. ¿Vale?

—Vale.

Estaba escribiendo una redacción sobre la publicidad de una bebida deportiva cuando él volvió. Oí abrirse la puerta, el murmullo en aumento de la ciudad, los golpes en el suelo de la entrada. Su voz.

—¿Karl Ove? ¿Estás listo? Nos vamos.

Yo ya había metido todo lo que necesitaba en mi bolsa y en la cartera, las dos estaban a rebosar, porque el siguiente mes me iba a quedar en nuestra casa, y no sabía exactamente lo que iba a necesitar.

Me miró cuando bajé la escalera. Hizo un gesto negativo con la cabeza. Pero no estaba enfadado. Se trataba de otra cosa.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté sin mirarlo, aunque eso era algo que él detestaba.

—¿Que cómo ha ido? Te lo diré. Tu profesor de matemáticas me ha puesto a parir. Eso es lo que ha pasado. Se llama Vestby, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no me habías dicho nada? No sabía nada. Me pilló por completo por sorpresa.

—¿Pero qué ha dicho? —pregunté, poniéndome el chaquetón, infinitamente contento de que mi padre guardara la compostura.

—Ha dicho que sueles sentarte con los pies sobre la mesa durante las clases y que eres descarado y terco, que no paras de hablar y que ni estudias, ni haces los deberes. Si sigues así, te va a suspender, ha dicho. ¿Es eso cierto?

—Bueno, supongo que sí, en cierto modo —dije enderezándome, ya listo para salir a la calle.

—Me echó la culpa a mí, ¿sabes? Me increpó por tener un hijo tan gamberro.

Yo me retorcí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Lo puse verde. Tu conducta en el instituto es su responsabilidad. No la mía. Pero no fue muy agradable, supongo que te haces cargo.

—Me hago cargo —dije—. Perdóname.

—Eso no me sirve. Ha sido la última reunión de padres para mí, que lo sepas. ¿Nos vamos?

Salimos a la calle y nos encaminamos hacia el coche. Mi padre se sentó dentro y se inclinó sobre el asiento de al lado para abrirme la puerta.

—¿Puedes abrir el maletero también? —pregunté.

No contestó, pero lo abrió. Metí la bolsa y la cartera en el maletero, abrí con cuidado para no despertar su ira, me senté en el asiento de delante, cogí el cinturón de seguridad y me lo puse.

—Fue bastante incómodo —dijo, arrancando el motor. El salpicadero se iluminó—. ¿Pero cómo es realmente ese Vestby como profesor?

—Bastante malo. Le cuesta mantener la disciplina en la clase. Nadie le hace caso. Y tampoco sabe enseñar.

—Hizo uno de los mejores exámenes universitarios jamás vistos en Noruega, ¿lo sabías? —preguntó mi padre.

—No —contesté.

Dio marcha atrás un par de metros, giró, salió a la calle, enfiló la carretera y salimos de la ciudad. El ventilador de la calefacción hacía ruido, los clavos de las llantas golpeaban el asfalto. Conducía deprisa, como siempre. Una mano sobre el volante, la otra en el asiento junto a la palanca de cambios. Noté un cosquilleo en la tripa, pequeñas ráfagas de alegría que me recorrían el cuerpo, porque eso nunca había ocurrido antes. Él nunca me había defendido. Jamás había optado por hacer la vista gorda ante algo negativo de mi conducta. Entregarle las notas antes de las vacaciones de verano y de Navidad era algo que empezaba a temer con mucha antelación. Cualquier observación ligeramente negativa bastaba para que se pusiera furioso conmigo. Lo mismo ocurría con las reuniones de padres. Un pequeño comentario sobre que yo hablaba mucho o que no era muy ordenado con mis cosas le hacía estallar contra mí. Por no decir las pocas veces que algún profesor había enviado una nota a casa. Era como el día del Juicio Final. Un puro infierno.

¿Acaso me trataba así ahora porque estaba a punto de hacerme mayor?

¿Estábamos a punto de convertirnos en iguales?

Me entraron ganas de mirarlo, pero no pude, porque entonces tendría que haber dicho algo, y no tenía nada que decir.

Media hora más tarde subimos la última cuesta y entramos en el patio que había delante de casa. Con el motor en marcha mi padre salió del coche a abrir la puerta del garaje. Yo fui a la puerta de la entrada a abrirla con la llave. Me acordé del equipaje, volví en el momento en que él paraba el motor y se apagaban las luces rojas traseras.

—¿Me abres atrás? —pregunté.

Hizo un gesto afirmativo, metió la llave y la giró. La puerta del maletero se abrió como la cola de una ballena, se me ocurrió pensar. Al entrar en la casa me di cuenta inmediatamente de que había limpiado. Olía a jabón, las habitaciones estaban ordenadas, los suelos resplandecientes. Y los excrementos ressecos de gato en el sofá de la planta de arriba habían desaparecido.

Era evidente que lo había hecho porque mi madre estaba a punto de volver a casa. Pero aunque existiera una razón concreta y no lo hubiera hecho porque la casa estaba terriblemente sucia y poco acogedora, me sentí aliviado. Se había restituido el orden. No es que estuviera intranquilo, era más bien que me sentía ofuscado, sobre todo porque había algo más. Algo en él había cambiado ese otoño, seguramente por la manera en que vivíamos, solos los dos, y a veces ni siquiera eso, era obvio. Él nunca había tenido amigos, nunca recibía visitas en casa, excepto de su familia. Los únicos a los que conocía eran los colegas y los vecinos, es decir en Tromøya era así, aquí ni siquiera conocía a los vecinos. Pero sólo unas semanas después de que mi madre se fuera a Bergen a estudiar, él había reunido a unos colegas en nuestra casa de Sannes, iban a celebrar una pequeña fiesta, y me preguntó si podría quedarme en la ciudad esa noche. Si me sentía solo, podría subir a ver a los abuelos si quería. Pero nunca tuve miedo de estar solo, y él pasó por la mañana con una bolsa de pizzas, Coca-Cola y patatas fritas, que me comí delante del televisor.

Al día siguiente cogí el autobús para ir a ver a mi amigo Jan Vidar, estuve con él un par de horas, y luego cogí el mismo autobús de vuelta a casa. La puerta estaba cerrada. Abrí el garaje para ver si se había ido a dar un paseo o había cogido el coche. Estaba vacío. Volví a la casa y abrí la puerta con llave. Encima de la mesa del salón había un par de botellas de vino vacías, los ceniceros estaban llenos, pero no se veía mucho desorden, así que pensé que debió de tratarse de una fiesta pequeña. La cadena de música solía estar en el granero, pero él la había colocado sobre una pequeña mesa junto a la estufa, y

me arrodillé delante del pequeño montón de discos. Algunos estaban apilados y apoyados contra las patas del sillón, otros estaban dispersos por el suelo. Eran los discos que él escuchaba siempre desde que yo podía recordar. Pink Floyd, Joe Dassin, Arja Saijonmaa, Johnny Cash, Elvis Presley, Bach, Vivaldi. Los dos últimos los habría puesto antes de empezar la fiesta, o esa misma mañana. Pero el resto de la música tampoco era muy festiva. Me levanté y fui a la cocina, donde había platos y vasos sin fregar en la pila, abrí la puerta del frigorífico, que estaba más o menos vacío, exceptuando un par de botellas de vino blanco y unas cervezas prácticamente vacías. Subí al piso de arriba. La puerta del dormitorio de mi padre estaba abierta. Me acerqué y miré dentro. Habían llevado la cama del dormitorio de mi madre y la habían juntado con la de mi padre en medio de la habitación. Se les haría tarde, y como habían bebido y la casa estaba en un lugar tan retirado que un taxi a la ciudad o a Vennesla, donde trabajaba mi padre, sería demasiado caro, alguien se había quedado a dormir. Mi cuarto estaba intacto, cogí lo que necesitaba, y aunque mi intención era quedarme allí a dormir, volví a la ciudad. Algo desconocido y extraño había entrado en la casa.

Otro día fui a la casa sin avisar, era de noche, y no tenía ganas de volver a la ciudad después del entrenamiento. Tom, uno del equipo, me subió en su coche. A la luz de la cocina vi a mi padre sentado con la cabeza entre las manos y una botella de vino delante. Eso era nuevo, porque él nunca bebía, al menos no delante de mí ni estando solo. Lo vi y no quise verlo, pero ya no podía irme otra vez, así que me quité ruidosamente la nieve de las botas contra el escalón, abrí la puerta de golpe y la volví a cerrar de un portazo, y para que no tuviera duda alguna sobre dónde me encontraba, abrí los dos grifos del cuarto de baño antes de sentarme en el inodoro y dejar pasar unos minutos. Cuando entré en la cocina, no había nadie. La copa estaba vacía en la encimera y la botella vacía en el armario de debajo de la pila. Mi padre estaba en el apartamento del granero. Como si eso no fuera lo bastante misterioso, lo vi pasar en coche por delante de la tienda de Solsetta un día que me salté las tres últimas clases y me di una vuelta por casa de Jan Vidar, antes de ir al entrenamiento en el polideportivo de Kjevik. Estaba fumando sentado en un banco delante de la tienda, cuando pasó el inconfundible Ascona color verde moco de mi padre. Tiré el cigarrillo, pero no vi motivo alguno para esconderme, y me quedé mirando el coche mientras pasaba, levanté la mano y

saludé. Pero él no me vio, estaba hablando con alguien que iba sentado a su lado. Al día siguiente fue a verme a la habitación de la casa de los abuelos, mencioné que lo había visto; sí, iba con una colega, estaban colaborando en el mismo proyecto, y habían estado trabajando un par de horas después del instituto en nuestra casa.

En general, en esa época tenía mucho contacto con sus colegas. Un fin de semana asistió con ellos a un seminario en Hovden, e iba a más fiestas de las que había ido nunca, seguramente porque se aburría o porque no le gustaba pasar tanto tiempo solo. Yo me alegraba por él, en esa época ya lo miraba con otros ojos, ya no los de un niño, sino los de alguien a punto de convertirse en adulto, y con esa mirada quería que quedara con amigos y colegas, como hacía todo el mundo. Al mismo tiempo no me gustaba ese cambio, pues lo hacía imprevisible.

El que realmente me hubiera defendido en la reunión de padres formaba parte de esa situación. Tal vez fuera lo más evidente de todo.

Deshice mi bolsa en la habitación y coloqué la ropa en el armario, puse las cintas de casete en el estante que había sobre el escritorio y dejé los libros de texto en un montón. La casa era de mediados del siglo XIX, los suelos crujían, los sonidos traspasaban las paredes, de manera que no sólo sabía que mi padre estaba en el salón justo debajo de mí, sino también que estaba sentado en el sofá. Había decidido acabar de leer *Drácula*, pero tenía la sensación de no poder hacerlo mientras no aclaráramos nuestra situación. Él debía saber lo que iba a hacer yo y yo lo que iba a hacer él. Al mismo tiempo, no se trataba simplemente de bajar y decirle: «Hola, papá, estoy arriba leyendo.» «¿Por qué me dices eso?», me diría, o al menos lo pensaría. Pero había que equilibrar el desequilibrio, de manera que bajé la escalera, di una vuelta por la cocina —¿acaso decir algo relacionado con la comida?— antes de dar los últimos pasos hasta el salón, donde mi padre estaba sentado con uno de mis viejos cómics en la mano.

—¿Vas a cenar? —le pregunté.

Me miró un instante.

—Toma tú algo —dijo.

—Vale. Luego me iré a mi cuarto.

No contestó, siguió leyendo *Agente X9* a la luz de la lámpara que había junto al sofá. Me partí un buen trozo de salchichón y me lo comí sentado a la

mesa. Se me ocurrió pensar que seguramente él no me habría comprado ningún regalo de cumpleaños, mi madre lo traería de Bergen. Pero de la tarta se encargaría él, ¿no? ¿Habría pensado en ello?

Cuando volví del instituto al día siguiente, mi madre ya estaba allí. Mi padre había ido a buscarla al aeropuerto, cuando entré estaban sentados a la mesa de la cocina, en el horno había un asado, comimos a la luz de las velas, me regalaron un cheque de quinientas coronas y una camisa que ella había comprado en Bergen. No tuve corazón para decirle que jamás me la pondría, al fin y al cabo ella había recorrido las tiendas de Bergen buscando algo que comprarme, y había encontrado esa camisa que a ella le parecía bonita y que creía que me gustaría.

Me la puse, comimos la tarta y tomamos el café en el salón. Mi madre estaba contenta, dijo varias veces que le encantaba estar en casa. Yngve llamó para felicitarme, no llegaría a casa hasta el mismo día de Nochebuena, dijo, entonces me daría mi regalo. Me fui a entrenar, y cuando volví, sobre las nueve, ellos estaban en el apartamento del granero.

Me habría gustado hablar con mi madre a solas, pero no parecía posible, así que tras esperar un rato, me fui a acostar. Al día siguiente teníamos examen en el instituto, las dos últimas semanas antes de Navidad teníamos un montón, yo salía enseguida de todos, y me iba al centro a tiendas de discos o cafés, unas veces con Bassen, otras con algunas chicas de clase, siempre si surgía por casualidad y nadie pudiera pensar que era un pesado. Pero con Bassen no había problema. Habíamos empezado a relacionarnos más, una tarde estuve en su casa, no hicimos más que oír discos en su habitación, pero de todos modos me sentía muy contento, tenía un nuevo amigo. No era un paleta, ni un fan del heavy metal, pero le gustaba Talk Talk y U2, Waterboys y Talking Heads. Bassen, o Reid, como se llamaba en realidad, era moreno y guapo, de un atractivo increíble para las chicas, lo que aparentemente no lo había vuelto engreído, porque no había en él nada ostentoso ni vanidoso, nunca ocupó el lugar que podía haber ocupado, pero tampoco era modesto, lo que pasaba era más bien que ese lado suyo reflexivo y algo introvertido siempre lo mantenía un poco alejado. Nunca daba todo de sí mismo. Ignoro si era porque no quería o porque no sabía, a menudo se trata de dos caras de la misma moneda. Pero lo que más me llamaba la atención de él era que tuviera

sus propias opiniones sobre las cosas. Yo, por mi parte, pensaba por bloques, por ejemplo en política, en los que una postura automáticamente conducía a otra, o en cuanto a gustos, si te gustaba un grupo tenían que gustarte también los grupos afines, o en lo humano, en lo que nunca era capaz de librarme de posturas reinantes sobre otras personas. Él, en cambio, pensaba con independencia, basándose en sus propias evaluaciones, más o menos idiosincrásicas. Tampoco de eso hacía alarde, al contrario, tenías que conocerlo algún tiempo para darte cuenta. De modo que no era algo que él usaba, sino algo que él era. La razón por la que me sentía orgulloso de tener a Bassen como amigo, aparte de sus muchas y buenas cualidades y la amistad en sí, era sobre todo la idea de que su buena reputación también me favorecería a mí. No era consciente de eso en aquel momento, pero cuando ahora miro hacia atrás, me parece algo obvio: si estás excluido, tienes que buscar a alguien que te pueda incluir, al menos cuando tienes dieciséis años. En este caso la exclusión no era metafórica, sino literal y concreta. Estaba rodeado de varios cientos de chicos y chicas de mi edad, pero no conseguía entrar en el contexto que era válido para ellos. Cada lunes me temía la pregunta que todo el mundo hacía: «¿Qué has hecho el fin de semana?» Una vez se podía decir «He estado en casa viendo la tele», otra vez «He estado en casa de un compañero escuchando discos», pero luego había que inventarse algo mejor, si no, podían dejarte fuera. A algunos los habían dejado fuera desde el primer momento y así siguieron hasta terminar el instituto, y por nada del mundo quería ser como ellos. Yo quería ser de los que siempre estaban en medio de los acontecimientos, quería que me invitaran a sus fiestas, ir de juerga con ellos, vivir su vida.

La gran prueba, la fiesta más grande del año, era Nochevieja. Las semanas previas se hablaba de ello en todas partes. Bassen iba a casa de unos que conocía en Justvik, allí no había posibilidad alguna de intentar colarse, de manera que cuando empezaron las vacaciones de Navidad, yo no había sido invitado a ninguna parte. Entre Navidad y Año Nuevo fui a casa de Jan Vidar, que vivía en Solsletta, a cuatro kilómetros de nosotros, y que aquel otoño había empezado a hacer formación profesional, y estuvimos estudiando las posibilidades que teníamos de hacer algo. Queríamos ir a una fiesta y queríamos emborracharnos. Lo último no debería representar ningún problema; yo jugaba en el equipo júnior, y el portero, Tom, era de esos que lo

conseguían todo; no se opondría a comprar cerveza por nosotros. Fiesta, en cambio... Había unos alumnos de noveno, de esos medio delincuentes que se quedan en el camino, que al parecer se iban a reunir en una casa cerca de nosotros, pero ni hablar, antes me quedaría en la mía. También había una pandilla a la que conocíamos bien, pero a la que no pertenecíamos, tenía su base en Hamresanden y la formaba gente con la que habíamos ido al colegio o con la que habíamos jugado al fútbol, pero no estábamos invitados a su fiesta, y aunque probablemente seríamos capaces de colarnos de alguna manera, tampoco ellos me merecían mucho respeto. Vivían en Tveit, hacían formación profesional o trabajaban ya, y los que tenían coche habían forrado los asientos de piel y tenían un ambientador colgando del espejo. Pero no había más alternativas. A las fiestas de Año Nuevo había que estar invitado. Por otra parte, la gente salía sobre las doce, y se reunía en plazas y cruces a tirar cohetes y a gritar felicitaciones de Año Nuevo. Para esos eventos no hacía falta ninguna invitación. Yo sabía que muchos alumnos de mi instituto iban de fiesta a la región de Søm. ¿Y si fuéramos allí? Entonces Jan Vidar se acordó de que el batería de nuestro grupo, al que habíamos recurrido por extrema necesidad, un tipo de octavo que vivía en Hånes, nos había dicho que iba a ir a Søm en Nochevieja.

Tras dos llamadas telefónicas, todo estaba arreglado. Tom nos compraría la cerveza, y nosotros estaríamos con los de octavo y noveno en su sótano hasta cerca de medianoche, luego iríamos al cruce, donde la gente se congregaba, allí me encontraría con compañeros del instituto y nos pegaríamos a ellos el resto de la noche. Era un buen plan. Cuando llegué a casa esa tarde, les dije a mis padres como de pasada que me habían invitado a una fiesta de Año Nuevo, que alguien de mi clase iba a hacer una fiesta en su casa de Søm, ¿les importaba que fuera? También en casa íbamos a hacer una fiesta, vendrían mis abuelos paternos y el hermano de mi padre, Gunnar, y su familia, de manera que ni mi madre ni mi padre tenían nada en contra de que me fuera.

—¡Qué bien! —exclamó mi madre.

—De acuerdo —dijo mi padre—. Pero tienes que estar en casa a la una.

—Pero si es Nochevieja —protesté—. ¿Podría ser a las dos?

—Sí. Pero entonces a las dos, y no a las dos y media. ¿Entendido?

La mañana de Nochevieja fuimos en bici hasta la tienda de Ryensletta,

donde nos estaba esperando Tom. Le dimos el dinero y recibimos a cambio dos bolsas con diez botellas de cerveza en cada una. Jan Vidar escondió las bolsas en el jardín de su casa, y yo volví en bici a la mía. Mis padres estaban en plena faena con los preparativos, limpiando y recogiendo para la fiesta. Fuera hacía viento. Me quedé unos instantes delante de la ventana de mi habitación, mirando la nieve pasar como un torbellino, y el cielo gris, que parecía haberse bajado entre los oscuros árboles del bosque. Puse un disco, cogí el libro que estaba leyendo y me tumbé en la cama. Al cabo de un rato mi madre llamó a la puerta.

—Jan Ivar al teléfono —dijo.

El teléfono estaba abajo, en el cuarto de los armarios. Bajé, cerré la puerta y cogí el auricular.

—¿Sí? —dije.

—Ha ocurrido una catástrofe —dijo Jan Vidar—. Ese maldito Leif Reidar...

Leif Reidar era su hermano. Tenía poco más de veinte años, conducía un cuidado Opel Ascona y trabajaba en la fábrica de parques Boen. Su vida no estaba orientada hacia el suroeste, hacia la ciudad, como lo estaban la mía y la de casi todos los demás, sino hacia el noreste, hacia Birkeland y Lillesand, y eso, sumado a su edad, hizo que nunca llegara a conocerlo mucho, a saber quién era, o qué pretendía. Tenía bigote y a menudo llevaba gafas de sol de piloto, pero no era el típico cutre, había algo pulcro en su modo de vestir y en su conducta que señalaba en otra dirección.

—¿Qué ha hecho? —pregunté.

—Encontró la bolsa con las cervezas en el jardín. Y no pudo resistir la tentación el muy cabrón. Qué puta mierda. Tiene esa maldita doble moral. Me puso verde, diciendo que sólo tengo dieciséis años y chorradas de éstas. Luego me exigió que le dijera quién había comprado la cerveza. Me negué, claro. No es de su incumbencia. Y entonces dijo que si no le decía un nombre, se lo contaría a mi padre. Es un jodido hipócrita. Es..., joder... Me vi obligado a decírselo. ¿Y sabes lo que hizo? ¿Sabes lo que hizo el muy cabrón?

—No —contesté.

La nieve salía como un velo del tejado del granero entre las ráfagas de viento. La luz de las ventanas del piso de abajo brillaba suavemente, casi como si guardara un secreto, hacia el crepúsculo, que avanzaba despacio.

Vislumbré un movimiento dentro, tiene que ser papá, pensé, y así era, al instante su cara apareció detrás del cristal de la ventana, mirándome fijamente. Bajé la vista, volviendo la cabeza a medias.

—Me obligó a entrar en el coche y fuimos a casa de Tom con las bolsas.

—¿De verdad?

—¡Qué mierda de tío! Disfruta haciendo esas cosas. Era como si se sintiera orgulloso de lo que había hecho. De repente tan espléndido. *Él*. Estoy tan cabreado que no puedo respirar.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

Cuando volví a mirar hacia la ventana, la cara había desaparecido.

—¿Que qué pasó? ¿Tú qué crees? Puso a parir a Tom y me dijo que le devolviera las bolsas con las cervezas. Lo hice. Luego Tom tuvo que devolverme el dinero. Como si fuera un niño. Como si él no hubiera hecho lo mismo a los dieciséis. Coño. Disfrutó como un enano, ¿sabes? Disfrutó cabreándose conmigo, disfrutó llevándome allí, disfrutó poniendo a parir a Tom.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a ir sin cervezas? Eso no puede ser.

—No, le guiñé un ojo a Tom cuando nos marchábamos. Supuse que lo entendería. Así que cuando llegué a casa lo llamé para pedirle perdón. No se había cabreado. Quedamos en que él iría a tu casa con las cervezas. Y me recogería en el camino para que se las pagara.

—¿Venís *aquí*?

—Sí, llegará dentro de diez minutos. En un cuarto de hora estamos en tu casa.

—Tengo que pensármelo —dije.

Hasta ese momento no descubrí que el gato estaba en la silla junto a la mesita del teléfono. Me miró y empezó a lamerse una pata. En el salón enchufaron el aspirador. El gato giró rápidamente una oreja hacia el sonido. Al instante volvió a relajarse. Me incliné sobre él y le rasqué el pecho.

—No podréis subir hasta la casa. Es imposible. Pero podemos dejar las bolsas en algún lugar de la cuneta. Nadie las encontrará allí.

—¿Al principio de la cuesta quizá?

—¿Junto a la casa?

—Sí.

—¿Al principio de la cuesta, junto a la casa en quince minutos?

—Muy bien.

—Y dile a Tom que no dé la vuelta justo delante de la casa, ni tampoco abajo, donde los buzones. Hay un sitio para dar la vuelta un poco más arriba.

—Vale. Hasta luego.

Colgué y entré en el salón, donde estaba mi madre. Al verme apagó el aspirador.

—Bajo a ver a Per un rato —dije—. A desearle feliz Año Nuevo.

—Muy bien —dijo mi madre—. Y saluda a sus padres de nuestra parte.

Per tenía un año menos que yo y vivía en la casa vecina, unos doscientos metros más abajo. Pasé con él la mayor parte del tiempo los años que vivimos allí. Jugábamos al fútbol siempre que podíamos, después del colegio, los sábados y domingos, en vacaciones, y gastábamos mucha energía en reunir a gente para jugar buenos partidos, pero cuando no lo conseguíamos, jugábamos a veces dos contra dos durante horas, y cuando eso tampoco era posible, jugábamos sólo Per y yo. Yo le tiraba balones a él y él me los devolvía, o jugábamos a lo que llamábamos el juego de dos. Lo hacíamos día tras día, incluso después de que yo empezara el bachillerato superior. Y nos bañábamos debajo de la cascada, en el remolino, donde el agua era profunda y se podía saltar desde una roca, o abajo en los rápidos, donde las masas de agua nos llevaban. Cuando el tiempo era demasiado malo para hacer algo fuera, veíamos vídeos en su sótano, o simplemente nos quedábamos en el garaje charlando. Me gustaba su casa, su familia era entrañable y generosa, y aunque su padre no me soportaba, yo siempre me sentía bien recibido. Pero a pesar de que Per era la persona con la que más tiempo pasaba, no lo consideraba un amigo, nunca lo mencionaba en ningún otro entorno, tanto porque era más joven que yo, lo que no era bueno, como porque era un paleta. No le interesaba la música, y era totalmente ignorante al respecto, tampoco le interesaban las chicas ni beber, estaba feliz con quedarse en casa los fines de semana con su familia. Le importaba un bledo presentarse en el colegio con botas de agua, y no tenía ningún problema en llevar jerséis de punto y pantalones de pana, vaqueros demasiado cortos o camisetas en las que ponía Zoológico de Kristiansand. Cuando yo fui a vivir allí, él nunca había ido aún solo a la ciudad. Apenas había leído un libro en su vida, sólo cómics, lo que, pensándolo bien, era mi caso, aunque yo también me nutría de una infinita cantidad de libros de MacLean, Bagley, Smith, Le Carré y Follett, pasión que

poco a poco conseguí contagiarle a él. Algún que otro sábado íbamos a la biblioteca, cada dos domingos veíamos los partidos del club de fútbol Start, entrenábamos con el equipo de fútbol dos veces por semana, en los meses de verano también jugábamos un partido una vez por semana, y, para colmo, íbamos y veníamos juntos en el autobús del colegio todos los días. Pero nunca nos sentábamos uno al lado del otro, porque cuanto más nos acercábamos al colegio, menos amigo mío era Per, y en el recreo no teníamos ningún contacto. Curiosamente no le importaba nada. Siempre estaba alegre, abierto a todo, tenía un desarrollado sentido del humor y era, como el resto de su familia, una persona entrañable. En las vacaciones de Navidad había ido a su casa un par de veces, y habíamos visto vídeos o esquiado en las cuevas de detrás de nuestra casa. Ni se me había ocurrido invitarlo a nuestra fiesta de Año Nuevo, ni siquiera como una remota posibilidad. Jan Vidar tenía una relación inexistente con Per, se conocían, claro, como se conocía todo el mundo en ese lugar, pero nunca había estado solo con él. Cuando yo fui a vivir allí, Jan Vidar estaba siempre con Kjetil, un chico de su edad que vivía en Kjevik, cerca del aeropuerto, eran íntimos amigos, y entraban uno en casa del otro como si fueran de la familia. El padre de Kjetil era militar, y habían vivido en muchos sitios, según tenía entendido. Cuando Jan Vidar empezó a acercarse a mí, sobre todo debido a nuestro interés por la música, Kjetil intentó llevárselo de nuevo a su terreno, no paraba de llamarlo, lo invitaba a su casa, le contaba chistes que sólo ellos dos entendían cuando estábamos los tres en el colegio. Cuando eso no funcionaba, ponía el listón más bajo y nos invitaba a los dos a su casa. Un día fuimos en bicicleta por el aeropuerto, nos sentamos en un café, fuimos a Hamresanden y llamamos a la puerta de una de las chicas, Rita, por la que estaban interesados tanto Jan Vidar como Kjetil. Este último tenía una barra de chocolate que compartió con Jan Vidar por la cueva, sin ofrecerme a mí, pero eso tampoco le dio resultado, pues Jan Vidar hizo como si nada y repartió su mitad conmigo. Al final Kjetil lo dejó para centrarse en otros, pero mientras estudiábamos el bachillerato elemental no tuvo ningún amigo tan íntimo como lo había sido Jan Vidar. Kjetil gustaba a todo el mundo, sobre todo a las chicas, pero ninguna lo quería como novio. Rita, que por lo demás era descarada y dura, se había encariñado con él, se reían mucho juntos y mantenían una relación muy especial, pero nunca llegaron a ser algo más que amigos. Rita guardaba para mí sus peores

sarcasmos, y yo siempre estaba alerta cuando ella estaba cerca, pues nunca sabías cuándo y de qué manera llegarían los ataques. Era baja y delgada, tenía la cara estrecha y la boca pequeña, pero sus facciones estaban bien formadas y los ojos, a menudo tan llenos de desdén, brillaban con una rara intensidad; eran casi destellantes. Rita era una belleza, pero aún no era considerada como tal, y puede que nunca lo fuera, por lo desagradable que podía llegar a mostrarse con los demás.

Una tarde llamó por teléfono a mi casa.

—Hola, Karl Ove, soy Rita —dijo.

—¿Rita? —pregunté.

—Sí, tonto. Rita Lolita.

—Vale —dije.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo.

—¿Sí?

—¿Quieres ser mi novio?

—¿Qué has dicho?

—Te lo repito. ¿Quieres ser mi novio? Es una pregunta sencilla. Se supone que tienes que contestar sí o no.

—No... no lo sé —respondí.

—Venga ya. Si no quieres, dímelo.

—Creo que no —contesté.

—Está bien —dijo ella—. Nos vemos en el instituto mañana. Hasta luego.

Y colgó. Al día siguiente me comporté como de costumbre y ella también, aunque tal vez se mostrara aún más interesada en hacerme daño cuando se le presentaba la ocasión. Ella no lo mencionó jamás y yo tampoco, ni siquiera a Jan Vidar o Kjetil, no quería jugar con tanta ventaja sobre ellos.

Después de despedirme de mi madre y de que ella hubiera vuelto a encender el aspirador, me puse el chaquetón en la entrada y salí, doblegado contra el viento. Mi padre había abierto una de las dos puertas del garaje y estaba a punto de sacar la máquina quitanieves. La gravilla que cubría el suelo estaba seca y sin nieve, y siempre despertaba en mí un ligero malestar, porque la gravilla pertenecía a algo que estaba fuera, al aire libre, y lo que estaba fuera estaba cubierto de nieve, así que se producía un desequilibrio entre

dentro y fuera. No pensaba en ello cuando las puertas estaban cerradas, ni se me ocurría, pero cuando lo veía...

—Voy a acercarme a casa de Per —grité.

Mi padre, que estaba maniobrando con la máquina, volvió la cabeza y asintió. Me arrepentí un poco de haber quedado en vernos en la cuesta, probablemente sería demasiado cerca, pues mi padre solía tener un sexto sentido en cuanto a irregularidades. Por otra parte, hacía algún tiempo que se interesaba mucho por mí. Cuando llegué donde estaban los buzones, le oí arrancar la máquina. Volví la cabeza para comprobar si podía verme o no desde donde estaba. Comprobé que no y bajé la cuesta por el lado desde donde sería menos probable que me viera. Una vez abajo, me detuve a contemplar el río mientras esperaba. Tres coches pasaron en fila por el otro lado. La luz de sus faros era como pequeños pinchazos amarillos en lo gris. La nieve sobre la llanura había tomado el color del cielo, cuya luz era contraída por el cono de la creciente oscuridad. El agua del canal abierto entre el hielo estaba negra y resplandeciente. Entonces oí un coche cambiar de marcha abajo en la curva, a unos cientos de metros de distancia. El zumbido del motor era quebradizo, propio de un coche viejo. El de Tom, sin duda. Miré la calle y levanté la mano a modo de saludo cuando apareció en la curva. Frenó y se detuvo junto a mí. Tom bajó la ventanilla.

—Vale, Karl Ove —dijo.

—Vale —contesté.

Sonrió.

—¿Te han regañado? —pregunté.

—Ese gilipollas —intervino Jan Vidar, que estaba sentado a su lado.

—Da igual —dijo Tom.

—¿Vais a salir esta noche?

—Sí. ¿Y tú?

—Me daré una vuelta.

—¿Y por lo demás?

—Todo bien.

Me miró con sus ojos de buena persona y sonrió.

—Vuestras cosas están atrás.

—¿Está abierto?

—Sí, claro.

Di la vuelta al coche y abrí el maletero, saqué las dos bolsas blancas de plástico que estaban entre un caos de herramientas, cajas de herramientas y esas gomas con ganchos en las puntas que se usan para sujetar cosas en la baca del coche.

—Ya lo tengo todo —dije—. Gracias, Tom. Nunca lo olvidaremos. Tom resopló.

—Nos vemos —dije a Jan Vidar.

Asintió con la cabeza. Tom subió la ventanilla, saludó alegremente llevándose la mano a la frente, como solía hacer, y metió primera. Desaparecieron cuesta arriba. Yo salté por encima de los montones de nieve de la cuneta y entré en el bosque, seguí el curso del arroyo cubierto de nieve unos veinte metros hacia arriba, y dejé las botellas debajo de un tronco de abedul fácilmente reconocible, cuando oí bajar el coche de nuevo.

Me quedé esperando unos minutos entre los árboles, para que mi salida de casa no pareciera sospechosamente breve. Luego subí la cuesta, donde mi padre se encontraba en plena faena de quitar nieve para ensanchar la calle. No llevaba ni gorro ni guantes, iba detrás de la máquina con su viejo chaquetón de piel de cordero y una gruesa bufanda de lana enrollada al cuello. La nieve que acababa de quitar y que no se la llevaba el viento, caía como en cascadas a unos metros. Lo saludé con la cabeza al pasar por delante de él, sus ojos apenas me vieron y su rostro estaba inmóvil. Cuando entré en la cocina, después de haberme quitado el chaquetón en la entrada, mi madre estaba fumando. Una vela ardía en la ventana con una llama temblorosa. El reloj que había sobre la cocina eléctrica marcaba las tres y media.

—¿Todo bajo control? —pregunté.

—Sí, sí —contestó—. Lo pasaremos bien. ¿Quieres comer algo antes de irte?

—Me tomaré un poco de pan con algo —dije.

En la encimera había un gran paquete blanco de bacalao seco. La pila estaba llena de patatas oscuras sin lavar. La luz de la cafetera en el rincón estaba encendida. La jarra de cristal estaba llena hasta la mitad de café.

—Pero creo que voy a esperar un poco —añadí—. No me iré hasta las seis y media o por ahí. ¿A qué hora llegan ellos?

—Papá irá a buscar a los abuelos, creo que se va ya pronto. Gunnar llegará sobre las siete.

—Entonces tendré el tiempo justo para saludarlos —dije. Me fui al salón y me puse delante de la ventana para contemplar el valle, luego me acerqué a la mesa baja, cogí una naranja, me senté en el sofá y la pelé. Brillaban las luces del árbol de Navidad, temblaban las llamas en la chimenea, y en la mesa puesta en la otra punta del salón chispeaba la luz de las copas de cristal. Pensé en Yngve y me pregunté cómo se habría sentido él con todas estas cosas cuando iba al instituto. Al menos ya se le habían acabado los problemas; estaba en la cabaña de Vindil, en la provincia de Aust-Agder, con todos sus amigos. Llegó a casa apurando al máximo el mismo día de Nochebuena, y se volvió a marchar lo más pronto que le dictaba la prudencia, el 27 de diciembre. Él nunca había vivido en esa casa. El verano que nos mudamos, empezaba el tercer curso del instituto y quería acabarlo en el mismo sitio, con sus amigos de allí. Mi padre se puso furioso, pero Yngve se mostró inflexible, no se mudó, pidió un préstamo oficial para estudiantes, porque mi padre se negó a darle nada, y alquiló una habitación no muy lejos de nuestra antigua casa. Mi padre apenas hablaba con él los pocos fines de semana que venía a casa. La relación entre ellos era gélida. Al año siguiente, Yngve hizo el servicio militar, y recuerdo que un fin de semana trajo a casa a su novia, Alfhild. Era la primera vez que hacía algo así. Mi padre no apareció, claro está, estuvimos solos Yngve y Alfhild, mi madre y yo. Al final de la visita, cuando ellos estaban bajando la cuesta para ir a coger el autobús, llegaba mi padre en su coche. Se paró, bajó la ventanilla y saludó muy sonriente a Alfhild. Lo hizo con una mirada que jamás había visto en él, cargada de alegría e intensidad. Jamás nos había mirado así a ninguno de nosotros, eso sí que era seguro. Luego dejó de mirar, puso el coche en marcha y desapareció cuesta arriba, mientras nosotros seguimos bajando hacia la parada del autobús.

¿Era ése nuestro padre?

Toda la amabilidad y consideración hacia Alfhild por parte de mi madre fueron completamente eclipsadas por la mirada de cuatro segundos de mi padre. Lo mismo solía ocurrir los fines de semana que Yngve venía solo, mi padre se pasaba casi todo el tiempo en el pequeño apartamento del granero, y sólo se dejaba ver a la hora de las comidas. El hecho de que no preguntara nada a Yngve y sólo le prestara un mínimo de atención era lo que se recordaba de esos fines de semana, a pesar de todos los esfuerzos de mi madre para que

Yngve se sintiera bien. Mi padre era el que marcaba la pauta en casa, nadie podía hacer nada contra eso.

En el exterior dejó de sonar de repente la máquina quitanieves. Me levanté, cogí la cáscara de la naranja, fui a la cocina, donde mi madre estaba pelando patatas, abrí la puerta del armario que había junto a ella y tiré la cáscara al cubo de la basura, viendo a mi padre cruzar el patio por delante del garaje, mientras se alisaba el pelo de un modo muy característico suyo. Subí a mi habitación, puse un disco y volví a tumbarme en la cama.

Durante algún tiempo estuvimos pensando en cómo llegar a Søm. Tanto el padre de Jan Vidar como mi madre se habrían ofrecido a llevarnos, lo que también hicieron cuando les expusimos nuestros planes. Pero las dos bolsas de cervezas lo imposibilitaban. Llegamos a la conclusión de que Jan Vidar diría en su casa que mi madre nos llevaría y yo diría en la mía que nos llevaría el padre de Jan Vidar. Era algo arriesgado, porque nuestros padres se encontraban a veces, pero la posibilidad de que surgiera la cuestión del transporte no era tan grande como para no correr el riesgo. Con este problema resuelto, sólo quedaba el viaje en sí. En Nochevieja no funcionaban los autobuses de nuestra zona, pero averiguamos que pasarían algunos por el cruce de Timenes, que estaba a diez kilómetros. Tendríamos que hacer autostop, si teníamos suerte, algún coche podría llevarnos hasta Søm, si no, tendríamos que coger el autobús desde Timenes. Con el fin de evitar toda clase de preguntas y sospechas, tendría que salir de casa después de que llegaran los invitados, es decir, a las siete. El autobús salía a las ocho y diez, de manera que con un poco de suerte debería funcionar.

Emborracharse requería planificación. Había que conseguir las bebidas de un modo seguro, y también había que conseguir un lugar seguro para guardarlas. Además de un transporte de ida y vuelta seguro, había que evitar encontrarse con los padres al volver a casa. Desde aquella bienaventurada experiencia en Oslo, sólo había conseguido emborracharme dos veces. La última estuvo a punto de acabar mal. Liv, la hermana de Jan Vidar, acababa de comprometerse con Stig, un militar al que había conocido en el aeropuerto de Kjevik, donde también trabajaba el padre de ella y de Jan Vidar. Ella quería casarse joven, tener hijos y ser ama de casa, un sueño de futuro

completamente anormal para una chica de su edad, de modo que aunque sólo nos llevaba un año, vivía en un mundo completamente distinto al nuestro. Una noche de sábado nos invitaron a los dos a una pequeña celebración en casa de unos amigos. Como no teníamos ningún otro plan, aceptamos, y unos días más tarde nos encontrábamos sentados en un sofá, en una casa de algún lugar, bebiendo vino casero y viendo la televisión. La intención era organizar una acogedora «velada en casa», había velas encendidas en la mesa y se sirvió lasaña. Estoy seguro de que podría haber resultado de no haber sido por el vino, del que había cantidades incalculables. Bebí y me puse tan increíblemente alegre como la primera vez, pero esa noche perdí el conocimiento y luego no recordaba nada de entre la quinta copa de vino y el momento en el que me desperté en el suelo de un oscuro sótano, vestido con un pantalón de chándal y una camiseta que jamás había visto, tumbado sobre un edredón, tapado con toallas, con mi ropa en un montoncito al lado y empapado de vómitos. Vislumbré una lavadora junto a la pared, una cesta llena de ropa sucia al lado y un congelador en la otra pared con varias prendas para la lluvia sobre la tapa. También había por allí un montón de nasas de cangrejos, un salabre, una caña de pescar, y un estante con herramientas y cachivaches. Era un entorno nuevo y desconocido para mí, que capté en una sola mirada, porque me desperté descansado y con la cabeza completamente despejada. La puerta estaba entreabierta, la abrí y entré en la cocina, donde estaban sentados Stig y Liv, con las manos entrelazadas, ardiendo de felicidad.

—Hola —dije.

—Aquí tenemos a Garfield, ¿no? —dijo Stig—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contesté—. ¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas?

Negué con la cabeza.

—¿Nada?

Stig se rió. En ese momento entró Jan Vidar.

—Vale —dijo.

—Vale —contesté.

Sonrió.

—Vale, Garfield —dijo.

—¿Qué es eso de Garfield? —pregunté.

—¿No lo recuerdas?

—No. No recuerdo absolutamente nada. Pero veo que he vomitado.

—Estábamos viendo la tele. Una película sobre Garfield. Entonces te levantaste, te pusiste a golpearte el pecho y a gritar *I'm Garfield*. Luego te volviste a sentar y no parabas de reír. Lo volviste a hacer. *I'm Garfield! I'm Garfield!* Y vomitaste. En el salón. Sobre la alfombra. Luego te dormiste, jodido. En un mar de vómitos. Y no hubo forma de despertarte.

—Joder —dije—. Lo siento.

—No es grave —dijo Stig—. La alfombra se puede limpiar. Ahora lo importante es devolveros a casa sanos y salvos.

En ese instante me invadió el miedo.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Pronto será la una.

—¿Sólo la una? Menos mal. Tenía que estar en casa a la una. Entonces sólo voy a llegar unos minutos tarde.

Stig no bebía, lo seguimos hasta el coche, y nos metimos en él, Jan Vidar delante y yo detrás.

—¿De verdad que no te acuerdas de nada? —preguntó Jan Vidar cuando ya estábamos en marcha.

—No, joder, de nada absolutamente.

Me sentía orgulloso. Toda la historia sobre lo que yo había dicho y hecho, incluso la vomitona, me enorgullecía. Era algo así como lo que quería ser. Pero cuando Stig paró el coche abajo, donde los buzones, y me puse a subir la cuesta oscura, con ropa que no era mía, y con la mía en una bolsa que colgaba de mi mano, entonces lo que sentía era miedo.

Ojalá se hayan acostado. Ojalá se hayan acostado.

De hecho eso parecía. Al menos las luces de la cocina estaban apagadas, y eso era lo último que hacían antes de acostarse. Pero cuando abrí la puerta y entré de puntillas, oí sus voces. Estaban sentados arriba, en el sofá delante del televisor, charlando. Nunca lo hacían.

¿Me estaban esperando? ¿Querían controlarme? De mi padre podía esperar que me hiciera soplar para olerme el aliento. Sus padres lo habían hecho, ahora se reían de ello, pero seguro que no por aquel entonces.

Pasar sin que se dieran cuenta sería simplemente imposible, pues la escalera acababa justo al lado de donde estaban. No me quedaba otro remedio que liarme la manta a la cabeza.

—¿Hola? —dije—. ¿Todavía estáis levantados?

—Hola Karl Ove —me saludó mi madre.

Subí la escalera lentamente y me paré donde podían verme.

Estaban sentados uno al lado del otro en el sofá, mi padre con un brazo encima del respaldo.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó mi madre.

¿Acaso no lo veía?

No me lo podía creer.

—Ha estado bien —dije, dando unos pasos—. Hemos visto la tele y comido lasaña.

—Estupendo —dijo mi madre.

—Pero tengo mucho sueño —añadí—. Creo que me voy a acostar.

—Muy bien —dijo ella—. Nosotros también nos acostaremos pronto.

Me encontraba a cuatro metros de ellos, vestido con unos pantalones desconocidos de chándal, un jersey desconocido, y mi ropa llena de vómito en una bolsa de plástico, apestando a alcohol. Pero ellos no se dieron cuenta.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —contestaron ellos.

Y se había acabado. No entendía cómo podía haberme salvado, pero había que dar las gracias y recibirlo como un regalo. Metí la bolsa con la ropa en el armario, y la siguiente vez que estuve solo en casa, la enjuagué en la bañera. La puse a secar en el armario de mi cuarto y luego la metí en la cesta de la ropa sucia como de costumbre.

Ni una palabra a nadie.

Beber resultó ser bueno para mí. Ponía en marcha cosas, y entraba en algo, en una sensación de..., no de eternidad exactamente, pero de... de algo inagotable. Algo en lo que podía penetrar cada vez más. Esa sensación era clara y nítida.

Sin obstáculos. Eso era, entraba en algo que no ofrecía obstáculos.

De modo que me alegré. Y aunque aquel día me había salido, esta vez adopté ciertas precauciones. Me llevaría cepillo y pasta de dientes, y me había comprado caramelos de eucalipto y de menta y chicles. También me llevaría una camisa de repuesto.

En el salón sonó la voz de mi padre. Me incorporé, estiré los brazos por

encima de la cabeza, los llevé hacia atrás, y luego los extendí todo lo que pude, primero uno y luego el otro. Me dolían las articulaciones, me llevaban doliendo todo el otoño. Estaba creciendo. En la foto de mi clase de noveno, mi altura era mediana. Ahora de repente me estaba acercando al metro noventa. Tenía mucho miedo de no parar ahí y seguir creciendo. Había un chico en la clase anterior a la nuestra que medía cerca de dos metros diez, y estaba flaco como un palillo. Pensar en llegar a ser como él me llenaba de pavor varias veces al día. De tarde en tarde rezaba a ese Dios en quien no creía para que eso no ocurriera. No creía en Dios, pero le rezaba de pequeño. Y cuando lo hacía entonces, era como si me volviera algo de esa esperanza que había nutrido de niño. Ay, mi querido Dios, haz que deje de crecer, rezaba. ¡Que mida uno noventa o uno noventa y uno, pero no más! Prometo ser lo más bueno que pueda, si escuchas mi oración. Querido Dios, querido Dios, ¿me escuchas ahora?

Ah, sabía que era tonto, pero lo hacía de todos modos, porque el miedo no era tonto, sólo doloroso. Un miedo aún mayor me entró en aquella época cuando descubrí que mi picha se levantaba oblicuamente cuando se me ponía dura. Estaba mal hecho, tenía la picha torcida, y en mi ignorancia no sabía si eso tenía solución, si se podía operar o qué otras posibilidades habría. Me levantaba por las noches, bajaba al cuarto de baño a hacer que se me pusiera dura y comprobar si había cambiado. ¡Pero no, nunca! ¡Pero si casi se me pegaba a la tripa, joder! ¿Y no estaba también un poco torcida? Torcida e inclinada como una jodida raíz en el bosque. Significaba que nunca podría acostarme con nadie. Y como eso era lo único que realmente deseaba, y con lo que soñaba, mi desesperación era enorme. Se me ocurrió que podría apretarla hacia abajo, claro. Lo intenté, la apreté todo lo que pude hacia abajo hasta que empezó a dolerme. Se enderezó algo. Pero me dolía. Y no podría acostarme con una chica teniendo que tener una mano en la picha, ¿no? ¿Qué coño haría? ¿Podría hacer algo? Me mordía. Cada vez que se me levantaba, la desesperación crecía en mí. Si estaba tumbado con una chica en el sofá, nos estábamos metiendo mano, tal vez había conseguido meter un dedo debajo de su jersey, y mi picha se levantaba durísima contra el pantalón, sabía que eso sería lo máximo que conseguiría, y que sería así para siempre. Era peor que la impotencia, porque aquello no sólo me dejaba sin poder actuar, sino que también era grotesco. ¿Pero podía rogarle a Dios que lo arreglara? Sí, al final

sí podía pedirle a Dios también eso. Querido Dios, recé, permite que mi órgano genital se enderece cuando se llena de sangre. Te lo pido una sola vez. Así que por favor, permite que se cumpla.

Cuando empecé el bachillerato superior, una mañana nos reunieron a todos los novatos en la tribuna de Gimlehallen, no recuerdo ya con qué motivo, y uno de los profesores, que en Kristiansand tenía fama de nudista, y del que decían por ahí que había pintado su chalé un verano únicamente ataviado con una corbata, y que por lo demás iba desarreglado y con pinta de bohemio provinciano, con el pelo blanco despeinado, nos recitó un poema caminando a lo largo de la tribuna y cantó de repente entre ruidosas risas de los presentes en honor a la picha que se levantaba oblicuamente.

Yo no me reía. Creo que se me cayó la cara de vergüenza. Me quedé sentado, boquiabierto y con la mirada vacía, mientras la verdad aparecía lentamente dentro de mí. Todas las pichas tiasas son oblicuas. Y si no todas, al menos las suficientes como para que sirviesen de inspiración a poemas.

¿De dónde venía lo grotesco? Sólo dos años antes, cuando nos mudamos allí, yo era un chaval de trece años con la piel lisa, e incapaz de pronunciar la «r», más que contento con nadar en el mar, montar en bicicleta y jugar al fútbol en ese nuevo lugar donde, por el momento, nadie me perseguía. Al contrario, el primer día todo el mundo quería hablar conmigo, un alumno nuevo era un fenómeno raro en ese sitio, todo el mundo quería saber quién era yo y lo que sabía hacer. Por las tardes y los fines de semana venían a veces chicas en bici incluso desde Hamresanden a verme. Un día estaba jugando al fútbol con Per, Trygve, Tom y William, y vimos llegar a alguien en bicicleta, dos chicas, ¿a qué venían? Nuestra casa era la última de la calle, después no había más que bosque y dos granjas, luego bosque, bosque y más bosque. Se bajaron de la bicicleta en la cuesta, miraron en nuestra dirección y desaparecieron tras los árboles. Volvieron a subir a las bicicletas, luego se detuvieron y miraron.

—¿A qué vienen éstas? —preguntó Trygve.

—Vienen a ver a Karl Ove —contestó Per.

—¿Bromeas? No habrán venido en bici desde Hamresanden solo para eso. ¡Si hay diez kilómetros!

—¿Y para qué han venido hasta aquí si no? Lo que es seguro es que no

han venido a verte a ti —dijo Per—. Tú llevas ya mucho tiempo.

Nos quedamos mirándolas a través de los arbustos. Una de ellas llevaba una chaqueta rosa, la otra una azul claro. Largas melenas.

—Venid ya —nos llamó Trygve—. Vamos a jugar.

Seguimos jugando en la lengua de tierra del río, donde los padres de Per y Tom habían fabricado dos porterías. Las chicas se pararon al llegar a la franja de juncos, a unos cien metros de donde nos encontrábamos. Yo sabía quiénes eran, no eran especialmente guapas, así que las ignoré, y después de haberse quedado junto a los juncos unos diez minutos, como una extraña especie de pájaros, volvieron a las bicicletas, y luego a sus casas. Otro día, unas semanas más tarde, llegaron tres chicas para vernos cuando estábamos trabajando dentro de la gran nave de almacenaje de la fábrica de parqués. Colocábamos pequeños trozos de madera en palés, cada capa separada por láminas, trabajábamos a destajo, y cuando aprendí a lanzar una brazada entera y los trozos quedaban colocados por sí mismos, empecé a ganar algo de dinero. Podíamos entrar y salir cuando quisiéramos, muchas veces nos pasábamos por la fábrica después del instituto para hacer un montoncito, íbamos a comer a casa, y luego volvíamos y nos quedábamos el resto de la tarde. Estábamos tan ávidos de ganar dinero que podíamos quedarnos trabajando todas las noches y todos los fines de semana, pero muchas veces no había trabajo, bien porque ya habíamos llenado el almacén o porque lo habían hecho los propios obreros de la fábrica durante sus horas de trabajo. El padre de Per trabajaba en las oficinas, de modo que el mensaje deseado nos llegaba a través de él o de William, cuyo padre conducía uno de los camiones de la fábrica: hay trabajo. Fue una de esas noches cuando unas chicas se acercaron a vernos a la nave. También ellas vivían en Hamresanden. Esta vez ya estaba avisado, se había difundido un rumor que decía que una de las chicas de séptimo estaba interesada por mí, y allí estaba, bastante más franca que aquellas dos gallinas que se habían escondido entre los juncos, porque Line, como se llamaba ella, se me acercó directamente y puso los brazos sobre el montón, mientras mascaba chicle mirándome trabajar. Sus dos amigas se mantuvieron al fondo. Cuando me enteré de que ella estaba interesada en mí, pensé que debía aceptarla, porque aunque sólo iba a séptimo, su hermana era modelo, y aunque ella aún no había llegado a eso, estaría muy buena más adelante. Eso decía todo el mundo de ella, que estaría muy buena, todo el

mundo elogiaba su potencial. Era delgada y de piernas largas, tenía el pelo largo y oscuro, la piel pálida, los pómulos altos y una boca desproporcionada. Esos miembros tan largos, que parecían colgarle por todas partes, no me convencían. Pero sus caderas estaban muy bien. La boca y los ojos también. Otro punto negativo era que no sabía pronunciar la «r», y que había en ella algo torpe u obtuso. Era conocida por ello. Al mismo tiempo era popular en su clase, las chicas querían estar con ella.

—Hola —dijo—. He venido a verte. ¿Te hace ilusión?

—Ya veo —contesté. Me volví hacia un lado, me puse un montón de madera en el antebrazo y acto seguido lo lancé hacia el marco, donde quedó perfectamente colocado. Metí las tablas que sobresalían y cogí un nuevo montón.

—¿Cuánto ganas por hora? —preguntó.

—Trabajamos a destajo —contesté—. Nos dan veinte coronas por un montón doble y cuarenta por los cuádruples.

—Entiendo —dijo ella.

Per y Trygve, que estaban en el mismo curso que ella, pero en otra clase y que en repetidas ocasiones habían expresado su antipatía por ella y su pandilla, estaban trabajando en la nave a unos metros de nosotros. Se me ocurrió pensar que parecían enanos. Tan bajitos en medio de la enorme nave.

—¿Te gusto? —preguntó ella.

—Gustar, lo que se dice gustar... —contesté. En el momento en que ella entró por la puerta había decidido aceptarla, pero entonces, con ella delante y el camino despejado, no fui capaz, no fui capaz de hacer lo necesario. De una manera que no entendía del todo, pero que sin embargo intuía, ella era mucho más sofisticada que yo. Vale que tal vez fuera un poco tonta, pero era sofisticada. Y era esa parte sofisticada la que no me sentía capaz de manejar.

—Me gustas —dijo—. Pero supongo que ya lo sabes.

Me incliné hacia delante y corregí una de las láminas, inesperadamente sonrojado.

—No —contesté.

Ella no dijo nada más en un buen rato, estaba como colgada sobre el marco, mascando chicle. Sus amigas daban señales de impaciencia desde detrás del montón de tablas. Al final se enderezó.

—Así que entonces nada —dijo, se dio la vuelta y se marchó.

No me importaba tanto el haber perdido una oportunidad, lo peor era la manera en que había sucedido, mi incapacidad de recorrer el último trecho, de cruzar el último puente. Y cuando el interés por la novedad se acabó, no tuve ya muchas oportunidades. Al contrario, las viejas apreciaciones sobre mí volvieron lentamente. Intuía que estaban cerca, oía su resonancia, aunque no había ningún contacto entre los dos lugares donde había vivido. Ya el primer día de instituto me había fijado en una determinada chica, se llamaba Inger, tenía unos bonitos ojos alargados, un oscuro tono de piel, y una nariz corta e infantil que rompía las líneas largas y redondeadas de su cara, emanando distancia excepto cuando sonreía. Tenía una sonrisa liberadora e indulgente que admiraba y encontraba infinitamente atractiva, tanto porque no me incluía a mí o a tipos como yo, pues pertenecía a lo más íntimo de su ser, del que sólo eran partícipes ella misma y sus amigos, como porque su labio superior se torcía ligeramente cuando sonreía. Estaba en un curso por debajo del mío y durante los dos años que fui alumno de ese instituto, no intercambié con ella una sola palabra. En lugar de eso estuve saliendo con su prima Susanne, que iba al mismo curso que yo, pero a otra clase y vivía en una casa al otro lado del río. Tenía la nariz puntiaguda, la boca pequeña y sus colmillos guardaban un lejano parecido con los dientes de un conejo, pero sus pechos eran rebosantes y bonitos, sus caderas de una anchura perfecta, y sus ojos provocadores, como si siempre supieran lo que querían. A menudo era medirse con otros. Mientras Inger, en toda su inaccesibilidad, estaba llena de secretos y misterio, y cuya fuerza de atracción consistía casi exclusivamente en aquello que yo no conocía o sabía, sino sólo intuía y soñaba, Susanne era más igual, más un alma gemela. Ante ella tenía menos que perder, menos que temer, pero también menos que ganar. Yo tenía catorce años, ella quince, y en el transcurso de unos días nos quedamos lentamente pegados el uno al otro, como ocurre a esa edad. Al poco tiempo Jan Vidar empezó a salir con su amiga Margrethe. Nuestras relaciones se encontraban a medio camino entre el mundo infantil y el mundo juvenil, y las fronteras entre ambos eran imprecisas. Nos sentábamos juntos en el autobús escolar por la mañana, nos sentábamos juntos en las reuniones de los viernes, íbamos juntos en bicicleta a las clases de preparación para la confirmación, que tenían lugar en la iglesia una vez por semana, y quedábamos por las tardes en un cruce o en el

aparcamiento delante de la tienda, en todas esas situaciones las diferencias entre nosotros se reducían y Susanne y Margrethe eran como una especie de camaradas. Pero los fines de semana era diferente, podíamos ir al cine a la ciudad o quedarnos en el sótano de algún amigo o amiga comiendo pizza y bebiendo Coca-Cola, viendo la televisión o escuchando música estrechamente abrazados. En esas situaciones aquello en lo que todos pensábamos estaba más cerca. Lo que sólo unas semanas antes había sido un gran paso, el beso, cuyo procedimiento Jan Vidar y yo habíamos discutido, los detalles prácticos, como por ejemplo a qué lado de ella era mejor sentarse, qué podíamos decir para iniciar ese proceso que acabaría en el beso, o si tal vez sería mejor simplemente besar sin decir nada, ese paso, digo, ya había finalizado hacía tiempo y en gran medida había sido mecanizado; después de haber comido la pizza o la lasaña, las chicas se sentaban sobre nuestras rodillas, y empezábamos a meternos mano. A veces también nos tumbábamos en el sofá, una pareja a cada lado, cuando sabíamos que no aparecería nadie. Un viernes por la noche Susanne estaba sola en casa. Jan Vidar fue a mi casa en bicicleta, desde allí nos fuimos por la orilla del río y cruzamos el pequeño puente hasta la casa donde vivía ella, y donde las dos nos estaban esperando. Los padres de Susanne nos habían hecho una pizza. Nos la comimos. Susanne se sentó sobre mis rodillas, Margrethe sobre las de Jan Vidar, en la cadena de música sonaba *Telegraph Road* de Dire Straits, Susanne y yo nos estábamos metiendo mano, lo mismo que Jan Vidar y Margrethe, durante algo que pareció una eternidad en ese salón. *Te amo, Karl Ove*, me susurró al cabo de un rato al oído. *¿Vamos a mi habitación?* Asentí con un gesto de la cabeza y nos levantamos, cogidos de la mano.

—Nosotros nos vamos a mi cuarto —dijo a los otros dos—. Así estaréis más tranquilos.

Nos miraron y asintieron. Siguieron metiéndose mano. El pelo largo y negro de Margrethe cubría casi del todo el rostro de Jan Vidar. Él le acariciaba la espalda, por lo demás, estaba inmóvil. Susanne me sonrió, apretándome la mano con más fuerza, y me condujo por el pasillo hasta su habitación, que estaba a oscuras. Hacía más frío allí dentro. Había estado allí antes, me gustaba estar en su cuarto, aunque sus padres siempre habían estado en casa, y nosotros en un principio no hacíamos nada más de lo que solíamos hacer Jan Vidar y yo, es decir, charlar, y luego íbamos al salón a ver la televisión con

sus padres, nos comíamos un sándwich en la cocina, o dábamos largos paseos a lo largo del río. No estábamos en el oscuro cuarto de Jan Vidar, que olía a sudor y donde había amplificador y equipo estéreo, guitarra y discos, revistas sobre guitarra y cómics, sino en la luminosa habitación de Susanne, que olía a perfume, con papel blanco de flores en las paredes, colcha bordada en la cama, estantería blanca con objetos decorativos y libros, y armario blanco con su ropa ordenadamente colocada y colgada. Cuando veía uno de sus vaqueros azules en el armario o colgados en la silla, tragaba saliva, porque ella iba a ponerse esos pantalones sobre los muslos, sobre sus caderas, se subiría la cremallera y se abrocharía el botón. Su habitación estaba llena de esas promesas que yo apenas me atrevía a formular para mis adentros, pero que levantaban oleadas de sensaciones en mí. También había otras razones para que me sintiera a gusto en esa casa. Sus padres, por ejemplo, se mostraban siempre amables, y había algo en esa familia que me daba a entender que contaban conmigo. Yo era alguien en la vida de Susanne, alguien sobre quien hablaba a sus padres y a su hermana pequeña.

Se acercó a la ventana y la cerró. Había niebla, incluso las luces de la casa vecina habían desaparecido casi del todo dentro de lo gris. Por la calle pasaron unos coches, se oía el martilleo de sus radios. Luego se hizo de nuevo el silencio.

—Vale —dije.

Ella sonrió.

—Vale —dijo ella, sentándose en el borde de la cama. Yo no esperaba nada, nada más que poder estar tumbados en lugar de estar sentados el uno encima del otro. Una vez le metí la mano por dentro del chaquetón y la puse sobre uno de sus pechos, aquella vez ella dijo que no, y yo retiré la mano. En su «no» no había un tono agresivo ni de reproche, más bien fue como si constatará algo, como si remitiera a una ley que estaba por encima de nosotros. Nos metíamos mano, eso era lo único que hacíamos, y aunque yo siempre estaba dispuesto cuando nos veíamos, enseguida me hartaba. Al cabo de un rato solía aparecer un sentimiento casi nauseabundo, porque había algo ciego y reprimido en tanto meterse mano, todo dentro de mí añoraba un camino para salir de aquello, un camino que yo sabía que existía, pero que no se podía tomar. Yo quería seguir, pero siempre tenía que quedarme ahí, en el valle de las lenguas que se retorcían y de ese pelo que siempre me caía sobre

la cara.

Me senté a su lado. Me sonrió. La besé. Susanne cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás en la cama. Me puse encima de ella, sentí su delicado cuerpo debajo del mío, ella gimió por lo bajo, ¿acaso yo pesaba demasiado? Opté por tumbarme a su lado, con mi pierna sobre la suya. Le acaricié el hombro y el brazo. Cuando llegué a sus dedos, me apretó la mano con fuerza. Eché la cabeza hacia atrás y abrí los ojos. Ella me miraba. Su rostro, blanco en la penumbra, estaba serio. Me incliné y le besé el cuello. Era algo que nunca había hecho. Apoyé la cabeza en su pecho. Ella me acarició el pelo. Oía latir su corazón. Le acaricié las caderas. Ella se retorció un poco. Le levanté el jersey y le puse la mano en el vientre. Me incliné para besarla. Agarró el borde del jersey y se lo subió lentamente. No daba crédito a mis ojos. Allí, justo delante de mí, estaban sus pechos desnudos. En el salón, volvió a sonar *Telegraph Road*. No vacilé y cerré mi boca sobre sus pechos. Primero uno, luego el otro. Froté mis mejillas contra ellos, los lamí, los chupé, al final puse las manos sobre ellos y la besé a ella, de quien me había olvidado por completo unos segundos. Mis sueños y fantasías no habían ido más allá de ese punto, y ya me encontraba allí, pero al cabo de diez minutos en ese punto me invadió la misma sensación de saciedad, de pronto tampoco eso era suficiente por muy grande que fuera, quería seguir camino nos llevara a donde nos llevara, e hice un intento, empecé a jugar con el botón de su pantalón. Se abrió, ella no dijo nada, seguía tumbada con los ojos cerrados, y el jersey subido hasta la barbilla. Le desabroché el botón de la bragueta. Apareció la braga blanca. Tragué saliva. Agarré sus pantalones por las caderas y tiré de ellos hacia abajo. Ella no dijo nada. Se limitó a retorcerse un poco para facilitarme la labor. Cuando ya los había bajado hasta las rodillas, puse la mano sobre su braga. Noté el vello suave debajo. *Karl Ove*, dijo ella. Yo me puse de nuevo encima de ella, nos besamos, y mientras nos besábamos le bajé la braga, no mucho, pero lo suficiente como para meter un dedo dentro que se deslizó por el vello, y en el instante en que noté algo húmedo y liso contra la punta del dedo, fue como si algo se rasgara dentro de mí. Como si un dolor me recorriera el vientre, y luego una especie de espasmos sacudiendo mis partes bajas. Al instante siguiente todo me era ajeno. De un momento para otro sus pechos y sus muslos desnudos perdieron para mí todo sentido. Pero pude ver que ella no lo vivió así, seguía como antes, con los ojos cerrados, la boca

medio abierta, respirando con dificultad, en medio de todo eso donde también yo había estado unos instantes antes, pero como he dicho, ya no.

—¿Qué pasa? —preguntó Susanne.

—Nada —contesté—. Tal vez deberíamos volver con ellos.

—No —dijo ella—. Espera un poco.

—De acuerdo.

Y seguimos. Estábamos yendo muy lejos, pero eso no despertó nada en mí, igual podría haber estado preparándome un sándwich, le besé los pechos, y nada se despertó en mí, todo era extrañamente neutral, los pezones eran pezones, la piel piel, el ombligo ombligo, pero entonces, para mi asombro y alegría, todo en ella cambió tan repentinamente como antes, y de nuevo no había nada más deseable para mí que seguir besándola hasta donde podía llegar.

Entonces llamaron a la puerta.

Nos incorporamos, ella consiguió subirse rápidamente los pantalones y bajarse el jersey.

Era Jan Vidar.

—¿Venís? —preguntó.

—Sí —contestó Susanne—. Ahora vamos. Esperad un momento.

—Son las diez y media —dijo él—. Prefiero marcharme antes de que lleguen tus padres.

Mientras Jan Vidar metía los discos en las fundas y luego en la bolsa de plástico, yo me encontré con la mirada de Susanne y le sonreí. Cuando ya estábamos en la entrada con los chaquetones puestos, a punto de despedirnos de las chicas con un beso, ella me guiñó un ojo y dijo:

—¡Hasta mañana!

Fuera estaba lloviznando. Era como si la luz de las farolas se fusionaran con cada una de las minúsculas partículas de agua, formando grandes círculos como si de aureolas se tratara.

—¿Bueno? —pregunté—. ¿Qué tal?

—Como siempre —contestó Jan Vidar—. Nos besamos y ya está. No sé si quiero seguir con ella mucho más tiempo.

—Entiendo —dije—. No estás lo que se dice enamorado.

—¿Lo estás tú?

Me encogí de hombros.

—Puede que no.

Llegamos hasta la carretera principal y la seguimos valle arriba. A un lado había una granja, la tierra empapada que brillaba bajo la luz junto a la carretera desaparecía más adentro en la oscuridad, y no volvía a aparecer hasta el granero, que estaba muy iluminado. Al otro lado había un par de casas viejas con jardines que bajaban hacia el río.

—¿Qué tal te ha ido a ti? —preguntó Jan Vidar.

—Bastante bien —contesté—. Se quitó el jersey.

—¿Qué dices? ¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

—¡Mientes, cabrón! No se quitó el jersey.

—Sí.

—Susanne no.

—Sí.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le besé los pechos. ¿Qué si no?

—Maldito cabrón. No me lo creo.

—Pues sí.

Fui incapaz de contarle que también se había quitado la braga. Si él lo hubiera conseguido con Margrethe, se lo habría dicho. Pero al no ser así, no quería parecer demasiado triunfador. Por otra parte, él nunca me habría creído. Nunca.

Apenas me lo creía yo.

—¿Cómo eran? —preguntó.

—¿El qué?

—¡Los pechos, claro!

—Estaban bien. De buen tamaño y firmes. Erectos, aunque ella estaba tumbada.

—Maldito cabrón. No es verdad.

—Que sí, coño.

—Joder.

Y no dijimos nada más en un rato. Cruzamos el puente colgante por donde el río, brillante y negro, se hinchaba en silencio, luego fuimos por el campo de fresas hasta llegar al camino asfaltado, que, tras una pronunciada

curva, subía por un puerto empinado con los oscuros abetos inclinándose sobre nosotros, y tras un par de curvas, pasamos por delante de nuestra casa. Todo estaba oscuro, pesado y mojado, excepto la conciencia de lo que había sucedido, que se metió dentro de mí, sacando mis burbujeantes pensamientos a la luz. Jan Vidar se había quedado satisfecho con mi explicación, y yo me moría de ganas de contarle que los pechos de Susanne no era todo, que también habían sucedido más cosas, pero en cuanto veía su cara de amargura, me callaba. Y estaba bien, también era bonito tener un secreto con Susanne. Al mismo tiempo me preocupaban los espasmos. Yo apenas tenía pelos en la picha, sólo uno o dos, largos y negros, lo demás era más bien pelusa, y tenía mucho miedo de que eso llegara a oídos de las chicas, y sobre todo de Susanne. Sabía que no podía acostarme con nadie hasta que no me hubiera salido el vello, de manera que interpreté el espasmo como una falsa satisfacción, como que había sobrepasado lo que mi picha realmente me permitía. Que por eso me había dolido. Que me había sobrevenido una especie de satisfacción sexual «seca». Que yo supiera, podría ser peligroso. Por otra parte, mis calzoncillos estaban mojados. Podría tratarse de pis, también podría ser semen. Incluso sangre, tal vez. Las dos últimas posibilidades me parecían poco probables, pues no estaba sexualmente maduro, y no había notado ningún dolor en el vientre hasta ese instante. Pero, fuera como fuera, me había dolido, y eso me preocupaba.

Jan Vidar tenía su bicicleta aparcada delante de nuestro garaje, nos quedamos charlando un rato, luego él se fue en bici a su casa y yo entré en la mía. Yngve estaba en casa ese fin de semana, por la ventana lo vi en la cocina con mi madre. Mi padre estaría en el apartamento del granero. Me quité el chaquetón y me fui al cuarto de baño, cerré la puerta con llave, me bajé los pantalones hasta las rodillas, levanté el borde del calzoncillo y metí el dedo índice hasta la tela mojada. Estaba pegajoso. Me llevé el dedo a la cara, lo froté contra el pulgar. Brillante y pegajoso. Olía a mar.

¿A mar?

Tendría que ser semen, ¿no?

Claro que era semen.

Estaba sexualmente maduro.

Lleno de júbilo entré en la cocina.

—¿Quieres pizza? Te hemos guardado unos trozos —dijo mi madre.

—No, gracias. He cenado allí.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí, sí —contesté, incapaz de no sonreír.

—Pero si el tío tiene las mejillas encendidas —dijo Yngve—. ¿Es de felicidad, o qué?

—Podrías invitar a esa chica un día a casa —dijo mi madre.

—Lo haré —contesté, sin parar de sonreír.

Mi relación con Susanne acabó unas semanas más tarde. Yo tenía desde hacía tiempo un acuerdo con mi mejor amigo de Tromøya, Lars, que consistía en intercambiar fotos de las chicas más guapas de allí con las chicas más guapas de mi zona. No me preguntéis por qué. Me había olvidado de todo cuando una tarde recibí por correo un sobre con fotos. Las fotos de pasaporte de Lene, Beate, Ellen, Siv, Bente, Marianne, Anne Lisbet o como se llamaran todas. Eran las chicas más guapas de Tromøya. Ahora yo tendría que procurarle fotos de las chicas más guapas de Tveit. Durante unos días me asesoré con Jan Vidar sobre el asunto, y conseguimos hacer una lista. Lo siguiente era conseguir las fotos. A algunas se las podía pedir directamente, como por ejemplo a Susann, la amiga de la hermana de Jan Vidar, que era demasiado mayor para que tuviera que preocuparme por lo que pensara, luego podría decirle a Jan Vidar que les pidiera fotos a sus amigas. Yo, por mi parte, estaba como atado, porque pedir una foto equivalía a mostrar interés por la chica, y como yo salía con Susanne, tal interés sería lo suficientemente inapropiado como para acabar mal. Pero había otros métodos. Puede que Per, por ejemplo, tuviera una foto de Kristin, que iba a la misma clase que él. La tenía, y de esa forma había conseguido ya seis fotos. Más que de sobra, pero faltaba la joya de la corona, la más guapa de todas, Inger, cuya foto me encantaría enseñarle a Lars. E Inger era prima de Susanne...

Una tarde saqué la bicicleta del garaje y me fui a casa de Susanne. No habíamos quedado, y ella pareció alegrarse cuando me abrió la puerta. Saludé a sus padres, fuimos a su habitación y nos sentamos a discutir lo que haríamos, sin llegar a ninguna conclusión, charlamos un poco del instituto y de los profesores, antes de que yo, como de paso, expusiera el tema. ¿Tendría ella una foto de Inger para darme?

Se puso rígida sentada en la cama, y me miró fijamente, como si no me

entendiera.

—¿De Inger? —preguntó por fin—. ¿Para qué la quieres?

No había pensado que la cosa pudiera causar problemas. Al fin y al cabo estaba con Susanne y, ya que se lo pedía precisamente a ella, no podía pensar que mis intenciones no fuesen honestas.

—No te lo puedo decir —dije.

Y era verdad. Si le contara que iba a mandar fotos de las ocho tías más buenas de Tveit a un compañero de Tromøya, Susanne esperaría estar entre las ocho, pero no estaba, y eso no podía decírselo.

—No te daré una foto de Inger si no me dices para qué la quieres —recalcó.

—No puedo —dije—. ¿No puedes simplemente darme una foto? No es para mí, si es eso lo que crees.

—¿Entonces para quién es?

—No te lo puedo decir —contesté.

Se levantó. Vi que estaba furiosa. Todos sus movimientos eran breves, como acortados, como si ya no quisiera darme el placer de verlos desarrollados, y con ello participar en su amable superabundancia.

—Te gusta Inger, ¿a que sí?

No contesté.

—¡Karl Ove! Te gusta, ¿verdad? Se lo he oído decir a mucha gente.

—Olvidemos esa foto —dije—. Olvídala.

—¿Así que es verdad?

—No —contesté—. Tal vez me gustara al principio, cuando llegué a Tveit, pero ya no.

—¿Entonces para qué quieres la foto?

—No te lo puedo decir.

Ella se echó a llorar.

—Claro que es verdad —dijo—. Te gusta Inger. Lo sé. Lo sé.

Se me ocurrió pensar que si Susanne lo sabía, también lo sabría Inger.

Una especie de luz se encendió dentro de mí. Si ella lo sabía, no sería tan complicada una aproximación. En una fiesta escolar, por ejemplo, podría sacarla a bailar, y ella sabría lo que había detrás, sabría que no sólo era una de tantas. Podría incluso ser que eso despertara su interés por mí.

Susanne se acercó sollozando al escritorio al otro extremo de la

habitación, y abrió el cajón.

—Aquí tienes la foto —dijo—. Cógela. No quiero volver a verte por mi casa.

Con una mano se tapó la cara y con la otra me alcanzó la foto de Inger. Le temblaban los hombros.

—No es para mí —dije—. Te lo prometo. No soy yo quien la pide.

—Eres un cabrón de mierda —me insultó—. ¡Vete!

Cogí la foto.

—¿Entonces ya no somos novios? —pregunté.

Desde esa Nochevieja de viento y frío polar en que me quedé en la cama leyendo, esperando a que empezaran las celebraciones, habían transcurrido ya dos años. Susanne encontró a otro sólo unos meses después. Se llamaba Terje, era bajo, un poco gordo, llevaba permanente y un bigote estúpido. Me resultó incomprendible que ella pudiera permitir que un tipo como él me sustituyera. Era cierto que tenía dieciocho años, y era cierto que tenía coche, en el que iban los dos por las tardes y los fines de semana, pero de todos modos, ¿él mejor que yo? ¿Un tipo bajo, gordo y con bigote? Pues si era así, Susanne me daba igual. Eso pensé entonces y eso pensaba todavía. Pero ya no era un niño, tenía dieciséis años, ya no iba al colegio de Ve, sino al Instituto de Bachillerato Superior de Kristiansand.

Fuera se oyó el sonido estridente, como oxidado, de la puerta del garaje al abrirse. El golpe seco al bloquearse, el coche que arrancó y fue al ralenti unos instantes. Me acerqué a la ventana y me quedé allí hasta ver desaparecer en la curva los faros traseros rojos. Luego bajé a la cocina y puse a hervir una olla con agua, saqué unos fiambres navideños, jamón, cabeza de cerdo, carne de cordero, paté, corté unas rebanadas de pan, fui al salón a por el periódico, lo desplegué en la mesa y me senté a leerlo mientras comía. Fuera ya era noche cerrada. Con el mantel rojo en la mesa y las velas encendidas en la ventana, la cocina resultaba bastante acogedora. Cuando hirvió el agua, enjuagué la tetera con agua caliente, metí unas cuantas hojas de té y eché el agua hirviendo encima, mientras gritaba al aire:

—Mamá, ¿quieres un té?

No recibí respuesta.

Me senté y seguí comiendo. Al cabo de un rato levanté la tetera y me

serví el té, que subía por las paredes blancas de la taza, marrón oscuro, casi como madera. Un par de hojas se quedaron flotando, las demás se posaron como una alfombra negra en el fondo. Eché leche, tres cucharaditas de azúcar, removí, esperé a que las hojas se hubiesen vuelto a posar en el fondo y bebí.

Mmm.

Por la calle pasó una máquina quitanieves emitiendo destellos. Luego se abrió la puerta. Oí el sonido de zapatos que se limpiaban de nieve en el umbral y me volví justo a tiempo de ver entrar a mi madre con una brazada de leña y envuelta en la chaqueta de piel de cordero de mi padre, que le estaba demasiado grande.

¿Por qué se ponía la ropa de mi padre? No era propio de ella.

Fue al salón sin mirar en mi dirección. Tenía nieve en el pelo y en las solapas. La cesta de leña crujía.

—¿Quieres un poco de té? —le pregunté cuando volvió.

—Gracias, me vendrá bien —contestó—. Sólo voy a quitarme la chaqueta.

Me levanté y fui a por una taza para ella, la coloqué al otro lado de la mesa y serví el té.

—¿Dónde has estado? —le pregunté cuando se sentó.

—He ido a por leña —contestó.

—Pero antes de eso. Llevo aquí un buen rato. No habrás tardado veinte minutos en ir a por leña, ¿no?

—Ah. He cambiado una bombilla de las luces del abeto, así que ya luce de nuevo.

Me volví y miré por la ventana de la otra habitación. El abeto brillaba en la oscuridad.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté.

—No, todo está listo. Me falta planchar una blusa. Y sólo queda por hacer la comida. Pero eso lo hará papá.

—¿No te importa planchar mi camisa ya que te pones? —le pregunté.

Mi madre asintió.

—Déjala encima de la tabla.

Al terminar de comer subí a mi habitación, encendí el amplificador, enchufé la guitarra y me puse a tocar un rato. Me encantaba el olor que

desprendía el amplificador cuando se calentaba, casi era razón suficiente para tocar. También me encantaban todas esas cosas que hacían falta para tocar la guitarra; el pedal de fuzz y el de coro, los cables y las clavijas, el plectro y los paquetes de cuerdas, el cuello de botella, la cejilla, el estuche de la guitarra, con su parte interior forrada y sus muchos pequeños apartados. Me encantaban las marcas Gibson, Fender, Hagström, Rickenbacker, Marshall, Music Man, Vox y Roland. Iba con Jan Vidar a las tiendas de música, estudiando con aire de experto las guitarras. Para la mía —una imitación barata de stratocaster, que me había comprado con el dinero que me habían regalado para la confirmación— había encargado por correo unos nuevos pick-ups llamados State of the Art y una nueva púa de bandeja que había visto en un catálogo de Jan Vidar. Todo eso estaba muy bien. Pero yo no era un buen guitarrista. Aunque llevaba un año y medio tocando regular y concienzudamente, había hecho muy pocos progresos. Me sabía todas las posiciones de las manos, y había ensayado hasta el infinito las distintas escalas, pero no lograba librarme de ellas, no lograba *tocar*, no había ninguna relación entre mis pensamientos y mis dedos, como si los dedos no se relacionaran conmigo, sino sólo con sus escalas, por las que podían subir y bajar, y lo que salía entonces del amplificador no tenía nada que ver con la música. Podía pasarme uno o dos días copiando un solo, tono por tono, luego sabía tocarlo, pero nada más, la cosa siempre quedaba ahí. A Jan Vidar le pasaba lo mismo. Pero él era aún más ambicioso que yo, ensayaba muchísimo, de hecho, en determinadas épocas no hacía más que tocar, pero por su amplificador no salían más que escalas y copias de los solos de otros. Se afilaba las uñas para que le resultara más cómodo tocar, se dejó crecer la uña del pulgar derecho para usarla como plectro, se compró una especie de instrumento de ensayar para los dedos, que apretaba todo el rato para fortalecerlos, reconstruyó por entero su guitarra, y, con su padre, que era ingeniero electrónico en Kjevik, experimentó con una especie de sintetizador casero para guitarras. Yo iba a menudo a su casa con el estuche de la guitarra colgando de una mano y llevando la bicicleta con la otra, y aunque lo que tocábamos en su cuarto no sonaba de maravilla, era sin embargo bueno, porque yo al menos me *sentía* un músico cuando llevaba el estuche de la guitarra, todo tenía muy buena pinta, y aunque aún no habíamos llegado a donde deberíamos estar, las cosas podían cambiar. El futuro nos era desconocido, no podíamos saber cuánto tendríamos que ensayar hasta que

empezara a notarse, ¿un mes?, ¿medio año?, ¿un año? Mientras tanto tocábamos, hasta conseguimos formar una especie de banda; un tal Jan Henrik, de séptimo, sabía tocar la guitarra, al menos un poco, y aunque llevaba zapatos náuticos y ropa pija, además de usar gomina, le preguntamos si quería tocar el bajo con nosotros. Aceptó y a mí, que era el peor guitarrista, me dejaron tocar la batería. El verano que terminamos octavo, el padre de Jan Vidar nos llevó en su coche a Evje a recoger una batería de segunda mano que habíamos comprado entre los dos a muy buen precio, y nos pusimos manos a la obra. Hablamos con el director del instituto, que nos dejó usar un local, y una vez por semana colocábamos la batería y los amplificadores, y tocábamos.

Cuando me mudé allí el año anterior oía grupos como The Clash, The Police, The Specials, Teardrop Explodes, The Cure, Joy Division, New Order, Echo & The Bunnymen, The Chameleons, Simple Minds, Ultravox, The Aller Værste, Talking Heads, The B-52's, PiL, David Bowie, The Psychedelic Furs, Iggy Pop, Velvet Underground, todo gracias a Yngve, que no sólo gastaba todo el dinero que tenía en música, sino que también tocaba la guitarra, con un sonido y un estilo muy personales, y que además componía sus propias canciones. En Tveit no había nadie que hubiese oído hablar siquiera de esos grupos. Jan Vidar, por ejemplo, escuchaba bandas como Deep Purple, Rainbow, Gillan, Whitesnake, Black Sabbath, Ozzy Osbourne, Def Leppard, Judas Priest. Resultaría imposible hacer que esos dos mundos se encontrasen, y ya que el interés por la música era lo que teníamos en común, uno de los dos tenía que ceder. Fui yo. No es que llegara a comprar discos de alguno de aquellos grupos, pero los escuchaba en casa de Jan Vidar y me esforcé por conocerlos, y a mis propios grupos, que en aquella época eran extremadamente importantes para mí, los escuchaba cuando estaba solo. Luego había unas cuantas bandas intermedias, que nos gustaban tanto a él como a mí, en primer lugar Led Zeppelin, pero también Dire Straits, en el caso de Jan Vidar debido a la guitarra. Lo que más discutíamos era el sentimiento contra la técnica. Jan Vidar compraba a veces discos de Lava, porque eran buenos músicos, y tampoco despreciaba a Toto, que en esa época grabó sus dos éxitos, pero yo, por mi parte, odiaba de todo corazón lo «perfecto», iba en contra de lo que había aprendido leyendo las revistas de música de mi hermano, en las que los habilidosos eran el enemigo, y lo casero, lo enérgico y lo vigoroso, lo ideal. Pero por mucho que discutiéramos sobre ello, y por

muchas horas que pasáramos en tiendas de música o inclinados sobre el catálogo de pedidos por correo, no conseguimos mejorar el grupo, seguíamos siendo muy flojos con nuestros instrumentos, y no éramos lo suficientemente listos para compensarlo, componiendo por ejemplo nuestras propias canciones, sino que seguíamos tocando las canciones más manidas y faltas de estilo de todas, *Smoke on the Water*, de Deep Purple, *Paranoid*, de Black Sabbath, *Black Magic Woman*, de Santana, además de *So Lonely*, de The Police, que pudo ser incluida en el repertorio porque Yngve me había enseñado los acordes.

Éramos un caso desesperado, estábamos perdidos, no había la más mínima posibilidad de que algún día llegáramos a formar una verdadera banda, ni siquiera seríamos capaces de actuar en una fiesta de nuestra clase del instituto, pero aunque así fuera, nosotros nunca lo vivimos de esa manera. Al contrario, aquello era lo que daba sentido a nuestra vida. No era mi música, sino la de Jan Vidar, que iba en contra de lo que era mi música ideal, y sin embargo aposté todo por ella. Lo que ensayé en el instituto de Ve en 1983 fue precisamente la introducción a *Smoke on the Water*, la encarnación de la estupidez, la antítesis de lo bueno: primero la guitarra, luego el címbalo, chiquitiqui, chiquitiqui, chiquitiqui, luego el bombo, bang, bang, bang, luego el sharp, tic, tic, tic, y luego ese estúpido cambio del bajo, cuando solíamos mirarnos y sonreír, mientras movíamos la cabeza y nos mecíamos con las piernas al empezar el estribillo, todo totalmente carente de sincronización. No teníamos vocalista. Pero cuando Jan Vidar empezó a estudiar formación profesional, oyó hablar de un batería en Hånes, sólo iba a octavo, pero tendría que servir, cualquier cosa serviría, y además el chico tenía acceso a un local de ensayo, con una batería y juego de voces y todo, así que a eso habíamos llegado: yo, estudiante de primero de bachillerato superior, que soñaba con una vida dedicada a la música indie, pero que no tenía oído musical, tocaba la guitarra rítmica; Jan Vidar, alumno del ramo de pastelería, que ensayaba lo suficiente para convertirse en un Yngwie Malmsteen, un Eddie van Halen o un Richie Blackmore, pero que era incapaz de superar los ejercicios de dedos, tocaba la guitarra de solista; Jan Henrik, con quien preferíamos no tener nada que ver fuera de la banda, tocaba el bajo, y Øyvind, un chico fuerte y alegre de Hånes, sin ambiciones, tocaba, si se puede decir que tocaba algo, la batería. *Smoke on the Water*, *Paranoid*, *Black Magic Woman*, *So Lonely*, y con el

tiempo también *Ziggy Stardust* y *Hang on to Yourself*, del temprano Bowie, de la que Yngve me había enseñado los acordes. Nada de vocalista, sólo instrumentos. Cada fin de semana. Estuches de guitarra en el autobús, largas conversaciones sobre música e instrumentos en la playa, en los bancos delante de la tienda, en la habitación de Jan Vidar, en el café del aeropuerto, en el centro, poco a poco también grabaciones que analizábamos a fondo en nuestros intentos, vanos y condenados al fracaso de antemano, de elevar el conjunto al nivel que teníamos en mente.

Un día me llevé al instituto una cinta con grabaciones de nuestros ensayos. Me pasé el recreo escuchándolas con los cascos puestos, mientras me preguntaba a quién podía hacérselas oír. A Bassen no, pues tenía el mismo gusto musical que yo, y eso era algo totalmente diferente que no entendería. ¿Tal vez a Hanne? Ella cantaba y me gustaba mucho. Pero sería un riesgo demasiado grande. Ella sabía que yo tocaba en un grupo, lo que se consideraba algo bueno, casi sagrado, pero podría estropearse si escuchaba lo que realmente tocábamos. ¿Pål? Sí, él podría escucharlas. También tocaba en un grupo, se llamaban Vampire, tocaban muy deprisa, inspirados por Metallica. Pål, que normalmente era tímido, sensible y delicado al límite de lo femenino, que vestía ropa negra de cuero, tocaba el bajo y en el escenario gritaba como el mismísimo diablo, entendería lo que estábamos haciendo. De modo que en el siguiente recreo me acerqué a él, le dije que habíamos grabado unos temas el fin de semana, y si le importaría escucharlos y decir lo que opinaba. Claro que sí. Se puso los cascos y pulsó el play mientras yo observaba su cara emocionado. Sonrió y me miró con cara de interrogación. Al cabo de unos minutos se echó a reír y se quitó los cascos.

—¿Pero esto qué es, Karl Ove? —dijo—. Esto no es nada. ¿Por qué me das la lata con esto? ¿Por qué quieres que lo escuche? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

—Pero si no sabéis tocar. Y no cantáis. ¡No es nada! —exclamó extendiendo los brazos.

—Podemos mejorar —dije.

—Déjalo —dijo él.

¿Acaso crees que tu grupo es tan jodidamente bueno?, estuve a punto de decirle, pero no lo hice.

—Vale, vale —fue lo que dije en alto—. Gracias de todos modos.

Volvió a reírse, a la vez que me miraba extrañado. Nadie entendía a Pål, porque toda esa música metálica que tocaba y todas esas cutreces a las que se dedicaba y de las que la clase se reía, encajaban muy mal con su timidez, que a su vez encajaba mal con esa franqueza casi ilimitada que a veces mostraba, como si no tuviera miedo de nada. Por ejemplo, un día apareció con un poema que unos años antes le habían publicado en la revista de chicas *Det Nye*, en la que también lo habían entrevistado. Franco, desvergonzado, sensible, tímido, agresivo, cochino. Ése era Pål. Que fuera precisamente él quien escuchara a nuestro grupo estuvo en cierto modo bien, porque Pål no significaba nada, de lo que se reía no tenía ninguna importancia. De modo que me metí tranquilamente el walkman en el bolsillo y entré en clase. Tendría razón en decir que no tocábamos muy bien. ¿Pero desde cuándo era importante tocar bien? ¿No había oído hablar del punk? ¿De la New Wave? Ninguno de esos grupos tocaba bien. Pero tenían agallas. Fuerza. Alma. Presencia.

Al poco tiempo, a principios del otoño de 1984, recibimos nuestro primer encargo. Øyvind lo organizó. El centro comercial de Hånes cumplía cinco años, y el cumpleaños se celebraría con globos, tarta y música. Iban a actuar los hermanos Bøksle, conocidos en toda la región por sus interpretaciones de canciones locales durante dos décadas. Y el director del centro quería contar con algo local, preferiblemente algo relacionado con la juventud, y en ese deseo nosotros encajábamos perfectamente, ya que ensayábamos en el instituto, a sólo unos cientos de metros del centro comercial. Tocaríamos durante veinte minutos y nos pagarían quinientas coronas por el trabajo. Abrazamos a Øyvind cuando nos lo dijo. Joder, por fin nos tocaba el turno a nosotros.

Las dos semanas que faltaban para llevar a cabo el encargo transcurrieron muy deprisa. Hicimos varios ensayos, tanto todo el grupo como Jan Vidar y yo solos, discutimos hasta la saciedad el orden de los temas, nos apresuramos a comprar cuerdas nuevas para que estuvieran listas, decidimos la ropa que nos íbamos a poner, y cuando llegó el gran día, quedamos en el local de ensayo con el fin de repasar todos los temas antes del concierto, porque aunque éramos conscientes de que eso implicaba cierto riesgo de que nos quemáramos antes del momento de la verdad, llegamos a la conclusión de que era más importante sentirnos seguros con lo que íbamos a tocar.

Ah, qué bien me sentía cuando crucé la plazoleta asfaltada que había delante del centro comercial con el estuche de la guitarra en la mano. El equipo ya estaba montado a un lado del pasaje que desembocaba en la plazoleta. Øyvind estaba montando la batería, Jan Vidar estaba afinando la guitarra con el nuevo afinador que había comprado para la ocasión. Unos niños lo observaban. Enseguida me observarían también a mí. Llevaba el pelo cortado al cero e iba vestido con una chaqueta militar verde, vaqueros negros, cinturón de pinchos y zapatos azules y blancos de béisbol. Y llevaba, como ya he dicho, el estuche de la guitarra en la mano.

Al otro lado del pasaje estaban cantando los hermanos Bøksle. Un pequeño grupo de personas, tal vez diez, se había parado a mirar. Otras muchas pasaban, yendo o viniendo de las tiendas. Hacía viento y algo relacionado con él me hizo pensar en el concierto de Los Beatles sobre el tejado del edificio Apple en 1970.

—¿Todo bien? —le pregunté a Jan Vidar, dejando el estuche de la guitarra en el suelo, luego saqué la cinta de colgar el instrumento y me la puse al hombro.

—Sí, sí —contestó—. ¿Enchufamos ya? ¿Qué hora es, Øyvind?

—Y diez.

—Faltan diez minutos. Esperemos un poco. Cinco minutos. ¿De acuerdo?

Se acercó al amplificador y bebió un trago de Coca-Cola. Se había enrollado un pañuelo alrededor de la frente. Por lo demás llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca con los faldones por fuera.

Los hermanos Bøksle cantaban.

Eché un vistazo a la lista del orden de los temas que habíamos pegado en la parte de atrás del amplificador.

Smoke on the Water Paranoid

Black Magic Woman

So Lonely

—¿Me dejas el afinador? —le pregunté a Jan Vidar. Me lo alcanzó, y enchufé los cables. La guitarra estaba afinada, pero de todos modos ajusté un poco las clavijas. Entraron varios coches en el aparcamiento, para luego circular despacio en busca de una plaza libre. En cuanto las puertas se abrieron, los niños en los asientos de atrás se prepararon para bajarse de un salto, dando tumbos por el asfalto antes de dar la mano a sus padres y venir con ellos hacia nosotros. Todo el mundo nos miraba al pasar, pero nadie se detenía.

Jan Henrik enchufó el bajo al amplificador y tiró con fuerza de la cuerda. El asfalto retumbó.

BUM.

BUM. BUM. BUM.

Los hermanos Bøksle nos miraban mientras cantaban. Jan Henrik se acercó al amplificador y ajustó el volumen. Tocó un par de tonos más.

BUM. BUM

Øyvind dio unos golpes en los tambores. Jan Vidar tocó un acorde en la guitarra. Jodidamente alto. Toda la gente que se encontraba en la plaza miró hacia donde estábamos.

—¡Eh, vosotros! ¡Dejad de hacer eso! —gritó uno de los hermanos Bøksle.

Jan Vidar los miró desafiante, antes de darse la vuelta y dar otro trago de Coca-Cola. Había sonido en el amplificador del bajo, había sonido en el amplificador de la guitarra de Jan Vidar. ¿Y en el mío? Bajé el sonido de la guitarra, toqué un acorde, subí lentamente el volumen hasta que pareció que el amplificador daba un golpe de sonido y lo volví a subir, mientras miraba fijamente a esos dos hombres con guitarras al otro lado del pasaje, que sonrientes y con las piernas bien separadas cantaban sus tiernas canciones sobre gaviotas, barcas y puestas de sol. Cuando ellos me miraron con unos ojos que difícilmente pueden describirse con otra palabra que enloquecidos, volví a bajar el sonido. Teníamos sonido, todo estaba en orden.

—¿Qué hora es? —pregunté a Jan Vidar, cuyos dedos subían y bajaban por el mástil de la guitarra.

—Y veinte —contestó.

—Idiotas de mierda —dije—. Deberían haber acabado ya.

Los hermanos Bøksle representaban todo lo que yo aborrecía, lo respetable, lo acogedor, lo burgués, y lo único que quería era volver a subir el volumen y quitarlos de en medio. Hasta entonces mi rebelión había consistido en defender opiniones diferentes en mi clase del instituto, a veces poniendo la cabeza sobre el pupitre y durmiendo, y un día que tiré una bolsa de papel vacía en la acera y un señor mayor me pidió que la recogiera, le dije que la cogiera él si tanto le molestaba, coño. Cuando me volví, dejando atrás al hombre, el corazón me latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. Por lo demás, todo estaba en la música, el mero hecho de escuchar la música que escuchaba, es decir, grupos anticomerciales, underground, sin concesiones, me convertía en un rebelde, en alguien que no aceptaba lo existente pero que luchaba para que cambiara. Y cuanto más subía el volumen, más me acercaba a mi meta. Había comprado un cable más largo de lo normal para la guitarra, gracias al que podía estar en la entrada de mi casa delante del espejo y tocar con el amplificador enchufado arriba en mi cuarto a todo volumen. En esos momentos sucedía algo, el sonido se retorció volviéndose estridente, y casi cualquier cosa que hiciera entonces sonaba bien, toda la casa estaba llena del sonido de mi guitarra, y surgía una extraña correspondencia entre mis emociones y esos sonidos, como si *ellos* fueran yo, y *así* fuera mi verdadero yo. Había escrito un texto sobre eso, en un principio pensado para ser una canción, pero como nunca llegó a acompañarlo ninguna música, lo llamé poema cuando más tarde lo anoté en mi diario.

*Pongo del revés el feedback de mi alma,
toco hasta dejar vacío mi corazón,
te miro y pienso:
concordamos en mi soledad,
concordamos en mi soledad,
tú y yo,
tú y yo, cariño.*

Yo quería salir a lo abierto, a lo grande. Y lo único que conocía que pudiera estar en contacto con ello era la música. Por eso me encontraba

delante del centro comercial de Hånes ese día a principios del otoño de 1984, con mi copia de stratocaster de madera sin tratar comprada cuando hice la confirmación colgada al hombro, y el dedo pulgar en el amplificador, listo para subir el volumen en el mismo instante en que los hermanos Bøksle tocaran su último acorde.

El viento se levantó de repente sobre la plaza, algunas hojas secas pasaron crujendo, un cartel publicitario de helados daba vueltas sin parar. Me pareció notar una gota en la mejilla y miré el cielo, de color blanco leche.

—¿Ha empezado a llover? —pregunté.

Jan Vidar levantó la palma de la mano hacia el cielo. Se encogió de hombros.

—Yo no noto nada —contestó—. Pero tocaremos pase lo que pase. No dejaremos de tocar ni de coña, aunque llueva a cántaros.

—De acuerdo —dije—. ¿Estás nervioso?

Negó con la cabeza.

Los hermanos habían terminado. La poca gente que se había congregado alrededor de ellos aplaudió, y los hermanos hicieron una leve inclinación de cabeza.

Jan Vidar se dirigió a Øyvind.

—¿Preparado? —preguntó.

Øyvind hizo un gesto afirmativo.

—¿Estás listo, Jan Henrik?

Jan Henrik asintió con la cabeza.

—¿Karl Ove?

Contesté que sí.

—Dos, tres, cuatr' —contó Jan Vidar, más bien para sus adentros, porque en la primera parte del riff sólo tocaba él.

Al instante, el sonido de su guitarra irrumpió en la plaza. La gente se sobresaltó. Todo el mundo se volvió hacia nosotros. Conté para mis adentros. Coloqué los dedos. Me temblaba la mano.

UN DOS TRES - UN DOS TRES CUATR' - UN DOS TRES - UN DOS.

Me tocaba a mí.

¡Pero no salía ningún sonido!

Jan Vidar me miró boquiabierto. Esperé a la siguiente vuelta, tomé

impulso y me incorporé. Con dos guitarras, el ruido se hizo ensordecedor.

UN DOS TRES - UN DOS TRES CUATR' - UN DOS TRES - UN DOS.

Y se incorporó el charles.

Chica-chica, chica-chica, chica-chica, chica-chica.

El bombo. El sharp.

Y el bajo.

BAM-BAM-BAM-bambambambambambambambambam-BA.

BAM-BAM-BAM-bambambambambambambambambambam-BA.

Hasta ese instante no había mirado a Jan Vidar. Tenía el rostro desfigurado en una mueca, a la vez que intentaba decirme algo sin sonido.

¡Demasiado deprisa! ¡Demasiado deprisa!

Øyvind bajó el ritmo. Yo intenté hacer lo mismo, pero resultó algo confuso, ya que el bajo y la guitarra de Jan Vidar seguían a la misma velocidad, y cuando recapacité y los seguí, ellos de repente bajaron el ritmo, y entonces yo me encontraba solo a esa velocidad vertiginosa. En medio de la confusión vi que el viento movía el pelo de Jan Vidar y que algunos de los chiquillos que teníamos enfrente se tapaban los oídos con las manos. Al cabo de unos instantes estábamos más o menos sincronizados. Entonces llegó un hombre con pantalones claros, camisa de rayas azules y blancas, y chaqueta amarilla de verano andando a paso rápido por la plazoleta. Era el director del centro comercial. Venía directamente hacia nosotros. A veinte metros de distancia movía ambos brazos, como si estuviera parando un barco. Venga a agitar los brazos sin parar. Continuamos unos segundos más, pero cuando él se detuvo sin dejar de mover los brazos, no había ya duda de que se refería a nosotros, así que dejamos de tocar.

—¿Qué coño estáis haciendo? —gritó.

—Se supone que íbamos a tocar aquí —dijo Jan Vidar.

—¡Pero estáis completamente locos! Esto es un centro comercial. Es sábado. ¡La gente viene aquí a hacer compras y a pasárselo bien! ¡No podéis tocar tan alto, joder!

—¿Bajamos un poco el sonido? —preguntó Jan Vidar—. No nos importa hacerlo.

—No sólo un poco —dijo el hombre.

Se había reunido ya un pequeño grupo de gente en torno a nosotros. Tal

vez unas quince o dieciséis personas, incluidos los niños. No estaba mal.

Jan Vidar se volvió y bajó el volumen del amplificador. Tocó otro acorde y miró al director del centro comercial.

—¿Va bien? —dijo.

—¡Más! —dijo el director.

Jan Vidar lo bajó un poco más; sonó un acorde.

—¿Está bien así? —preguntó—. No somos una orquesta de baile.

—Vale —dijo el director—. Intentadlo así. O mejor, bajadlo un poco más.

Jan Vidar se volvió de nuevo. Cuando estaba a punto de hacer girar el botón, vi que se limitó a fingir que lo hacía.

—Ya —dijo.

También Jan Henrik y yo bajamos el volumen.

—Vamos a seguir entonces —dijo Jan Vidar.

Y empezamos otra vez. Conté para mis adentros.

UN DOS TRES - UN DOS TRES CUATR' - UN DOS TRES - UN DOS.

El hombre echó a andar hacia la entrada principal del centro comercial. Yo lo miraba mientras tocábamos. Cuando llegamos al punto en que nos había interrumpido, se detuvo y se volvió. Nos miró. Se volvió de nuevo, dio unos pasos hacia dentro y se volvió otra vez. De repente vino hacia nosotros, moviendo otra vez los brazos. Jan Vidar no lo vio, había cerrado los ojos. Jan Henrik, en cambio, sí lo vio y me miró con expresión interrogante.

—Corta, corta, corta —dijo el hombre, deteniéndose otra vez delante de nosotros—. Esto no puede ser —dijo—. Lo siento. Tendréis que dejarlo.

—¿Cómo? —preguntó Jan Vidar—. ¿Por qué? Nos dijo usted veinticinco minutos.

—No funciona —contestó, bajando la cabeza y agitando una mano—. Lo siento, chicos.

—¿Por qué no? —insistió Jan Vidar.

—No hay quien os escuche —dijo—. ¡Ni siquiera cantáis! Recoged vuestras cosas. Os daré el dinero. Lo tengo aquí.

Sacó un sobre del bolsillo interior y se lo enseñó a Jan Vidar.

—Aquí tenéis —dijo—. Gracias por haber venido. Pero no era lo que me había imaginado. Y tan amigos, ¿vale?

Jan Vidar cogió el sobre. Dio la espalda al hombre, desenchufó el amplificador, apagó, levantó la guitarra y se la puso al cuello, se acercó al estuche de la guitarra, lo abrió y la metió. La gente que estaba alrededor sonreía.

—Venga —dijo—. Vámonos a casa.

Después de aquello la situación del grupo se volvió un poco confusa, ensayamos un par de veces, pero sin mucho entusiasmo, luego Øyvind comunicó que no podía asistir al siguiente ensayo, el batería ya no vino al otro, y al siguiente yo tenía un partido de entrenamiento... Al mismo tiempo Jan Vidar y yo nos veíamos con menos frecuencia, pues íbamos a institutos diferentes, y unas semanas más tarde murmuró algo sobre que había conocido a unos de su clase y que ya *jammeaba* con ellos, de manera que cuando me sentaba a tocar era más bien para pasar el rato.

Ground control to Major Tom, canté, tocando esos dos acordes en bemol que tanto me gustaban, y pensé en esas dos bolsas con cervezas en el bosque.

Cuando Yngve vino a pasar las navidades, se trajo un libro de canciones de Bowie. Las copié enteras en un cuaderno, con los acordes, las letras y las notas, que entonces saqué. Y puse *Hunky Dory* en el tocadiscos, la canción número cuatro, *Life on Mars?* Empecé a tocar con el disco por lo bajo, para poder escuchar la canción y los demás instrumentos. Me estremecí. Era una melodía fantástica, y cuando seguí el orden de acordes en la guitarra, fue como si se abriera hacia mí, como si me encontrara dentro de ella y no fuera de ella, que era lo que pasaba cuando simplemente la escuchaba. Para abrir una melodía y entrar dentro de ella por mi cuenta tenía que emplear varios días, porque por mí mismo era incapaz de oír de qué acordes se trataba, tenía que aprender probando, y aunque encontrara algo que se pareciera, nunca estaba seguro de que se tratara de los mismos acordes. Bajar la aguja, escuchar con atención, levantar la aguja, tocar un acorde. Hmm... Bajar la aguja, escuchar una vez más, tocar el mismo acorde, ¿era realmente ése? ¿O acaso ése? Por no decir todas esas otras cosas que ocurrían en un cuadro de guitarra en el transcurso de una melodía. Resultaba imposible. Yngve, en cambio, sólo necesitaba escuchar una vez antes de hacer un par de intentos y sacarlo bien. Yo lo había visto también en otros, era como si tuvieran la música dentro, y

que la música no estuviera separada del pensamiento, o no tuviera nada que ver con el pensamiento, sino que viviera su propia vida. Cuando ellos tocaban, *tocaban*, no sólo repetían mecánicamente algún esquema que habían aprendido. La libertad que había en eso, que en realidad era de lo que trataba la música en sí, era algo que yo era incapaz de conseguir. Lo mismo pasaba con el dibujo. No es que saber dibujar te proporcionara algún prestigio, pero me gustaba de todos modos, y dibujaba bastante cuando me encontraba a solas en mi habitación. Cuando tenía un determinado modelo, por ejemplo un cómic, conseguía alguna vez algo que no estaba mal, pero cuando no copiaba y me limitaba a dibujar a mano alzada, nunca me salía nada. También había visto a gente que tenía un don para eso, quizá sobre todo una chica de mi clase llamada Tone, que sin ningún esfuerzo podía dibujar cualquier cosa, el árbol del patio delante de la ventana, el coche aparcado al lado, el profesor delante de la pizarra. Cuando tuve que escoger asignaturas de libre elección, me apetecía apuntarme a diseño, pero como tenía la certeza de que los demás alumnos *sabrían dibujar*, que les saldría de dentro, no lo elegí. Opté por cine. Todo eso me preocupaba a veces, porque tenía tantas ganas de ser alguien..., me hubiera gustado tanto ser especial...

Me levanté, dejé la guitarra en su sitio, apagué el amplificador y bajé al piso de abajo, donde mi madre estaba planchando unas prendas. Los círculos de luz alrededor de la lámpara de encima de la puerta y de la pared del granero estaban casi tapados por la nieve.

—¡Vaya tiempo! —dije.

—Sí, es verdad —contestó ella.

Al entrar en la cocina me acordé de que poco antes había pasado una máquina quitanieves. Sería mejor que quitara los montones que había dejado en los bordes, antes de que llegaran los invitados.

Me volví hacia mi madre.

—Creo que voy a salir a quitar la nieve antes de que vengan —dije.

—Estupendo —dijo ella—. ¿Quieres encender las antorchas ya que estás fuera? Están en el garaje, en una bolsa.

—Vale. ¿Tienes un encendedor?

—En mi bolso.

Me puse el chaquetón y salí, abrí la puerta del garaje y cogí la pala, me até la bufanda tapándome la cara y bajé hasta el cruce. Aunque daba la espalda

a esa nieve que venía volando por el campo, me escocía en los ojos y en las mejillas cuando empecé a quitar con la pala el montón reciente y otros más viejos. Al cabo de unos minutos oí un pequeño estallido, a lo lejos y muy bajo, como si viniera de dentro de una habitación, y levanté la cabeza justo a tiempo de ver el destello de luz de una pequeña explosión arriba en la profunda oscuridad golpeada por el viento. Debían de ser Tom, Per y su padre, probando los cohetes que habían comprado. A ellos todo eso los llenaba de vida, a mí me vaciaba, porque lo único que había hecho aquel pequeño destello era reforzar ese vacío de sucesos a continuación. Ni un coche, ni una persona, sólo el bosque oscuro, la nieve volando con el viento, la cinta inmóvil de luz a lo largo de la carretera. La oscuridad abajo en el valle. El rozamiento de la hoja de metal ligero de la pala contra los durísimos y compactos témpanos de nieve comprimida, mi propia respiración, como reforzada por la bufanda tensamente atada sobre el gorro y las orejas.

Al terminar, subí de nuevo al garaje, dejé la pala, cogí las cuatro antorchas de la bolsa, las encendí una por una en la oscuridad, no sin alegría, porque las llamas eran suaves y lo azul dentro de ellas subía y bajaba según donde las llevaba el viento. Pensé unos instantes en cuál sería el mejor sitio para colocarlas, llegué a la conclusión de que dos tendrían que estar una a cada lado de la entrada y otras dos sobre el muro delante del granero.

Apenas las había colocado, las dos de encima del muro con una pequeña pared protectora de nieve detrás, y cerrado la puerta del garaje, cuando oí un coche en la curva que subía hacia la casa. Volví a abrir la puerta del garaje y entré rápidamente, era importante tenerlo todo listo para cuando llegaran, que no hubiera huellas visibles de cosas hechas en el último momento. Tan fuerte creció en mí esa obsesión, que a toda prisa cogí una toalla del baño y me sequé las botas para que no se viera que había nieve reciente en ellas, y me quité el chaquetón, el gorro, la bufanda y las manoplas arriba en mi habitación. Cuando bajé de nuevo, el coche iba al ralentí. Fuera, en el patio, las luces traseras rojas brillaban y mi abuelo estaba sujetando la puerta del coche para que saliera mi abuela.

Cuando estaba solo en casa, cada habitación tenía su propio carácter, y aunque no me fueran hostiles, tampoco se abrían. Era más bien como si no quisieran subordinarse a mí, sino estar allí por derecho propio, con sus propias

paredes, suelos, techos, listones, ventanas, como boquiabiertas. Lo que yo percibía de las habitaciones era lo muerto, lo que se me resistía, y no como la muerte en el sentido de vida que se interrumpe, sino como ausencia, de la misma manera que la vida está ausente de una piedra, un vaso de agua, un libro. La presencia de nuestro gato Mefisto no era lo bastante fuerte como para reprimir este aspecto de las habitaciones, yo sólo veía el gato en la habitación vacía, pero si entraba algún ser humano, aunque sólo fuera un bebé, eso desaparecía. Mi padre llenaba las habitaciones de desasosiego, mi madre las llenaba de dulzura, paciencia, melancolía, y, a veces, cuando volvía muy cansada de trabajar, también de una suave y sin embargo notable subcorriente de irritabilidad. Per, que jamás pasaba de la entrada, la llenaba de alegría, ilusión y sumisión. Jan Vidar, que hasta ahora era el único de fuera de la familia que había entrado en mi habitación, la llenaba de terquedad, ambición y camaradería. Lo interesante surgía cuando había varias personas juntas, porque no cabía más que una, máximo dos huellas de voluntades en una habitación, y no siempre la más fuerte era la que más se notaba. La sumisión de Per, por ejemplo, la cortesía que mostraba hacia las personas adultas, resultaba a veces más fuerte que ese carácter lobuno de mi padre, que al entrar por la puerta apenas saludaba con la cabeza a Per al pasar por delante de él. Pero casi nunca había allí más gente aparte de nosotros, excepto cuando venían a vernos mis abuelos paternos y el hermano de mi padre, Gunnar, y su familia. Venían unas tres o cuatro veces cada seis meses, y a mí siempre me hacía ilusión. En parte porque la persona que mi abuela había sido para mí en la infancia no había sido reajustada conforme a la persona que yo era ahora, y ese resplandor que ella emanaba entonces, no tanto relacionado con los regalos que siempre me traía, como con su amor auténtico por los niños, seguía brillando en la imagen que yo tenía de ella, y en parte porque mi padre siempre manejaba esas situaciones, se mostraba más amable conmigo, era como si me tuviera en cuenta y me convirtiera en alguien con quien contaba, pero eso no era lo más importante, porque la amabilidad que entonces mostraba para con su hijo no era más que parte de la mayor generosidad que él mostraba en esas situaciones: se volvía encantador, divertido, se mostraba interesante y erudito, algo que en cierto modo justificaba que yo tuviera tantos sentimientos hacia él y que empleara tanto tiempo en ellos.

Demo version limitation

Segunda parte

TRAS varios meses sentado en un cuarto de sótano en Åkeshov, una de las muchas ciudades dormitorio de Estocolmo, escribiendo lo que esperaba fuera a ser mi segunda novela, con el metro pasando tan cerca de mi ventana cada tarde al hacerse de noche que los vagones parecían una fila de habitaciones iluminadas a través del bosque, conseguí, a finales de 2003, un despacho en el centro de Estocolmo. Pertenece a un amigo de Linda, y era perfecto, en realidad se trataba de un estudio, con una habitación, una cocina, una pequeña ducha y un sofá cama, además de un escritorio y estanterías para libros. En navidades me llevé allí mis cosas, es decir, un montón de libros y el ordenador, y en ese lugar empecé a trabajar el primer día hábil del nuevo año. En realidad la novela estaba terminada, era un extraño engendro de ciento treinta páginas, un cuento sobre un padre y sus dos hijos pescando cangrejos una noche de verano, que se convirtió en un ensayo algo más largo sobre los ángeles, que a su vez se convirtió en un cuento sobre uno de los dos hijos, ya adulto, y su vida durante unos días en una isla en el mar, donde vivía solo, escribía y se autolesionaba.

La editorial me había comunicado que la iban a publicar, y eso era algo muy tentador, aunque a la vez me sentía enormemente inseguro, sobre todo después de conseguir que Thure Eric la leyera. Me llamó muy tarde una noche, con una extraña voz y un extraño vocabulario, como si hubiera bebido para decir lo que tenía que decir, que en sí era simple, no funciona, no es una novela. ¡Tienes que contar algo, Karl Ove! Eso me dijo varias veces. ¡Tienes que contar algo! Yo sabía que tenía razón, y con eso empecé ese primer día de trabajo de 2004, sentado junto a mi nuevo escritorio, mirando la pantalla vacía. Después de intentarlo durante media hora, me recliné en la silla, dirigí la mirada hacia el cartel de la pared, que era de una exposición de Peter Greenaway que había visto en Barcelona con Tonje hacía mucho tiempo, en mi vida anterior, y reproducía cuatro cuadros, uno de ellos representaba algo que durante mucho tiempo pensé que era un querubín meando, otro un ala de pájaro, el tercero un aviador de los años veinte, y el cuarto, la mano de un cadáver. Miré por la ventana. El cielo sobre el hospital al otro lado de la calle estaba claro y azul. El sol bajo brillaba en los cristales de las ventanas, en los carteles, en las barandillas, y en los capós de los coches. La niebla helada que emanaba de la gente que transitaba por la acera hacía parecer que estaban ardiendo. Todos envueltos en ropa. Gorros, bufandas, manoplas, gruesos

chaquetones. Los movimientos rápidos, los rostros cerrados. Miré el suelo. Era de parqué y relativamente nuevo, el tono rojizo no tenía nada que ver con el estilo del piso en general, que era del anterior cambio de siglo. De repente vi que los nudos y estrías de crecimiento de la madera a quizá dos metros de donde estaba sentado, formaban una imagen de Jesucristo con la corona de espinas.

No es que me llamara mucho la atención, sólo lo registré, porque imágenes como ésa las hay en todos los edificios y casas, creadas por desperfectos en suelos y paredes, puertas y listones —una mancha de humedad en un tejado puede parecer un perro corriendo, una capa desgastada de pintura en una escalera exterior un valle cubierto de nieve y una lejana sierra al fondo, sobre la que las nubes parecen llegar en masa—, pero a pesar de todo debió de poner en marcha algo dentro de mí, porque cuando me levanté unos diez minutos más tarde para llenar la tetera de agua, me acordé de repente de algo que sucedió una noche mucho tiempo atrás, en mi lejana infancia, en la que vi una imagen parecida en el agua, una imagen que salió en las noticias de la televisión sobre un barco desaparecido en el mar. En el transcurso del segundo que tardé en llenar la tetera, vi en mi interior nuestro cuarto de estar, el televisor de teca, el resplandor de las manchas de nieve en la sombría ladera fuera de la ventana, el mar en la pantalla, y el rostro que apareció de repente. Con las imágenes llegó también el ambiente de aquella época primaveral en nuestra urbanización, de la vida en familia en la década de los setenta. Y con ese ambiente una sensación de nostalgia casi salvaje.

En ese instante sonó el teléfono. Me sobresalté. Nadie tenía el número de ese lugar, ¿no?

Sonó cinco veces y luego enmudeció. El agua hervía, haciendo cada vez más ruido y pensé, como tantas veces antes, que sonaba como si viniera alguien.

Abrí el bote de café, eché dos cucharadas en la taza y añadí el agua, que negra y humeante subía entre las paredes del recipiente, luego me puse el chaquetón. Antes de salir, me coloqué de tal modo que vi una vez más el rostro en el suelo de madera. Era realmente Jesucristo. El rostro medio apartado, como de dolor, la mirada fija en el suelo, la corona de espinas en la cabeza.

Lo extraordinario no era que ese rostro se encontrara allí, tampoco el

que yo hubiera visto un rostro en el mar un día a mediados de los setenta, lo extraordinario era que lo hubiera olvidado y que lo recordara de repente justo entonces. Aparte de unos sucesos sueltos sobre los que Yngve y yo habíamos hablado tan a menudo que habían adquirido dimensiones casi bíblicas, apenas recordaba nada de mi infancia. Es decir, apenas recordaba ninguno de los sucesos de ella. Pero sí me acordaba de los lugares en los que ocurrieron. Todos los sitios donde había estado, todas las estancias, de eso sí me acordaba. Pero no de lo que sucedió en ellas.

Salí a la calle con la taza en la mano. Me sobrevino un ligero malestar por verla allí, la taza pertenecía adentro, no afuera; fuera adquirió un aspecto desnudo y expuesto, y al cruzar la calle, decidí comprarme un café en 7-Eleven a la mañana siguiente y a partir de entonces usar esa taza de cartón, destinada al uso exterior. Había un par de bancos delante del hospital, me acerqué y me senté en uno de ellos, sobre la madera cubierta de hielo, encendí un cigarrillo y me puse a mirar la calle. El café estaba enfriándose. Esa mañana, el termómetro que había junto a la ventana de la cocina marcaba veinte grados bajo cero, y aunque brillaba el sol, no haría mucho más calor en este momento. Tal vez quince bajo cero.

Saqué el teléfono móvil para ver si me había llamado alguien. Nadie. El niño tenía que nacer esa semana, de modo que estaba preparado para que Linda me llamara en cualquier momento y me dijera que se había puesto de parto.

En el cruce de la parte de arriba de la suave cuesta, las luces de los semáforos empezaron a emitir su tictac. Al instante, la calle se quedó vacía de coches. Por la puerta principal del hospital, muy cerca de donde estaba sentado, salieron dos mujeres de mediana edad, y encendieron sendos cigarrillos. Llevaban batas blancas, se rodearon el cuerpo con los brazos y no paraban de moverse para no pasar frío. Pensé que parecían una extraña clase de patos. Entonces el tictac del disco cesó, y como una jauría de perros con la lengua fuera, los coches salieron zumbando de la sombra y subieron la cuesta para desaparecer por la calzada bañada por el sol. Las llantas de clavos estallaban contra el asfalto. Guardé el móvil y entrelacé las manos alrededor de la taza. El humo salía lentamente de ella, mezclándose con el que me salía de la boca por el frío. En el patio de recreo del colegio, comprimido entre dos inmuebles a veinte metros de mi despacho, se acallaron de repente los gritos

de los chiquillos, en los que en ese instante reparé. Había sonado el timbre. Esos sonidos me eran nuevos y desconocidos, lo mismo ocurría con el ritmo con el que se presentaban, pero no tardaría mucho en familiarizarme con ellos, tanto que volverían a desaparecer. Cuando se sabe demasiado poco es como si este poco no existiese. Pero también cuando se saben demasiadas cosas es como si estas cosas no existiesen. Escribir es sacar de las sombras lo que sabemos. De eso trata escribir. No de lo que ocurre allí, no de qué clase de actos se realizan allí, sino del *allí* en sí. Allí, ése es el lugar y la meta de la acción de escribir. ¿Pero cómo llegar hasta ese punto?

Ésa era mi pregunta aquel día en un barrio de Estocolmo, mientras bebía café, los músculos se me encogían de frío y el humo del cigarrillo se disolvía en el enorme espacio de aire encima de mí.

Los gritos del patio de recreo me llegaban a intervalos regulares, siendo ése uno de los muchos ritmos que se entremezclaban por el barrio todos los días, desde que la calle empezaba a llenarse de coches por la mañana hasta que se iba vaciando por la tarde. Los operarios que se reunían en los cafés y las pastelerías para desayunar sobre las seis y media, con su calzado de protección, y fuertes manos de color polvo, sus metros en los bolsillos del pantalón y sus teléfonos móviles siempre sonando. Más difíciles de clasificar eran los hombres y mujeres que llenaban las calles a continuación, cuyo aspecto delicado y elegante sólo revelaba que pasaban sus días en un despacho del tipo que fuera, y que podían ser tanto abogados como periodistas de televisión o arquitectos, tanto redactores publicitarios como empleados de una compañía de seguros. Los enfermeros y auxiliares que bajaban de los autobuses delante del hospital eran en su mayoría mujeres, en gran parte de mediana edad, pero también había entre ellas algún que otro hombre joven, luego grupos que iban en aumento hacia las ocho, para luego disminuir cada vez más, hasta que al final sólo quedaba algún que otro jubilado que salía a la calle con su carro de la compra, en las tranquilas horas del mediodía, cuando empezaban a aparecer madres y padres solitarios con sus cochecitos, y cuando el tráfico estaba dominado por furgonetas, camiones, grúas, autobuses y taxis.

En esa época, cuando el sol brillaba en las ventanas al otro lado de la calle enfrente de mi despacho, cuando ya no se oían, o al menos muy poco, pasos en el pasillo, pasaban a veces grupos de niños de guarderías, no mucho más altos que ovejas, todos con idénticos chalecos, equipados con reflejos

fosforescentes, a menudo serios, como hechizados por lo maravilloso de la excursión, mientras que la seriedad de los cuidadores, que destacaban por encima de ellos como pastores, más bien lindaba con el aburrimiento. También era en esas horas del día cuando los sonidos de toda clase de obras y trabajos contaban con espacio suficiente alrededor para hacer acto de presencia en la conciencia, ya se tratara de los jardineros municipales limpiando el parque de hojas o podando un árbol, del equipo de obras públicas levantando el asfalto de un trozo de calle, o de un propietario haciendo una reforma total de su inmueble. Entonces de repente pasaba por las calles una oleada de funcionarios y gente de negocios para enseguida llenar todos los restaurantes: era la hora de comer. Cuando la oleada se retiraba, tan rápido como había llegado, dejaba un vacío que se parecía al de la mañana, pero que sin embargo tenía sus características propias, porque aunque el plan se repetía, ocurría en orden inverso: los colegiales que pasaban por delante de mi ventana iban ahora de vuelta a casa, todos algo desatados y salvajes, mientras que cuando habían pasado por la mañana camino del colegio, mostraban todavía restos de sueño y esa prudencia innata que se tiene ante lo que aún no ha comenzado. Ahora el sol brillaba en la pared justo dentro de la ventana. Fuera, en el pasillo, se oían ya pisadas fuertes, y en la parada del autobús, delante de la entrada principal del hospital, la cantidad de gente esperando crecía cada vez que miraba por la ventana. En la calle aumentaba el número de coches, por la acera que conducía hasta los inmuebles de muchas plantas aumentaba el número de peatones. Esa creciente actividad culminaba alrededor de las cinco, a partir de esa hora el barrio descansaba tranquilo hasta el inicio de la vida nocturna sobre las diez, con grupos de hombres jóvenes gritando y mujeres jóvenes riendo, situación que duraba hasta las tres de la madrugada. A las seis empezaban a funcionar de nuevo los autobuses, el tráfico se iba intensificando, de todos los portales y escaleras salían personas, un nuevo día estaba en marcha.

Así de regulada y dividida se desarrollaba allí la vida, lo que podría entenderse tanto geométrica como biológicamente. Resultaba difícil creer que pudiera estar emparentada con esas vidas bullidoras y caóticas que podían observarse en otras especies, por ejemplo en las suntuosas colonias de renacuajos, alevines o huevos de insectos, donde la vida parecía brotar de un pozo inagotable. Pero sí que lo estaba. Lo caótico y lo impredecible representa

a la vez la condición de la vida y su caducidad, la primera es imposible sin la otra, y aunque casi todos los esfuerzos que realizamos estén encaminados a mantenerla a distancia, bastará con la resignación de un breve instante para querer vivir en su luz, y no en su sombra como ahora. Lo caótico es una especie de fuerza de gravedad, y el ritmo que uno puede intuir en la historia, del crecimiento de las civilizaciones y del colapso de las mismas, tal vez sea ocasionado por ella. Lo extraño es que los extremos se parezcan, al menos en un sentido, porque tanto en lo suntuosamente caótico como en lo severamente regulado y dividido, el vivo no es nada, la vida lo es todo. De la misma manera que al corazón no le importa qué vida representa, a la ciudad le tiene sin cuidado quién cumple con sus distintas funciones. Cuando estén muertos, digamos dentro de ciento cincuenta años, todos esos seres que anduvieron por la ciudad ese día, el eco de sus actividades seguirá recorriendo todos sus trayectos. Lo único nuevo serán los rostros de las personas, pero tampoco tanto, porque todos se parecerán a nosotros.

Tiré la colilla al suelo y bebí las últimas gotas del café, que ya estaba frío.

Lo que estaba viendo era la vida, en lo que pensaba era en la muerte.

Me levanté, me froté las manos contra los muslos un par de veces y bajé hasta el cruce con semáforos. Los coches que me pasaban llevaban tras ellos estelas de nieve. Un enorme camión con remolque bajaba con cadenas tintineantes, frenando en pequeñas sacudidas, y paró en el paso de peatones justo en el instante en que el semáforo se puso rojo. Siempre me sentía un poco mal cuando los vehículos se paraban por mí, pues surgía una especie de desequilibrio, tenía la sensación de que les debía algo. Cuanto más grande era el vehículo, mayor era mi sentimiento de culpa. Intenté conseguir un contacto visual con el conductor al pasar por delante de él para poder hacerle un gesto y restablecer así el equilibrio. Pero su mirada seguía a su mano, que había levantado del volante para dejar algo abajo, dentro de la cabina —tal vez un mapa, porque el camión venía de Polonia—, a mí ni me vio, lo que estaba bien, porque en ese caso el frenado no podría haberle molestado mucho.

Me detuve delante del portal, pulsé el código, abrí la puerta y subí los pocos escalones que había hasta la primera planta, donde se encontraba el despacho. La maquinaria del ascensor rugía, de manera que abrí lo más rápidamente posible, entré y cerré la puerta detrás de mí.

El repentino calor hizo que me picara la piel de la cara y de las manos. Fuera pasaban las innumerables ambulancias con penetrantes sirenas. Puse agua a calentar para hacerme otra taza de café. Mientras esperaba a que hirviera, leí por encima lo que había escrito hasta entonces. El polvo que volaba por los anchos y oblicuos rayos de sol seguía intranquilo cada pequeña corriente de aire. El vecino de abajo había empezado a tocar el piano. El agua hervía. Lo que había escrito no estaba bien. No era malo, pero tampoco bueno. Me acerqué al armario y abrí el bote de café, eché dos cucharadas en la taza y luego el agua, que subía humeante entre las paredes del recipiente.

Sonó el teléfono.

Puse la taza en el escritorio y lo dejé sonar dos veces antes de cogerlo.

—¿Hola? —dije.

—¿Qué tal? Soy yo.

—Hola.

—Sólo quería saber qué tal te va por ahí. ¿Estás a gusto?

Parecía contenta.

—No lo sé. Sólo llevo aquí unas horas, como bien sabes.

Pausa.

—¿Vas a venir pronto?

—No hace falta que me des la lata —dije—. Iré cuando llegue el momento.

Ella no contestó.

—¿Quieres que lleve algo de compra? —pregunté al cabo de un rato.

—No, no, ya he comprado todo lo que hacía falta.

—Vale. Hasta luego.

—De acuerdo, adiós. O espera. Cacao.

—Cacao —repetí—. ¿Algo más?

—No. Sólo eso.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Después de colgar me quedé un buen rato sentado en el sillón, sumido en algo que no eran pensamientos, tampoco sentimientos, sino más bien una especie de ambiente, de la manera en que una habitación vacía puede tener ambiente. Cuando sin darme cuenta me llevé la taza a los labios y di un sorbo, el café ya estaba tibio. Di un golpecito al ratón para ver la hora en la pantalla.

Las tres menos seis minutos. Luego leí de nuevo el texto, lo corté y lo pegué en la página del borrador. Llevaba cinco años trabajando en una novela y el resultado no podía ser insustancial. Ese texto transmitía demasiado poco. Al mismo tiempo, sabía que la solución estaba en el texto, tenía algo que quería ahuyentar. Me parecía que todo lo que quería estaba allí, pero en una forma demasiado comprimida. Especialmente importante era la pequeña idea que el texto había puesto en marcha, es decir, que la acción tuviera lugar en la década de 1880, mientras todos los personajes y accesorios eran de 1980. Llevaba varios años intentando escribir sobre mi padre, aunque sin lograrlo, seguramente porque ese tema se encontraba demasiado cerca de mi vida, y por eso no se dejaba introducir de una forma distinta, lo que es en sí la condición de literatura. Es su única ley; todo tiene que someterse a la forma. Si alguno de los demás elementos de la literatura, como el estilo, la intriga, la temática, son más fuertes que la forma, o someten a la forma, el resultado será flojo. Por esa razón los escritores con un estilo fuerte escriben a menudo libros flojos. También por esa razón los escritores con una temática fuerte escriben tan a menudo libros flojos. La fuerza de la temática y del estilo ha de ser abatida antes de que pueda surgir la literatura. Es esta desintegración lo que llamamos «escribir». Escribir trata más de destruir que de crear. Nadie lo sabía mejor que Rimbaud. Lo que le hace tan extraordinario no es que llegara a esta comprensión siendo preocupantemente joven, sino que permitiera que fuera válida para la vida misma. Para Rimbaud todo se trataba de libertad, tanto en la escritura como en la vida, y porque la libertad era superior, podía dejar atrás la escritura, o incluso *tuvo que* dejar atrás la escritura, porque ésta también se convirtió en una atadura que había que destruir. Libertad es igual a destrucción más movimiento. Otro escritor que sabía eso era Sandemose. Lo trágico en su caso fue que sólo logró realizar la última parte en la literatura, no en la vida. Destruyó y se quedó en lo destruido. Rimbaud se marchó a África.

Una de esas repentinas ideas del subconsciente me hizo levantar de repente la vista, y me encontré con la mirada de una mujer que iba sentada en un autobús parado frente a mi ventana. Ya estaba oscureciendo, y la única fuente de luz en la habitación era la lámpara que había sobre el escritorio, que atraería la atención desde fuera como una polilla. Cuando se dio cuenta de que la estaba observando, desvió la mirada. Me levanté, me acerqué a la ventana y bajé las persianas mientras el autobús se ponía en movimiento. De todos

modos ya era hora de irse a casa. Había dicho que iría «pronto» y de eso hacía ya una hora.

Ella estaba tan contenta cuando llamó...

Un golpe de mala conciencia me recorrió por dentro. ¿Cómo se me había ocurrido responder con irritación a esa intranquilidad y anhelo que la llenaban?

Permanecí inmóvil en medio de la habitación, como si el dolor que irradiaba mi cuerpo fuera a desaparecer por su cuenta. Pero no desapareció, nunca. Había que desintegrarlo con acción. Tenía que remediarlo. Ese mero pensamiento me sirvió de alivio, no sólo por su promesa de reconciliación, sino también por lo que exigiría de seguimiento práctico. ¿Cómo iba yo a repararlo? Apagué el ordenador y lo metí en la bolsa, enjuagué la taza y la dejé en la pila, saqué la clavija suelta de la pared, apagué la lámpara y me puse el chaquetón a la luz casi lunar que entraba desde la calle a través de las rendijas de la persiana, todo el tiempo con la imagen en mi ojo interior de ella en ese piso tan grande.

El frío me mordió la cara cuando salí a la calle. Me puse la capucha del chaquetón encima del gorro, agaché la cabeza con el fin de protegerme contra las minúsculas partículas de nieve que volaban por el aire, y eché a andar. En días apacibles solía coger la calle Tegnér hasta la calle Dronning, siguiendo hasta la parte de Hötorg, para luego subir la empinada cuesta hasta la iglesia de Johannes y bajar hasta la calle Regering, donde se encontraba nuestra casa. El trayecto estaba lleno de tiendas, centros comerciales, cafés, restaurantes y cines, y siempre estaba atestado de gente. Las calles de esa zona estaban desbordadas de personas de toda índole. En los resplandecientes escaparates se exhibían los productos más variopintos, dentro las escaleras mecánicas se movían como ruedas en enormes y misteriosas maquinarias, los ascensores subían y bajaban, personas hermosas como fantasmas se movían en pantallas de televisión, delante de los cientos de cajas se formaban colas que disminuían y volvían a formarse, disminuían y volvían a formarse, en dibujos tan inabarcables como los que formaban las nubes en el cielo sobre los tejados de la ciudad. En días buenos todo aquello me encantaba, entonces la corriente de personas, con sus caras más o menos hermosas, cuyos ojos expresaban un determinado estado de ánimo, me recorría por dentro cuando las veía. En días peores, en cambio, el mismo escenario tenía el efecto contrario, y cuando

podía elegir, elegía otro camino más recóndito. Por regla general, a lo largo de la calle Rådman, luego por la de Holländer hasta la de Tegnér, por donde cruzaba la de Svea y seguía por la de Döbeln hasta la iglesia de Johannes. Esa ruta estaba dominada por inmuebles de viviendas; la mayoría de las personas con las que te encontrabas eran de las que se apresuran solas por las calles, y las pocas tiendas y restaurantes que había eran de los pocos frecuentados. Autoescuelas con las ventanas empañadas por los gases de los tubos de escape, tiendas de viejo con cómics y discos de vinilo en cajas fuera en la calle, tintorerías, una peluquería, un restaurante chino, un par de pubs bastante cutres.

Era uno de esos días. Con la cabeza baja para evitar los copos de nieve arrastrados por el viento caminé por las calles, que entre las paredes de los inmuebles y los tejados cubiertos de nieve parecían pequeños valles, de vez en cuando echaba un vistazo a las ventanas frente a las que pasaba: la recepción vacía de un pequeño hotel, los peces amarillos que nadaban en el fondo verde de un acuario; los carteles de publicidad de una empresa que se dedicaba a la producción de placas, folletos, pegatinas y figurines de cartón; los tres peluqueros negros cortando el pelo a sus tres clientes negros en la peluquería africana; uno de los clientes que giró ligeramente la cabeza para mirar a dos jóvenes que se reían sentados en la escalera, el peluquero que, no sin impaciencia, volvió a enderezar la cabeza del cliente.

Al otro lado de la calle estaba el parque Observatorielunden. Desde la colina daba la impresión de que los árboles crecían hacia fuera, y a la débil luz de la fila de casas que se extendía junto a ellos, parecían mantener la oscuridad gracias a sus copas. Tan tupidos eran que la luz del propio observatorio arriba en la colina, fundado en el siglo XVIII, en la verdadera época de grandeza de la ciudad, no se veía. También había allí arriba un café, la primera vez que estuve en él se me ocurrió pensar en lo mucho más cercano que me resultaba allí el siglo XVIII que ese mismo siglo en Noruega, quizá sobre todo en el campo, donde el edificio de una granja, digamos, de 1720, parecía antiquísimo, mientras que todos esos magníficos edificios de Estocolmo de la misma época parecían casi contemporáneos. Me acordé entonces de que la hermana de mi abuela materna, Borghild, que vivía en una pequeña casa independiente en la granja de la que procedía la familia, una vez que estábamos sentados en la terraza contó que allí hubo casas del siglo XVI

hasta los años sesenta, cuando se derribaron para dar lugar a edificaciones más modernas. Pensé en lo sensacional que resultaba la información de mi tía comparada con lo cotidiano que era toparse allí, en Estocolmo, con un edificio de esa misma época. Tal vez tratara de la cercanía a la familia y con ello a mí mismo. De que el pasado de Jølster, el pueblo de mi madre, me concernía, y de una manera muy diferente al pasado de Estocolmo. Seguramente era así, pensé, y cerré los ojos unos instantes para alejar la sensación de ser un idiota engendrado por ese encadenamiento de ideas, tan obviamente basado en una ilusión. Yo no tenía historia, y por eso me fabriqué una, más o menos como lo habría hecho un partido nazi en un suburbio.

Seguí calle abajo, doblé la esquina y cogí la calle Holländer. Con ese vacío de gente y sus dos filas inermes de coches cubiertos de nieve, encajada entre dos de las calles más importantes de la ciudad, Svea y Drottning, parecía el más desolado de los callejones. Me cambié la bolsa a la mano izquierda mientras con la mano derecha cogí la capucha para sacudirla y quitar la nieve que se había posado sobre ella, a la vez que me incliné un poco hacia delante para no darme con la cabeza en el andamio colocado en la acera. Muy en lo alto aleteaban unas lonas al viento. Al salir de esa pequeña construcción tipo túnel, un hombre se colocó delante de mí. El modo en que lo hizo me obligó a detenerme.

—Tienes que cambiarte de acera —dijo—. Algo está ardiendo allí dentro. Podría producirse una explosión.

Se llevó el teléfono móvil al oído, luego lo volvió a bajar.

—Hablo en serio —dijo—. Cruza al otro lado.

—¿Dónde está el fuego? —pregunté.

—Allí —contestó, señalando una ventana a unos diez metros de distancia. La parte de arriba de la ventana estaba abierta y salía humo de ella. Crucé la calle en diagonal para ver mejor, a la vez que, al menos en parte, obedecía su insistente petición de distanciamiento. Dos proyectores iluminaban por dentro la habitación, que estaba llena de utensilios varios de equipamiento eléctrico y cables. Botes de pintura, cajas de herramientas, taladros, rollos con material de aislamiento, dos escaleras de acero. En medio de todo eso se deslizaba el humo, lentamente y como tanteando.

—¿Has llamado a los bomberos? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Vienen de camino.

Volvió a llevarse el teléfono móvil al oído, sólo para bajarlo al instante.

Vi cómo el humo formaba dibujos allí dentro, llenando poco a poco la habitación, mientras el hombre daba frenéticas vueltas al otro lado de la calle.

—No veo ninguna llama —dije—. ¿Tú ves algo?

—Es un incendio sin llamas —explicó.

Seguí allí unos minutos, pero como tenía frío y no parecía que fuera a pasar nada más, continué hacia casa. Delante del cruce con semáforos del camino de Svea oí las sirenas de los primeros coches de bomberos, que al instante aparecieron en lo alto de la cuesta. La gente de alrededor se volvió. La promesa de velocidad de las sirenas contrastaba con la manera tan lenta en la que bajaban la cuesta los grandes vehículos. En ese mismo momento el semáforo se puso verde, crucé y entré en el supermercado del otro lado.

Esa noche no pude dormir. Normalmente me dormía en un par de minutos, por muy terrible que hubiera sido el día, o por muy inquietante que se presentara el día siguiente, y, excepto en mis épocas de sonambulismo, dormía siempre profundamente durante toda la noche. Pero esa noche, ya en el momento de poner la cabeza en la almohada y cerrar los ojos, supe que no me dormiría. Completamente despierto, estuve escuchando los sonidos de la ciudad, que subían y bajaban según la clase de movimientos de las personas que pasaban por la calle, y de los que vivían en los pisos de encima y de debajo de nosotros, que poco a poco se fueron apagando y que al final sólo consistían en el rumor de las instalaciones de ventilación. Mis pensamientos vagaban por aquí y por allá. Linda dormía a mi lado. Yo sabía que el niño que llevaba dentro también marcaba sus sueños, que a menudo trataban de agua; olas enormes que azotaban lejanas playas por las que ella caminaba; inundaciones del piso, donde el agua llegaba a llenarlo por completo, bajaba chorreando por las paredes o subía de las pilas y los inodoros; lagos que se encontraban en nuevos lugares de la ciudad, como por ejemplo fuera de la estación de ferrocarril, donde el niño que llevaba dentro podía estar en una taquilla de la consigna a la que ella no llegaba, o simplemente desaparecía de su vista delante de ella, que estaba con las manos llenas de equipaje. También soñaba que el niño al que estaba dando a luz tenía rostro de adulto, o que el niño resultaba no existir, o que durante el parto sólo salía de ella agua.

¿Cómo eran mis sueños?

No había soñado con el niño ni una sola vez. A veces eso me hacía tener mala conciencia, ya que si se consideraban más auténticas las corrientes de las partes de la conciencia faltas de voluntad, que las que estaban dirigidas por la voluntad, lo que era mi caso, era obvio que lo de esperar un niño no era especialmente importante para mí. Pero, por otra parte, no había nada que fuera muy importante para mí. No había soñado con casi nada de lo que atañía a mi vida después de cumplir veinte años. Era como si en el sueño no hubiese crecido, sino que siguiera siendo un niño, rodeado por las mismas personas y los mismos lugares que en la infancia. Y aunque los sucesos en los sueños fueran nuevos cada noche, el sentimiento del que me llenaban era siempre el mismo. Siempre la sensación de humillación. A veces podían pasar varias horas después de despertarme, antes de que ese sentimiento saliera de mi cuerpo. A la vez ocurría que despierto apenas recordaba nada de mi infancia, y que lo poco que recordaba ya no despertaba nada en mí, lo que creaba una especie de simetría entre pasado y presente, en un extraño sistema en el que la noche y el sueño estaban relacionados con la memoria, y el día y la conciencia con el olvido.

Unos años antes todo era diferente. Hasta que me mudé a Estocolmo tenía la sensación de que en mi vida había una continuidad, como si se extendiese ininterrumpidamente desde la infancia hasta el presente, enlazada siempre por nuevas relaciones, en una compleja e ingeniosa configuración en la que cada fenómeno que veía era capaz de evocar un recuerdo que despertaba en mí intensos sentimientos, algunos con un origen conocido, otros no. Gente con la que me encontraba que venía de ciudades en las que yo había estado, viejos conocidos, todo formaba una red densamente tejida. Pero cuando me mudé a Estocolmo, ese exceso de recuerdos se hizo cada vez más raro, y un día cesó por completo. Es decir, todavía podía recordar, lo que ocurría era que los recuerdos ya no despertaban nada en mí. Ninguna añoranza, ningún deseo de volver, nada. Sólo el propio recuerdo, y una especie de aversión casi imperceptible ante todo lo que tenía que ver con él.

Ese pensamiento me hizo abrir los ojos. Yacía inmóvil contemplando la lámpara de papel de arroz que colgaba sobre la cama del techo oscuro como una especie de luna en miniatura. No había nada que lamentar. La nostalgia no sólo es desvergonzada, también es traicionera. ¿Qué provecho puede sacar un

joven de veinte años de la añoranza de su propia infancia? ¿De su propia adolescencia? Parece una enfermedad.

Me di la vuelta y miré a Linda. Dormía de lado, con la cara hacia mí. Tenía la tripa tan abultada que resultaba difícil relacionarla con el resto de su cuerpo, aunque éste también se le había hinchado. Justo el día anterior se había colocado frente al espejo riéndose de lo gordos que se le habían puesto los muslos.

El niño yacía con la cabeza hacia la pelvis, y estaría en esa postura hasta el momento del parto. El que no se moviera durante ciertos períodos era algo completamente normal, según nos habían dicho en la clínica de maternidad. El corazón latía, y pronto, cuando encontrara que había llegado la hora, pondría en marcha el parto, en colaboración con ese cuerpo del que formaba parte.

Me levanté sin hacer ruido y fui a la cocina a beber un vaso de agua. Delante de la entrada de Nalen había varios grupos de gente mayor charlando. Una vez al mes les organizaban un baile, y entonces llegaban a montones, hombres y mujeres de entre sesenta y ochenta años, ataviados con sus mejores galas, y cuando los veía allí, tan animados y alegres, me dolía a veces hasta muy dentro del alma. Sobre todo uno de ellos me había causado una profunda impresión. Vestido con un traje amarillo, zapatillas blancas y sombrero de paja en la cabeza, apareció la primera vez algo tambaleante en el cruce de la calle David Bagare una noche de septiembre, pero no era tanto su ropa lo que le distinguía de los demás hombres, sino lo que su persona irradiaba; a los otros los concebía como parte de un colectivo, hombres mayores que habían salido a divertirse con sus mujeres, tan parecidos entre ellos que desaparecían de mi mente en el momento de mover la mirada, sin embargo él estaba solo incluso cuando se encontraba en el exterior del edificio hablando con los demás. Pero lo más llamativo del hombre era esa voluntad que irradiaba, única en ese grupo de gente. Cuando llegaba y se unía a los que se habían congregado en el vestíbulo, me daba la sensación de que estaba buscando algo, y de que no lo encontraría allí, y probablemente tampoco en ningún otro sitio. El tiempo lo había dejado atrás, y con ello también el mundo.

Un taxi se detuvo junto a la acera. La gente del grupo que estaba más cerca cerró los paraguas y los sacudió antes de meterse en él. Un coche de policía llegó desde mucho más abajo de la calle. Llevaba las luces azules encendidas, pero no la sirena, y el silencio le daba un aire de mal agüero. Tras

él llegó otro. Los dos redujeron la velocidad al pasar, y al oírlos parar en la manzana, dejé el vaso de agua en la encimera y me acerqué a la ventana del dormitorio. Los coches de policía estaban aparcados uno tras otro, muy cerca de US VIDEO. El primero era un coche de policía normal y corriente, el otro parecía una furgoneta. Justo en el instante en que me puse a mirarlos se abrieron las puertas de atrás. Seis policías se acercaron corriendo a la puerta y desaparecieron dentro del edificio, mientras dos se quedaban esperando delante del coche patrulla. Un hombre de unos cincuenta años pasó por allí sin echar ni un vistazo a los dos coches de policía. Intuí que en realidad tenía intención de entrar, pero cambió de idea al ver a los policías fuera. Durante las veinticuatro horas del día entraba y salía por la puerta de US VIDEO una riada de hombres, y después de vivir allí casi un año era capaz de saber en nueve de cada diez casos quién tenía intención de entrar y quién pasaría de largo. Casi todos tenían el mismo lenguaje corporal. Iban andando normalmente por la acera, y al abrir la puerta lo hacían con un movimiento que pretendían fuera una prolongación natural del anterior. Ponían tanto cuidado en no mirar a ninguna parte, que precisamente eso era lo que llamaba la atención en ellos. El esfuerzo por parecer normales se les notaba a la legua. No sólo cuando se colaban dentro, sino también cuando volvían a salir. Se abría la puerta y era como si se deslizaran hasta la acera sin parar y recuperaran esa marcha que pretendían siguiera ininterrumpida desde varias manzanas atrás. Los había de todas las edades, desde los dieciséis años hasta los setenta y pico, y procedían de todas las capas sociales. Algunos parecían ir allí a propósito, otros camino de casa desde el trabajo, una mañana temprano o tras una noche de juerga. Yo nunca había estado allí, pero sabía muy bien la pinta que tenía: la larga escalera que bajaba, el profundo y sombrío local del sótano con el mostrador donde se pagaba, la fila de pequeñas cabinas con monitores de televisión, las muchas películas entre las que se podía elegir según las preferencias sexuales de cada cual, las sillas negras de cuero sintético, los rollos de papel higiénico en el banco de al lado.

August Strindberg afirmó una vez en su profunda y perturbada gravedad que las estrellas del cielo eran agujeros en una pared. A veces pensaba en eso cuando veía la riada infinita de almas que bajaban por esa escalera y se sentaban en la oscuridad de la cabina del sótano para masturbarse, mientras miraban las ventanillas iluminadas. El mundo estaba cerrado alrededor de

ellos y una de las pocas maneras que tenían de mirarlo era a través de esas pantallas. Lo que veían no se lo mencionaban nunca a nadie, pertenecía a lo innombrable, era incompatible con todo lo que constituía una vida normal, y la mayor parte de los que frecuentaban ese lugar eran hombres normales y corrientes. Pero lo innombrable no sólo tenía vigencia en relación con el mundo de arriba, también les influía abajo, al menos a juzgar por su conducta, en que nadie se hablara, nadie se mirara, las órbitas solipsistas por las que todos ellos se movían: las escaleras, las estanterías con las películas, el mostrador, la cabina y de vuelta a las escaleras. El hecho de que también hubiera algo fundamentalmente ridículo en lo que pasaba allí, en esa fila de hombres sentados con los pantalones bajados hasta las rodillas cada uno en su cubil, gruñendo y jadeando mientras tiraban de su miembro viril viendo películas de mujeres que tenían relaciones sexuales con caballos o perros, hombres con un montón de otros hombres, era algo que no podían ignorar, pero tampoco tener en consideración, ya que una risa auténtica y el deseo auténtico son dos magnitudes incompatibles, y había sido su deseo lo que les había empujado hacia ese lugar. ¿Pero por qué allí? Todas las películas que se podían ver en ese local estaban también en la red y por consiguiente podían contemplarse en absoluta soledad, sin riesgo de ser visto por nadie. Por tanto en la propia situación innombrable tenía que haber algo que ellos buscaran. O lo indigno, bajo y sucio que había en la situación, o lo cerrado. Yo no lo sabía, para mí aquello era un campo desconocido, pero era incapaz de no pensar en ello, porque cada vez que dirigía mi mirada en aquella dirección, había alguien que bajaba a ese sótano.

No era inusual que apareciera la policía, pero solía acudir con ocasión de alguna de las manifestaciones que a intervalos regulares se organizaban delante del local. La policía dejaba el lugar en sí en paz, para el gran descontento de los manifestantes, que no podían hacer otra cosa que exhibir sus pancartas, gritar consignas, y abuchear cada vez que alguien entraba o salía del lugar, minuciosamente escrutados por la policía, que los vigilaba hombro contra hombro con escudos, cascos y porras.

—¿Qué pasa? —preguntó Linda detrás de mí.

Me volví y la miré.

—¿Estás despierta?

—A duras penas —contestó.

—Es que no puedo dormir —dije—. Y hay unos coches de policía fuera. Tú sigue durmiendo.

Ella volvió a cerrar los ojos. Abajo en la calle se abrió la puerta. Aparecieron dos policías. Detrás de ellos otros dos. Llevaban tan apretado a un hombre que sus pies no tocaban el suelo. Todo parecía muy brutal, pero a lo mejor era necesario, porque el hombre tenía los pantalones bajados. Cuando salieron a la calle lo soltaron y el hombre cayó de rodillas. Otros dos agentes aparecieron en la puerta. El hombre se levantó y se subió los pantalones. Uno de los agentes lo esposó con las manos a la espalda, otro lo condujo al coche. Cuando los demás agentes estaban a punto de meterse en los coches, salieron a la calle dos de los hombres que trabajaban en el local. Con las manos en los bolsillos vieron cómo arrancaban los vehículos, se alejaban por la calle y desaparecían, mientras el pelo se les ponía cada vez más blanco por la nieve que caía.

Fui al salón. La luz de las farolas que colgaban de cables sobre la calle justo debajo de las ventanas, iluminaba débilmente las paredes y el suelo. Me puse a ver un rato la televisión, pensando todo el tiempo en que tal vez Linda se pondría nerviosa si se despertaba y se levantaba. Cualquier cosa fuera de lo corriente o que diera sensación de inestabilidad le recordaba los períodos maníacos de su padre cuando era niña. Apagué el televisor, cogí un libro de arte de la librería que había encima del sofá, y me puse a hojearlo. Era un libro sobre Constable que acababa de comprar. La mayor parte de las ilustraciones eran esbozos de óleos, estudios de nubes, paisajes, mar.

Sólo con pasar por ellas la mirada, los ojos se me llenaron de lágrimas. Tan grande era el anhelo con el que me llenaron algunos de los cuadros. Otros me dejaron indiferente. Mi único parámetro respecto al arte pictórico eran las sensaciones que despertaba en mí. La sensación de algo inagotable. La sensación de belleza. La sensación de presencia. Todo recogido en momentos tan agudos que algunas veces resultaba difícil estar en ellos. Y completamente inexplicables. Porque al escrutar ese óleo de una formación de nubes del 6 de septiembre de 1822, no había nada en él que pudiera explicar la fuerza de mis sentimientos. Arriba, en el borde, un trozo de cielo azul. Debajo, un trozo de neblina blanquecina. Luego las nubes que se imponían. Blancas por donde les alcanzaba la luz del sol, de un verde claro por las partes más ligeras de sombra, de un verde profundo y casi negras por donde más pesaban y el sol

quedaba más alejado. Azul, blanco, turquesa, verde, verde oscuro. Eso era todo. En el comentario al cuadro ponía que Constable lo había pintado en Hampstead «*at noon*», y que un tal Wilcox había dudado de la corrección de la fecha, ya que existía otro esbozo del mismo día, de entre las 12.00 y las 13.00, que muestra un cielo muy diferente, más lluvioso, un argumento invalidado por los informes meteorológicos de la región de Londres de ese día, ya que el cielo era posible en ambos cuadros.

Hacía muchos años había estudiado historia del arte y estaba acostumbrado a describir y analizar el arte. Pero sobre lo que nunca escribía y es lo único importante, era sobre cómo lo vivía. No sólo porque era incapaz, sino también porque los sentimientos a los que me elevaban los cuadros iban en contra de todo lo que había aprendido que trataba el arte y para qué era. De manera que me lo guardaba para mí. Visitaba en soledad la Galería Nacional de Estocolmo, la de Oslo o la National Gallery de Londres. Había en ello una suerte de libertad. No tenía que apoyar con razones mis sentimientos, no tenía que dar explicaciones a nadie, nada que argumentar en relación con otra cosa. Libertad, pero no paz, porque aunque se suponía que los cuadros eran idílicos, como por ejemplo los paisajes arcaicos de Claude, yo siempre me sentía intranquilo al dejarlos, porque lo que tenían, el núcleo de su ser, era lo inagotable, y lo que ese sentimiento me aportaba era una especie de avidez. No puedo explicarlo mejor. Una avidez de estar yo mismo en lo inagotable. También esa noche. Estuve durante casi una hora hojeando el libro sobre Constable. Y todo el tiempo volvía al cuadro de las nubes verdosas, que cada vez despertaba lo mismo dentro de mí. Era como si dos maneras diferentes de contemplar subiesen y bajasen en mi conciencia, una con sus pensamientos y razonamientos, la otra con sus sentimientos y sensaciones, las cuales, aunque yacían lado a lado, estaban excluidas de los conocimientos de la otra. Era una imagen fantástica, me llenaba de todas esas sensaciones que suelen llenarme los cuadros fantásticos, pero al intentar explicar por qué, en qué consistía lo fantástico, fallaba. El cuadro me hacía temblar por dentro, ¿pero por qué? El cuadro me llenaba de anhelo, ¿pero por qué? Nubes había de sobra. Colores había de sobra. Determinados momentos históricos había de sobra. También de la combinación de los tres había de sobra. El arte de nuestra época, es decir, el arte que en un principio tendría que ser el arte que regía para mí, no consideraba valiosos los sentimientos generados por una obra de arte. Los

sentimientos eran inferiores, o tal vez incluso un subproducto indeseado, una especie de residuo, o, en el mejor de los casos, un material manipulable. Tampoco tenía ningún valor la imagen que reproducía la realidad de un modo naturalista, sino que era considerado algo ingenuo y una fase superada ya hacía tiempo. Ya no tenía ningún sentido. Pero en el instante en que volvía a mirar el cuadro, todos los razonamientos desaparecían en la ola de fuerza y belleza que se levantaba dentro de mí. *Sí, sí, sí*, sonaba la voz. *Allí es donde está, allí es donde tengo que ir*. ¿Pero qué era eso que yo afirmaba? ¿Adónde tenía que ir?

Eran las cuatro. Es decir, seguía siendo de noche. No podía ir al despacho por la noche. Pero a las cuatro y media ya era de día, ¿no?

Me levanté y fui a la cocina, metí un plato de albóndigas y espaguetis en el microondas, porque no había tomado nada desde mediodía del día anterior, fui al baño y me duché, más que nada para pasar el tiempo hasta que la comida estuviera caliente, luego me vestí, saqué un cuchillo y un tenedor, llené un vaso de agua, puse el plato en la mesa y me senté a comer.

En las calles reinaba el silencio. Entre las cuatro y las cinco era la única hora en que la ciudad dormía. En mi vida anterior, durante los doce años que viví en Bergen, me pasaba la noche levantado siempre que podía. Nunca pensé en esa tendencia, simplemente era algo que me gustaba y que tenía por costumbre. Había nacido como un ideal de bachiller, que partía de la idea de que la noche estaba de una u otra forma relacionada con la libertad. No en sí, sino en su contraste con la realidad cotidiana de nueve a cuatro, que yo y algunos más considerábamos burguesa y conformista. Queríamos ser libres, ergo estábamos levantados por la noche. El que siguiera con eso tenía menos que ver con la libertad que con una creciente necesidad de estar solo. Más tarde comprendí que esa necesidad era algo que tenía en común con mi padre. En la casa en la que vivíamos tenía para él solo un pequeño apartamento, donde pasaba casi todas las tardes. Eso era su noche.

Enjuagué el plato debajo del grifo, lo metí en el fregaplatos y fui al dormitorio. Linda abrió los ojos cuando me detuve a los pies de la cama.

—Qué sueño tan ligero tienes —dije.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—¿Has estado levantado hasta ahora?

Asentí con la cabeza.

—Creo que me acercaré al despacho. ¿Te importa?

Se incorporó a medias.

—¿Ahora?

—No puedo dormir —dije—. Más vale emplear el tiempo en trabajar.

—Por favor... —me rogó—. Ven a la cama.

—¿No oyes lo que te estoy diciendo?

—No quiero quedarme sola —se quejó—. ¿No puedes ir al despacho mañana por la mañana?

—Ya es mañana por la mañana —dije.

—No, estamos en plena noche —protestó—. Y da la casualidad de que voy a parir en cualquier momento. Puede ocurrir dentro de una hora, ya lo sabes.

—Hasta luego —dije, y cerré la puerta detrás de mí. En la entrada me puse el chaquetón, cogí la bolsa con el ordenador y salí. Un aire frío se levantó de la acera cubierta de nieve. Por la calle se aproximaba una máquina quitanieves. El pesado arado de metal retumbaba en el asfalto. Ella tenía la manía de retenerme. ¿Por qué tanto empeño en que estuviera allí, si de todos modos dormía y no se enteraba de si yo estaba o no?

El cielo colgaba negro y pesado sobre los tejados. Pero había dejado de nevar. Eché a andar. La máquina quitanieves pasó con el motor retumbando, las cadenas tintineantes, el arado raspando. Un pequeño infierno de sonidos. Cogí la calle David Bagare, que estaba desierta y silenciosa, y luego la calle Malmslillnad, donde las letras del bar de copas KGB era lo único que captaba mi mirada. Me detuve ante la verja de la residencia de ancianos. Era verdad lo que había dicho. Podía ponerse de parto en cualquier momento. Y no le gustaba estar sola. ¿Así que por qué me iba al despacho? ¿A qué iba al despacho a las cuatro y media de la mañana? ¿A escribir? ¿A conseguir hacer lo que no había conseguido en los últimos cinco años?

Qué idiota era. Ella estaba esperando nuestro hijo, mi hijo, no debería dejarla sola.

Volví a casa. Cuando dejé la bolsa en la entrada y me estaba quitando el chaquetón, oí su voz desde el dormitorio.

—¿Eres tú, Karl Ove?

—Sí —contesté, y fui hacia ella. Me miró interrogante—. Tienes razón

—dije—. No lo pensé. Siento haberme marchado así sin más.

—Más lo siento yo —dijo ella—. ¡Es verdad que debes ir a trabajar!

—Puedo ir más tarde.

—Pero no quiero retenerte. Estoy bien, te lo prometo. Vete. Te llamo si pasa algo.

—No —insistí, tumbándome a su lado.

—Pero Karl Ove... —dijo ella con una sonrisa.

Me gustó que me llamara por mi nombre, siempre me había gustado.

—Ahora tú opinas lo que opinaba yo, y yo lo que opinabas tú. Pero sé que *en el fondo* opinas lo contrario.

—Eso me resulta demasiado complicado —dije—. ¿Por qué no nos dedicamos a dormir sin más? Y luego desayunamos juntos antes de marcharme.

—Con mucho gusto —dijo, acurrucándose junto a mí. Estaba caliente como una estufa. Le acaricié el pelo y la besé ligeramente en la boca. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

No contestó, pero me cogió la mano y se la puso sobre la tripa.

—¡Ahí! —exclamó—. ¿Lo has notado?

De repente la piel se le hinchó debajo de la palma de mi mano.

—Ay —dije, levantando la mano para ver. Eso que se apretaba contra la tripa haciéndola hincharse, fuera una rodilla, un pie, un codo o una mano, se había movido. Era como ver algo moverse justo debajo de la superficie de un tranquilo lago. Luego volvió a desaparecer.

—La pequeña está impaciente —dijo Linda—. Puedo notarlo.

—¿Ha sido el pie?

—Mm.

—Ha sido como si intentara salir por ahí —dije.

Linda sonrió.

—¿Ha dolido?

Negó con la cabeza.

—Lo noto, pero no duele. Sólo resulta extraño.

—Me imagino.

Me tumbé muy cerca de ella y volví a ponerle la mano sobre la tripa. En la entrada sonó la rendija del correo de la puerta. Un camión pasó por la calle,

tenía que ser grande, porque las ventanas temblaron. Cerré los ojos. Cuando enseguida todos los pensamientos e imágenes de mi conciencia empezaron a moverse en direcciones que yo no dominaba, y tenía la sensación de contemplarlos como una especie de perezoso perro guardián de los pensamientos, comprendí que el sueño me esperaba ya muy cerca. Sólo me faltaba meterme en su oscuridad.

Me despertaron los ruidos de Linda en la cocina. El reloj que había sobre la repisa de la chimenea marcaba las once menos cinco. Mierda. Otro día de trabajo desperdiciado.

Me vestí y fui a la cocina. Salía vapor de la pequeña cafetera colocada sobre la placa. Fiambres, queso y zumo de naranja en la mesa. Dos tostadas en un plato. En ese instante saltaron otras dos de la tostadora.

—¿Has dormido bien? —preguntó Linda.

—Sí, sí —contesté, sentándome. La mantequilla que extendí sobre la tostada se derritió al instante, llenando los pequeños poros de la superficie. Linda apartó la cafetera de la placa. Con la tripa tan abultada, parecía que estaba siempre inclinada hacia atrás, y cuando hacía algo con las manos era como si ocurriese al otro lado de una pared invisible.

El cielo estaba gris. Pero la nieve debía de permanecer sobre los tejados, porque la cocina estaba más luminosa que de costumbre.

Sirvió café en las dos tazas que había sacado y me puso una delante. Tenía la cara hinchada.

—¿Estás peor? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Tengo la nariz completamente taponada. Y tengo algo de fiebre.

Se sentó con dificultad y añadió leche al café.

—Típico —dijo—. Que vaya a ponerme mala justo ahora. Cuando más necesito tener fuerzas.

—Puede que el parto se haga esperar un poco —comenté—. Que el cuerpo no se ponga en marcha hasta que mejore.

Clavó la mirada en mí. Yo tragué el último trozo de pan y me serví zumo de naranja en el vaso. Una cosa sí había aprendido en los últimos meses, y era que todo lo que se solía decir sobre los imprevisibles cambios de humor de las embarazadas se correspondía con la verdad.

—¿No te das cuenta de que es una catástrofe? —preguntó.

La miré a los ojos. Bebí un trago de zumo.

—Sí, sí, claro —dije—. Pero se arreglará. Todo se arreglará.

—Claro que se arreglará —aseguró ella—. Pero no se trata de eso. Se trata de que no quiero estar enferma y débil cuando estoy a punto de parir.

—Entiendo —dije—. Pero no vas a estar enferma. Aún faltan unos días.

Seguimos desayunando en silencio.

Entonces me miró de nuevo. Tenía unos ojos fantásticos. Eran de color gris verdoso, y a veces, por regla general cuando estaba cansada, bizqueaban un poco. En la foto de la colección de poemas que había publicado era bizca, y la vulnerabilidad de esa expresión, contrarrestada, pero no anulada, por el aplomo que también se veía en ella, me hipnotizó por completo en su día.

—Perdóname —me rogó—. Es que estoy nerviosa.

—No tienes por qué —dije—. Estás muy, pero que muy bien preparada.

Lo estaba de verdad. Se había dedicado por completo a lo que iba a pasar; había leído montones de libros, se había comprado una especie de casete de meditación que escuchaba todas las noches, en la que una voz repetía hipnóticamente que el dolor no importaba, que el dolor era bueno, que el dolor no importaba, que el dolor era bueno, y los dos habíamos asistido a un curso y visitado la sección del hospital donde tendría lugar el parto. Se había preparado ante cada visita con la comadrona, anotando las preguntas de antemano, y todas las curvas y medidas que traía de esas visitas las anotaba con la misma escrupulosidad en un cuaderno. También había enviado una hoja con sus preferencias a la sección de maternidad, como le habían pedido, en la que ponía que estaba nerviosa y necesitaba mucho ánimo, pero que a la vez era muy fuerte y daría a luz sin anestesia.

Eso me rompía el corazón. Yo había estado en la sección de maternidad, y aunque habían intentado crear un ambiente hogareño, con sofás, alfombras, cuadros en las paredes y un aparato de CD en la habitación donde tendría lugar el parto, además de una salita de televisión y una cocina en la que podías hacer tu propia comida, y donde la mujer después del parto tenía su propio dormitorio con baño, había que tener en cuenta que otra mujer había parido justo antes en esa misma habitación, y aunque se hubiera fregado a toda prisa, y cambiado la ropa de cama y las toallas, eso había sucedido tantísimas veces que seguía en el aire un lejano olor metálico a sangre y vísceras. En ese

acogedor dormitorio del que dispondríamos durante veinticuatro horas después del parto, otra pareja con un recién nacido acabaría de yacer en la misma cama, de manera que lo que para nosotros resultaría nuevo y completamente trastocado, constituía para los que trabajaban allí una eterna repetición. Las comadronas eran siempre responsables de varios partos paralelos, entraban y salían constantemente de las habitaciones donde distintas mujeres chillaban y gritaban, gemían y mugían, según la fase del parto en la que se encontraran, y eso ocurría sin cesar día y noche, año tras año, de modo que lo que con toda seguridad no podrían hacer era actuar con esa profunda ternura que Linda demandaba en su carta.

Ella miró por la ventana, y yo seguí su mirada. Sobre el tejado del edificio de enfrente, tal vez a diez metros de distancia de nosotros, había un hombre con una cuerda atada a la cintura quitando la nieve.

—En este país están locos —dije.

—¿No lo hacen así en Noruega?

—¡Qué va! ¿Estás loca?

El año antes de que yo llegara a Suecia, un chuzo de hielo que cayó de un tejado mató a un chico. Desde entonces se limpiaban todos los tejados de nieve casi en el mismo instante en el que caía, con una terrible consecuencia: cuando llegaban los períodos de temperaturas suaves, casi todas las aceras estaban precintadas con cintas rojas y blancas durante una semana. Caos por todas partes.

—Pero en medio de todo ese miedo, por lo menos se mantiene el nivel de empleo —dije, tragando la rebanada de pan. Me levanté y de pie bebí las últimas gotas de café—. Me voy ya.

—Vale —dijo Linda—. ¿Te importa alquilar unas películas a la vuelta?

Dejé la taza en la mesa y me limpié la boca con el dorso de la mano.

—Claro. ¿Algo en particular?

—No. Elígelas tú.

Me cepillé los dientes en el baño. Al salir al recibidor para ponerme el chaquetón, Linda me siguió.

—¿Y tú qué vas a hacer hoy? —le pregunté, cogiendo el chaquetón del armario con una mano, mientras me enrollaba la bufanda al cuello con la otra.

—No lo sé —contestó—. A lo mejor me doy un paseo por el parque o igual me doy un baño.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Me agaché para atarme los zapatos mientras ella, con un brazo a la espalda, sobresalía inmensa por encima de mí.

—Muy bien —dije, poniéndome el gorro. Luego cogí la bolsa con el ordenador—. Entonces me voy.

—De acuerdo —dijo ella.

—Llámame si pasa algo.

—Lo haré.

Nos besamos y cerré la puerta detrás de mí. El ascensor estaba subiendo, y por un instante vi a la vecina del piso de arriba en el momento en que pasaba por delante, con la cara inclinada hacia el espejo. Era abogada, solía llevar pantalones negros o faldas negras que le llegaban hasta la rodilla, saludaba brevemente, siempre con la boca apretada, irradiando animosidad, al menos hacia mí. Durante algunos períodos vivía con ella su hermano, un hombre delgado, de ojos oscuros, inquieto y de aspecto duro, pero guapo, una de las amigas de Linda se había enamorado de él y los dos tenían una especie de relación que al parecer consistía en que él la despreciaba tanto como ella lo adoraba. Vivir en el mismo edificio que la amiga de ella parecía molestar al hombre, las veces que nos deteníamos para intercambiar algunas palabras tenía una expresión como de acoso en la mirada, pero aunque yo suponía que tenía algo que ver con que yo supiera más sobre él que él sobre mí, también podría tener otras causas, que fuera un típico maltratador, por ejemplo. Yo no sabía nada de eso, no tenía ningún conocimiento de ese mundo ni de otros parecidos, en ese sentido era en verdad tan ingenuo como sostenía Geir, mi único verdadero amigo en Estocolmo, cuando me comparaba con el personaje engañado en *Los fulleros* de Caravaggio.

Cuando llegué al portal, decidí fumarme un cigarrillo antes de continuar, recorrí el pasillo que pasaba por delante de la lavandería colectiva y salí al patio trasero, donde dejé la bolsa en el suelo, me apoyé en la pared y miré al cielo. Justo por encima de mí salía un tubo de ventilación que llenaba el aire junto a la pared de olor a ropa caliente y recién lavada. Desde dentro de la lavandería apenas se oía el chillido de la centrifugadora, tan extrañamente agitada en comparación con las lentas nubes grises que flotaban arriba en el espacio. En algunos sitios se veía el cielo azul detrás de ellas, como si el día

fuera una plancha por la que se deslizaban.

Me acerqué a la valla que separaba la parte interior del patio trasero del jardín de infancia, ahora vacío, ya que a esa hora los niños estaban dentro comiendo, me acodé sobre ella y me quedé fumando mientras miraba las dos torres que se erguían en la calle Kung. Estaban construidas en una especie de estilo neobarroco, y la década de los veinte que reflejaban me llenó como tantas otras veces de añoranza. Por la noche las torres estaban iluminadas por proyectores, y mientras la luz diurna distinguía los diferentes detalles, de modo que se podía apreciar claramente lo diferente que era el material de las paredes del muro del de las ventanas, estatuas doradas y planchas de cobre oxidado, la luz artificial unificaba esos detalles. Podía ser que fuera la luz en sí la que lo causaba, podría deberse a esa relación con el entorno que la luz creaba; en todo caso era como si las estatuas «hablaran» por las noches. No es que cobraran vida, seguían tan muertas como antes, era más bien como si la expresión de lo muerto se alterara, y en cierto modo se intensificara. Por el día sólo era nada, por la noche esa nada adquiría una expresión.

O se debía a que el día estaba lleno de tantas otras cosas que dificultaban la concentración. Los coches de las calles, la gente en las aceras, escaleras y ventanas, los helicópteros que pasaban por el cielo como libélulas, los niños que en cualquier momento podían salir corriendo a gatear en el barro o en la nieve, a montar en sus triciclos, bajar por el gran tobogán en medio del patio, trepar por el puente del «barco» al lado, jugar en el arenero, jugar en la «casita», lanzar balones o simplemente corretear por el recinto, gritando y chillando, de tal manera que el patio estaba lleno de una cacofonía parecida a la de las montañas de aves desde la mañana hasta las primeras horas de la tarde, sólo interrumpida, como en ese momento, por la tranquilidad de las comidas. Resultaba casi imposible estar allí, no por el ruido, del que normalmente no me percataba, sino porque los niños solían congregarse a mi alrededor. Las veces que había salido a ese patio habían empezado a trepar la media valla que dividía el patio trasero en dos, y allí se quedaban cuatro o cinco colgados, preguntándome esto y aquello, cuando no se divertían de lo lindo cruzando la línea prohibida y pasaban corriendo delante de mí, tronchándose de risa. El niño más travieso de todos era el último al que recogían. Los días que iba a casa por ese camino me lo encontraba muchas veces sentado solo junto al arenero, o en compañía de otro desafortunado,

cuando no estaba junto a la valla sin hacer nada. Entonces solía saludarlo. Si no había nadie cerca, llevándome dos dedos a la frente, a veces incluso levantaba «el sombrero». No tanto por él, porque me miraba siempre igual de serio, como por mí.

A veces pensaba que todos esos sentimientos blandos podrían quitarse raspando como se raspa el cartílago alrededor de los tendones de la rodilla dañada de un atleta, qué liberación sería. Fuera todo sentimentalismo, toda compasión, toda empatía...

Un grito subió por el aire.

AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH.

Me sobresalté. Aunque ese grito sonaba a menudo, no acababa de acostumbrarme. Los pisos del edificio del que ese grito provenía, al lado opuesto de la guardería, pertenecían a una residencia de ancianos. Me imaginaba a alguien acostado inmóvil en su cama, sin ningún contacto con el mundo de alrededor, porque los gritos sonaban igual por la noche que por la mañana o al mediodía. Aparte de eso, y de un hombre que se sentaba a fumar en el balcón y tenía ataques de tos como estertores de muerte que duraban varios minutos, la residencia estaba cerrada sobre sí misma. Cuando me iba al despacho veía alguna vez a algún que otro enfermero en las ventanas al otro lado del edificio, donde tendrían una especie de sala de descanso, y de tarde en tarde también veía a algún residente en la calle, un par de veces en compañía de policías que lo habían acompañado hasta casa, y en otra ocasión vi a un par de ellos dando vueltas ofuscados. Pero por regla general no dedicaba ni un pensamiento a ese lugar.

Cómo gritaba.

Todas las cortinas estaban corridas, también las que cubrían la puerta medio abierta del balcón, y por donde salía el ruido. Miré hacia arriba durante unos instantes. A continuación me volví y eché a andar hacia la puerta. Por la ventana de la lavandería vi al vecino de abajo doblar unas sábanas blancas. Cogí la bolsa y salí al pequeño pasillo que recordaba una gruta y donde estaban los cubos de basura, abrí la verja de hierro con la llave, salí a la calle y me apresuré hacia el KGB y las escaleras que bajaban a la calle Tunnel.

Veinte minutos después cerré detrás de mí la puerta del despacho. Colgué el chaquetón y la bufanda en la percha, puse los zapatos sobre la

alfombrilla, me preparé un café, conecté el ordenador y me tomé el café mientras echaba un vistazo a los titulares, hasta que la pantalla se apagó.

La América del alma. Ése era el título. Y prácticamente todo lo que había en la habitación tenía relación con él. La reproducción del conocido cuadro de Newton pintado por William Blake, de un carácter casi submarino, colgaba detrás de mí, además de dos dibujos enmarcados sobre la expedición de Churchill del siglo XVIII, adquiridos en su día en Londres, uno de una ballena muerta, el otro de un escarabajo disecado, ambos plasmados en diversos estados. El ambiente nocturno, del pintor noruego Peder Balke, en otra pared, esos colores verdes y negros. El cartel de Greenaway. El mapa de Marte que había encontrado en un viejo número de *National Geographic*. Las dos fotos en blanco y negro de Thomas Wågström; una de un resplandeciente vestido infantil, la otra de una laguna negra en la que se vislumbraban los ojos de una nutria justo debajo de la superficie. El pequeño delfín y el pequeño casco, ambos de metal verde, que un día había comprado en Creta y que ahora estaban en el escritorio. Y los libros: Paracelso, Basileios, Lucrecio, Thomas Browne, Olof Rudbeck, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Albertus Seba, Werner Heisenberg, Raymond Roussel, y la Biblia, claro, y obras sobre el romanticismo nacional y sobre el gabinete de rarezas, sobre Atlantis, sobre Alberto Durero y sobre Max Ernst, sobre el barroco y el gótico, sobre la física atómica y sobre las armas de exterminación, sobre bosques y ciencias de los siglos XVI y XVII. No se trataba de conocimientos, sino de la aureola que proporcionaban los conocimientos, los lugares de los que procedían, casi todos fuera del mundo en el que vivimos, y que sin embargo estaba dentro, en ese espacio ambivalente en el que reposan todos los objetos e ideas históricas.

Durante los últimos años había crecido cada vez más en mí la sensación de que el mundo era pequeño y yo abarcaba todo lo que había en él, y eso a pesar de que con la razón sabía que en realidad era justo al revés; el mundo era ilimitado, el número de sucesos infinito, el presente una puerta abierta que daba golpes en el viento de la historia. Pero yo no lo percibía así. Lo percibía como si el mundo estuviera terminado, investigado y cartografiado, que ya no se movería en direcciones no previstas, que nada nuevo o sorprendente podría suceder. Me entendía a mí mismo, entendía mi entorno más cercano, entendía la sociedad que me rodeaba, y si había algún fenómeno que pudiera parecer poco claro, sabría cómo entenderlo.

No hay que confundir la comprensión con el saber, porque yo apenas sabía nada, pero si por ejemplo iban a surgir luchas en una región fronteriza de una ex república soviética de algún lugar de Asia, de cuyas ciudades hasta entonces jamás había oído hablar, con habitantes que me resultaban extraños en todo, desde su vestimenta y lengua, hasta su vida cotidiana y su religión, y resultaba que ese conflicto tenía profundas raíces históricas, remontándose a unos sucesos ocurridos en el siglo XI, mi ignorancia y falta total de conocimientos no me impediría entender lo que estaba sucediendo, porque los pensamientos tienen categorías para manejar incluso lo más desconocido. Y así ocurría con todo lo demás. Si veía un insecto que no había visto nunca, sabía que alguien habría tenido que verlo antes y lo habría catalogado. Si veía un objeto luminoso en el cielo, sabía que era un raro fenómeno meteorológico o un tipo de avión, tal vez un globo meteorológico, y que si era importante, al día siguiente los periódicos escribirían sobre ello. Si había olvidado un suceso de mi infancia, estaba seguro de que se trataba de una represión, si me ponía realmente furioso por algo, seguro que se debía a una proyección, y si siempre intentaba agradar a las personas con las que me topaba, era debido a mi padre y a mi relación con él. No hay nadie que no entienda su propio mundo. Alguien que entiende poco, un niño pequeño, por ejemplo, simplemente se mueve en un mundo menos amplio que el que entiende mucho. Pero lo de entender mucho siempre ha estado relacionado con el entendimiento de los límites de la comprensión, el reconocimiento de que el mundo fuera de esos límites, de todo lo que uno no entiende, no sólo existe, sino que además siempre es más grande que el mundo de dentro. A veces pensaba que lo que había sucedido, al menos para mí, era que el mundo infantil, en el que todo era conocido, y donde para lo no conocido uno se apoyaba en otros, en los que sabían, en realidad jamás había dejado de existir, simplemente se había ido extendiendo en el transcurso de todos esos años. Cuando a los diecinueve me encontré con el alegato de que el mundo está construido lingüísticamente, lo rechacé con lo que yo llamaba el sentido común, porque era absurdo, ¿esa pluma que yo sostenía era lenguaje? ¿La ventana en la que se reflejaba el sol? ¿El patio de abajo por el que cruzaban los estudiantes vestidos de otoño? ¿Las orejas del profesor? ¿Sus manos? ¿El suave olor a tierra y hojas secas de la ropa de la mujer que acababa de entrar por la puerta y se había sentado a mi lado? ¿El ruido de la perforadora de los obreros de la carretera que habían

levantado una tienda de campaña un poco más allá de la iglesia de Johannes? ¿El zumbido del generador? ¿Y el estruendo de la ciudad debajo de mí se suponía que era un estruendo lingüístico? Tosía, ¿se trataba de una tos lingüística? No, no, era una idea ridícula. El mundo era el mundo, lo que tocaba y con lo que me topaba, respiraba, escupía, comía, bebía, sangraba y vomitaba. Hasta muchos años después no empecé a mirarlo con otros ojos. En un libro que leí sobre arte y anatomía se citaba a Nietzsche, que decía que «también la física es sólo una interpretación y una adaptación del mundo, no una explicación del mismo», y también ponía «hemos dado al mundo una medida mediante categorías, *que rigen para un mundo completamente fingido*».

¿Un mundo fingido?

Sí, el mundo como superestructura, el mundo como espíritu, ingrátido y abstracto, de la misma materia de la que se tejen los pensamientos, y en consecuencia algo por lo que se pueden mover y que pueden atravesar sin impedimentos. Un mundo que tras trescientos años de ciencias naturales queda sin misterios. Todo está explicado, todo está conceptuado, todo está dentro del horizonte humano del entendimiento, desde lo más grande, el universo, cuya luz más antigua que se puede observar, el límite extremo del universo, viene de su nacimiento hace quince mil millones de años, hasta lo más pequeño, los protones, neutrones y mesones del núcleo atómico. Conocemos incluso los fenómenos que nos matan, por ejemplo todas las bacterias y virus que penetran en nuestro cuerpo y atacan nuestras células, haciéndolas crecer o morir. Durante mucho tiempo, sólo fueron la naturaleza y sus leyes las que se abstraían y fotografiaban, pero ahora, en la época de las tormentas de imágenes, no sólo rige para las leyes de la naturaleza, sino también para sus lugares y personas. Todo el mundo físico ha sido levantado e introducido en esa esfera, todo ha sido incorporado al enorme reino de lo imaginario, desde las selvas tropicales de Sudamérica y las islas del Pacífico, hasta los desiertos del norte de África y las ciudades grises y desgastadas de Europa del Este. Nuestros pensamientos están inundados de imágenes de lugares en los que nunca hemos estado y sin embargo conocemos, de personas que nunca hemos conocido pero con las que no obstante estamos familiarizados, y en gran medida tenemos en cuenta al vivir nuestra vida. Esa sensación que nos ofrecen de que el mundo es pequeño, densamente encerrado

en sí mismo, sin aperturas hacia nada más, resulta casi incestuosa, y aunque yo sabía que era profundamente falsa, ya que en realidad no sabemos absolutamente nada, no podía no obstante librarme de ella. Ese anhelo que siempre sentía, que algunos días era tan intenso que apenas se dejaba controlar, procedía de lo anterior. Yo escribía en parte para apaciguar ese anhelo, escribiendo quería abrir el mundo para mí mismo, a la vez que era justo por eso por lo que no lo lograba. La sensación de que el futuro no existe, que sólo es un poco más de lo mismo, significa que cualquier utopía queda sin sentido. La literatura siempre ha estado emparentada con lo utópico, de modo que cuando lo utópico pierde su sentido, también lo pierde la literatura. Lo que yo intentaba, y tal vez intentan todos los escritores, qué sé yo, era combatir la ficción con ficción. Lo que debía hacer era aceptar y animar lo existente, aceptar y animar el estado de las cosas, es decir, revolcarme en el mundo en lugar de buscar un camino para salir de él, porque de esa manera tendría sin duda una vida mejor, pero no podía, no lo conseguía, algo dentro de mí se había endurecido, alguna convicción quedaba, y aunque era *esencialista*, es decir, falta de unidad en el tiempo y encima romántica, no logré sobrepasarla por la sencilla razón de que no sólo era algo pensado, sino también algo experimentado por esos repentinos estados de clarividencia que todo el mundo conoce, en los que por unos instantes se ve un mundo completamente diferente del mundo en el que uno se encontraba hacía sólo unos momentos, donde es como si el mundo saliera y se exhibiera por un breve espacio de tiempo, antes de volver a caer dentro de sí mismo, dejando todo como antes.

La última vez que lo había experimentado fue en el tren de cercanías entre Estocolmo y Gnesta, unos meses antes. El paisaje ante la ventanilla era completamente blanco, el cielo gris y húmedo, pasamos por una zona industrial, vagones de ferrocarril vacíos, tanques de gas, naves industriales, todo era blanco y gris, y al oeste se ponía el sol, los rayos rojos se difuminaban en la niebla, y el tren en el que iba sentado no era uno de esos viejos, ruidosos y desgastados trenes que suelen cubrir esa ruta, sino uno completamente nuevo, resplandeciente y brillante, el asiento era un asiento nuevo, olía a nuevo, delante de mí se abrían y cerraban las puertas sin rozamientos, y yo no pensaba en nada, sólo contemplaba esa ardiente bola roja en el cielo, y la alegría que sentía era tan intensa y se presentaba con tanta

fuerza que no se podía distinguir del dolor. Lo que estaba experimentando me pareció de una importancia enorme. De una importancia enorme. Al acabar ese instante, la sensación de importancia no disminuyó, pero se convirtió de repente en algo incolocable: *¿Qué era exactamente lo importante? ¿Y por qué? ¿Un tren, una zona industrial, el sol, la niebla?*

El sentimiento me resultaba familiar, era parecido al que algunos artistas podían despertar en mí. El autorretrato de Rembrandt de viejo en la National Gallery de Londres era un cuadro así, el de Turner de la puesta de sol en el mar delante de un antiguo puerto en el mismo museo también, al igual que el cuadro de Caravaggio de Cristo en el huerto de Getsemaní. Vermeer tenía sobre mí el mismo efecto, algunas de las pinturas de Claudes, algunas de Ruisdael, algunas de J. C. Dahl, casi todas las de Hertervig..., pero ninguno de los cuadros de Rubens, ninguno de Manet, ninguno de los pintores franceses o ingleses del siglo XVIII, exceptuando a Chardin, Whistler no, tampoco Miguel Ángel, y sólo uno de Leonardo da Vinci. Esa experiencia no favorecía a ninguna época determinada, ni tampoco a ningún pintor determinado, ya que podía referirse a un solo cuadro de un pintor, y dejar de lado el resto de su obra. Tampoco tenía nada que ver con lo que se suele llamar calidad; podía quedarme frío delante de quince cuadros de Monet, y notar cómo el calor se expandía por mi cuerpo ante uno de un impresionista finlandés del que poca gente fuera de Finlandia había oído hablar.

No sabía lo que tenían esos cuadros que tanto me impresionaba. Pero resultaba llamativo que todos se hubieran pintado antes de 1900, dentro del paradigma artístico que nunca abandonó del todo la referencia a la realidad visible. Por lo tanto, había siempre en ellos cierta objetividad, es decir, una distancia entre la realidad y la realidad retratada, y tendría que ser en ese espacio donde «ocurría», donde aparecía lo que veía cuando el mundo, por así decirlo, surgía del mundo. Cuando uno no sólo veía lo incomprendible en él, sino que se podía acercarse mucho a él: Aquello que no contaba, lo que ninguna palabra era capaz de alcanzar, y por consiguiente siempre está fuera de nuestro alcance, y sin embargo dentro, porque no sólo nos rodeaba, sino que nosotros mismos formábamos parte de ello, éramos parte de ello.

Todo lo desconocido y lo enigmático era algo que nos concernía, había llevado mis pensamientos hacia los ángeles, esas criaturas misteriosas que no sólo formaban parte de lo divino, sino también de lo humano, y que de esa

manera expresaban, más que ninguna otra figura, la dualidad de la naturaleza de lo desconocido. Al mismo tiempo había algo profundamente insatisfactorio tanto en las pinturas como en los ángeles, ya que unas y otros de un modo muy básico pertenecían al pasado que habíamos dejado atrás, que ya no encajaba en el mundo que habíamos creado, en el que lo grandioso, lo divino, lo solemne, lo sagrado, lo bello y lo auténtico ya no eran magnitudes válidas, sino al contrario, algo dudoso o incluso ridículo. Eso significaba que lo grande de fuera, que hasta la Ilustración era lo divino, traído a nosotros en la revelación, y que en el Romanticismo fue la naturaleza, en el que el concepto de la revelación era lo sublime, ya no tenía ninguna expresión. En el arte lo que estaba fuera era sinónimo de sociedad, es decir, la acumulación humana dentro de la que el arte operaba por completo. En la historia del arte noruego la ruptura llegó con Munch, fue en sus cuadros donde el ser humano llegó a ocupar todo el espacio por primera vez. Hasta la Ilustración, el ser humano estaba subordinado a lo divino, y en el Romanticismo el ser humano estaba subordinado al paisaje en el que estaba retratado —las montañas son grandes e impetuosas, el mar es grande e impetuoso, mientras que los seres humanos, sin excepción, son pequeños—, pero en Munch es justo al revés. Es como si lo humano devorase todo, lo convirtiera todo en suyo. Las montañas, el mar, los árboles y los bosques, todo está coloreado por lo humano. No por las acciones y la vida externa de los seres humanos, sino por los sentimientos y la vida interior. Y cuando el ser humano se hubo hecho cargo de todo, no parece que haya ningún camino de retorno, como tampoco hubo ningún camino de retorno para el cristianismo cuando en los primeros siglos de nuestra era comenzó a expandirse como un incendio forestal por Europa. Los seres humanos en Munch están configurados, su interior adquiere forma exterior, hace temblar el mundo, y lo siguiente que sería abandonado cuando la puerta ya se había abierto fue el mundo como figura; en los pintores posteriores a Munch son los propios colores, las propias formas, no lo que representan, lo que está cargado de emociones. Con ellos nos encontramos en un mundo pictórico en el que la expresión en sí lo es todo, lo que significa, claro está, que en el arte ya no existe ninguna dinámica entre fuera y dentro, sólo una separación. En el auge del modernismo la distinción entre el arte y el mundo fue casi absoluta, o, dicho de otra manera, el arte era un mundo propio. Lo que estaba incluido en ese mundo era, naturalmente, una cuestión de criterio, y

pronto ese criterio se convertiría en el propio núcleo del arte, que de esa manera podía, por no decir debía, para no morir por sí solo, abrirse a objetos del mundo real, y así surgió la situación actual, en la que el material del arte ya no desempeña ningún papel, en el que todo el peso está en lo que expresa, no en lo que es, sino en lo que piensa, en qué ideas trae, renunciando así al último resto de objetividad, al último resto de algo fuera de lo humano. El arte se ha convertido en una cama sin hacer, en unas fotocopiadoras en una habitación, en una moto en un tejado. Y el arte se ha convertido en el propio público, en la manera en la que reacciona, en lo que los periódicos escriben sobre él; el artista en alguien que juega. Así es. El arte no tiene nada fuera, la ciencia no tiene nada fuera, la religión no tiene nada fuera. Nuestro mundo está cerrado en torno a sí mismo, cerrado en torno a nosotros, y no existe ya ningún camino para salir de él. Los que en esta situación gritan por más espíritu, más espiritualidad, no han entendido nada, porque el problema es que lo espiritual se ha quedado con todo. *Todo* se ha convertido en espíritu, incluso nuestros cuerpos ya no son cuerpos, sino ideas de cuerpos, algo que se encuentra en el cielo de imágenes e ideas dentro de nosotros y por encima de nosotros, donde se vive una parte cada vez mayor de nuestra vida. Las fronteras con lo que no nos atrae, lo incomprensible, se han anulado. Entendemos todo, y lo entendemos porque hemos convertido todo en nosotros mismos. Típicamente todos los que se han ocupado de lo neutro, lo negativo, lo no humano en el arte en nuestra época, se han dirigido hacia el lenguaje, es allí donde se ha buscado lo incomprensible y lo desconocido, como si se encontrara en la periferia de la manera humana de expresarse, es decir, en la periferia de lo que entendemos, lo que en realidad es lógico: ¿dónde si no estaría en un mundo que ya no reconoce lo que está fuera de él?

Bajo esta luz hay que considerar ese extraño y ambiguo papel que ocupa la muerte. Por un lado está por todas partes, nos inundan las noticias sobre la muerte, las imágenes de muertos; en ese sentido no existe ningún límite para la muerte, es tremenda, omnipresente, inagotable. Pero eso es la muerte como idea, la muerte sin cuerpo, la muerte como pensamiento e imagen, la muerte como espíritu. Esa muerte es la misma que la muerte del nombre, lo que no tiene cuerpo y a lo que uno se refiere al emplear el nombre de una persona muerta. Porque mientras la persona vive, el nombre se refiere al cuerpo en el que se encuentra, a lo que hace, pero cuando muere el cuerpo, el nombre se

separa de él, quedándose con las personas vivas, que con el nombre siempre van a referirse a quién era él, nunca al que es ahora, un cuerpo muerto que se está pudriendo en algún lugar. Esta parte de la muerte que pertenece al cuerpo y es concreta, física, material, esa muerte se esconde con un esmero tan grande que roza con la obsesión, y funciona. Basta con oír cómo se expresan las personas que sin querer han sido testigos oculares de accidentes mortales u homicidios. Siempre dicen lo mismo, *fue completamente irreal*, aunque quieren decir lo contrario. Fue muy real. Pero ya no vivimos en esa realidad. Todo se nos ha puesto patas arriba, para nosotros lo real es irreal, lo irreal real. Y la muerte, la muerte es lo último grande del exterior. Por eso hay que ocultarla. Porque la muerte está fuera del nombre y fuera de la vida, pero no está fuera del mundo.

Yo tenía casi treinta años cuando vi un cuerpo muerto por primera vez. Fue en el verano de 1998, una tarde del mes de julio, en una capilla de Kristiansand. Había muerto mi padre. Yacía sobre una mesa en medio de la sala, el cielo estaba nublado, la luz dentro era grisácea, en el césped fuera de la ventana se movía lentamente un cortacésped. Yo estaba con mi hermano. El agente de la funeraria había salido para dejarnos a solas con el muerto, del que nos encontrábamos a unos metros de distancia, mirándolo fijamente. Tenía los ojos y la boca cerrados, la parte de arriba de su cuerpo estaba vestida con una camisa blanca, la de abajo con un pantalón negro. Me estremecí al pensar que por primera vez sería capaz de escrutar ese rostro sin impedimento alguno. Tenía la sensación de estar abusando de él. Al mismo tiempo sentía hambre, algo insaciable que me exigía que mirase sin parar ese cuerpo muerto que unos días antes había sido mi padre. Estaba familiarizado con sus facciones, me había criado con esa cara, y aunque no la había visto con la misma frecuencia en los últimos años, apenas pasó una sola noche sin que soñara con ella. Estaba familiarizado con las facciones, pero no con la expresión que había adquirido. Un oscuro tono amarillento de la piel, además de la pérdida de elasticidad, contribuían a que la cara pareciera tallada en madera. Lo leñoso imposibilitaba cualquier sentimiento de cercanía. Ya no estaba viendo a un ser humano, sino algo que se parecía a un ser humano. Al mismo tiempo procedía de entre nosotros, y lo que había sido seguía dentro de mí como un velo sobre lo muerto.

Yngve se movió lentamente al otro lado de la mesa. No lo vi, simplemente registré el movimiento al levantar la cabeza y mirar por la ventana. El jardinero que manejaba el cortacésped se volvía constantemente en el asiento para controlar que seguía el borde de la vuelta anterior. Las pequeñas briznas de hierba que la bolsa de la máquina no capturaba volaban por el aire sobre él. Al parecer, algunas se pegaban a la parte de abajo de la máquina, porque a intervalos iguales dejaba pelotones húmedos de hierba aplastada, siempre más oscuros que el césped del que procedían. Por el camino de gravilla iban andando tres personas detrás de él, todas con la cabeza agachada, una con un abrigo rojo, que contrastaba con el verde de la hierba y el gris del cielo. Más allá de ellos fluía un río de coches por la carretera, en dirección al centro.

Entonces el motor del cortacésped chocó de repente contra la pared de la capilla. La idea de que ese ruido había sido tan fuerte que haría que mi padre abriera los ojos fue tan intensa que di un paso atrás.

Yngve me miró con una débil sonrisa en los labios. ¿Pensaba yo que el muerto iba a resucitar? ¿Creía que la madera volvería a convertirse en persona?

Fue un momento horrible. Pero una vez pasado el susto y viendo que a pesar de toda clase de sonidos y emociones fuertes, él seguía igual de inmóvil, comprendí que de hecho ya no existía. La sensación de libertad que me subió entonces por el pecho resultó igual de difícil de dominar que lo habían sido las primeras oleadas de dolor, y encontró la misma salida, un sollozo que me salió al instante completamente ajeno a mi voluntad.

Me encontré con la mirada de Yngve y sonreí. Él vino a mi lado. Su presencia me llenó del todo. Me alegré mucho de que estuviera allí, y tuve que esforzarme por no destrozarlo todo volviendo a perder el control. Haría falta pensar en otra cosa, haría falta procurar que mi atención buscara algo neutro.

Alguien se movía en la sala de al lado. Los sonidos eran bajos, y rompieron nuestro ambiente irreal, de la misma manera que los sonidos que desde la realidad entran en los sueños del que duerme son también irreales.

Miré a mi padre. Los dedos, entrelazados y descansando sobre el estómago, el borde amarillo de nicotina en el dedo índice, que estaba como manchado, igual que se mancha el papel pintado de la pared. Las arrugas desproporcionadamente profundas en la piel sobre los nudillos, que ahora

parecían esculpidas, poco naturales. Miré su rostro. No estaba sereno, porque aunque yacía pacíficamente, no estaba vacío, todavía había en él algo para lo que no encontré otra palabra que voluntad. Pensé que siempre había intentado determinar qué expresión tenía su rostro en cada momento. Que jamás lo había mirado sin al mismo tiempo intentar leer algo en él.

Pero ahora estaba cerrado.

Me volví hacia Yngve.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

El agente funerario estaba esperándonos en la sala de fuera. Dejé la puerta abierta detrás de mí. Aunque sabía que era irracional, no quería que mi padre se quedara solo allí dentro.

Después de estrechar la mano del hombre de la funeraria e intercambiar con él unas palabras sobre lo que había que hacer en los días que faltaban para el entierro, salimos al aparcamiento y encendimos cada uno un cigarrillo, Yngve de pie junto al coche, yo sentado en un muro. El aire presagiaba lluvia. Los árboles del bosquecillo de detrás del cementerio se inclinaban por la presión del viento en aumento. Por unos instantes, el crujido de las hojas secas ocultó el murmullo del tráfico al otro lado. Luego se tranquilizaron.

—Ha sido extraño —señaló Yngve.

—Sí —asentí—. Pero me alegro de que lo hiciéramos.

—Yo también. He tenido que verlo para creerlo.

—¿Te lo crees ya? —pregunté.

Yngve sonrió.

—¿Tú no?

En lugar de devolverle la sonrisa, lo que era mi intención, me eché a llorar de nuevo. Me tapé la cara con una mano y agaché la cabeza. Me recorrió un sollozo tras otro. Cuando acabé, levanté la vista con una pequeña risa.

—Exactamente como cuando éramos niños —dije—. Yo llorando y tú mirando.

—¿Estás seguro...? —preguntó, buscando mis ojos—. ¿Estás seguro de que vas a poder solo con el resto?

—Claro que sí —contesté—. No habrá ningún problema.

—Puedo llamar y decir me quedo.

—Vete a casa. Haremos lo que hemos decidido.

—De acuerdo. Entonces me voy.

Tiró el cigarrillo y sacó del bolsillo la llave del coche. Me levanté y me acerqué unos pasos, pero no tanto como para que pudiera darse la situación de estrecharnos la mano o abrazarnos. Él abrió la puerta del coche, se sentó y me miró cuando giró la llave y arrancó el motor.

—Hasta muy pronto entonces —dijo.

—Hasta pronto. ¡Ve con cuidado y da recuerdos en casa!

Cerró la puerta, salió dando marcha atrás, se paró para ponerse el cinturón, metió primera, y condujo lentamente hacia la carretera principal. Yo eché a andar en la misma dirección. De repente se encendieron las luces traseras, y él volvió marcha atrás.

—Es mejor que te quedes tú esto —dijo, sacando la mano por la ventanilla bajada. Era el sobre marrón que nos había entregado el hombre de la funeraria.

—No sirve de nada que me lo lleve a Stavanger —añadió—. Mejor que se quede aquí, ¿no?

—De acuerdo —contesté.

—Nos vemos —dijo. Subió la ventanilla y la música que justo antes había inundado el aparcamiento sonó de repente como si llegara de debajo del agua. No me moví hasta que el coche enfiló la carretera principal y desapareció. Fue un impulso de la infancia; la desgracia me sobrevendría si lo hiciera. De modo que me metí el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta y eché a andar en dirección a la ciudad.

Tres días antes, sobre las dos de la tarde, me había llamado Yngve. Por su voz noté enseguida que había pasado algo, y lo primero que pensé fue que mi padre había muerto.

—Hola —dijo—. Soy yo. Te llamo para decirte que ha sucedido algo. Bueno... lo que ha pasado...

—¿Sí? —dije. Estaba en la entrada con una mano apoyada en la pared, y el auricular en la otra.

—Ha muerto papá.

—Ah —dije.

—Gunnar acaba de llamar. La abuela lo encontró sentado en un sillón

esta mañana temprano.

—¿De qué ha muerto?

—No lo sé. Pero supongo que del corazón.

No había ventana en la entrada, y la lámpara del techo estaba apagada, de modo que la única luz era la que entraba suavemente desde la cocina en un extremo, y por la puerta abierta del dormitorio en el otro. La cara que escruté en el espejo estaba sombría, como mirándome desde un lugar muy lejano.

—¿Y qué hacemos ahora? Me refiero a las cuestiones prácticas.

—Gunnar cuenta con que nosotros nos ocupemos de todo. De manera que tendremos que ir. Cuanto antes, creo.

—Vale —dije—. Iba a ir al entierro de Borghild, de hecho estaba a punto de salir. Tengo la maleta hecha. Puedo ir ahora mismo. ¿Nos vemos allí?

—Vale —dijo Yngve—. Entonces yo iré mañana.

—Mañana —dije—. Tengo que pensarlo.

—¿Por qué no coges un avión hasta aquí y vamos juntos en el coche?

—Buena idea, eso haré. Te vuelvo a llamar en cuanto sepa el vuelo.

¿Vale?

—Vale. Nos vemos.

Cuando colgué, fui a la cocina, eché agua en la tetera, saqué una bolsa de té del armario y la metí en una taza limpia, luego me apoyé en la encimera y miré hacia el callejón sin salida que pasaba por delante de la casa, apenas visible como manchas grises entre los matorrales verdes que crecían tupidos desde el final del pequeño jardín hasta la calle. Al otro lado se alzaban unos árboles enormes, en la oscuridad salía de debajo de ellos un pequeño atajo hasta la carretera principal, donde se veía el Hospital Haukeland. Lo único que conseguí pensar fue que no conseguía pensar en lo que debía pensar. Que no sentía lo que debía sentir. Papá ha muerto, pensé, es un suceso grande e importante, debería llenarme del todo, pero no es así, porque aquí estoy, mirando la tetera, irritado porque aún no hierve el agua. Aquí estoy, mirando por la ventana pensando en la suerte que tuvimos con esta casa, como hago cada vez que veo el jardín, y en lo bien que lo cuida la casera, y no en que papá ha muerto, aunque eso en el fondo es lo único que significa algo. Debe de ser algún tipo de shock, pensé, y eché el agua en la taza, aunque aún no había hervido. La tetera eléctrica era un reluciente modelo de lujo que nos

había regalado Yngve para nuestra boda. No me acordaba de quién nos había regalado la taza, una taza amarilla de Höganäs, sólo de que estaba en la lista de boda de Tonje. Tiré un par de veces del hilo de la bolsita de té, luego la eché a la pila, donde aterrizó con un pequeño chapoteo. Entré en el comedor con la taza en la mano. ¡Gracias a Dios que por lo menos estaba solo en casa!

Me puse a dar vueltas durante unos minutos, intentando buscar algún sentido al hecho de que mi padre hubiera muerto, pero no lo conseguí. No tenía ningún sentido. Lo entendí, lo acepté, y no es que fuera algo absurdo, en cuanto a que se trataba de una vida que había sido arrebatada, una vida que igualmente podría no haber sido arrebatada, sino en cuanto a que fuera un hecho entre otros hechos, y no ocupara el lugar que debía en mi conciencia.

Vagué por el salón con la taza de té en la mano, el día era gris y templado, el paisaje que descendía lentamente estaba lleno de tejados y jardines verdes y frondosos. Llevábamos viviendo allí sólo unas semanas, veníamos de Volda, donde Tonje había estudiado la rama de radio y yo había escrito una novela que se publicaría en dos meses. Era nuestro primer hogar de verdad, pues el piso de Volda no contaba, era provisional, mientras ése era permanente, o al menos representaba algo permanente, nuestro hogar. Las paredes olían todavía a pintura. Color sangre de buey en el comedor, por consejo de la madre de Tonje, que era artista, pero que empleaba la mayor parte del tiempo en la decoración y en hacer comidas, ambas cosas a alto nivel—su casa tenía el mismo aspecto que las casas de las revistas de decoración, y la comida que servía siempre era elaborada y exquisita—, color cáscara de huevo en el salón de más adentro, así como en las demás habitaciones. Pero no era en absoluto como las casas de las revistas de decoración, para eso teníamos demasiados muebles, pósters y librerías de esa vida estudiantil que acabábamos de dejar atrás. Había escrito la novela viviendo del préstamo estatal para estudiantes, porque en teoría estaba haciendo mi tesina en ciencias de la literatura, hasta Navidad, en que se me acabó el dinero y tuve que pedir un adelanto de la editorial, el cual me había durado hasta hacía muy poco. Por eso el que mi padre hubiera muerto me venía de perlas, porque él tenía dinero, tendría dinero, ¿no? Los tres hermanos habían vendido la casa de la calle Elvegaten y se habían repartido las ganancias hacía menos de dos años. No podría haberlo malgastado todo en ese breve espacio de tiempo, ¿no?

Mi padre ha muerto, y yo estoy pensando en el dinero que eso me va a

aportar.

¿Y qué?

Pienso en lo que pienso, no puedo remediarlo, ¿no?

Dejé la taza en la mesa del comedor, abrí la frágil puerta y salí al balcón, donde me apoyé con los dedos tiesos en la barandilla y miré el paisaje, mientras inhalaba en los pulmones el cálido aire de verano tan lleno de fragancias de plantas, coches y ciudad. Un instante después me encontraba de nuevo en el salón, mirando a mi alrededor. ¿Debería comer algo? ¿Beber algo? ¿Salir a comprar algo?

Vagué hasta la entrada, luego hasta el dormitorio, la ancha cama sin hacer, la puerta del baño más adentro. Ducharme, pensé, eso es lo que podría hacer, estaría bien, ya que iba a salir de viaje.

Me desnudé, abrí el grifo, agua humeante, muy caliente, sobre la cabeza, chorreando por el cuerpo.

¿Y si me hiciera una paja?

No, joder, papá acababa de morir.

Muerto, muerto, papá había muerto.

Muerto, muerto, papá había muerto.

No me aportaba nada estar así debajo del agua, de modo que cerré el grifo y me sequé con una toalla grande, me eché un poco de desodorante en las axilas, me vestí y fui a la cocina para ver la hora, mientras me secaba el pelo con una toalla más pequeña.

Las dos y media.

Entonces faltaba una hora para que Tonje volviera a casa.

No soportaba la idea de empezar de nuevo y contárselo todo desde el principio, de manera que fui hasta la entrada, tiré la toalla a la puerta abierta del dormitorio, descolgué el auricular y marqué su número. Contestó enseguida.

—Soy Tonje.

—Hola, Tonje, soy yo —dije—. ¿Todo bien?

—Sí. Estoy montando un programa, sólo he pasado por el despacho a buscar algo. Pero en cuanto acabe voy para casa.

—Bien —dije.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Pues nada —dije—. Me ha llamado Yngve. Mi padre ha muerto.

—¿Cómo? ¿Que ha muerto?

—Sí.

—¡Oh, pobre! Oh, Karl Ove...

—Estoy bien —dije—. No me ha pillado por sorpresa. Pero de cualquier forma, saldré para allá esta noche. Primero a casa de Yngve, y luego iremos juntos en el coche mañana por la mañana.

—¿Quieres que vaya contigo? Podría hacerlo.

—No, no. ¡Tú tienes que trabajar! Quédate aquí, y luego puedes venir para el entierro.

—Ay, mi pobre Karl Ove —volvió a decir Tonje—. Puedo conseguir que algún colega se ocupe del montaje del programa. Iré a casa enseguida. ¿Cuándo te marchas?

—No corre prisa —contesté—. Me iré dentro de un par de horas. Y no me viene mal estar un rato solo.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Segurísimo. A decir verdad, no siento nada. Llevamos mucho tiempo diciéndolo, que moriría pronto si seguía así. De modo que estábamos preparados.

—Vale —dijo Tonje—. Entonces acabo esto y me voy pitando a casa. Cuídate. Te quiero.

—Yo también a ti —contesté.

Al colgar me acordé de mi madre. Habría que decírselo. Volví a levantar el auricular y marqué el número de Yngve. Él ya la había llamado.

Estaba vestido y listo para salir cuando oí a Tonje en la puerta. Fresca y animada como un viento de verano, entró en el piso. Me levanté. Sus movimientos eran agitados, su mirada preocupada por mí, me abrazó, dijo que quería acompañarme, pero que yo tenía razón, que sería mejor que ella se quedara, luego llamé a un taxi. Me quedé con ella delante de la puerta de la calle esperando los cinco minutos que tardó en llegar. Somos un matrimonio, pensé, somos marido y mujer, mi mujer está delante de la casa despidiéndose de mí, pensé, sonriendo. ¿De dónde venía entonces esa sensación de pátina falsa? ¿Esa sensación de que jugábamos a ser matrimonio, a marido y mujer, más de lo que realmente éramos?

—¿De qué te ríes?

—De nada —contesté—. Pensaba en una cosa.

Le apreté la mano.

—Ahí viene —dijo ella.

Miré la fila de casas. Cómo un escarabajo negro llegaba el coche trepando la cuesta, cómo un escarabajo se paró vacilante en el cruce, antes de seguir gateando hasta arriba a la derecha, donde la calle se llamaba igual que esa en la que nos encontrábamos.

—¿Voy a buscarlo? —preguntó Tonje.

—No, ¿por qué? Puedo hacerlo yo.

Cogí la maleta y subí por las escaleras que conducían a la calle. Tonje me siguió.

—Iré hasta el cruce y lo cogeré allí —dije—. Te llamo esta noche, ¿vale?

Nos besamos, y cuando me volví ya en el cruce, al mismo tiempo que llegaba el taxi marcha atrás cuesta abajo, ella agitó la mano.

—¿Knausgård? —preguntó el taxista cuando abrí la puerta y asomé la cabeza.

—Sí —contesté—. Voy al aeropuerto de Flesland.

—Suba, yo cogeré la maleta.

Me senté en el asiento trasero y me recliné. Taxis, me encantaban los taxis. No los que me llevaban a casa cuando estaba borracho, sino los que me transportaban a aeropuertos o estaciones de tren. No había nada mejor que ir sentado en el asiento trasero de un taxi y ser transportado a través de ciudades y suburbios, alejándose.

—Una calle curiosa esta —dijo el taxista al sentarse—. Había oído hablar de ella, que se divide, pero nunca había estado aquí. En veinte años. Curioso.

—Sí —asentí.

—Creo que ya he estado en todas partes. Ésta tiene que ser la única calle de la ciudad que no conocía.

Me sonrió por el espejo.

—¿Se va de vacaciones?

—No —contesté—. No exactamente. Mi padre ha muerto hoy. Voy a enterrarlo. En Kristiansand.

Eso acabó con la charla. Durante todo el trayecto permanecí inmóvil mirando las casas, sin pensar en nada en especial, limitándome a mirar.

Minde, Fantoft, Hop. Gasolineras, tiendas de coches, supermercados, zonas residenciales, bosques, lagos, urbanizaciones. Cuando emprendimos el último trecho del camino y pude ver la torre del aeropuerto, saqué la tarjeta del bolsillo interior y moví la cabeza para leer la suma que marcaba el taxímetro. Trescientas veintisiete. Lo de coger un taxi no había sido muy buena idea, pues el autobús costaba una décima parte, y si algo me faltaba en aquel momento, era dinero.

—¿Me hace un recibo por trescientas cincuenta? —le pedí, alcanzándole la tarjeta.

—Claro que sí —contestó, cogiéndola. La pasó por el lector, que al instante escupió un recibo. Lo puso, junto con un bolígrafo, sobre un bloc que me dio, firmé, y sacó otro recibo, que me entregó.

—Gracias —dijo.

—A usted —dije—. Yo cojo el equipaje.

Aunque la maleta pesaba bastante, la llevaba del asa al entrar en la sala de salidas. Odiaba las ruedecitas de las maletas, en primer lugar porque eran femeninas, y por ello indignas de un hombre, un hombre tenía que cargar cosas, no hacerlas rodar, y en segundo lugar porque proporcionaban la idea de algo fácil, del atajo, del ahorro, de la sensatez, algo que yo aborrecía y a lo que me oponía siempre que podía, incluso cuando se trataba de algo nimio e insignificante. ¿Por qué íbamos a vivir en un mundo sin sentir el peso de ese mundo? ¿Acaso éramos imágenes? ¿Y para qué estábamos ahorrando realmente cuando se ahorraban esfuerzos?

Dejé la maleta en el suelo en medio de la sala y miré el panel de salidas. Saldría un avión para Stavanger sobre las cinco al que llegaría sin problemas. Y otro sobre las seis. Como me encantaba estar sentado en los aeropuertos, tal vez incluso más de lo que me gustaba ir sentado en los taxis, me decidí por el último.

Me volví y miré hacia los mostradores de embarque. Salvo en los tres mostradores más alejados, que tenían una cola muy larga y caótica —y que por la indumentaria de los pasajeros, casi toda ligera, por la cantidad de equipaje, que era enorme, y un humor tan bueno que sólo puede darse tras algunas copas, entendí que iban al sur de Europa—, había poca gente delante de los demás. Compré un billete, saqué la tarjeta de embarque y fui hacia los teléfonos públicos de la otra pared a llamar a Yngve. Contestó enseguida.

—Hola, soy Karl Ove —dije—. El avión sale a las seis y cuarto. Eso significa que llego a Sola a las siete menos cuarto. ¿Me vendrás a recoger?

—Sí. Allí estaré.

—¿Has sabido algo más?

—No... Llamé a Gunnar para decirle que íbamos. Él no sabía nada más. Pensé que podríamos salir mañana temprano, así nos dará tiempo a pasar por la agencia funeraria antes de que cierren. Pues mañana es sábado.

—Vale —dije—. Está bien. Hasta luego entonces.

—De acuerdo, hasta luego.

Colgué y subí por las escaleras a la cafetería. Pedí un café y compré un periódico, me senté en una mesa con vistas a la sala, colgué la americana del respaldo de la silla, mientras echaba un vistazo a mi alrededor para ver si había alguien conocido, y me senté.

A intervalos me llegaba el recuerdo de mi padre, cómo se había desarrollado todo desde la llamada de Yngve, pero sin estar relacionado con ningún sentimiento, siempre sólo como una constatación realista. Sería porque estaba preparado para ello. Desde aquella primavera en que dejó a mi madre, su vida había ido en una sola dirección. Nosotros no lo entendimos entonces, pero en algún momento él sobrepasó un límite, y a partir de entonces supimos que le podría pasar cualquier cosa, incluido lo peor. O lo mejor, según se mirase. Yo llevaba tiempo deseando su muerte, pero desde el momento en que comprendí que su final podía estar cerca, empecé a esperarla. Cuando la televisión emitía noticias sobre accidentes mortales en la zona donde él vivía, ya fueran incendios o accidentes de automóvil, hombres muertos encontrados en el bosque o en el mar, mi sensación inmediata era siempre de esperanza: tal vez sea papá. No obstante, nunca era él, él siempre se las arreglaba, él seguía vivo.

Hasta ahora, pensé, mirando a la gente que se movía por la sala del aeropuerto. Al cabo de veinticinco años, una tercera parte de ellos estarían muertos, al cabo de cincuenta años, las dos terceras partes, al cabo de cien, todos. ¿Qué quedaría de ellos? ¿Qué valor habrían tenido sus vidas? ¿Con las mandíbulas abiertas y las cuencas oculares vacías en algún sitio muy profundo de la tierra?

Tal vez sea verdad que el día del Juicio llegará. Que todos esos esqueletos y calaveras enterrados en el transcurso de los miles de años que ha

estado viviendo gente en la tierra recogerán sus huesos, se levantarán sonrientes hacia el sol, y Dios, omnipotente e inmenso, los juzgará arriba en su cielo, con una pared de ángeles encima y otra debajo de él. Sobre la tierra, tan verde y maravillosa, retumbarán las trompetas, y de todos los prados y valles, playas y llanuras, mares y lagos, se levantarán los muertos caminando hacia el Señor su Dios, siendo elevados hasta él, pesados y lanzados a las llamas del infierno o pesados y elevados hasta la luz del cielo. También los que andaban por allí en ese momento, con sus maletas sobre ruedas y bolsas de tiendas libres de impuestos, sus carteras y tarjetas de crédito, sus axilas perfumadas y sus gafas, su pelo teñido y sus andadores, serán despertados, no se apreciará ninguna diferencia entre ellos y los que murieron en la Edad Media o en la Edad de Piedra, serán muertos y los muertos son los muertos, y los muertos serán juzgados el día del Juicio.

Del fondo de la sala, donde estaban las cintas de entrega de equipaje, salió un grupo de unos veinte japoneses. Dejé el cigarrillo encendido en el cenicero y bebí un trago de café, mientras los seguía con la mirada. Lo extraño que había en ellos, y que no tenía nada que ver con su ropa o su aspecto, sino sólo con su conducta, me resultaba atractivo, y vivir en Japón, rodeado de extraños, de todo lo que se podía ver pero no entender, acaso intuir lo que significaba, pero de lo que nunca se podía estar seguro, era algo con lo que llevaba mucho tiempo soñando. Estar sentado en una casa japonesa, espartana y sencilla, con puertas correderas y paredes de papel, pensadas para una delicadeza profundamente ajena a mí y a mis maneras avasalladoras estilo noreuropeo, sería fantástico. Estar allí escribiendo una novela, viendo cómo el entorno lenta e imperceptiblemente iba formando lo que se escribía, porque, claro, la manera en que pensamos está íntimamente ligada al entorno concreto del que formamos parte, a las personas con las que hablamos y a los libros que leemos. En Japón, pero también en Argentina, donde lo europeo y lo conocido habían adquirido un color muy distinto, mudándose a un lugar distinto, y en Estados Unidos, una de las pequeñas ciudades de Maine, por ejemplo, con su naturaleza parecida a la nuestra del sur de Noruega..., ¿qué no podría surgir allí?

Dejé la taza y volví a coger el cigarrillo, me di vuelta en la silla y miré hacia la puerta de embarque, donde ya había pasajeros sentados, aunque todavía no eran las cinco.

Pero era para viajar a Bergen.

Un viento helado me recorrió por dentro.

Ha muerto papá.

Por primera vez desde que llamó Yngve lo vi en mi interior. No el que había sido los últimos años, sino el que era en nuestra infancia, cuando íbamos con él a pescar en invierno a la isla de Trom, con el viento bramando y la espuma del mar llenando el aire, las inmensas olas grises rompiendo contra las rocas a nuestros pies, y él con la caña en la mano enrollando el hilo y riéndose. Espeso pelo negro, barba negra, la cara un poco asimétrica cubierta de pequeñas gotas de agua. Chubasquero azul, botas verdes de agua.

Ésa era la imagen.

Era típico que lo viera en una de esas situaciones en las que él estaba bien. Que mi subconsciente eligiera una situación en la que mis sentimientos hacia él fueran cálidos. Era un intento de manipulación, obviamente intencionado para abrir camino al sentimentalismo irracional, el cual, en cuanto se le abriera la puerta, se desbordaría por completo, tomando posesión de mí. Así era como trabajaba el subconsciente, que al parecer se consideraba a sí mismo una especie de corrección de los pensamientos y la voluntad, alimentando todo aquello que podía estar en oposición al sentido común. Pero mi padre había recibido su merecido, estaba bien que hubiera muerto, todo lo que dentro de mí decía otra cosa mentía. Y no se trataba sólo del hombre que había sido durante mi infancia, sino también de aquel en que se había convertido cuando hacia la mitad de su vida rompió con todos sus antiguos contextos y empezó de nuevo. Porque había cambiado, también en su manera de acercarse a mí, pero no le sirvió de nada, yo tampoco quería saber nada de ese hombre en el que se había convertido. Aquella primavera en la que se marchó empezó a beber, y así siguió durante todo el verano, eso era lo que hacían mi padre y Unni, estar sentados al sol bebiendo, días largos y maravillosos, embriagadores, y cuando empezó el curso escolar continuaron bebiendo, pero sólo por las tardes y noches y fines de semana. Se mudaron al norte de Noruega, donde trabajaban en el mismo instituto, fue entonces cuando empezamos a sospechar lo que le pasaba, porque una vez que Yngve, su novia y yo fuimos en avión a hacerles una visita, y él fue a buscarnos en el coche, estaba pálido y le temblaban las manos, apenas dijo nada, y cuando llegamos a su casa, se bebió tres cervezas seguidas en la cocina y entonces

dejó de temblar, como si se hubiera despertado. Se abrió a nosotros, empezó a hablar y siguió bebiendo. Durante esos días —fueron unas vacaciones de invierno— no paró de beber, pero decía todo el tiempo que estaba de vacaciones, y que entonces, y sobre todo allí, en el norte, donde había tanta oscuridad en el invierno, se podía uno tomar alguna que otra copa. Unni estaba entonces embarazada, de modo que bebía solo. Esa misma primavera fue examinador en un instituto de la región de Kristiansand, y nos invitó a Yngve, a su novia y a mí a cenar en el hotel donde se hospedaba, que era el Caledonien, pero cuando nos presentamos en la recepción, donde nos había citado, no estaba, esperamos una hora, luego preguntamos al recepcionista, que nos aseguró que estaba en la habitación, subimos, llamamos a la puerta, no hubo contestación, debía de estar dormido, llamamos con más fuerza gritando su nombre, pero no hubo ninguna reacción, de manera que nos fuimos por donde habíamos llegado. Dos días después el Hotel Caledonien ardió, murieron doce personas, y yo, que entonces estaba en segundo de bachillerato, fui hasta allí con Bassen en el recreo largo a ver las labores de extinción. Si mi padre se hubiera encontrado allí en el estado en el que estaba, seguro que habría sido una de las víctimas, no cabía duda, le dije a Bassen, pero por aquel entonces ni Yngve ni yo éramos conscientes de lo que le pasaba, no teníamos ninguna experiencia con alcohólicos, no había ninguno en la familia, y aunque sabíamos que bebía, porque desde hacía algún tiempo habíamos presenciado muchas noches de bebida que se disolvían en lágrimas, discusiones y celos, en que había desaparecido toda dignidad, pero no por mucho tiempo, porque a la mañana siguiente allí estaba otra vez, capaz de preservar todo el tiempo su trabajo, de lo que estaba orgulloso, no entendíamos que no pudiera dejar de beber, y que quizá tampoco deseara hacerlo. Era su vida, era lo que hacía, aunque la niña ya había nacido. Algunas mañanas bebía antes de ir a trabajar para reponerse de la noche anterior, pero en el instituto nunca estaba borracho, un par de cervezas a lo largo del día no tenían consecuencia alguna, decía, mirad los daneses, ellos beben en el almuerzo y todo va bien en Dinamarca, ¿no es así?

En el invierno se iban al sur de Europa, y los guías de los viajes recibían quejas sobre ellos, eso lo descubrí por una carta un día que estuve husmeando en su casa porque había sufrido un colapso y lo habían llevado en ambulancia a un hospital. Empezó a sentir fuertes dolores en el pecho, luego se querelló

contra la agencia de viajes porque decía que la manera en que lo habían tratado en el lugar de vacaciones le había provocado el infarto, a lo que los demandados contestaron que no había sido un infarto, sino un colapso a causa de la mezcla de alcohol y medicamentos.

Con el tiempo dejaron el norte de Noruega para volver al sur, donde mi padre, ya gordo y seboso, y con una enorme panza, bebía sin cesar. Era impensable que se pudiera mantener sobrio unas horas para venir a buscarnos en el coche. Se divorciaron, mi padre se mudó de nuevo, esta vez a una ciudad del este donde había conseguido un nuevo trabajo que volvió a perder al cabo de unos meses, con lo que se quedó sin nada: ni matrimonio, ni trabajo, y apenas una hija, porque aunque Unni quería que él pasara tiempo con la niña, y de hecho se lo permitía, sin que por cierto saliera muy bien, con el tiempo le retiraron el derecho a las visitas, lo que a él no le importó gran cosa. Y sin embargo estaba furioso por ello, seguramente porque era su derecho, y eso, su derecho, era algo en lo que insistía en todos los contextos. Ocurrieron cosas terribles, y lo único que le quedaba a mi padre era el piso que tenía en el este, donde se pasaba el día bebiendo, cuando no iba a beber a los pubs. Estaba redondo como un tonel, y aunque su piel seguía igual de bronceada, era como si se le hubiera puesto mate, cubierta por una capa sin brillo, y con toda esa barba, ese pelo y la ropa desaliñada parecía un salvaje siempre en busca de algo que beber. En una ocasión desapareció de repente, fue como si se lo hubiera tragado la tierra durante varias semanas. Gunnar llamó a Yngve para comunicarle que había informado a la policía de la desaparición de mi padre. Cuando apareció de nuevo, fue en un hospital de un lugar del este del país, estaba ingresado, incapaz de andar. Sin embargo no se trataba de una parálisis permanente, recuperó la movilidad, y después de unas semanas en una clínica de desintoxicación, seguía como antes.

En esa época no tenía ningún contacto con él, pero él iba a casa de la abuela cada vez con mayor frecuencia, y se quedaba cada vez más tiempo. Al final se mudó a su casa y levantó allí su barricada. Apiló en el garaje las cosas que le quedaban, echó a la asistente de los servicios sociales que Gunnar había buscado para la abuela, que ya no se manejaba muy bien sola, y cerró la puerta con llave. Se encerró allí con ella hasta que murió. Gunnar llamó a Yngve en una ocasión para explicarle la situación. Entre otras cosas, le contó que un día había ido a verlos y había encontrado a mi padre en el suelo del salón. Se

había roto una pierna, pero en lugar de decirle a la abuela que llamara a una ambulancia para que lo llevara al hospital, le pidió que no dijera nada a nadie, tampoco a Gunnar, y así lo hizo. Allí yacía, en el suelo, rodeado de platos con restos de comida, botellas y vasos con cerveza y alcohol del abundante almacén que ella le había llevado. Gunnar no sabía cuánto tiempo llevaba en el suelo, tal vez veinticuatro horas, tal vez dos días. El que Gunnar llamara a Yngve para contárselo indicaba claramente que teníamos que intervenir y sacar a nuestro padre, si no se moriría allí. Mi hermano y yo lo hablamos, pero decidimos no hacer nada, sino abandonarlo a su suerte, a que viviera su propia vida y muriera su propia muerte.

Y lo había hecho.

Me levanté y me acerqué al mostrador a por más café. Un hombre vestido con un elegante traje oscuro, bufanda de seda al cuello y caspa sobre los hombros, estaba sirviéndose cuando me acerqué. Dejó la taza blanca llena hasta arriba en la bandeja roja y me miró interrogante, levantando levemente la cafetera.

—Gracias, ya me sirvo yo —dije.

—Como quiera —dijo, dejando la jarra sobre una de las dos placas. Adiviné que era del mundo académico. Levanté la taza para enseñársela a la cajera, una ancha mujer de entre cincuenta y sesenta años, seguro que de Bergen, porque esa clase de cara la había visto por todas partes de la ciudad durante los ocho años que estuve viviendo allí, en autobuses y calles, detrás de mostradores y en tiendas, ese pelo corto, teñido, y esas gafas cuadradas que sólo pueden gustar a mujeres de esa edad.

—Relleno la taza —le indiqué.

—Cinco coronas —dijo en el dialecto de Bergen. Puse una moneda de cinco en su mano y me volví a la mesa. Tenía la boca seca y el corazón me latía deprisa en el pecho, como si estuviera excitado, pero no lo estaba, al contrario, estaba tranquilo e indolente, mientras miraba ese pequeño avión colgado bajo el inmenso techo de cristal, en donde la luz diurna estaba como encerrada. Miré el panel de salidas, eran ya las cinco y cuarto, y luego miré a todas esas personas que hacían fila, que caminaban, que estaban sentadas leyendo periódicos, que charlaban. Era verano, los colores de la ropa de la gente eran claros, los cuerpos bronceados, el ambiente ligero, como siempre ocurre en los lugares donde se junta la gente que está de viaje. A veces,

cuando estaba así sentado, concebía los colores como claros, las líneas como nítidas y los rostros como inauditamente nítidos. Estaban cargados de sentido. Sin ese sentido, que era como los veía en ese momento, resultaban lejanos y en cierto modo difusos, imposibles de captar, como las sombras sin la oscuridad de las sombras.

Me volví para ver la puerta de embarque. Un grupo de pasajeros, que seguramente acababa de llegar, estaba subiendo ese puente parecido a un túnel que salía del avión. Se abrió la puerta de la sala de llegadas, y con chaquetas dobladas sobre los brazos y bolsas y bolsos colgando contra los muslos entraron los pasajeros, levantaron la cabeza en busca del letrero de recogida de equipaje, siguieron hacia el fondo a la derecha y desaparecieron.

Dos chicos pasaron por delante de mí, cada uno con un vaso de cartón en la mano con Coca-Cola y cubitos de hielo. En uno de ellos se apreciaba un incipiente atisbo de vello sobre el labio superior y en la barbilla, tendría unos quince años. El otro era más bajo y completamente imberbe, pero no por ello necesariamente más joven. El más alto tenía unos labios grandes que no cerraba del todo, además de una mirada vacía, lo que le daba aspecto de tonto. El más bajo tenía una mirada más perspicaz, todo lo perspicaz que puede ser un chico de doce años. Dijo algo, los dos se rieron, y cuando llegaron a la mesa, el chico debió de repetirlo, porque también se rieron los otros que estaban allí sentados.

Me llamó la atención lo bajos que eran, y me resultaba imposible imaginarme que yo fuera así de bajo a los catorce o quince años. Pero seguro que lo era.

Aparté la taza, me levanté, me puse la chaqueta en el brazo, cogí la maleta, fui hacia la puerta de embarque y me senté justo al lado del mostrador, donde una mujer y un hombre uniformados estaban trabajando delante de sus pantallas. Me recliné en el asiento y cerré los ojos unos instantes. De nuevo apareció ante mí el rostro de mi padre. Era como si hubiese estado esperando a aparecer. Un jardín bajo la niebla, la hierba algo enfangada y pisoteada, una escalera apoyada en un árbol, la cara de mi padre que se volvía hacia mí. Está agarrado a la escalera con ambas manos, lleva botas altas y un jersey gordo. En el suelo hay dos palanganas blancas, un cubo cuelga de un gancho arriba en la escalera.

Abrí los ojos. No recordaba haber vivido esa escena, no era un

recuerdo, pero si no era un recuerdo, ¿entonces qué era?

Ah, no, él estaba muerto.

Tomé aliento y me levanté. Se había formado una pequeña fila delante del mostrador. En aquel lugar los pasajeros interpretaban todo lo que hacía el personal; ante cualquier indicio de que se aproximaba la salida, los pasajeros se acercaban con sus cuerpos.

Muerto.

Me coloqué detrás del último de la fila, un caballero de hombros anchos, media cabeza más bajo que yo. En la nuca y en los oídos le crecían pelos. Olía a loción para después del afeitado. Detrás de mí se colocó una mujer. Giré ligeramente la cabeza para mirarla, y vi su rostro, que con el lápiz de labios y el colorete, el rímel y los polvos, todo nítidamente colocado, parecía más una máscara que un ser humano. Pero olía bien.

El personal de limpieza llegó correteando por el puente desde el avión. La mujer uniformada se puso a hablar por teléfono. Al colgar, levantó el pequeño micrófono y dijo que todo estaba listo para la salida. Abrí el bolsillo exterior de mi bolsa y saqué el billete. Mi corazón volvió a latir más deprisa, como si se hubiese ido de viaje por su cuenta. Resultaba insoportable estar allí. Pero no tenía más remedio. Cambié el peso de un pie a otro y asomé la cabeza hasta que vi por la ventana la pista de aterrizaje. Pasó uno de esos pequeños coches que arrastran vagones de equipaje. Un hombre con mono y cascos en las orejas andaba por allí, llevaba en las manos esos chismes que parecen raquetas de ping-pong, que se usan para dirigir los aviones antes de detenerse. La cola empezó a avanzar. Mi corazón latía sin cesar. Las palmas de las manos me sudaban. Añoré un asiento, añoré estar sentado arriba en el aire mirando hacia abajo. Al hombre de delante de mí le devolvieron el trozo de billete. Yo alcancé el mío a la mujer uniformada. Por alguna razón me miró a los ojos al cogerlo. Era guapa, pero de una manera severa, con facciones regulares, la nariz acaso un poco puntiaguda, la boca estrecha. Sus ojos eran claros y azules, el círculo oscuro alrededor del iris inusualmente nítido. La miré hasta dentro un breve instante, luego bajé la mirada. Ella sonrió.

—Buen viaje —dijo.

—Gracias —respondí, y seguí a los demás por el puente que parecía un túnel hasta dentro del avión, donde una azafata de mediana edad daba instrucciones a los pasajeros, luego seguí hasta la última fila de asientos. Metí

la bolsa y la chaqueta en el compartimiento superior, me senté en el estrecho asiento, me abroché el cinturón de seguridad, estiré los pies y me recliné en el asiento.

Así.

Los metapensamientos, que estaba sentado en un avión para ir al entierro de mi padre, mientras pensaba en que estaba sentado en un avión para ir al entierro de mi padre, aumentaron de repente. Estaba viendo las caras y los cuerpos andando lentamente por la cabina y colocando el equipaje de mano, sentándose, colocando el equipaje de mano, sentándose, todo era seguido por una sombra reflexiva que no dejaba de contarme lo que estaba viendo en ese momento, mientras pensaba que estaba viendo eso, etcétera *in absurdum*, a la vez que la presencia de la sombra de ese pensamiento, que quizá sería mejor llamar espejo, también contenía una crítica de que no sintiera más de lo que sentía. Mi padre ha muerto, pensé, y en ese momento se abrió violentamente ante mí un retrato suyo, como si necesitara una ilustración de la palabra «padre», y yo, sentado en un avión camino de su entierro, me quedo frío ante ese hecho, pienso, viendo a dos niñas de unos diez años sentarse a un lado del pasillo, y a los que deben de ser sus padres al otro, pienso que pienso que pienso. Todo me pasaba por dentro a una velocidad vertiginosa, ya nada tenía pies ni cabeza. Empecé a sentir náuseas. Una mujer colocó su maleta en el compartimiento justo encima de mi asiento, se quitó la chaqueta y la puso sobre la maleta, se encontró con mi mirada y sonrió rutinariamente antes de sentarse a mi lado. Tendría unos cuarenta años, una cara alegre, los ojos cálidos y el pelo negro, era baja de estatura, algo rechoncha, pero no gorda. Vestía una especie de traje, es decir, pantalón y chaqueta del mismo color y de la misma tela. Y una blusa blanca. Yo miraba hacia delante, pero mi atención no se centraba en lo que veía, sino en mi visión lateral, allí era donde estaba «yo», pensé, mirándola. Debía de llevar un par de gafas en la mano y yo no me había percatado, porque se las puso sobre la nariz y abrió un libro.

¿No había en ella algo de empleado de banca? No la suavidad, y tampoco la blancura. Sus muslos, que se desbordaban dentro de la tela del pantalón al apretarse contra el asiento, ¿cuán blancos no serían en la penumbra una noche en la habitación de hotel de algún lugar?

Intenté tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que la poca saliva que conseguí sacar no logró abrirse paso hasta la garganta. Un nuevo pasajero se

detuvo junto a mi fila, un hombre de mediana edad, paliducho, enfurruñado y flaco, vestido con traje gris, se sentó en el asiento del pasillo sin mirarnos ni a ella ni a mí. *Boarding completed*, dijo una voz por los altavoces. Me asomé un poco para ver el cielo sobre el aeropuerto. Al oeste, las nubes se habían abierto, y un trozo del bosque bajo era iluminado por el sol brillante, casi resplandeciente en su verdor. Los motores aceleraron. La ventanilla vibraba ligeramente. La mujer sentada a mi lado había metido un dedo en el libro y miraba hacia el frente.

Mi padre siempre había tenido miedo a volar. Eran las únicas veces de mi infancia que podía recordarlo bebiendo. Por regla general, evitaba volar, cuando viajábamos a algún sitio siempre lo hacíamos en coche, independientemente de la distancia, pero algunas veces no tenía elección, y entonces se metía entre pecho y espalda todas las bebidas alcohólicas que había en la cafetería del aeropuerto. Había muchas otras cosas que evitaba, pero en las que yo no pensaba entonces, ni tampoco veía, porque lo que una persona hace siempre eclipsa lo que no hace, y lo que mi padre no hacía no se notaba fácilmente, también porque no había nada, absolutamente nada de neurótico en él. Pero nunca iba al peluquero, siempre se cortaba él mismo el pelo. Nunca cogía el autobús. Casi nunca compraba en la tienda que había cerca de casa, siempre en las grandes superficies de las afueras de la ciudad, situaciones todas en las que corría el riesgo de entrar en contacto con las personas, o de ser visto por ellas, y aunque era profesor, y tenía que hablar todos los días delante de una clase, a intervalos regulares convocaba a reuniones a los padres, y también hablaba todos los días con sus colegas en la sala de profesores, no obstante evitaba siempre situaciones sociales de cualquier tipo. ¿Qué era lo que tenían en común? ¿Tal vez el pertenecer a un colectivo cuya base era simplemente la casualidad? ¿Que allí era considerado algo que no sabía controlar? ¿Que era vulnerable en el autobús, en el sillón del peluquero, ante la caja del supermercado? Podría muy bien ser eso. Pero cuando yo vivía con él no me daba cuenta. Muchos, muchísimos años después reparé en que nunca había visto a mi padre en un autobús. El hecho de que tampoco participara nunca en las situaciones sociales surgidas alrededor de las actividades de Yngve y mías tampoco me llamaba la atención. Una vez participó en la clausura del curso escolar, sentado junto a la pared, presenciando la obra de teatro que habíamos ensayado, y en la que yo hacía el

papel principal, pero por desgracia sin habérmelo estudiado lo suficiente. Tras el éxito del año anterior sufría de *hybris* infantil, no hacía falta que me estudiara mucho los papeles, todo iría muy bien, pensaba, pero cuando me encontré allí, seguramente también influido por la presencia de mi padre, apenas recordaba una línea del texto, y nuestra profesora me apuntó durante toda la larga obra sobre una ciudad de la que se suponía yo era el alcalde. En el coche camino de casa mi padre me dijo que nunca en su vida se había sentido tan avergonzado, y que nunca más participaría en ninguna de mis clausuras del año escolar. Cumplió su promesa. Tampoco presencié nunca ninguno de los innumerables partidos de fútbol que jugué en mi infancia, nunca se encontraba entre los padres que nos llevaban a los partidos en campo contrario, nunca entre los padres que veían los partidos en casa, y tampoco eso me parecía extraño, pues así era mi padre y muchos otros padres, porque eso era a finales de los setenta y principios de los ochenta, cuando lo de ser padre implicaba algo distinto y menos extenso, al menos en lo práctico, que hoy en día.

Aunque sí, me vio jugar una vez.

Fue en el invierno en el que hacía noveno. Me llevó en coche hasta el campo de gravilla de Kjevik, él continuaría hasta Kristiansand, íbamos a jugar un partido de entrenamiento contra algún equipo del interior. En el coche íbamos como siempre callados, él con una mano sobre el volante y la otra apoyada en la ventanilla, y yo con las mías sobre las rodillas. De repente se me ocurrió preguntarle si quería venir a ver el partido. No, no podía, como ya sabía, iba camino de Kristiansand. Tampoco lo esperaba, dije. No había ninguna decepción en ese comentario, ninguna invitación a que se quedara a ver el partido, que no era nada importante, tampoco pensaba que fuera a quedarse, no era más que una constatación. Hacia el final de la segunda parte, descubrí de repente su coche junto a la línea de banda, detrás de los altísimos montones de nieve. Intuí vagamente la oscura figura dentro del coche detrás del parabrisas. Cuando sólo quedaban unos minutos de partido, recibí un perfecto pase de Harald delante de la portería, sólo tenía que alargar el pie, lo cual hice, pero fue el pie izquierdo, con el que no tenía mucho contacto, de modo que alcanzó el balón un poco torcido, y el tiro acabó fuera. En el coche camino de casa lo comentó. Ahí tuviste una gran oportunidad, dijo. No pensé que fueras a fallarla. Pues no, contesté, pero ganamos de todos modos. ¿Por

cuánto?, preguntó. Dos-uno, contesté, echándole una breve mirada, porque quería que preguntara quién había marcado los dos goles. Por suerte lo hizo. ¿Marcaste tú?, preguntó. Sí, respondí. Los dos.

Con la frente apoyada contra la ventanilla en el momento de detenerse el avión al final de la pista de despegue, y acelerar los motores ya en serio, me eché a llorar. Las lágrimas vinieron de la nada, lo supe cuando llegaron, esto es estúpido, pensé, es sentimental, es de tontos. Pero no sirvió de nada, me había adentrado en algo suave, difuso e ilimitado, y no era capaz de salir de aquello, antes de que el avión despegara y empezara a elevarse, bramando. Entonces, con la mente por fin despejada de nuevo, incliné la cabeza hacia la camiseta, me froté los ojos con el trozo que tenía cogido entre el pulgar y el índice, y me quedé un buen rato mirando por la ventanilla, hasta que ya no notaba ninguna curiosidad por parte de la mujer que iba sentada a mi lado. Me recliné en el asiento y cerré los ojos. Pero me di cuenta de que no había acabado. No había hecho más que empezar.

Apenas el avión se hubo enderezado tras el ascenso, volvió a dirigir el morro hacia abajo y empezó la maniobra de aproximación. Las azafatas se apresuraban por el pasillo con sus carros, con el fin de servir café y té a todo el mundo antes del aterrizaje. El paisaje de abajo, al principio sólo imágenes sueltas, visibles a través de las raras aperturas en las nubes, era duro y hermoso con sus islas verdes y su mar azul, sus empinadas laderas y altiplanicies blancas de nieve, pero poco a poco se fue aplanando y suavizando, al mismo tiempo que las nubes desaparecían, cuando de repente el plano paisaje de Rogaland era todo lo que se veía. En mi interior todo estaba en movimiento. Recuerdos que no sabía que albergaba me pasaron velozmente por dentro como caóticos torbellinos, a la vez que intentaba salir de aquello, porque no tenía ningunas ganas de estar allí, llorando y analizando todo el tiempo lo que estaba sucediendo, pero resultaba imposible no hacerlo. Lo vi en mi memoria en una ocasión en la que fuimos a esquiar juntos a Hove, entrando y saliendo por entre los árboles del bosque, pudiendo avistar en cada claro el mar, gris, pesado e inmenso, y olerlo, ese olor a sal y a algas, que siempre aparecía junto al olor a nieve y abeto, mi padre unos diez metros por delante de mí, tal vez veinte, porque aunque su equipo era nuevo, desde las fijaciones Rottefella hasta los esquí Splitkein y el anorak azul, no sabía

esquiar, andaba como cojeando sobre los esquís, como un vejestorio, sin equilibrio, sin fluidez, sin empuje hacia delante, y yo no quería bajo ningún concepto que me asociaran con esa figura, por eso siempre me mantenía a cierta distancia detrás de él, con la cabeza llena de mis ideas sobre mí mismo y mi estilo, que un día tal vez me llevaría lejos, pensaba. En suma, sentía vergüenza ajena. Claro que por aquel entonces yo no tenía ni la más remota idea de que él había comprado todo ese equipo de esquí e ido conmigo en coche hasta allí, a la isla de Trom, con el fin de conseguir un acercamiento entre ambos, pero en ese momento, sentado en el avión con los ojos cerrados como si estuviera dormido, mientras el mensaje de los cinturones de seguridad y de enderezar los asientos salía de los altavoces, pensar en aquello me provocó un nuevo acceso de llanto. Y cuando una vez más me incliné para apoyar la cabeza en el asiento de delante, fue sin convicción, pues mis compañeros de viaje ya en el despegue habrían comprendido que estaban sentados junto a un joven llorón. Me dolía la garganta y había perdido el control de todo, todo fluía por mi interior, y estaba abierto de par en par, pero no hacia el mundo exterior, que apenas visualizaba, sino hacia el otro, el interior, donde los sentimientos se habían apoderado por completo de la situación. Lo único que conseguí, para conservar el último resto de dignidad, fue no hacer ruido. Ni un sollozo, ni un suspiro, ni un lamento, ni un jadeo. Sólo las lágrimas que chorreaban, y el rostro que se retorció en una mueca cada vez que la comprensión de que mi padre había muerto llegaba a un nuevo punto clave.

Ahh.

Ahh.

Entonces todo se aclaró de repente, fue como si se retirara todo lo blando y difuso que me había llenado por completo los últimos quince minutos, como una especie de marea, y la enorme distancia que de repente sentía me hizo estallar en una pequeña risa.

—Ja, ja, ja.

Levanté el antebrazo y me froté los ojos. La idea de que la mujer sentada a mi lado me había visto llorar, con la cara retorcida en constantes muecas, para ahora de repente oírme reír, me hizo soltar aún más risitas.

—Ja, ja, ja. Ja, ja, ja.

Miré a la mujer. No desviaba la mirada, estaba firmemente fija en la

página del libro que tenía delante. Justo detrás de nosotros se sentaron dos de las azafatas en los pequeños asientos abatibles, y se abrocharon los cinturones de seguridad. Fuera se veía sol y verdor. La sombra que nos seguía en el suelo se acercaba cada vez más, como un pez que se recoge dando vueltas a una manivela, hasta que en el momento en que las ruedas dieron contra el suelo se hubiera metido debajo del casco, quedándose allí atado durante la maniobra de frenado y de aterrizaje.

Alrededor de mí la gente empezó a levantarse. Inspiré hondamente. La sensación de haber despejado era intensa. No me sentía feliz, pero sí aliviado, como siempre cuando algo pesado de repente se suelta. Por fin pude ver qué libro estaba leyendo la mujer de al lado, cuando ya lo había cerrado se levantó con él en la mano y se puso de puntillas en el pasillo para llegar al portaequipajes. *La mujer y el mono*, de Peter Høeg, era el libro que estaba leyendo. Yo lo había leído. Buena idea, débil realización. ¿Habría entablado con ella una conversación sobre ese libro en circunstancias normales? ¿Cuando era tan fácil como en este caso? No, no lo habría hecho, pero habría pensado que debería hacerlo. ¿Alguna vez había entablado una conversación con un desconocido?

No, nunca.

Y no había nada que indicara que alguna vez fuera a hacerlo.

Me agaché para mirar por la ventanilla al asfalto cubierto de polvo, como había hecho veinte años atrás, con el extraño y firme propósito de recordar siempre lo que vi entonces. A bordo de un avión, como en ese momento, en el aeropuerto de Sola, pero entonces camino de Bergen para desde allí seguir hasta la casa de mis abuelos maternos en Sørbøvåg. Cada vez que viajaba en avión, me venía a la mente ese recuerdo que me había obligado a mí mismo a guardar. Durante mucho tiempo fue también lo que abrió paso a la novela que acababa de terminar, y que estaba en mi maleta en la bodega a mis pies, en forma de manuscrito de seiscientos cuarenta páginas, que tendría que leer y corregir en el transcurso de una semana.

Eso al menos era algo bueno.

También me hacía ilusión pensar que iba a ver a Yngve. Después de que se mudara de Bergen, primero a Balestrand, donde conoció a Kari Anne, con la que tuvo un hijo, y luego a Stavanger, donde tuvieron otro, nuestra relación había cambiado, él ya no era una persona por cuya casa me pasaba cuando no

tenía nada que hacer, o con quien iba a bares o conciertos, sino alguien a quien visitaba durante unos días de vez en cuando, con todo lo que eso conllevaba de vida familiar activa. Pero me gustaba, siempre me había gustado pasar la noche en casa de otras familias, tener una cama hecha, llena de cosas desconocidas, toallas amablemente colocadas, y luego introducirme en la vida privada de esa familia, a pesar de que siempre, independientemente de qué familia se tratara, había en ello algo desagradable, porque aunque cuando hay huéspedes se intenta mantener a raya las tensiones que pueda haber, éstas se perciben siempre, y no puedes saber si han surgido debido a tu presencia, o si es algo que simplemente flota en el aire, y tu presencia, al contrario, contribuye a disminuir. Una tercera posibilidad era, claro está, que todas esas tensiones simplemente fueran «tensiones» que vivían su vida en mi cabeza.

Ya no quedaba tanta gente en el pasillo y me levanté, bajé la maleta y la chaqueta, salí de la cabina y fui por el corredor hasta la sala de llegadas, que era pequeña y sin embargo bastante inabarcable, con un caos de puertas de embarque, quioscos y cafés, por la que iban y venían viajeros, o en la que estaban esperando, comiendo o leyendo. A Yngve podía reconocerlo al instante en medio de cualquier aglomeración de gente. Y no necesitaba su cara para identificarlo, me bastaba con la parte posterior de su cabeza o un hombro, o tal vez ni siquiera eso, porque existe una receptividad especial ante aquellos con los que te has criado y has tenido tan cerca durante el tiempo en que se forma o aflora el carácter, los aceptas directamente, sin los pensamientos como intermediarios. Casi todo lo que sabes de tu hermano lo sabes por intuición. Yo nunca sabía lo que Yngve pensaba, pocas veces entendía por qué hacía lo que hacía, seguramente no compartía muchas de sus apreciaciones, eso sólo era algo que podía adivinar, en ese sentido era tan desconocido como todos los demás. Pero conocía su lenguaje corporal, conocía su mímica, sabía cómo olía, todos los matices de su voz me eran familiares y, lo que es más importante, sabía de dónde venía. No era capaz de poner palabras a nada de todo eso, y raramente llegaba hasta mis pensamientos, pero todo estaba ahí. De modo que no tuve que buscar con la mirada por todas las mesas de la pizzería, tampoco tuve que pasearla por las caras sentadas en las sillas junto a las puertas de embarque o por las que iban y venían por la sala, porque en el instante en el que entré, supe dónde estaba. Eché un vistazo hacia allí, hacia la fachada del falso pub irlandés de aspecto falsamente envejecido, y allí estaba

él, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba un pantalón verdoso, pero no de corte militar, camiseta blanca con imágenes de Sonic Youths Goo, chaqueta vaquera azul clara y un par de zapatos Puma marrón oscuro. Él aún no me había visto. Yo miré su cara, con la que me sentía más familiarizado que con ninguna otra. Los pómulos altos los había heredado de mi padre, y también la boca ligeramente torcida, pero la forma de la cara era diferente, y la parte de los ojos era más parecida a la de mi madre y mía.

Volvió la cabeza y se encontró con mi mirada. Yo estaba a punto de reírme, pero en ese instante se me torcieron los labios, y con una presión contra la que no pude oponer resistencia, la emoción de antes volvió a subirme por dentro. Me salió en forma de sollozo y me eché a llorar. Levanté el brazo a medias hacia la cara, volví a bajarlo, me llegó otra oleada y la cara se me retorció una vez más. Nunca me olvidaré de la mirada de Yngve en ese momento. Me miraba incrédulo. No había en su mirada ningún juicio, más bien daba la impresión de no entender nada, de no esperárselo y que por eso lo pilló completamente desprevenido.

—Hola —dije a través de las lágrimas.

—Hola —contestó él—. Tengo el coche abajo. Nos vamos enseguida, ¿no?

Asentí con la cabeza y bajé por las escaleras detrás de él, luego atravesamos el vestíbulo y salimos al aparcamiento. Si se debía a esa peculiar aspereza que caracteriza el aire del oeste, y que siempre está ahí, no importa el calor que haga, y que ese día era especialmente notable, ya que al principio caminamos a la sombra de un gran tejado que hizo que me despejara, o a ese inmenso sentimiento de espacio que me abrió el paisaje del exterior, no lo sé, pero al menos me había recuperado en el momento en que nos detuvimos delante de su coche, e Yngve, con las gafas de sol puestas, se inclinó hacia delante para meter la llave en la cerradura del lado del conductor.

—¿Ése es todo tu equipaje? —preguntó, señalando mi bolsa.

—¡Coño! —exclamé—. Espérame aquí. Voy a por mi maleta.

Yngve y Kari Anne vivían en Storhaug, un barrio un poco alejado del centro de Stavanger, en una casa que era la última de una fila de adosadas. Al otro lado había una calle y detrás, un bosque que bajaba junto al fiordo, a unos cientos de metros. También había en las cercanías una pequeña zona de

huertos municipales de alquiler, y detrás de ella, en otra urbanización, vivía Asbjørn, un viejo amigo de Yngve, con el que acababa de crear una empresa de diseño gráfico. Tenían el despacho en el desván, donde guardaban todo el equipo que habían comprado y que estaban aprendiendo a usar. Ninguno de los dos tenía una formación oficial en esa profesión, excepto los estudios de ciencias de la información en la Universidad de Bergen, y tampoco tenían importante conocidos en ese ámbito. Pero allí estaban, sentados ante sus potentes Mac, trabajando en los pocos encargos que les habían llegado. Un cartel para un festival, unos trípticos y unos folletos era todo lo que habían recibido hasta el momento. Habían apostado todo a una carta; en el caso de Yngve lo entendía muy bien; al acabar la carrera había trabajado unos años de asesor cultural en el ayuntamiento de Balestrand, y desde ahí no es que se le abrieran todas las puertas de par en par. Pero era arriesgado, el único punto fuerte con el que contaban era su propio gusto, que por lo menos era seguro y con el tiempo se había refinado, entrenado durante una veintena de años con diferentes expresiones de la cultura pop, desde películas y fundas de discos, hasta ropa y melodías, revistas y libros de fotos, de lo oscuro a lo más comercial, siempre dispuestos a separar lo que era bueno de lo que no lo era, tanto en lo anterior como en lo que se estaba creando en torno a ellos en ese momento. Recuerdo que una vez que estuvimos en casa de Asbjørn bebiendo durante tres días, Yngve nos puso a Pixies en el tocadiscos, entonces un grupo americano nuevo y desconocido. Asbjørn estaba tumbado en el sofá tronchándose de risa porque lo que estábamos escuchando era muy bueno. ¡Es muy bueno!, gritó a través de la ruidosa música. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Es muy bueno! Cuando acababa de instalarme en Bergen con diecinueve años, Yngve y él vinieron a visitarme a mi habitación alquilada uno de los primeros días, y no aprobaron ni la foto de John Lennon que había colgado sobre el escritorio, ni el póster de un campo de cereales en el que una estrecha franja de hierba verde ardía con tanta intensidad que parecía un milagro, ni el cartel de la película *La Misión*, con Jeremy Irons. No podía ser. La foto de Lennon era una reminiscencia de los últimos tiempos del instituto, cuando yo discutía con otros tres sobre literatura y política y escuchaba música, veía películas y bebía vino, veneraba lo interno y reprobaba lo externo, y John Lennon colgaba en mi pared en calidad de apóstol de lo entrañable, aunque en realidad lo que más me gustaba desde niño era el McCartney dulzón. Pero los Beatles no eran allí

ningún punto de referencia, *en absoluto*, bajo *ninguna* circunstancia, así que muy pronto la foto de Lennon desapareció de la pared. Pero su seguridad en el gusto no se refería sólo a la cultura pop; pues Asbjørn fue el primero en recomendarme a Thomas Bernhard, había leído *Hormigón* en la colección Vita, de la editorial Gyldendal, que se publicó diez años antes de que toda la gente interesada por la literatura en Noruega empezara a hablar de él, aunque recuerdo que no fui capaz de entender del todo la fascinación de Asbjørn por ese austriaco, y hasta diez años más tarde no descubrí su grandeza, en compañía del resto de la Noruega literaria. El olfato era el gran don de Asbjørn, nunca me he topado con nadie con un gusto tan acertado como el suyo, pero ¿de qué servía, excepto de rueda alrededor de la que giraba una vida estudiantil? La esencia del olfato es juzgar, para juzgar hay que estar fuera, y no es allí donde se crea algo. Yngve estaba, en mayor grado, dentro, tocaba en una banda, componía sus propias canciones y escuchaba música sobre esa base, aparte de que tenía un lado analítico y académico que Asbjørn no tenía o no usaba en la misma medida. El diseño gráfico era perfecto para ellos en muchos sentidos.

Mi novela fue aceptada más o menos en la misma época en que ellos empezaron con su empresa, y no había ninguna alternativa a que ellos hicieran la portada y metieran así la cabeza en el mundo editorial. La editorial no lo veía tan claro. El editor, Geir Gulliksen, mencionó que se pondría en contacto con una agencia de diseño y me preguntó si tenía alguna idea en lo referente a la portada. Dije que me gustaría que la hiciera mi hermano.

—¿Tu hermano? ¿Es diseñador?

—Bueno, acaba de empezar. Ha creado una empresa con un compañero en Stavanger. Son buenos, lo garantizo.

—Podemos hacer lo siguiente —apuntó Geir Gulliksen—. Ellos nos hacen una propuesta y nosotros la estudiamos. Si es buena, no será ningún problema.

Y así fue. Fui a verlos en junio llevando conmigo un libro de los años cincuenta sobre astronáutica. Había pertenecido a mi padre y estaba lleno de dibujos impregnados del optimismo de esa década. También había pensado en un color crema que había visto en la portada del libro *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig. Además, Yngve se había hecho con un par de fotos de zepelines, que en mi opinión irían muy bien con el libro. De modo que allí

estaban los dos, sentados en sus nuevos sillones de oficina en el ático, con el sol ardiendo fuera, haciendo propuestas, mientras yo los observaba desde atrás reclinado en un sillón. Por las noches bebíamos cerveza y veíamos el mundial de fútbol. Yo estaba alegre y optimista, porque tenía una intensa sensación de que una época estaba acabando y otra empezando. Tonje acababa de terminar la carrera y había conseguido un puesto en la Radio Nacional de la provincia de Hordaland, yo iba a publicar mi primera novela, hacía poco que nos habíamos ido a vivir a nuestro primer piso de verdad, en Bergen, donde nos habíamos conocido. Yngve y Asbjørn, a los que me había pegado durante todos los años de universidad, habían montado su propio negocio, y su primer trabajo de verdad era la portada de mi libro. Todo estaba lleno de posibilidades, todo señalaba hacia delante por primera vez en mi vida.

El resultado de esos días fue muy positivo, teníamos seis o siete propuestas estupendas, yo estaba contento, pero ellos querían probar algo diferente, y Asbjørn se trajo una bolsa de revistas americanas de fotos que nos pusimos a estudiar. Me enseñó algunas de Jock Sturges, eran únicas, yo nunca había visto nada igual; elegimos una de una chica de piernas y brazos largos, de unos doce o trece años, que estaba con la espalda desnuda mirando un lago. Era una foto bonita, pero cargada, limpia, pero amenazadora, poseía una calidad casi icónica. En otra revista encontramos un anuncio en el que la letra estaba impresa en blanco en dos franjas azules. Decidieron apoderarse de esa idea, pero en rojo, y media hora más tarde, Yngve tenía ya lista la portada. A la editorial le entregamos cinco propuestas diferentes, pero no había duda, la variante Sturges era la mejor, y cuando el libro saliera unos meses más tarde, sería con la joven en la portada. Eso equivalía a buscar bronca, Sturges era un fotógrafo muy polémico, yo había leído que agentes del FBI habían registrado su casa, y al buscar su nombre en la red, algunos enlaces conducían siempre a páginas de pornografía infantil. Al mismo tiempo nunca había visto a ningún otro fotógrafo retratar ese mundo tan rico de la infancia de un modo tan gratificante. Incluida Sally Mann. De modo que me alegré. Y también de que fueran Yngve y Asbjørn los que la hubieran diseñado.

En el coche camino del aeropuerto de Sola esa extraña tarde de viernes no hablamos mucho, sólo comentamos muy por encima los asuntos prácticos que nos esperaban, el propio entierro, un tema en el que ni Yngve ni yo

teníamos experiencia. El sol bajo hacía que los tejados de las casas por las que pasábamos estuviesen incandescentes. El cielo estaba alto, el paisaje llano y verde, y todo ese espacio hizo que me invadiera una sensación de desolación, que ni siquiera la aglomeración más enorme de personas podía llenar. Pequeñas eran las personas que veíamos esperando el autobús para la ciudad en las paradas a lo largo del camino, pequeñas las que iban en bicicleta inclinadas sobre el manillar, pequeñas las que cruzaban el campo cultivado montadas en un tractor o saliendo por la puerta de una gasolinera con un perrito caliente en una mano y una Coca-Cola en la otra. También la ciudad daba la impresión de desolación con las calles vacías, el día había acabado, y la noche aún no había empezado.

Yngve había puesto un CD de Björk. Por la ventanilla se veían cada vez menos tiendas y edificios de oficinas, y más viviendas. Pequeños jardines, arbustos, frutales, niños montando en bicicleta, niños saltando en camas elásticas.

—No sé por qué me he puesto a llorar —dije—. Pero al verte me emocioné. Comprendí de repente que él había muerto.

—Sí... —asintió Yngve—. Yo no sé si lo he asumido aún.

Cambió de marcha al doblar la curva y emprendió la subida de la última cuesta. A la derecha había un parque infantil, dos niñas estaban sentadas en un banco con una especie de naipes en las manos. Un poco más arriba, al otro lado de la calle, divisé el jardín de la casa de Yngve. No había nadie en él, pero la puerta corredera del salón estaba abierta.

—Ya estamos —dijo Yngve, metiendo despacio el coche en el garaje abierto.

—Dejo la maleta —dije—. Total, es sólo hasta mañana...

La puerta de la casa se abrió y salió Kari Anne con el pequeño Torje en un brazo. Ylva estaba a su lado, agarrada a su pierna, mirándome. Cerré la puerta del coche y fui hacia ellos. Kari Anne sacó la cabeza y me abrazó, yo acaricié el pelo de Ylva.

—Siento lo de vuestro padre —dijo ella—. Es una pena.

—Gracias —contesté—. Pero no ha sido ninguna sorpresa.

Yngve cerró el maletero y venía hacia nosotros con una bolsa en cada mano. Debía de haber hecho compras camino del aeropuerto.

—¿Entramos? —propuso Kari Anne.

Asentí con un gesto y la seguí adentro.

—Mmm, huele bien —dije.

—Lo hago muchas veces —dijo Kari Anne—. Espaguetis con jamón y brócoli.

Todavía con Torje en un brazo, apartó con el otro una cacerola de la placa eléctrica, la apagó y se agachó a sacar un colador del armario en el instante en que entraba Yngve, que dejó las bolsas en el suelo y se puso a colocar las cosas. Ylva, que excepto por un pañal estaba completamente desnuda, se quedó inmóvil en medio de la cocina, mirándonos alternativamente a mí y a ellos. Luego se apresuró hasta una cuna de juguete que tenía junto a la librería, cogió una muñeca y vino hacia mí con ella en el brazo extendido.

—Qué muñeca tan bonita tienes —dije, arrodillándome delante de ella—. ¿Me dejas verla?

Apretó la muñeca contra el pecho con una expresión de determinación, dándome a medias la espalda.

—Tienes que enseñarle la muñeca a Karl Ove —dijo Kari Anne.

—Salgo un momento a fumarme un cigarrillo —dije, levantándome.

—Yo también —dijo Yngve—. En cuanto acabe con esto.

Salí por la puerta abierta de la terraza, la cerré y me senté en uno de los tres sillones blancos de plástico. Había juguetes esparcidos por todo el césped. En un extremo, junto al seto, se veía una piscina de plástico llena de agua, en la que flotaban pajas e insectos. Había dos palos de golf apoyados contra la pared, y al lado un par de raquetas de bádminton y un balón de fútbol. Saqué un cigarrillo del bolsillo interior, lo encendí y eché la cabeza hacia atrás. El sol se había escondido detrás de una nube y la hierba y las hojas que unos minutos antes resplandecían estaban de repente grisáceas y mortecinas. Procedente del jardín vecino llegaba el ruido regular de un cortacésped manual que era movido hacia delante y hacia atrás. En casa de Yngve sonaba el tintineo de platos y cubiertos.

Ah, cuánto me gustaba estar allí.

En mi apartamento no había distinción entre yo y la casa; si yo sufría, la casa también sufría. Pero allí había una distinción, allí el entorno no tenía nada que ver conmigo ni con lo mío, protegiéndome por tanto de todo lo que pudiera molestarme.

Se abrió la puerta detrás de mí. Era Yngve. Llevaba una taza de café en la mano.

—Tonje te manda saludos —dije.

—Gracias. ¿Qué tal le va?

—Bien —contesté—. Empezó a trabajar el lunes. El miércoles ya le dieron un reportaje en el telediario. Un accidente mortal.

—Ya, ya me lo contaste —dijo, sentándose.

¿Qué le pasaba? ¿Estaba enfadado?

Permanecimos un rato sin decir nada. Sobre el cielo, muy alto por encima de los bloques de viviendas a nuestra izquierda, volaba un helicóptero. El sonido del motor quedaba lejano. Las dos niñas del parque infantil se aproximaban por la calle. En uno de los jardines de más abajo alguien gritó un nombre. Sonó como si fuera *Bjørnar*.

Yngve sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Has empezado a jugar al golf? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—También deberías probar tú. Serías un buen jugador de golf. Eres alto y has jugado al fútbol, y además tienes instinto de ganador. ¿Te apetece probar? Tengo unas pelotas ligeras de ensayo en algún sitio.

—¿Ahora? Creo que no.

—Era una broma, Karl Ove.

—¿El que yo fuera a jugar al golf, o el que fuera a hacerlo ahora mismo?

—Que fueras a hacerlo ahora mismo.

El vecino, que ahora se encontraba junto al seto que separaba los dos jardines se paró, se enderezó y se pasó la mano por la calva descubierta y sudada. En un sillón de la terraza había una mujer con pantalones cortos blancos y camiseta blanca. Estaba leyendo una revista.

—¿Sabes algo de la abuela? —pregunté.

—No, en realidad no —contestó—. Pero fue ella la que lo encontró. Así que te puedes imaginar que no debe de estar muy bien.

—Lo encontró en el salón, ¿no?

—Sí —contestó Yngve, que apagó el cigarrillo en el cenicero y se levantó.

—Ven, vamos a cenar algo.

A la mañana siguiente me despertó Ylva, que estaba gritando en el pasillo junto a la escalera. Me incorporé a medias en la cama y subí el estor para poder ver qué hora era. Las cinco y media. Suspiré y volví a tumbarme. La habitación en la que me encontraba estaba llena de cajas de mudanza, ropa y objetos varios que aún no habían encontrado su lugar en la casa. Había una tabla de planchar junto a la pared llena de ropa doblada, y al lado un biombo plegado de aspecto asiático, apenas apoyado en la pared. Desde fuera me llegaron las voces de Yngve y Kari Anne, y a continuación sus pasos en la vieja escalera de madera. La radio se encendió abajo. Habíamos decidido salir sobre las siete. Así estaríamos en Kristiansand alrededor de las once, pero supuse que no había nada que nos impidiera salir antes. Bajé los pies al suelo, me puse los pantalones y la camiseta, me incliné hacia delante y me pasé una mano por el pelo, mirándome en el espejo de la pared. No quedaba ningún vestigio de mis reacciones emocionales del día anterior; sólo parecía cansado y con sueño. Así que de vuelta al principio. Porque el día anterior no había dejado huellas tampoco en mi interior. Las emociones son como el agua, se configuran siempre según el entorno. Ni siquiera el dolor más grande deja rastro, cuando se percibe tan sobrecogedor y dura tanto no es porque las emociones se hayan solidificado, eso es imposible, sino porque se quedan estancadas, de la misma manera que se queda estancada el agua en una laguna.

Mierda, pensé. Era uno de mis tics mentales. Me cago en la puta, era otro. Se enardecían imparables en mi conciencia a intervalos irregulares, pero ¿por qué iba a pararlos? Al fin y al cabo no hacían mal a nadie. Y por fuera no se me notaba que los pensaba. Una jodida mierda, pensé, abriendo la puerta. Miré directamente al dormitorio de ellos, bajé la mirada, había cosas de las que no quería saber nada, aparté la pequeña barrera de madera, bajé la escalera y entré en la cocina. Ylva estaba sentada en su silla infantil con una rebanada de pan en la mano y un vaso de leche delante, Yngve estaba junto a la cocina friendo huevos, y Kari Anne iba de un lado para otro poniendo la mesa. La luz de la cafetera eléctrica estaba encendida. Las últimas gotas del filtro caían en la jarra. El extractor zumbaba, los huevos chisporroteaban en la sartén, en la radio se oía la información sobre el tráfico.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días —contestó Kari Anne.

—Hola —dijo Yngve.

—Karl Ove —dijo Ylva, señalando la silla enfrente de ella.

—¿Me siento ahí? —le pregunté.

Ella asintió con grandes gestos de la cabeza, yo saqué la silla y me senté. La niña se parecía más a Yngve que a su madre, tenía su nariz y sus ojos, y curiosamente también se reconocían en ellos muchas de las expresiones de su padre. Su cuerpo aún no había abandonado del todo la redondez de bebé, había algo blando y redondo en todas sus articulaciones y partes, así que me costó no sonreír cuando arrugó la frente y adoptó una de las expresiones ingeniosas de Yngve. Eso no la hizo parecer a ella mayor, pero sí a él más pequeño: de repente te dabas cuenta de que uno de los gestos característicos de mi hermano no se debía a la experiencia, madurez o sabiduría, sino que había vivido una vida inalterada e independiente de su cara, desde que ésta empezó a formarse a principios de 1960.

Yngve metió la paleta debajo de los huevos fritos y los colocó uno a uno en una fuente que dejó en la mesa, junto a la cesta de pan, luego fue a por el café y llenó las tres tazas. Yo solía tomar té para el desayuno, lo hacía desde que tenía catorce años, pero no quise decirlo, cogí una rebanada de pan y puse encima un huevo con la paleta que Yngve había dejado en el borde de la fuente.

Miré la mesa en busca de sal. Pero no la vi.

—¿Hay sal? —pregunté.

—Aquí tienes —contestó Kari Anne.

—Gracias —dije, abriendo la pequeña tapa del bote de plástico y viendo cómo los minúsculos granitos se iban hundiendo en la yema amarilla, perforando apenas la superficie, a la vez que la mantequilla de abajo empezaba a derretirse y a introducirse en la rebanada.

—¿Dónde está Torje? —pregunté.

—Arriba durmiendo —contestó Kari Anne.

Di un mordisco a la rebanada de pan. La clara del huevo frita estaba como rugosa por debajo, con grandes capas oscuras que se rompían entre la lengua y el paladar cuando masticaba.

—¿Duerme mucho todavía? —pregunté.

—Bueno..., unas dieciséis horas al día tal vez. No sé. ¿Tú qué crees?
—preguntó volviéndose hacia Yngve.

—Ni idea —contestó.

Mordí la yema, que me entró amarilla y templada en la boca. Di un sorbo de café.

—Lo que se asustó cuando Noruega metió un gol —dije.

Kari Anne sonrió. Habíamos visto allí el segundo partido de Noruega del mundial, mientras Torje dormía en una cuna en el otro extremo de la habitación. Cuando se apagaron nuestros bramidos tras el gol, un grito irascible subió de la cuna.

—Por cierto, qué pena lo del partido contra Italia —comentó Yngve—. No lo habíamos comentado, ¿no?

—Es verdad —respondí—. Pero sabían lo que hacían. Bastó con que Noruega se hiciera con el balón para que todo se derrumbara.

—También estarían agotados tras el partido contra Brasil —dijo Yngve.

—Yo también —dije—. Aquel penalti casi acaba conmigo. Era incapaz de mirar.

Había visto el partido en Molde, con el padre de Tonje. En cuanto acabó, llamé a Yngve. Los dos estábamos a punto de llorar de emoción. Dejábamos atrás una infancia entera con un equipo nacional sin ninguna posibilidad de ganar. Luego fui al centro con Tonje, la ciudad estaba llena de coches pitando y banderas ondeando al viento. Desconocidos se abrazaban, por todas partes sonaban canciones y gritos, la gente correteaba de un lado para otro, Noruega había ganado a Brasil en un partido decisivo de un mundial, y nadie sabía hasta dónde podía llegar el equipo. ¿Acaso hasta la final?

Ylva se deslizó de la silla hasta el suelo y me cogió la mano.

—Ven —dijo.

—Karl Ove tiene que desayunar primero —le explicó Yngve—. Luego, Ylva.

—Está bien —dije, y la acompañé. Me arrastró hasta el sofá, cogió un libro de la mesa y se sentó. Sus cortas piernas no le llegaban ni siquiera al borde.

—¿Te leo? —le pregunté.

Ella asintió con la cabeza. Me senté a su lado y abrí el libro. Trataba de una oruga que comía de todo. Cuando acabé de leérselo, ella trepó a por otro libro de la mesa. Esta vez se trataba de un ratón llamado Fredrik, y que, al contrario que todos los demás ratones, no recogía comida en el verano, sino

que prefería quedarse soñando. Los demás lo calificaban de vago, pero al llegar el invierno, cuando todo estaba frío y blanco, fue él el que dio nuevo color y luz a la existencia de los ratones. Eso era lo que él había recogido, y lo que ellos necesitaban, luz y color.

Ylva estaba inmóvil junto a mí, mirando concentrada cada página, y señalando de vez en cuando algo para decir el nombre del objeto. Me gustaba estar sentado así con ella, pero también me resultaba un poco aburrido. Habría preferido estar fuera en la terraza, solo, con un cigarrillo y una taza de café.

En la última página, Fredrik era ya un sonrojado héroe y salvador.

—¡Ha sido muy edificante y agradable! —les dije a Yngve y a Kari Anne al terminar el libro.

—Lo teníamos cuando éramos pequeños —señaló Yngve—. ¿No te acuerdas?

—Vagamente —mentí—. ¿Es el mismo?

—No, el nuestro está en casa de mamá.

Yngve se acercó al montón de libros infantiles. Yo me levanté y cogí la taza de café de la mesa de la cocina.

—¿Quieres algo más? —me preguntó Kari Anne, camino de la pila con su plato.

—No, gracias, estoy muy bien.

Miré a Yngve.

—¿Cuándo nos vamos?

—Primero tengo que ducharme —contestó—. Y preparar un poco de equipaje. ¿Media hora, tal vez?

—Vale —dije. Ylva se había conformado con que la sesión de lectura hubiese terminado por esa vez. Estaba en la entrada poniéndose mis zapatos. Abrí la puerta corredera de la terraza y salí. Estaba nublado, pero no hacía frío. Los sillones estaban cubiertos de finas gotas de rocío que limpié con la palma de la mano antes de sentarme. Nunca me levantaba tan temprano, mis mañanas no solían empezar hasta las once, doce o una, y todo lo que mis sentidos absorbían en ese momento me recordaba a las mañanas veraniegas de mi infancia, cuando salía de casa en bicicleta sobre las seis y media para ir a trabajar a unos viveros. El cielo solía estar medio nublado, el camino por el que iba vacío y gris, el aire que me venía de frente era fresco, y parecía casi imposible que más tarde el calor llegara a ser abrasador en el campo en el que

trabajábamos, y que en la pausa de la comida nos fuéramos a toda prisa en nuestras bicis al lago de Gjerstad a darnos un chapuzón, antes de volver al trabajo.

Di un sorbo de café y encendí un cigarrillo. No es que disfrutara del sabor a café o de la sensación del cigarrillo que se me colaba en los pulmones, apenas lo notaba, lo importante era hacerlo, era una rutina, y, como siempre pasa con las rutinas, todo se encontraba en la forma.

¡Cómo odiaba el olor de los cigarrillos cuando era pequeño!

Excursiones en el asiento trasero del coche ardiendo de calor, con tus padres echando humo en los asientos delanteros. El humo que salía de la cocina y se colaba por la rendija de la puerta de mi habitación por las mañanas antes de que me hubiera acostumbrado a ello, cuando llenaba mi nariz dormida y me estremecía, el malestar que me producía y que se repitió cada día hasta que empecé a fumar y me hice inmune al olor.

La excepción fue la época en la que mi padre fumó en pipa.

¿Cuándo sería eso?

Todo aquel jaleo de golpear la pipa para sacar el viejo tabaco quemado, limpiarla con los flexibles limpiapipas blancos, volver a llenarla de tabaco nuevo y chuparla hasta que se encendía, acercar la cerilla, chupar, otra cerilla, chupar, chupar, luego echarse hacia atrás, poner una pierna sobre la otra y fumar en pipa. Curiosamente lo asociaba con su época de actividades al aire libre. Jerséis de punto hechos en casa, botas, barba, pipa. Largas excursiones por el bosque a coger bayas para el invierno, a veces excursiones a la montaña en busca de frambuesas árticas, la baya de la baya, pero normalmente en el bosque junto a alguna carretera donde aparcábamos el coche, todos con nuestros recogedores de bayas en una mano y el cubo en la otra, en busca de arándanos azules o rojos. Descansar junto a ríos o sobre colinas con vistas, a veces en alguna montaña a orillas de un río, y otras sobre un tronco en un pinar. El frenazo al descubrir frambuesas junto al sendero. Sacar los cubos, porque aquello era en la década de los setenta en Noruega, cuando las familias cogían frambuesas en el bosque los fines de semana, las metían en enormes bolsas de congelar de plástico, y llevaban bocadillos en el maletero. Fue en esa misma época cuando le dio por pescar, se iba solo a la isla después del instituto, o con nosotros los fines de semana en busca de bacalao, que se encontraba por esas aguas en el invierno de aquella época, 1974-1975. Aunque

ni mi padre ni mi madre tuvieron contacto con el movimiento del sesenta y ocho, sí que tuvieron hijos a los veinte años y desde entonces trabajaban, y aunque ese movimiento era ideológicamente ajeno a mi padre, él no era indiferente al espíritu de su época, y viéndolo con la pipa en la mano y la barba, aunque no con el pelo largo, al menos con mucho pelo, jersey de lana y un par de vaqueros anchos por abajo, mirándote con sus ojos luminosos, podría uno creer que era uno de esos padres *suaves* que en aquella época empezaban a surgir y a dejar sus huellas, que no se oponían a empujar el cochecito del niño, a cambiar pañales, y a sentarse en el suelo a jugar con los pequeños. Pero nada más lejos de la realidad. Lo único que tenía en común con ellos era la pipa.

Oh, papá, ¿te has muerto dejándome aquí?

A través de la ventana abierta del piso de arriba se oyó de repente a alguien llorar. Giré la cabeza. En la cocina, Kari Anne, a punto de vaciar el friegaplatos, dejó dos vasos sobre la encimera y subió la escalera correteando. Ylva, que empujaba un cochecito con una muñeca dentro, siguió a su madre. Al instante oí su voz consoladora a través de la ventana, y el llanto arriba cesó. Me levanté, abrí la puerta y entré. Ylva estaba al pie de la escalera mirando hacia arriba. Las tuberías zumbaban en las paredes.

—¿Quieres que te lleve a hombros? —pregunté.

—Sí —contestó.

Me agaché y la levanté del suelo, agarré sus pequeñas piernas con mis manos y corrí un par de veces entre el salón y la cocina, relinchando como un caballo. Ella se reía, y cada vez que me paraba y me inclinaba hacia delante, como si la fuera a tirar, se ponía a gritar. Tras unos minutos yo ya tenía de sobra, pero por si acaso, di un par de vueltas más, antes de ponerme en cuclillas y dejarla en el suelo.

—¡Más! —dijo la niña.

—Otro día —le dije, mirando por la ventana hacia la calle, donde justo en ese instante llegaba un autobús a recoger a un pequeño grupo de personas de los bloques, y llevarlas al trabajo.

—Ahora —insistió ella.

La miré con una sonrisa.

—Vale. Una vez más —consentí. La cogí otra vez y de nuevo vuelta hacia delante, vuelta hacia atrás, parar, hacer como si fuera a tirarla, y

relinchar. Por suerte, Yngve bajó justo después, de manera que resultó natural finalizar el juego.

—¿Estás listo? —preguntó.

Tenía el pelo mojado, y las mejillas lisas tras el afeitado. En la mano llevaba una vieja bolsa azul y roja Adidas que tenía desde que iba al instituto.

—Sí, sí —asentí.

—¿Ha subido Kari Anne?

—Sí, Torje se ha despertado.

—Voy a fumarme un cigarrillo, luego podemos irnos —dijo Yngve—.

¿Te ocupas tú de Ylva mientras tanto?

Asentí con la cabeza. Por suerte, estaba entretenida, de manera que pude dejarme caer en el sofá y hojear una revista. Pero no era capaz de concentrarme en reseñas de discos y entrevistas a diversos conjuntos musicales, de modo que la volví a dejar y cogí la guitarra de Yngve, que estaba en un soporte junto al sofá, delante del amplificador y las cajas de discos de vinilo. La guitarra era una Fender Telecaster negra, relativamente nueva, mientras que el amplificador era un viejo Music Man. Además, tenía una guitarra Hagström, pero ésa estaba en el despacho. Toqué un par de acordes sin pensármelo, era el comienzo de *Space Oddity*, de Bowie, que empecé a canturrear por lo bajo. Yo ya no tenía guitarra, después de tantos años tocando no había conseguido pasar de lo más elemental, un nivel que un chico de catorce años medianamente dotado habría conseguido en un mes. Pero la batería por la que había pagado un montón hacía cinco años estaba al menos en el desván, y cuando volviera a Bergen tal vez pudiera tocarla de nuevo.

Aquí lo que uno debería saber tocar es Pipi Calzaslargas, pensé.

Dejé la guitarra y cogí otra vez la revista. En ese instante bajaba Kari Anne por la escalera con Torje en brazos. El niño sonreía de oreja a oreja colgado de su madre. Me levanté y me acerqué a ellos, me incliné hacia él e hice ¡*bu!*!, algo que me resultaba muy ajeno y poco natural, de repente me sentí muy tonto, pero al parecer eso no le importó nada a Torje, que se tronchó de risa, y me miraba con ojos expectantes cuando dejó de reír, esperando que se lo hiciera otra vez.

—¡Uh! —exclamé.

—¡Ja, ja, ja! —se rió.

No todos los ritos son ceremoniales, no todos los ritos están claramente delimitados, algunos se forman en medio de lo cotidiano, y sólo se dejan reconocer mediante ese peso y carga que de repente adquiere lo que suele ser usual. Cuando aquella mañana salí de la casa y seguí a Yngve al coche, durante un instante me pareció como si estuviera entrando en una historia más grande que la mía propia. Los hijos que vuelven a casa a enterrar a su padre, en medio de esa historia me encontraba de repente cuando me detuve junto a la puerta del lado del pasajero, mientras Yngve abría el maletero y metía la bolsa, y Kari Anne, Ylva y Torje nos miraban desde la puerta. El cielo estaba blanquecino y suave, el barrio en silencio. El golpe seco del portón del maletero, que resonó en la pared del otro lado, sonó casi demasiado fuerte e inoportuno. Yngve abrió la puerta, se sentó y se inclinó a abrirme la puerta de mi lado. Dije adiós con la mano a Kari Anne y a los niños, antes de instalarme en el asiento. Ellos me devolvieron el saludo. Yngve arrancó el motor, puso el brazo sobre mi asiento y dio marcha atrás, hacia la derecha. Entonces también él les dijo adiós con la mano, y emprendimos el viaje. Me recliné en el asiento.

—¿Estás cansado? —me preguntó Yngve—. Duerme, si quieres.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no. Si me dejas poner algo de música.

Asentí con la cabeza y cerré los ojos. Oí su mano pulsar el botón del equipo y coger un CD del pequeño hueco de debajo del salpicadero. El bajo murmullo del motor. Vi desaparecer el CD en la ranura y, al instante, sonó un intro de mandolina.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Sixteen Horsepower. ¿Te gusta?

—Suena bien —dije, y volví a cerrar los ojos. La sensación de la gran historia ya había desaparecido. No éramos dos hijos, éramos Yngve y Karl Ove, no íbamos a casa, sino a Kristiansand, no íbamos a enterrar a un padre, sino a papá.

No tenía sueño y no conseguiría dormir, pero resultaba cómodo estar así, sobre todo porque no se me exigía nada. Cuando éramos niños, yo hablaba de todo con Yngve, no tenía ningún secreto para él, pero en algún momento, tal vez cuando empecé en el instituto, todo cambió, desde entonces era tremendamente consciente de quién era él y quién era yo cuando charlábamos,

la naturalidad desapareció, cada frase que pronunciaba era planificada de antemano o analizada a posteriori, más bien las dos cosas, excepto cuando bebía, entonces la vieja libertad volvía a apoderarse de mí. Exceptuando a Tonje y a mi madre, esa situación se repetía con todo el mundo, ya no podía simplemente charlar con la gente, la conciencia de la situación era demasiado grande para eso, lo que me dejaba fuera de ella. No sabía si Yngve lo vivía de la misma manera, aunque no lo creía, no daba esa impresión cuando lo veía con otras personas. Tampoco sabía si él sabía cómo lo vivía yo, pero me parecía que sí. A menudo me sentía falso o mentiroso, ya que nunca jugaba con las cartas sobre la mesa, sino que siempre actuaba con premeditación. Ya no me importaba nada, todo eso se había convertido en mi vida, pero justo en ese momento, al empezar un largo viaje en coche, habiendo muerto mi padre y todo, me di cuenta de que deseaba librarme de mí mismo, o de eso que tanto me vigilaba dentro de mí.

Qué puta mierda.

Me enderecé y miré los CD. Massive Attack, Portishead, Blur, Leftfield, Bowie, Supergrass, Mercury Rev, Queen.

¿Queen?

A Yngve todos esos le gustaban desde que era un chiquillo, había permanecido fiel a ellos, dispuesto a defenderlos en cualquier momento. Recuerdo cómo sentado en su cuarto copió uno de los solos de Brian May. Nota por nota en su nueva guitarra, una copia negra de Les Paul, comprada con el dinero que había reunido para la confirmación, y también recuerdo la revista de los miembros del Queen Fanclub, que en aquella época le llegaba por correo. Seguía esperando a que el mundo tuviera sentido común, y diera a Queen lo que Queen realmente merecía.

Sonreí.

Cuando Freddie Mercury murió, la noticia más chocante no fue que era gay, sino que era hindú.

¿Quién podía imaginar semejante cosa?

A lo largo de la carretera ya no se veían tantas casas. El tráfico en sentido contrario había ido hasta entonces en aumento, ya que la hora punta de la mañana se estaba acercando, pero empezaba a disminuir otra vez conforme llegábamos a las zonas despobladas entre las ciudades. Habíamos pasado por algunos extensos campos amarillos de cereales, otros de fresón, trozos sueltos

de verdes pastos, campos labrados recientemente con la tierra marrón oscura, casi negra. Entremedias había bosquecillos y poblaciones. Algún que otro pequeño río, alguna laguna o lago. Luego el paisaje cambió de aspecto, para volverse casi de alta montaña, con llanuras verdes, sin árboles y sin cultivar. Yngve se salió de la carretera y entró en una gasolinera, llenó el depósito, metió la cabeza en el coche y me preguntó si quería algo, le dije que no, pero cuando volvió me alcanzó de todos modos una botella de Coca-Cola y una chocolatina Bounty.

—¿Nos fumamos un cigarrillo? —preguntó.

Asentí y salí del coche. Fuimos hasta un banco que había al final del recinto. Detrás del banco corría un pequeño arroyo, sobre el que la carretera formaba un puente. Una moto pasó a toda velocidad, luego un tráiler y luego otro.

—¿Qué dijo mamá por fin? —pregunté.

—No mucho —contestó Yngve—. Ya sabes que necesita tiempo para pensar las cosas. Pero se puso triste. Supongo que más bien pensando en nosotros.

—Hoy enterraban a Borghild.

—Sí.

Un tráiler llegó desde el oeste al recinto de la gasolinera, aparcó con un suspiro en la otra punta, y un hombre de mediana edad bajó de la cabina de un salto y se alisó el pelo, que ondeaba al viento, mientras se acercaba a la entrada del edificio.

—La última vez que vi a papá dijo que estaba pensando en hacerse camionero —dije con una sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue eso?

—En el invierno de hace... de hace año y medio. Yo estaba en Kristiansand escribiendo.

Abrí el tapón de la botella y di un sorbo.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —le pregunté, mientras me limpiaba la boca con el dorso de la mano.

Yngve miró la llanura al otro lado de la carretera y dio un par de caladas al cigarrillo casi acabado.

—Tuvo que ser en la confirmación de Egil. En el mes de mayo del año pasado. Pero tú también estabas allí, ¿no?

—Coño, tienes razón. Ésa fue la última vez. ¿O no? De repente empiezo a dudar.

Yngve bajó el pie del banco, volvió a cerrar la botella y empezó a andar hacia el coche en el momento en el que el camionero salía del edificio con un periódico bajo el brazo y un perrito caliente en la otra mano. Tiré el cigarrillo humeante al asfalto y seguí a mi hermano. Cuando llegué al coche, el motor ya estaba en marcha.

—Ya está —dijo Yngve—. Nos quedan dos horas más o menos. Podemos comer cuando llegemos, ¿no?

—Sí —contesté.

—¿Quieres escuchar algo en especial?

Detuvo el coche en la salida y miró un par de veces en todas las direcciones, antes de volver a la carretera principal y acelerar.

—No —contesté—. Decide tú.

Eligió Supergrass. Ese disco lo había comprado yo en Barcelona cuando acompañé a Tonje a una especie de seminario para radios locales europeas. Allí los habíamos visto en vivo, y desde entonces los había escuchado sin cesar junto con otros dos discos mientras escribía la novela. De repente el ambiente de aquel año me llenó del todo. Así que ya se había convertido en un recuerdo, pensé sorprendido. Así que ya se había convertido en un recuerdo aquella época en la que estuve en Volda escribiendo día y noche, mientras dejaba a Tonje totalmente desatendida.

Nunca más, diría ella luego, la primera noche en el nuevo piso de Bergen. Al día siguiente nos íbamos de vacaciones a Turquía. Si vuelve a ocurrir, te dejo.

—Ahora que lo pienso, lo vi una vez después de aquello —dijo Yngve—. El verano del año pasado. Cuando estuve en Kristiansand con Bendik y Atle. Estaba sentado en el banco que hay delante del quiosco de Rundingen cuando pasamos en el coche. Ése tiene pinta de ser un pillo, dijo Bendik al verlo. Y en eso tenía razón.

—Pobre papá —dije.

Yngve me miró.

—Si hay alguien que no es pobre en este mundo es él —objetó.

—Ya lo sé, pero sabes a lo que me refiero.

No contestó. El silencio de los primeros segundos estaba cargado de

significado, luego se convirtió en mero silencio. Miré el paisaje, pobre y azotado por los vientos por estar tan cerca del mar. Algún que otro granero pintado de rojo, alguna que otra vivienda pintada de blanco, algún que otro tractor en un campo. Un viejo coche sin ruedas en un patio, un balón de plástico amarillo arrastrado por el viento debajo de un arbusto, unas ovejas pastando en una ladera, un tren que pasaba despacio sobre la vía elevada a sólo un par de cientos de metros de la carretera.

Siempre había intuido que Yngve y yo teníamos una relación diferente con mi padre. Las diferencias no eran grandes, pero tal vez sí significativas. ¿Qué sabía yo? Durante una época mi padre se había acercado a mí, lo recordaba bien, fue el año que mi madre estudió en Oslo y luego hizo prácticas en la institución de Modum, y nosotros vivimos en casa con él. Era como si él ya hubiera dado por perdido a Yngve, que entonces tenía catorce años, pero aún le quedara la esperanza de poder establecer una buena relación conmigo. En todo caso me veía obligado a estar en la cocina todos los días, mientras él preparaba la comida. Yo sentado en la silla, él de pie junto a la placa friendo lo que fuera. Entonces él me interrogaba sobre distintos asuntos. Qué había dicho la profesora, qué habíamos aprendido en la clase de inglés, qué iba a hacer después de comer, si sabía qué equipos jugarían el partido de la quiniela ese sábado. Yo respondía con gran brevedad y me retorcí en la silla. También fue ése el invierno que me llevaba a esquiar. Yngve podía hacer lo que quisiera con tal de que dijera adónde iba y volviera a casa a las nueve y media, y yo lo envidiaba por ello. Por cierto, ese período se extendió más allá del año en el que mi madre estuvo ausente, porque en el otoño siguiente mi padre me llevaba de pesca por las mañanas antes de empezar el colegio, nos levantábamos a las seis, fuera estaba oscuro como el fondo de un pozo, y hacía frío, sobre todo en el mar. Yo tiritaba y quería irme a casa, pero era mi padre el que me llevaba, de nada servía quejarse, de nada servía decir nada, lo único que se podía hacer era aguantar. A las dos horas estábamos otra vez en tierra, lo justo para que yo llegara al autobús del colegio. Lo odiaba, siempre pasaba frío, pues el mar estaba helado, y era yo el que tenía que recoger los utensilios mientras él maniobraba la barca, y cuando no conseguía coger la boya, me gritaba, lo cual era más bien la regla y no la excepción, que yo llorando intentara coger la jodida boya mientras él daba vueltas a la barca mirándome con sus ojos salvajes en esa oscuridad otoñal de la isla de Trom. Pero sé muy

bien que lo hacía por mí, y que nunca lo hizo por Yngve.

Por otra parte, también sé que los primeros cuatro años de la vida de Yngve, cuando vivían en la calle Therese de Oslo, mi padre estudiaba en la universidad, mi madre en la escuela superior de enfermería, e Yngve iba a la guardería, fueron buenos años, tal vez incluso felices. Mi padre estaba contento y satisfecho con Yngve. Cuando yo nací, nos mudamos a la isla de Trom, primero a una casa vieja, originalmente militar, en Hove, en el bosque, muy cerca del mar, luego a la urbanización de Tybakken, y lo único que me contaron de esa época fue que un día me caí por la escalera, hiperventilé y me desmayé, y mi madre fue corriendo conmigo en brazos a casa del vecino para que la dejaran llamar por teléfono al hospital, pues me estaba poniendo cada vez más azul, y en otra ocasión que lloraba tanto que mi padre me metió en la bañera y me duchó con agua helada para hacerme callar. Mi madre, que fue quien nos lo contó, nos encontró y le dio un ultimátum: si aquello se repetía lo dejaría. No volvió a pasar, y ella se quedó.

El que mi padre intentara acercarse a mí no significaba que no me pegara o me gritara fuera de sí de rabia, o inventara las maneras más astutas de castigarme, pero significaba que mi imagen de él no era uniforme, mientras la de Yngve sí lo era. Que él lo odiara con más intensidad y que fuera más sencillo así. Más allá de eso no tenía ni idea de la relación que Yngve podía tener con él. La idea de tener hijos algún día me resultaba bastante complicada, y cuando Yngve me contó que Kari Anne estaba embarazada, me resultó imposible no especular con qué clase de padre sería mi hermano. Si lo que nuestro padre nos había transmitido se encontraba en la médula, o si sería posible librarse de aquello, tal vez incluso fácilmente. Yngve se convirtió en una especie de piedra de toque para mí, si a él le salía bien, también me saldría bien a mí. Y salió bien, y no había nada de mi padre en Yngve respecto a su relación con sus hijos, todo era diferente y de alguna manera integrado en su vida en general. No rechazaba nunca a los niños, siempre estaba dispuesto a dedicarles el tiempo que necesitaban cuando se refugiaban en él, pero tampoco les permitía sustituir algo dentro de él o en su vida. Manejaba con gran destreza los episodios, por ejemplo los que surgían con Ylva, cuando pataleaba y gritaba y no quería vestirse o que la vistieran. Él la había cuidado en casa durante sus primeros seis meses de vida, y la intimidad que había surgido entre ellos en ese período seguía viva. Yo no tenía a mi disposición

más ejemplos que los de Yngve y mi padre.

El paisaje por el que pasábamos volvió a cambiar. Ya estábamos rodeados de bosque. Bosques del sur con piedras peladas en algunos puntos entre los árboles, llanuras pobladas de abetos y robles, álamos blancos y abedules, algún que otro pantano oscuro, repentinos prados, pinares. Cuando era pequeño, solía imaginarme que el mar subía hasta llenar el bosque, de tal manera que los prados se convertían en islotes entre los que se podía navegar y nadar. De todas las fantasías de mi infancia, ésta era la más atrayente, la idea de que todo se llenara de agua me fascinaba, pensar que se podría *nadar* donde normalmente se caminaba, *nadar* sobre las paradas del autobús y los tejados de las casas, tal vez bucear y pasar por una puerta, subir por una escalera, entrar en un salón. O sólo a través de los bosques, con sus subidas y bajadas, montones de piedras y viejos árboles. En cierto momento de mi infancia, el juego más gratificante era levantar diques en los arroyos para que el agua se desbordara y cubriera el musgo, las raíces, la hierba, las piedras, la tierra pisoteada en el sendero junto al curso del arroyo. Tenía un poder hipnótico. Por no hablar del sótano de esa casa inacabada que encontramos, llena de agua negra y resplandeciente, sobre la que navegábamos en dos cajas de poliestireno tal vez con cinco años. Hipnótico. Lo mismo pasaba con el hielo en invierno, cuando patinábamos arroyo arriba, donde se habían quedado congelados hierbas y palos, ramas y plantas en el resplandeciente hielo debajo de nosotros.

¿En qué consistía la gran fascinación? ¿Y adónde se había ido?

Otra fantasía que yo tenía en esa época era que dos enormes hojas de sierra salían del coche, cortando todo lo que había a ambos lados cuando pasábamos. Árboles y farolas, viviendas y graneros, pero también a personas y animales. Si había alguien esperando en la parada del autobús, también a él lo partíamos en dos, de manera que el cuerpo desde la cintura hasta arriba caía como cae un árbol talado y la parte de abajo quedaba intacta, sangrando por el corte.

Todavía podía identificarme con ese sentimiento.

—Allí abajo está Søgne —comentó Yngve—. Un sitio del que siempre he oído hablar, pero donde nunca he estado. ¿Has estado tú alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Algunas de las chicas del instituto venían de allí. Pero yo no he

estado nunca.

Ya sólo quedaban unos veinte o treinta kilómetros.

Al poco rato el paisaje empezó a convertirse en formaciones que me resultaban vagamente familiares, y que se iban volviendo cada vez más familiares conforme avanzábamos, hasta que lo que veía por la ventanilla coincidía del todo con las imágenes que guardaba en mi mente. Tenía la sensación de estar entrando en un recuerdo. De que los lugares por donde nos movíamos no eran más que decorados de juventud. Entramos en Vågsbygd, donde había vivido Hanne, donde estaba la fábrica de Henning Olsen, Falconbridge, oscura y sucia, rodeada de montañas muertas, y luego el puerto de Kristiansand a la derecha, con la estación de autobuses, la terminal del ferry, el Hotel Caledonien y los silos de la isla Odder. A la izquierda, el barrio donde el tío de mi padre había vivido hasta hacía poco, antes de que la demencia lo condujera a una residencia de la tercera edad en algún lugar.

—¿Comemos primero? —preguntó Yngve—. ¿O vamos directamente a la funeraria?

—Mejor ir al grano cuanto antes —contesté—. ¿Sabes dónde está?

—En la calle Elv, no sé qué número.

—Entonces tenemos que coger la calle desde arriba. ¿Sabes por dónde se entra?

—No. Pero sigamos, ya aparecerá.

Nos detuvimos en un cruce ante un semáforo en rojo, Yngve iba inclinado hacia delante buscando con la mirada por todas partes. El semáforo se puso en verde, Yngve iba siguiendo despacio a un pequeño camión con una sucia lona gris que tapaba la plataforma de carga, mientras miraba todo el rato hacia ambos lados, luego el camión aceleró, y al descubrir la vía libre, Yngve se enderezó y aumentó la velocidad.

—Deberíamos haber bajado por allí —dijo, señalando hacia la derecha—. Ahora tendremos que coger el túnel.

—No importa —dije—. Entraremos por el otro lado y ya está.

Pero sí importó. Al salir del túnel y entrar en el puente, la habitación en la que yo había vivido quedaba a la derecha, la casa podía verse desde la calle, y a sólo unos cien metros más allá, al otro lado del río, fuera de nuestra vista, estaba la casa de la abuela, donde mi padre había muerto el día anterior.

Él seguía en esa ciudad, y en algún sótano yacía su cuerpo a cargo de

unos desconocidos, mientras nosotros íbamos en un coche camino de la funeraria. Estábamos contemplando las calles en las que se había criado, y por las que, hasta hacía un par de días, había caminado. Al mismo tiempo afloraron en mí los recuerdos de esas calles, porque a un tiro de piedra de allí estaba el instituto, luego el barrio de chalés por el que pasaba cada mañana y cada tarde, tan enamorado que dolía, y también estaba allí la casa donde había pasado tanto tiempo solo.

Lloré, pero no tanto como antes, sólo unas cuantas lágrimas que me corrían por las mejillas. Yngve no se dio cuenta hasta que me miró. Entonces agité la mano como para quitarle importancia, contento de que mi voz no se quebrara al decir:

—Coge esa calle de la izquierda.

Bajamos hasta Torridalsveien, pasando por delante de los dos campos de gravilla donde tan duramente había entrenado con el equipo de los séniors el invierno que cumplí dieciséis años, luego pasamos por Kjøita y subimos hasta el cruce de la calle Østern, que seguimos hasta cruzar el puente, al final del cual volvimos a girar a la derecha, para finalmente entrar por la calle Elv.

—¿Qué número era? —pregunté.

Yngve miraba los números de las casas mientras subía lentamente la calle.

—Allí está —dijo—. Ahora hay que encontrar un sitio donde aparcar.

Una placa negra con letras doradas sobresalía de la fachada de la casa de madera a la izquierda. Gunnar había dado a Yngve el nombre de la funeraria. Era la misma a la que habían recurrido cuando murió el abuelo, o tal vez fuera la que la familia había utilizado siempre. Yo estaba pasando dos meses en África en casa de la madre de Tonje y su marido, y no me llegó el mensaje de la muerte del abuelo hasta después del entierro. Mi padre era el encargado de informarme. No lo hizo. Pero en el entierro dijo que había hablado conmigo y que yo había dicho que no podía ir. Me hubiera gustado asistir a ese entierro, y aunque en la práctica hubiera resultado complicado, no habría sido necesariamente imposible, y aunque hubiera resultado imposible, me habría gustado enterarme de su muerte cuando ocurrió, y no tres semanas después, cuando el abuelo ya estaba bajo tierra. Me puse furioso. ¿Pero qué podía hacer?

Yngve se metió por una bocacalle y aparcó junto a la acera. Nos

quitamos los cinturones justo al mismo tiempo, y abrimos las puertas justo al mismo tiempo, nos miramos y sonreímos. El aire era templado, pero hacía más bochorno que en Stavanger, el cielo estaba un poco más oscuro. Yngve se acercó al parquímetro y yo encendí un cigarrillo. Tampoco había podido asistir al entierro de mi abuela materna. Entonces estaba en Florencia con Yngve. Habíamos ido a Italia en tren, nos alojábamos en una pensión, y como eso ocurrió antes de los tiempos del teléfono móvil, resultó imposible localizarnos. Fue Asbjørn el que nos contó lo ocurrido la noche que volvimos, y nos pusimos a beber el alcohol que habíamos traído. El único entierro al que había asistido era pues el de mi abuelo materno. Fui uno de los que llevaron el ataúd, resultó un entierro muy bonito, el cementerio estaba situado en una colina con vistas al fiordo, el sol brillaba, lloré cuando mi madre habló en la iglesia, y cuando después de que todo hubiese terminado y mi abuelo estuviera bajo tierra, se detuvo delante de la tumba abierta. Estaba con la cabeza gacha, sola, la hierba estaba verde, el fiordo, muy abajo, azul y brillante como un espejo, y la montaña al otro lado pesada, oscura e imponente.

Luego comimos sopa de carne. Cincuenta personas sorbiendo ruidosamente, porque no hay nada como la carne salada contra la emoción, sopa caliente contra tormentas de emociones. Magne, el padre de Jon Olav, habló, pero lloraba tanto que apenas se le entendía. Jon Olav había intentado decir algo en la iglesia, pero tuvo que desistir, había tenido una relación muy cercana con el abuelo y fue incapaz de decir nada.

Di un par de pasos con las piernas entumecidas, miré la calle, que estaba casi desierta, excepto en el otro extremo, por donde iba la calle comercial de la ciudad, y que daba la impresión, al menos a esa distancia, de estar atiborrada de gente. El humo me escocía en los pulmones, como ocurría siempre cuando había pasado un rato desde que había fumado. Un coche se detuvo a unos cincuenta metros y de él salió un hombre. Se inclinó hacia delante y dijo adiós con la mano a los que le habían traído. Era calvo por la parte de arriba y con pelo oscuro y rizado por los lados, podría tener unos cincuenta años, llevaba un pantalón de pana marrón claro, una americana negra, y unas gafas estrechas y cuadradas. Me volví hacia otro lado para que no me viera al acercarse, porque lo había reconocido, era mi profesor de lengua del primer curso del instituto, ¿cómo se llamaba? ¿Fjell? ¿Berg? Da igual, pensé, y volví a darme la vuelta cuando hubo pasado. Era entusiasta y

amable, pero también tenía una especie de agudeza que no aparecía a menudo, pero que cuando lo hacía, siempre pensaba que era malvada. En ese momento levantó la bolsa que llevaba en la mano para mirar el reloj. Aceleró el paso y desapareció al doblar la esquina.

—Yo también necesito uno —dijo Yngve, deteniéndose junto a mí.

—Mi viejo profesor acaba de pasar —dije.

—¿Ah, sí? —Yngve encendió un cigarrillo—. ¿Y no te ha reconocido?

—No lo sé. Miré hacia otro lado.

Tiré la colilla y busqué un chicle en el bolsillo del pantalón. Me pareció recordar que tenía uno suelto. Así era.

—Sólo me queda éste —dije—. Si no, te daría uno.

—No lo dudo —dijo él.

Estaba a punto de llorar, inspiré profundamente un par de veces, a la vez que abrí los ojos de par en par, como para aclararlos. En unos escalones frente a nosotros había sentado un alcohólico en el que no había reparado antes. Tenía la cabeza apoyada en la pared y parecía dormido. La piel de su cara era oscura y como de cuero, y estaba llena de rasguños. Tenía el pelo tan grasiento que casi parecía que llevaba un peinado rasta. Llevaba un grueso chaquetón de invierno aunque estábamos al menos a veinte grados. Al lado tenía una bolsa de basura. En el tejado sobre él había tres gaviotas. Al fijar mi mirada en ellas, una echó la cabeza hacia atrás y lanzó un chillido.

—Bueno —dijo Yngve—. ¿Manos a la obra?

Asentí con la cabeza.

Tiró el cigarrillo y echamos a andar.

—¿Tenemos cita? —pregunté.

—Pues no, no tenemos. Pero no puede correr tanta prisa, ¿no?

—Seguro que irá bien —dije.

A través de una rendija entre los árboles pude vislumbrar el río, y cuando doblamos la esquina, vi todas las placas y carteles, los escaparates de las tiendas y los coches de la calle Dronningen. Asfalto gris, edificios grises, cielo gris.

Yngve abrió la puerta de la funeraria y entró. Lo seguí, cerré la puerta detrás de mí, y al darme la vuelta me encontré en una especie de sala de espera, con un sofá, algunas sillas, una mesa a lo largo de una pared, y un mostrador a lo largo de la otra. El mostrador estaba vacío. Yngve se acercó y

miró hacia el interior de la habitación que había a continuación, llamó suavemente al cristal con los nudillos y yo me quedé parado en medio de la sala. Por una puerta de la pared corta que estaba entornada, vi pasar a una persona con traje negro. Parecía joven, más joven que yo.

Una mujer de pelo rubio y caderas anchas, cerca de los cincuenta, salió y se sentó detrás del mostrador. Yngve le dijo algo, no oí el qué, sólo el sonido de su voz.

Se volvió.

—Pronto llegará una persona —me indicó—. Tenemos que esperar cinco minutos.

—Tengo la misma sensación que cuando voy al dentista —dije, ya sentados los dos en sendos sillones, contemplando la sala.

—En este caso lo que se va a taladrar son nuestras almas —apuntó Yngve.

Sonreí. Me acordé de repente del chicle y me lo saqué de la boca, escondiéndolo en la mano, mientras buscaba con la mirada un sitio donde tirarlo. Arranqué un trocito de un periódico que había en la mesa, lo envolví y me lo metí en el bolsillo.

Yngve se puso a tamborilear con los dedos en el reposabrazos del sillón.

Claro que había estado en un entierro. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Fue el entierro de un joven, el ambiente en la iglesia era de histerismo, llantos, chillidos, gritos, jadeos y sollozos, pero también de risas, todo en oleadas, un grito podía desencadenar una avalancha de nuevas descargas emocionales, una tormenta estallaba dentro de la capilla, y todo tenía su origen en el ataúd blanco que reposaba junto al altar, donde yacía Kjetil. Se había matado en un accidente de tráfico. Se durmió al volante una mañana temprano, se salió de la carretera, chocó contra una valla y una barra de hierro le atravesó la cabeza. Tenía dieciocho años. Era de esas personas que gustan a todo el mundo, que siempre están contentas, y no representan ningún peligro para nadie. Cuando acabamos la enseñanza obligatoria, él empezó en la misma rama de formación profesional que Jan Vidar, por eso salía en coche tan temprano, porque la jornada en la tahona donde trabajaba empezaba a las cuatro de la mañana. Cuando me enteré del accidente por la radio, pensé que se trataba de Jan Vidar, y me sentí aliviado al enterarme de que no era él, a la vez que triste, aunque no tanto como las chicas de nuestra antigua clase, que dieron rienda

suelta a su emoción, lo sé porque fui con Jan Vidar a ver a todas durante los días siguientes al accidente para recoger nombres y dinero para una corona de parte de la clase. No me sentía del todo cómodo en ese papel, era un poco como estar reclamando el derecho a una relación con Kjetil que en realidad no había tenido, de manera que no intenté destacar demasiado, ocupaba el mínimo espacio posible cuando iba por el pueblo junto a Jan Vidar, que irradiaba dolor, rabia y mala conciencia.

Me acuerdo muy bien de Kjetil, puedo verlo en mi interior, oír su voz. Pero en mi recuerdo sólo ha permanecido un suceso concreto de los cuatro años que lo conocí, y es completamente insignificante: alguien escuchaba *Our House de Madness* en el equipo de música del autobús escolar, y Kjetil, que estaba de pie a mi lado, se rió de lo deprisa que cantaba el solista. He olvidado todo lo demás. Pero en el sótano sigo teniendo un libro que él me prestó, *El ABC del examen de conducir*. En la primera página pone su nombre, escrito con esa letra tan infantil que tenemos casi todos los de nuestra generación. Debería haberlo devuelto, ¿pero a quién? Ese libro sería lo último que sus padres querrían ver.

El instituto al que Jan Vidar y él habían ido estaba a sólo una manzana de donde yo me encontraba en ese momento esperando junto a Yngve. Excepto unas semanas dos años antes, no había vuelto a la ciudad desde aquella época. Un año en el norte de Noruega, medio año en Islandia, medio año escaso en Inglaterra, un año en Volda, nueve en Bergen. Y aparte de Bassen, al que seguía viendo esporádicamente, ya no tenía contacto con nadie de los tiempos en que vivía allí. Mi amigo más antiguo era Espen Stueland, al que había conocido estudiando ciencias de la literatura en la Universidad de Bergen diez años antes. No había sido una elección consciente, simplemente había surgido así. Para mí Kristiansand era ya una ciudad hundida. El hecho de que casi todos los que conocía del instituto siguieran viviendo allí era algo que sabía con el pensamiento, pero no con los sentimientos, ya que el tiempo en Kristiansand se había detenido el verano que acabé el bachillerato y me marché de allí para siempre.

La mosca que había estado zumbando en la ventana desde que entramos se dirigió de repente al interior de la sala. La seguí con la mirada, viéndola dar vueltas por debajo del techo, posarse sobre la pared amarilla, volver a echar a volar en un pequeño círculo a nuestro alrededor y posarse en ese reposabrazos

en el que ya no tamborileaban los dedos de Yngve. Sus patas delanteras se cruzaron un par de veces, como si se estuviera sacudiendo, antes de dar unos pequeños pasos hacia delante; luego dio un pequeño salto en el aire con alas zumbantes, antes de posarse en el dorso de la mano de Yngve, que, claro está, la levantó con una breve sacudida, de manera que la mosca volvió a echar a volar delante de nosotros de una manera que casi se podría llamar atormentada. Al final volvió a la ventana, donde se arrastraba de arriba abajo en confusas órbitas.

—En realidad no hemos hablado de cómo va a ser el entierro —dijo Yngve—. ¿Has pensado en ello?

—¿Quieres decir si va a ser religioso o civil?

—Por ejemplo.

—Pues no, no he pensado en ello. ¿Tenemos que decidirlo ya?

—No creo. Pero supongo que tendremos que hacerlo pronto.

Por la puerta entreabierta vi un instante pasar al joven trajeado. Se me ocurrió pensar que a lo mejor tenían cadáveres allí mismo. Que era allí donde llevaban a los muertos para prepararlos. ¿Dónde si no podrían hacerlo?

La puerta se cerró como si alguien dentro me hubiese leído el pensamiento. Y como si los movimientos de las puertas se guiaran por un sistema secreto, la que estaba enfrente de nosotros se abrió en el mismo instante. Un hombre grueso de unos sesenta y tantos años, elegantemente vestido con traje negro y camisa blanca, se nos acercó y nos miró.

—¿Knausgård? —preguntó.

Asentimos con un gesto de la cabeza y nos levantamos. Nos dijo su nombre, estrechándonos la mano.

—Acompañenme —nos pidió.

Lo seguimos hasta un despacho relativamente grande y con ventanas que daban a la calle. Nos señaló dos sillas colocadas delante de un escritorio para que tomáramos asiento. Las sillas eran de madera oscura, con el asiento de piel negra. El escritorio tras el que él se sentó era ancho y oscuro. A su izquierda había varios pisos de organizadores de papel y también se veía un teléfono, nada aparte de esto.

No, no del todo, porque a nuestro lado, en el mismo borde, había una caja de Kleenex. ¡Ay, sería muy práctico, pero qué cínico parecía! Viendo esa caja también veías a todas las personas que en el transcurso de un día

acudirían a ese despacho llorando, y comprenderías que tu dolor no era único, y por ello tampoco muy valioso. La caja de Kleenex era la prueba de que en ese lugar había inflación de llantos y muertos.

El hombre nos miró.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

El pliegue de piel debajo de su barbilla colgaba bronceado sobre el cuello blanco de la camisa. Tenía el pelo cano y bien peinado. Se le veía una sombra oscura sobre las mejillas y la barbilla. La corbata negra no colgaba, reposaba, a lo largo de la curva hinchada del pantalón. Era gordo y erguido, no había en él nada vago o indeciso, supongo que la palabra que mejor lo describía era «correcto», y con eso también seguro. Me gustó.

—Nuestro padre murió ayer —empezó a decir Yngve—. Nos preguntamos si ustedes pueden encargarse del aspecto práctico. Del entierro y todo lo demás.

—Por supuesto —contestó el agente de la funeraria—. Empezaremos por rellenar un formulario.

Abrió un cajón del escritorio y sacó un papel.

—Recurrimos a sus servicios cuando murió nuestro abuelo. Y la experiencia fue muy buena.

—Lo recuerdo —dijo el agente—. Era auditor, ¿verdad que sí? Lo conocía muy bien.

Cogió una pluma que había junto al teléfono, levantó la cabeza y nos miró.

—Ahora necesito algunos datos —señaló—. ¿Cómo se llamaba su padre?

Dije su apellido. Fue una sensación muy extraña. No porque hubiese muerto, sino porque llevaba muchos años sin nombrarlo.

Yngve me miró.

—No... —dijo con prudencia—. Hace unos años se cambió el apellido.

—Ah, se me había olvidado —dije—. Claro.

Ese apellido tan estúpido que se había puesto.

Qué idiota había sido.

Bajé la cabeza y parpadeé un par de veces.

—¿Tienen su número de identidad? —preguntó el agente de la funeraria.

—No entero —dijo Yngve—. Lo siento. Nació el 17 de abril de 1944, así que tenemos los seis primeros números, podemos buscar luego los últimos si es necesario.

—No se preocupe. ¿Dirección?

Yngve dio la dirección de la abuela. Luego me miró de reojo.

—No es seguro que ésa sea su dirección oficial. Murió en casa de su madre. Últimamente vivía con ella.

—Eso lo averiguaremos. Y también necesito sus nombres. Y un número de teléfono donde pueda localizarlos.

—Karl Ove Knausgård —dije.

—E Yngve, Yngve Knausgård —indicó Yngve. También le dio el número de su móvil. Cuando el hombre había anotado todo, dejó la pluma en la mesa y nos miró de nuevo.

—¿Han tenido tiempo para pensar en el entierro? ¿Cuándo sería conveniente que se celebrase y cómo?

—No —contestó Yngve—. No lo hemos pensado. Pero lo normal es que el entierro tenga lugar más o menos una semana después del fallecimiento, ¿no es así?

—Sí, eso es lo normal. ¿Podría ser el próximo viernes?

—Sí —contestó Yngve, mirándome—. ¿Tú qué opinas?

—El viernes está bien —contesté.

—Entonces pongamos esa fecha por ahora. En cuanto a la parte práctica, podemos volver a reunirnos, ¿no? Si el entierro es el viernes, podemos tener una reunión a principios de semana. Tal vez el lunes. ¿Les viene bien?

—Sí —contestó Yngve—. ¿Podría ser temprano?

—No hay problema. ¿Digamos a las nueve?

—Las nueve está bien.

El agente funerario lo anotó en un cuaderno. Al terminar se levantó.

—A partir de ahora nos encargaremos nosotros de todo. Si quieren preguntar algo, no duden en llamarnos. A cualquier hora. Yo me voy esta tarde a mi casa de campo y me quedará todo el fin de semana, pero me llevo el teléfono móvil. Llámenme en cualquier momento. No se preocupen. Nos vemos el lunes.

Nos dio la mano a ambos antes de que saliéramos del despacho. Nos

dedicó un gesto breve y sonriente, y cerró la puerta a nuestras espaldas.

Cuando salimos a la calle y empezamos a ir hacia el coche, algo había cambiado. Lo que estaba viendo, lo que nos rodeaba, ya no me parecía tan claro, todo estaba como desplazado hacia el fondo, como si a mi alrededor hubiera surgido una zona de la que había desaparecido todo sentido. El mundo se había hundido, ésa era la sensación que tenía, pero no me importaba, porque había muerto mi padre. El despacho del que acabábamos de salir apareció con toda claridad y detalle en mi mente, en cambio el paisaje urbano por el que caminábamos era gris y difuso, un paisaje por el que tenía que pasar por necesidad. No es que pensara de otro modo, lo interno seguía inalterado, con la única diferencia de que ahora exigía más espacio y por ello empujaba hacia fuera la realidad exterior. No era capaz de explicarlo de otra manera.

Yngve se inclinó hacia delante para meter la llave en la puerta del coche. Me fijé en una cinta blanca atada en el techo alrededor de la baca. Era brillante, parecida a esas cintas que se ponen en los regalos, pero no podría ser, ¿no?

Me abrió la puerta y me metí en el coche.

—Al final ha ido bien —comenté.

—Sí —respondió—. Vamos a casa de la abuela, ¿verdad?

—Vale.

Puso el intermitente y salimos primero hacia la izquierda, luego otra vez a la izquierda, cogimos la calle Dronning, y enseguida vimos la casa de los abuelos desde el puente, amarilla, erguida en la llanura sobre la pequeña marina y la dársena. Subimos por la calle Kuholm y entramos en la calle, que era tan estrecha que había que bajar un trozo de la cuesta y luego dar marcha atrás para entrar por el jardín y aparcar delante de los escalones. Había visto a mi padre hacer esa operación cientos de veces en mi infancia y entonces, al ver a Yngve hacer lo mismo, el llanto se acercó al mismísimo borde de mi conciencia, donde sólo un movimiento de los pensamientos evitó que volviera a aflorar.

Dos grandes gaviotas levantaron el vuelo de los escalones cuando subimos la pequeña cuesta. Delante de la puerta del garaje había varios sacos y bolsas de basura, en ellas habían estado ocupadas las gaviotas, sacando toda clase de porquería del plástico, en busca de algo que comer.

Yngve apagó el motor, pero se quedó sentado. Yo tampoco me moví. El

jardín se veía completamente cubierto de maleza. La hierba estaba altísima, como en un prado, de color entre gris y amarillo, en algunos trozos aplastada por la lluvia. Se filtraba por todas partes, cubriendo todos los macizos, cuyas flores sólo se intuían como pequeños destellos de color en algunos trozos. Una carretilla oxidada estaba volcada junto al seto, con aspecto de formar ya parte orgánica de la maleza. Debajo de los árboles, el suelo se había vuelto marrón de peras y ciruelas podridas. Por todas partes crecía diente de león, y vi que en algunos sitios también habían crecido pequeños arbustos. Era como si nos hubiéramos parado ante un claro en el bosque, y no delante de un chalé en medio de la ciudad de Kristiansand.

Me incliné un poco hacia delante para ver la casa. Los canalones estaban podridos y la pintura se había levantado en algunas partes, pero allí el deterioro no era tan evidente.

Unas gotas de lluvia salpicaron el parabrisas. Algunas más crepitaron contra el techo y el capó.

—Gunnar no está aquí —comentó Yngve, librándose del cinturón de seguridad—. Pero supongo que vendrá antes o después.

—Me imagino que estará trabajando —dije.

—Bueno, tal vez los auditores no dejen de examinar cuentas ni en el mes de vacaciones.

Me hubiera gustado quedarme allí sentado, pero no podía ser, claro, de manera que hice como él, cerré la puerta y eché un vistazo a la ventana de la cocina en la primera planta, desde donde la mirada de la abuela siempre nos esperaba cuando llegábamos.

Ese día no había nadie en la ventana.

—Espero que la puerta esté abierta —dijo Yngve, subiendo los seis escalones de esa escalera que antaño estaba pintada de color carmesí, pero que se había quedado gris. Las dos gaviotas se habían posado en el tejado de la casa vecina y seguían muy atentas nuestros movimientos.

Yngve bajó la manilla y empujó la puerta.

—Qué mierda —dijo.

Subí los escalones, y cuando atravesé la puerta tras él y llegué a la entrada, tuve que volver la cabeza. El olor allí dentro era insoportable. Apestaba a podrido y a meado.

Yngve se detuvo en el recibidor y miró a su alrededor. La moqueta azul

estaba llena de manchas y marcas oscuras. El armario ropero empotrado estaba lleno de botellas y bolsas de botellas. Había ropa tirada por todas partes. Más botellas, perchas, zapatos, cartas sin abrir, revistas de publicidad y bolsas de plástico estaban diseminados por el suelo.

Pero lo peor era la peste.

¿Cómo coño podía oler así?

—Lo destrozó todo —dijo Yngve moviendo la cabeza de un lado para otro.

—¿Qué es lo que apesta? —pregunté—. ¿Algo que está pudriéndose en algún sitio?

—Ven —dijo, acercándose a la escalera—. La abuela nos está esperando.

Desde la mitad de la escalera hacia arriba había un montón de botellas vacías, tal vez cinco o seis en cada escalón, aumentando en cantidad conforme te ibas acercando al descansillo del primer piso. El propio descansillo delante de la puerta estaba completamente lleno de botellas y bolsas de botellas, y en la escalera que continuaba hasta el segundo piso, donde estaba el viejo dormitorio de los abuelos, todos los escalones estaban también llenos, excepto unos centímetros en el medio, donde se podía poner el pie. La mayor parte eran botellas de plástico de litro y medio de cerveza y botellas de vodka, pero también había alguna que otra de vino.

Yngve abrió la puerta y entramos en el salón. Había más botellas sobre el piano y debajo bolsas llenas de ellas. La puerta de la cocina estaba abierta. Ella solía estar sentada allí, también esa vez, delante de la mesa de la cocina, con la mirada clavada en el tablero y un cigarrillo humeante en la mano.

—Hola —dijo Yngve.

La abuela levantó la cabeza. Al principio no hubo señales de reconocimiento en sus ojos, pero de repente se encendió en ellos la luz.

—¡Así que sois *vosotros*, chicos! Me había parecido oír la puerta.

Tragué saliva. Sus ojos estaban como hundidos dentro de las cuencas, la nariz sobresalía casi como un pico de ave en su cara consumida. Tenía la piel blanca y encogida en un montón de arrugas.

—Hemos venido en cuanto nos hemos enterado —dijo Yngve.

—Sí, fue terrible —dijo la abuela—. Pero ya estáis aquí. ¡Menos mal! Tenía el vestido lleno de manchas y le colgaba alrededor del cuerpo.

Por la parte de delante, las costillas se le transparentaban como varillas debajo de la piel. Los omoplatos y las caderas le sobresalían. Los brazos no eran más que piel y huesos. Por el dorso de sus manos corrían los vasos sanguíneos como pequeños cables de color azul oscuro.

Apestaba a meado.

—¿Queréis un café?

—Gracias —contestó Yngve—. No estaría mal. Lo prepararemos nosotros. ¿Dónde está la cafetera?

—A decir verdad, no lo sé —contestó la abuela, echando un vistazo a su alrededor.

—Está ahí —dije, señalando la mesa. También había una nota, torcí la cabeza un poco para poder leer lo que ponía.

***LOS CHICOS LLEGAN SOBRE LAS DOCE. YO LLEGARÉ
SOBRE LA UNA. GUNNAR***

Yngve cogió la cafetera y fue al fregadero a tirar los posos. En él había pilas de platos y vasos sucios. Por toda la encimera se veían envases, la mayor parte de comida para calentar en el microondas, muchos todavía llenos de restos. Entre ellos había botellas, la mayor parte botellas iguales de litro y medio de plástico, algunas con gotas en el fondo, otras medio llenas, otras sin abrir, pero también había botellas del vodka más barato, y de las de medio litro de whisky Upper Ten. Por todas partes posos de café, migas y restos de comida reseca. Yngve movió uno de los montones de envases y levantó algún que otro plato que dejó en la encimera, antes de enjuagar la cafetera y llenarla de agua fresca.

La abuela seguía sentada como cuando entramos por la puerta, con la mirada clavada en la mesa, y el cigarrillo, ya apagado, en la mano.

—¿Dónde tienes el café? —volvió a preguntar Yngve—. ¿En el armario?

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Dónde tienes el café? —repitió Yngve.

—No sé dónde lo habrá puesto él.

¿Él? ¿Se estaba refiriendo a mi padre?

Me volví y fui al salón. Que yo recordara, ese salón sólo se usaba en las grandes ocasiones. Ahora, el enorme televisor de mi padre estaba colocado en medio de la estancia, y había puesto enfrente dos de los grandes sillones de piel. Entre ellos una mesita llena de botellas, vasos, paquetes de tabaco de liar y ceniceros atestados. Pasé por delante y miré hacia el fondo del salón.

Delante del tresillo junto a la pared había prendas de ropa. Dos pantalones y una chaqueta, también algunos calzoncillos y calcetines. Olía fatal. Además, había botellas tiradas, paquetes de tabaco, panecillos secos y más basura. Caminé lentamente por la habitación. Había excrementos en el sofá, extendidos y en bolitas. Me incliné sobre las prendas. También estaban llenas de excrementos. En el suelo, el barniz había desaparecido, estaba corroído en grandes manchas irregulares.

¿De meado?

Tenía ganas de destrozar algo. De levantar la mesa y lanzarla contra la ventana. De volcar la estantería. Pero estaba muy débil, apenas conseguí acercarme a la ventana. Apoyé la cabeza en ella y miré hacia fuera. Los muebles del jardín estaban tirados y la pintura había saltado casi del todo. Daban la impresión de crecer de la tierra, como la hierba.

—¿Karl Ove? —me llamó Yngve desde la puerta abierta.

Di media vuelta y fui hacia él.

—Todo está horrible —dije en voz baja para que la abuela no me oyera.

Asintió con un gesto de la cabeza.

—Sentémonos un rato con ella —sugirió.

—De acuerdo.

Entré, saqué la silla del otro lado de la mesa, enfrente de ella, y me senté. Un sonido de tictac llenaba la cocina, provenía de una especie de termostato que seguramente apagaba automáticamente las placas de la cocina eléctrica. También Yngve se sentó, y sacó el paquete de tabaco de la chaqueta, que, por alguna razón, no se había quitado. Reparé en que también yo seguía con la chaqueta puesta.

No quería fumar, lo sentía como algo sucio, pero lo necesitaba y saqué los cigarrillos. La abuela se animó al ver que nos sentábamos. Una vez más se le iluminaron los ojos.

—¿Habéis hecho todo ese camino desde Bergen en coche hoy?

—preguntó.

—Desde Stavanger —le aclaró Yngve—. Yo vivo allí ahora.

—Pero yo vivo en Bergen —dijo.

El agua hervía ruidosamente.

—Ah, entiendo —dijo la abuela.

Se hizo el silencio.

—¿Queréis un café, chicos? —dijo de repente.

Yngve me miró.

—Ya se está haciendo —contestó—. Pronto estará listo.

—Ah, sí, es verdad —dijo la abuela. Se miró la mano, y con un movimiento brusco, como si hasta entonces no hubiese descubierto el cigarrillo, cogió el mechero y lo encendió.

—¿Entonces habéis hecho todo ese camino desde Bergen hasta aquí en coche hoy? —volvió a preguntar, y dio un par de caladas del cigarrillo antes de mirarnos.

—Desde Stavanger —repitió Yngve—. Sólo hemos tardado cuatro horas.

—Sí, las carreteras están muy bien —dijo ella.

Luego suspiró.

—Bueno, bueno, la vida es una guela, dijo la mujer que no sabía pronunciar la «r» —añadió, luego se rió.

Yngve sonrió y dijo:

—Estaría muy bien algo para acompañar el café. Tenemos un poco de chocolate en el coche. Voy a buscarlo.

Me entraron ganas de decirle que no se fuera, pero, claro, no podía hacerlo. Cuando salió por la puerta, me levanté, dejé el cigarrillo recién encendido en el cenicero, me acerqué a la cocina eléctrica y presioné la cafetera contra la placa para que hirviera más deprisa.

La abuela había vuelto a hundirse en sí misma, mirando fijamente la mesa. Tenía la espalda doblada, los hombros hundidos, y se mecía suavemente de un lado para otro.

¿En qué estaría pensando?

En nada. No había pensamientos en ella. No podía haberlos. Sólo algo frío y oscuro.

Dejé la cafetera y miré a mi alrededor en busca del bote de café. No estaba en la encimera que había al lado de la nevera, tampoco en la encimera

de enfrente, junto al fregadero. ¿Tal vez en un armario? Yngve lo había encontrado, ¿pero dónde lo había puesto?

Allí estaba, joder. Lo había dejado encima del ventilador, donde estaban los viejos frascos de especias. Cogí el bote, aparté la cafetera, levanté la tapadera y eché unas cucharadas de café dentro. Estaba seco y parecía viejo.

Cuando levanté la vista, la abuela me estaba mirando de reojo.

—¿Dónde está Yngve? —preguntó—. No se habrá ido, ¿no?

—No, no —contesté—. Sólo ha ido a buscar algo al coche.

—Entiendo —dijo.

Cogí un tenedor del cajón y di unas vueltas a la cafetera, a la vez que la golpeaba contra la placa.

—Lo dejaremos reposar un poco, y ya está.

—Lo encontré sentado en el sillón —dijo la abuela—. Estaba muy quieto. Intenté despertarlo. Pero no lo conseguí. Tenía la cara blanca.

Empecé a sentir náuseas.

Los pasos de Yngve se oyeron en la escalera. Abrí el armario para coger un vaso, pero no había ninguno. No soportaba pensar en usar los que estaban en el fregadero, de modo que me incliné para beber directamente del grifo. En ese instante entró Yngve.

Se había quitado la chaqueta. En la mano llevaba dos tabletas de Bounty y un paquete de cigarrillos Camel. Se sentó y quitó el papel de una de las tabletas.

—¿Quieres probar? —dijo a la abuela.

Ella miró el chocolate.

—Gracias, pero no —dijo—. Tomáoslo vosotros.

—No me apetece —dije—. Pero el café ya está.

Puse la cafetera en la mesa, volví a abrir la puerta del armario y saqué tres tazas. Sabía que la abuela se echaba tres terrones de azúcar y abrí el armario largo de la otra pared, donde estaba la comida. Dos medios panes casi azules de moho, una bolsa de bollos mohosos, sobres de sopa, cacahuets, tres platos precocinados de espaguetis que tenían que guardarse en el congelador y botellas de aguardiente de la misma marca barata.

Si no hay, no hay, pensé, volviéndome a sentar. Cogí la cafetera y serví el café. No estaba hecho, salió un chorrito marrón claro lleno de minúsculos granos de café. Quité la tapadera y volví a echar el café dentro.

—Menos mal que estáis aquí —dijo la abuela.

Rompí a llorar. Inhalé profundamente, pero con cuidado, y me tapé la cabeza con las manos, frotándola como si estuviera cansado, no llorando. Pero la abuela no se daba cuenta de nada, había vuelto a desaparecer dentro de sí misma, por así decirlo. Esta vez duró unos cinco minutos. Ni Yngve ni yo dijimos nada, nos bebimos el café y miramos al aire.

—Bueno, bueno, la vida es una guela, dijo la mujer que no sabía pronunciar la «r» —volvió a decir la abuela.

Cogió la pequeña máquina de liar, abrió el paquete de tabaco Petterøe mentolado, metió un poco a presión en la ranura, colocó una hoja de papel de fumar en el pequeño tubo y con un clic tuvo listo el cigarrillo.

—Será mejor que vayamos a por el equipaje —dijo Yngve, mirando a la abuela—. ¿Dónde te parece que durmamos?

—El dormitorio grande del piso de abajo está vacío —respondió—. Podéis dormir allí si queréis.

Nos levantamos.

—Entonces bajamos al coche un momento —dijo Yngve.

—¿Ah, sí?

Me detuve delante de la puerta y lo miré.

—¿Has visto lo de ahí dentro? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

Bajando por la escalera se me vino encima una violenta racha de llanto. Esta vez resultó imposible ocultarlo. El pecho entero me temblaba, era incapaz de respirar, unos profundos sollozos me recorrieron por dentro y se me contrajo la cara, completamente fuera de control.

—Ooooooh —exclamé—. Ooooooh.

Noté que Yngve estaba detrás de mí, y me obligué a seguir bajando la escalera, hasta llegar a la entrada. Salí fuera, pasé por delante del coche y fui hasta el estrecho trozo de césped que había entre la casa y la valla del vecino. Levanté la cabeza y miré al cielo, intentando inhalar profundamente, y al cabo de un par de intentos los temblores cesaron.

Cuando volví al coche, Yngve estaba agachado detrás del portón abierto del maletero. Había sacado mi maleta. La cogí y subí los escalones con ella en la mano, la dejé en el suelo de la entrada y me volví hacia Yngve, que, con una mochila a la espalda y una bolsa en la mano, iba justo detrás de mí. Tras

unos minutos al aire fresco, el hedor de dentro parecía aún más intenso. Empecé a respirar por la boca.

—¿Vamos a dormir ahí dentro? —pregunté, señalando con la cabeza la puerta del dormitorio que los abuelos habían ocupado las últimas décadas.

—Veamos qué pinta tiene —contestó Yngve.

Abrí la puerta y eché un vistazo dentro. La habitación estaba hecha una ruina, había ropa, zapatos, cinturones, cepillos de pelo, rulos y objetos de maquillaje por todas partes, en el suelo, en la cama, en las cómodas, todo lleno de polvo, pero no estaba mancillada como lo estaba el salón de arriba.

—¿Qué opinas? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. ¿Dónde crees que dormía él?

Abrió la puerta de al lado, que antaño había sido la habitación de Erling. Entró y yo lo seguí.

El suelo estaba lleno de basura y ropa. Debajo de la ventana había una mesa que parecía haber sido destrozada deliberadamente. Montones de papeles y cartas sin abrir. Algo que parecía vómito se había secado, formando una costra rugosa y rojiza en el suelo, justo debajo de la cama. La ropa estaba llena de mierda y manchas oscuras que debían de ser de sangre vieja. Una de las prendas estaba negra de heces por la parte interior. Todo apestaba a meado.

Yngve dio unas zancadas para llegar a la ventana y la abrió.

—Parece que hayan vivido aquí drogatas —dije—. Tiene pinta de ser un jodido nido de yonquis.

—Es verdad —dijo Yngve.

La cómoda, colocada junto a la pared entre la cama y la puerta, se veía extrañamente intacta. Sobre ella estaban las fotos enmarcadas de mi padre y Erling, con sus gorras negras de bachiller, que datarían del día de su solemne matriculación en la universidad. Sin barba, mi padre se parecía de una manera espectacular a Yngve. La misma boca, los mismos rasgos de la zona sobre los ojos.

—¿Qué coño vamos a hacer? —pregunté.

Yngve no contestó, su mirada vagaba por el cuarto.

—Tendremos que limpiar —dijo por fin.

Asentí y salí de la habitación. Abrí la puerta del cuarto de la lavadora, que se encontraba en un lateral a lo largo de la escalera, junto al garaje. Al inhalar el aire de allí dentro me entró tos. En medio del suelo había un montón

de ropa tan alto como yo, llegaba casi hasta el techo. De ahí tendría que salir ese olor a putrefacción. Encendí la luz. Toallas, sábanas, manteles, pantalones, jerséis, vestidos, ropa interior, todo lo habían tirado allí. Lo que estaba más abajo no sólo tenía moho, sino que estaba podrido. Me arrodillé y lo toqué con el dedo. Estaba blando y pegajoso.

—¡Yngve! —exclamé.

Acudió y se quedó en la puerta.

—Mira esto —dije—. De aquí es de donde viene el olor.

En lo alto de la escalera sonaron pasos. Me puse de pie.

—Tenemos que salir de aquí —dije—. Para que no crea que estamos fisgoneando.

Cuando ella bajó, nosotros estábamos delante de nuestro equipaje en medio de la habitación.

—¿Queréis alojaros ahí dentro? —preguntó, abriendo la puerta para echar un vistazo—. Sólo tenemos que ordenar un poco y estaréis bien.

—Pensamos que quizá el cuarto de la buhardilla... —sugirió Yngve—. ¿A ti qué te parece?

—Supongo que podéis —dijo la abuela—. Pero hace mucho tiempo que no he subido allí.

—Vamos a verlo —dijo Yngve.

El cuarto de la buhardilla, que en otra época había sido el dormitorio de los abuelos, pero que desde que podíamos recordar era la habitación de invitados, era el único que él no había tocado. Allí dentro todo seguía como antes. Había polvo en el suelo, y si acaso los edredones olían un poco a cerrado, pero no más que una casa de campo que no se ha pisado desde el verano anterior. Después de la pesadilla del piso de abajo, resultó un alivio entrar en esa habitación. Dejamos allí nuestro equipaje, yo colgué el traje de la puerta de un armario, Yngve fue hacia la ventana, apoyó los brazos en el marco y se puso a contemplar la ciudad.

—Podemos empezar por retirar todas esas botellas —dijo—. E ir a devolverlas. Así salimos un poco de aquí.

—Hagámoslo —dije.

Cuando bajamos a la cocina, se oyó un coche. Era Gunnar. Esperamos a que subiera.

—¡Aquí estáis! —dijo con una sonrisa—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

Tenía la cara bronceada, el pelo rubio y el cuerpo nervudo. Se conservaba bien.

—¡Qué bien tener a los chicos aquí, eh! —dijo, dirigiéndose a la abuela. Luego se volvió de nuevo hacia nosotros.

—Lo que ha ocurrido es terrible —dijo.

—Sí —contesté.

—¿Habéis echado un vistazo? Entonces habéis visto la que lió aquí, ¿no?

—Sí —contestó Yngve.

Gunnar movió reiteradamente la cabeza.

—No sé qué decir —dijo—. Pero era vuestro padre. Siento que acabara como acabó. Pero vosotros sabíais cómo iba a acabar, ¿no?

—Vamos a limpiar toda la casa —dije—. Nosotros nos ocuparemos de todo a partir de ahora.

—Eso está bien. Yo recogí lo peor en la cocina esta mañana y tiré algo de basura, pero todavía queda.

Esbozó una débil sonrisa.

—Tengo un remolque fuera —prosiguió—. Yngve, si puedes sacar el coche... Así podremos colocarlo en el césped al lado del garaje. No podemos dejar los muebles aquí. Y luego está la ropa y todo lo demás. Lo llevaremos todo al vertedero. ¿Os parece bien?

—Sí —contesté.

—Tove y los chicos están en la casa de campo, en realidad sólo he venido para saludaros. Y para traer el remolque. Pero volveré mañana por la mañana. Y entonces podemos seguir. Esto es terrible. Pero es así. Vosotros os arreglaréis.

—Sí, sí —contestó Yngve—. Pero has aparcado el coche detrás del mío. Tendrás que salir tú primero, ¿no?

La abuela nos había mirado los primeros segundos después de la llegada de Gunnar. Le había sonreído, pero luego volvió a desaparecer en sí misma, y se quedó sentada mirando al vacío como si estuviera completamente sola.

Yngve empezó a bajar la escalera. Yo me quedé, pensé que debía quedarme con ella.

—Ven tú también, Karl Ove —dijo Gunnar—. Tendremos que empujar el remolque, y pesa bastante.

Bajé tras él.

—¿Ha dicho ella algo? —preguntó.

—¿La abuela?

—Sí. Sobre lo que pasó.

—Casi nada —contesté—. Sólo que lo encontré sentado en el sillón.

—A ella el que le importaba era siempre tu padre —dijo Gunnar—.

Ahora está en estado de shock.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—Yo qué sé. Sólo el tiempo puede arreglarlo. Pero después del entierro la llevaremos a una residencia. Ya ves el aspecto que tiene. Necesita cuidados. Después del entierro la sacaremos de aquí.

Se volvió y subió la escalera, mirando con los ojos entornados al cielo. Yngve ya estaba sentado en el coche.

Gunnar se volvió hacia mí una vez más.

—Habíamos arreglado todo para que tuviera asistencia, ¿sabes? Venían todos los días a asearla. Luego llegó tu padre y echó a todo el mundo. Cerró la puerta con llave y se encerró con ella. A mí no me dejaba entrar en la casa. Pero mi madre me llamó en una ocasión en que él se había roto la pierna y estaba tirado en el suelo del salón. Se había cagado encima. Te puedes imaginar. Estaba tirado en el suelo bebiendo. Y ella le servía. Esto no puede seguir así, le dije antes de que llegara la ambulancia. Esto no es digno de ti. Tendrás que sobreponerte. ¿Sabes lo que me dijo tu padre? ¿Me vas a hundir aún más en la mierda, Gunnar? ¿Para eso has venido? ¿Para hundirme en lo más profundo de la mierda?

Gunnar movió la cabeza con un gesto negativo.

—Es mi madre la que está sentada allí arriba, tienes que entenderlo. Siempre hemos intentado ayudarla. Él lo estropeó todo. Esta casa, a ella, a sí mismo. Todo. Todo.

Me puso brevemente la mano en el hombro.

—Pero yo sé que sois buenos chicos.

Yo lloraba, él miró hacia otra parte.

—Bueno, vamos a colocar el remolque —prosiguió. Bajó al coche, se sentó y arrancó, luego fue marcha atrás lentamente por la cuesta de la

izquierda, y cuando hubo vía libre, tocó el claxon. Yngve lo siguió, también marcha atrás. Gunnar se adelantó, salió del coche y desenganchó el remolque. Yo bajé hasta ellos, agarré el enganche del remolque y empecé a tirar hacia arriba, Yngve y Gunnar empujaron.

—Aquí está bien —dijo Gunnar, cuando conseguimos meterlo en el jardín. Dejé el extremo en el suelo.

La abuela nos miraba desde la ventana del primer piso.

Mientras recogíamos las botellas, metiéndolas en bolsas de plástico para luego llevarlas al coche, la abuela estaba sentada en la cocina. Miró cuando tiré la cerveza y el alcohol de las botellas medio llenas al fregadero, pero no dijo nada. Tal vez se sintiera aliviada por verlas desaparecer, tal vez no captara del todo lo que estaba pasando. Llenamos el coche, e Yngve entró a decirle que nos íbamos un momento a la tienda. Ella se levantó y nos acompañó hasta la entrada, pensamos que quería vernos marchar, pero salió hasta el coche, puso la mano en la cerradura de la puerta, abrió y quiso sentarse dentro.

—¿Abuela? —dijo Yngve.

Ella se detuvo.

—Pensábamos ir solos. Conviene que alguien se quede a cuidar de la casa. Lo mejor sería que te quedaras tú.

—¿Ah, sí? —dijo ella, retrocediendo un paso.

—Sí —dijo Yngve.

—Vale, vale. Entonces me quedo.

Yngve salió del patio dando marcha atrás y la abuela volvió a entrar en la casa.

—Qué infierno —comenté.

Yngve miró al infinito, puso el intermitente de la izquierda y salió lentamente a la calle.

—Obviamente está en estado de shock —dije—. Me pregunto si no debo llamar al padre de Tonje y pedirle consejo. Quizá pueda prescribirle algún tranquilizante.

—Aunque ya se está medicando —dijo Yngve—. Hay una bandeja llena de medicinas en la estantería de la cocina.

Miró una vez más por encima de mi hombro, esta vez a la calle Kuholm, por la que bajaban tres coches. Luego me miró a mí.

—Pero puedes comentárselo al padre de Tonje. Y que él decida.

—Sí, lo llamaré en cuanto volvamos.

Pasó el último coche, uno de esos escarabajos nuevos tan feos. Algunas gotas de lluvia aterrizaron sobre la ventanilla, y me acordé de la lluvia que había empezado a caer, pero que luego se había arrepentido, por así decirlo, dejándolo estar con aquellas pocas gotas.

Esta vez siguió lloviendo. Cuando Yngve puso el intermitente y salió a la calle, los limpiaparabrisas ya se habían puesto en marcha.

Lluvia de verano.

Ay, esas gotas que caen sobre el asfalto seco y caliente y primero se evaporan o son absorbidas por el polvo, pero que sin embargo hacen su parte del trabajo, porque cuando cae la siguiente gota, el asfalto está más frío, el polvo más húmedo, y entonces se extienden espacios oscuros, que a su vez se relacionan entre ellos. Ay, ese cálido aire de verano que de repente se enfría, de manera que la lluvia que te cae en la cara es más caliente que el aire, y echas la cabeza hacia atrás para disfrutar de esa sensación tan especial que proporciona. Las hojas de los árboles que tiemblan bajo el ligero roce de la gota, el sonido débil, casi inaudible, tamborileante, de la lluvia que cae al suelo a todas las alturas: a la montaña llena de cicatrices al lado de la carretera y a las briznas de hierba en la cuneta de abajo, al tejado de la casa de enfrente y al asiento de la bicicleta con candado apoyada en la valla, al columpio del jardín de más adentro y a los carteles de tráfico, al arroyo, a los capós y a los techos de los coches aparcados.

Nos detuvimos en el cruce con semáforos, la lluvia había arreciado, las gotas que caían eran ya grandes, pesadas y numerosas. Todo el lugar en torno al cruce de Rundingen había cambiado en cuestión de segundos. Debido a la oscuridad del cielo, las luces parecían más claras, mientras la lluvia que caía y a veces rebotaba, las velaba. Los limpiaparabrisas de los coches estaban en marcha, los peatones corrían en busca de cobijo con periódicos sobre la cabeza o las capuchas subidas si no llevaban un paraguas para poder seguir por el puente como si nada hubiese ocurrido.

Se puso verde, y bajamos la cuesta hacia el puente, pasamos por delante de la vieja tienda de música que habían cerrado hacía tiempo, y que formaba parte obligatoria de la ruta fija que Jan Vidar y yo nos hacíamos cada sábado por la mañana visitando todas las tiendas de música de la ciudad, para luego

cruzar el puente. De allí provenía mi primer recuerdo de la infancia. Había cruzado el puente con la abuela y vi a un hombre muy viejo, con barba blanca y pelo blanco, que andaba con bastón y tenía la espalda encorvada. Me paré a mirarlo y la abuela tiró de mí para que continuara. Abajo, en el despacho de mi padre colgaba un póster, y una vez que estuve allí dentro con mi padre y con el vecino Ola Jan, que daba clases en la misma escuela que mi padre, el instituto de Roligheten, también de lengua, señalé al póster diciendo que había visto a ese señor en el puente. Porque era el mismo hombre de pelo blanco y con la espalda encorvada. El que estuviera en un póster colgado en el despacho de mi padre no me parecía nada extraño, yo tenía cuatro años, y nada en el mundo me resultaba incomprensible, todo tenía relación con todo. Pero mi padre y Ola Jan se rieron. Se rieron y dijeron que eso era imposible. Es Ibsen, dijeron. Murió hace casi cien años. Pero yo estaba seguro, era el mismo hombre, y así lo dije. Ellos lo negaron, y mi padre ya no se reía cuando yo señalaba a Ibsen diciendo que lo había visto. Al final me sacó del despacho.

Debajo del puente, el agua estaba gris y llena de círculos por la lluvia que golpeaba la superficie. Pero también había en ella un tono verde que siempre se veía, donde el agua fluvial del río Otra se encontraba con el agua del mar. ¿Cuántas veces había contemplado la corriente allí abajo? Algunos días el agua bajaba como un torrente, formando torbellinos y pequeños remolinos. Otros había espuma blanca alrededor de los pilares.

En ese momento estaba muy tranquila. Dos barcas de recreo, ambas con toldo, salían hacia el mar abierto con los motores zumbando. Junto al muelle del otro lado se veían dos carracas oxidadas, y detrás de ellas un luminoso velero blanco.

Yngve se detuvo en el semáforo del cruce, que en ese instante se puso verde, y giramos hacia la izquierda, donde se encontraba el pequeño centro comercial con el aparcamiento en el tejado. Subimos por algo parecido a una rampa de hormigón y llegamos al aparcamiento, donde por suerte encontramos un sitio libre gracias a que era sábado y época de vacaciones.

Salimos del coche, y eché la cabeza hacia atrás, dejando que la cálida lluvia me cayera en la cara. Yngve abrió el maletero, agarramos todas las bolsas que podíamos llevar, y cogimos el ascensor hasta el supermercado de la planta baja. Las botellas de alcohol vacías las llevaríamos al vertedero, de

manera que lo que llevábamos al supermercado eran botellas de plástico y por tanto no muy pesadas, pero sí incómodas.

—Tú empieza a colocarlas en la cinta, mientras, yo iré a por más botellas —dijo Yngve cuando nos detuvimos delante de la máquina de devolución.

Dije que de acuerdo. Puse botella tras botella en la cinta, arrugué las bolsas según se iban vaciando y las tiré al cubo de basura colocado allí al efecto. El que alguien pudiera verme y asombrarse por ese enorme número de botellas de cerveza no me preocupaba en absoluto. Todo me daba igual. Aquella distancia que había surgido cuando salimos de la funeraria y que me producía la sensación de que todo lo que me rodeaba estaba muerto o era insignificante, no había sino crecido en volumen y fuerza. Apenas me fijé en la tienda, que estaba bañada en una intensa luz, con sus productos resplandecientes y multicolores, igual podría haber estado en un lodazal de cualquier lugar. Solía preocuparme bastante por mi aspecto y por lo que los demás pudieran pensar de mí, algunas veces animado y orgulloso, otras deprimido y lleno de odio hacia mí mismo, pero nunca indiferente, nunca había ocurrido que los ojos que podían verme no significaran nada, o que el entorno en el que me encontraba estuviera como borrado. Pero así me sentía en ese momento, estaba entumecido, y lo entumecido triunfaba sobre todo lo demás. El mundo yacía como una sombra a mi alrededor.

Yngve bajó con más bolsas.

—¿Quieres que te sustituya un rato? —preguntó.

—No hace falta —dije—. Pero podrías hacer algunas compras. Como mínimo necesitamos productos de limpieza, guantes de goma y bolsas negras de basura. Y comida, joder.

—Queda una carga de botellas en el coche. Voy primero a por ella.

—De acuerdo —respondí.

Cuando hube devuelto la última botella y cogido el recibo, me acerqué a Yngve, que estaba delante de la estantería de productos de limpieza. Cogimos Cif para el baño, Cif para la cocina, Ajax para limpieza general, Ajax limpiatodo, Ajax limpiacristales, lejía, jabón líquido, Mr. Muscle para manchas resistentes, limpiahornos, un producto especial para limpiar sofás, estropajos de acero, esponjas, trapos de cocina y bayetas de fregar suelos, dos cepillos y una escoba, luego cogimos unas hamburguesas frescas y patatas y

una coliflor de la sección de verduras. Por lo demás, fiambre, queso, leche, café, fruta, yogures y paquetes de galletas. Mientras estábamos en la tienda no dejaba de pensar en que tenía ganas de llenar la cocina de todas esas cosas frescas, flamantes e intactas.

Cuando subimos a la azotea, había dejado de llover. Alrededor de las ruedas traseras del coche, donde había un hoyo en el cemento, se había formado un charco. Todo olía a fresco, a mar y a cielo, no a ciudad.

—¿Qué crees que sucedió realmente? —pregunté a Yngve cuando estábamos atravesando el sombrío aparcamiento—. La abuela dice que lo encontró sentado en el sillón. ¿Significa eso que murió mientras dormía?

—Probablemente —contestó.

—¿Que su corazón se paró sin más?

—Sí.

—Bueno, sí, quizá no sea tan raro, teniendo en cuenta la vida que debía de llevar.

—Así es.

No dijimos nada más durante el camino de vuelta a casa. Arrastramos la compra hasta la cocina, y la abuela, que nos había visto por la ventana cuando llegábamos, nos preguntó dónde habíamos estado.

—En la tienda —contestó Yngve—. ¡Y ahora tenemos que comer un poco!

Se puso a sacar las cosas de las bolsas. Yo me llevé un par de guantes amarillos y un rollo de bolsas de basura al piso de abajo. Lo primero que había que hacer era sacar la montaña de ropa podrida del cuarto de la lavadora. Soplé en los guantes, me los puse, y empecé a meter la ropa en las bolsas, respirando por la boca. Conforme iba llenándolas, las arrastraba fuera y las ponía en el montón de basura delante de los dos contenedores verdes que había junto a la puerta del garaje. Había sacado casi todo —sólo quedaban las capas más podridas de la parte de abajo del montón— cuando Yngve gritó que la comida estaba lista.

Yngve había limpiado la encimera de cacharros y basura, y en la mesa, que también había limpiado, había una fuente con hamburguesas fritas, otra de patatas y otra de coliflor, además de una jarrita de salsa. Mi hermano había puesto la mesa con la bonita y antigua vajilla de la abuela, que durante los

últimos años había estado sin tocar en el armario del comedor.

La abuela no quiso nada, pero Yngve puso no obstante en su plato media hamburguesa, una patata cocida y un ramillete de coliflor, y consiguió que lo probara. Yo tenía un hambre feroz y me comí cuatro.

—¿Has puesto nata en la salsa? —pregunté.

—Sí. Y un poco de queso de cabra.

—Está muy rica —dije—. Justo lo que necesitaba ahora.

Después de comer, Yngve y yo salimos a la terraza a fumar y a tomarnos una taza de café. Me recordó que tenía que llamar al padre de Tonje, lo que había olvidado por completo. O tal vez reprimido, no era algo que me hiciera mucha ilusión. Pero era mi deber, y subí al cuarto a por mi agenda. Luego marqué el número de su casa desde el teléfono del comedor, mientras Yngve estaba en la cocina recogiendo la mesa.

—Hola, soy Karl Ove —dije, cuando él cogió el teléfono—. Quería ver si podías echarme un mano. No sé si Tonje te lo habrá comentado, pero mi padre murió ayer...

—Sí, llamó para decírnoslo —dijo—. Lo siento mucho, Karl Ove.

—Gracias —dije—. Ahora estoy aquí, en Kristiansand. Fue mi abuela materna la que lo encontró. Tiene más de ochenta años, y está como en estado de shock. Apenas habla, se limita a estar sentada en un sillón. Pensé que tal vez hubiera algún tranquilizante que pudiera aliviar su situación. La verdad es que ya estaba tomando medicamentos, incluso puede que algún tranquilizante, pero había pensado... Bueno, ya me entiendes. Está sufriendo.

—¿Sabes qué clase de medicinas está tomando?

—No, pero puedo intentar averiguarlo. Espera un momento.

Dejé el auricular sobre la mesa y fui a la cocina, hasta el estante donde estaba la bandeja de medicinas. Me parecía recordar que debajo de las cajas había unas hojas de papel amarillas y blancas que seguramente serían recetas.

Así era, pero sólo encontré una.

—¿Has visto las cajas de las medicinas? —pregunté a Yngve—. ¿El envase? Estoy hablando con el padre de Tonje.

—Hay algo en el armario justo a tu lado —contestó Yngve.

—¿Qué estás buscando? —preguntó la abuela desde su sillón.

No quería tratarla como si fuera una niña, y me había dado cuenta de que no me quitaba ojo mientras estaba buscando en el armario, pero a la vez

tenía que hacerlo a mi manera.

—Estoy hablando con un médico por teléfono —le contesté, como si eso lo explicara todo. Curiosamente se contentó con eso, y salí con la receta y las cajas de medicinas medio escondidas en las manos.

—¿Hola?

—Estoy aquí —contestó el padre de Tonje.

—He encontrado algunas de las cajas de medicinas —dije, y le leí los nombres.

—Ajá —dijo—. Ya está tomando un tranquilizante, pero puedo prescribirte algo, no hay problema. Llamaré inmediatamente a la farmacia. ¿Hay alguna cerca de donde estás?

—Sí, hay una en el barrio de Lund.

—Entonces lo arreglaremos. Cuídate.

Colgué y volví a la terraza, miré hacia el mar abierto, donde el cielo seguía nublado, pero de un color diferente y más ligero. El padre de Tonje era una buena persona y un hombre distinguido. Nunca haría nada indecente o fuera de la ley, era respetable y de fiar, pero no estirado ni formal, al contrario, a veces ardía de interés por algo como un chaval, y si nunca exageraba ni rebasaba los límites, no era porque no quisiera o no pudiera, sino porque no iba con él, simplemente le resultaba imposible, eso pensaba yo, y me gustaba por eso, había algo en ello, en la decencia, que siempre había anhelado, y cuando lo encontraba me gustaba estar cerca, aunque también entendía que aquello y él me agradaban tanto porque mi padre era como él y había sido como había sido. El que me casara a los veinticinco años se debió a que anhelaba lo burgués, lo estable, lo establecido. A la vez eso se contrarrestaba con el hecho de que no viviéramos una vida burguesa, estable y rutinaria, sino al contrario, y con el hecho de que ya no hubiera gente que se casara tan joven, lo que lo convertía aunque no en algo radical, al menos en algo original.

Eso pensaba, y también porque la amaba, me arrodillé una noche que estábamos solos en una terraza en las afueras de Maputo, en Mozambique, bajo un cielo negrísimo, con el aire cargado del sonido de los grillos, y de tambores lejanos de un pueblo a varios kilómetros de distancia, y le pregunté si quería casarse conmigo. Ella contestó algo que no entendí. Al menos no fue «sí». ¿Qué has dicho?, pregunté. ¿Me preguntas si quiero casarme contigo?,

respondió. ¿De verdad es eso lo que preguntas? Sí, contesté. Sí, contestó ella. Quiero casarme contigo. Nos abrazamos, los dos con lágrimas en los ojos, y justo en ese instante sonó un trueno en el cielo profundo e inmenso, el sonido se desplazó rápidamente, Tonje tembló un poco, y cayó una lluvia torrencial. Nos reímos, Tonje entró corriendo a por la cámara, y al salir me rodeó con un brazo y con la otra mano me sacó una foto.

Éramos dos niños.

Por la ventana vi a Yngve entrar en el salón. Se acercó a los dos sillones y los miró fijamente, antes de seguir hacia el fondo y desaparecer.

Incluso fuera en la terraza había botellas, el viento había arrastrado algunas hasta la valla, otras estaban encajadas entre los dos sillones de jardín oxidados y descoloridos que llevarían allí al menos desde la primavera.

Yngve volvió a aparecer, no distinguí sus facciones, sólo vi su sombra cuando pasó por el salón y desapareció en la cocina.

Bajé la escalera hasta el jardín. Debajo de nosotros no había ninguna casa, el monte era demasiado empinado, pero al fondo estaba el puerto deportivo, y más allá la dársena relativamente estrecha. Pero al este, el jardín limitaba con otra finca, tan cuidada como había estado la nuestra en su época, y en comparación con la belleza y el orden que expresaban los setos cuidados, el césped bien cortado y los macizos de flores llenos de colores, nuestro jardín parecía enfermo. Permanecí allí unos minutos llorando, luego fui a la parte delantera de la casa para proseguir con la limpieza del cuarto de la lavadora. Cuando acabé de sacar la última prenda, eché lejía en el suelo, gasté media botella, luego lo fregué con el cepillo, antes de regarlo todo con la regadera para que se fuera por el desagüe. Después eché encima jabón líquido y fregué otra vez el suelo, pero ahora con bayeta. Después de haberlo enjuagado de nuevo, di la labor por concluida y subí a la cocina. Yngve estaba fregando los armarios por dentro. El friegaplatos estaba en marcha. La encimera se veía ordenada y limpia.

—Voy a tomarme un descanso —dije—. ¿Te vienes?

—Sí, sólo voy a acabar esto —repuso Yngve—. ¿Podrías preparar café?

Lo hice, y de repente me acordé de la medicina de la abuela. Eso no podía esperar.

—Bajo un momento a la farmacia —dije—. ¿Quieres algo, quizá del quiosco?

—No —contestó—. O sí, una Coca-Cola.

Me abroché la chaqueta al salir. El montón de bolsas de basura delante de la hermosa puerta de madera de los años cincuenta del garaje brillaba negro en la luz gris de verano. El remolque marrón oscuro estaba con el enganche hacia el suelo, casi humilde, pensé, un sirviente que me hizo una reverencia cuando salía. Me metí las manos en los bolsillos y bajé por la entrada de coches, salí a la acera y anduve hasta la carretera principal, donde la lluvia se había secado ya del todo. Pero en la pendiente aplanada sobre la carretera, las numerosas superficies seguían mojadas, y las briznas que allí crecían brillaban con un intenso color verde, contrastando con todo lo oscuro, tan diferente a cuando estaba seco y polvoriento, cuando los contrastes eran menores y todo lo que había bajo el cielo parecía indiferente, imposible de sellar, abierto, inmenso y vacío. ¿Cuántos días abiertos y vacíos como ése había yo dado vueltas por allí viendo las ventanas negras de las casas, el viento azotar el paisaje, el sol que iluminaba todo lo ciego y muerto dentro de él? Ah, y luego estaba ese momento tan anhelado de la ciudad, ese momento que se consideraba el mejor, en el que la ciudad estaba realmente animada. Cielo azul, sol abrasador, calles polvorientas. Un coche descapotable con la capota bajada y un equipo de música que retumbaba, dos jóvenes en los asientos delanteros vestidos sólo con bañador y gafas de sol, camino de la playa... Una anciana con un perro completamente cubierta de ropa, grandes gafas de sol, el perro tira de la correa, quiere acercarse a una valla. Una avioneta con un cartel detrás, hay partido en el estadio al día siguiente. Todo está abierto, todo está vacío, el mundo está muerto, y por la noche las terrazas se llenan de mujeres alegres y quemadas por el sol, y hombres con ropa clara.

Odiaba esa ciudad.

Tras unos doscientos metros por la calle Kuholm, llegué al cruce con semáforos, la farmacia estaba unos cien metros más allá, en medio del pequeño centro del barrio. Detrás había una pendiente cubierta de hierba, y arriba del todo unos bloques de la década de los cincuenta o sesenta. Al otro lado de la calle, más arriba en la pendiente, estaba el salón de fiestas Elvine. ¿Sería allí donde nos reuniríamos después del entierro?

La idea de que él estuviera muerto no sólo para mí, sino también para su madre y sus hermanos, sus tíos y tías, me hizo llorar de nuevo. El que me pusiera así en una acera donde no paraba de pasar gente no me importaba

nada, apenas me fijaba en nadie, pero no obstante me sequé las lágrimas con la mano, más bien por razones prácticas, para poder ver por dónde iba, a la vez que de repente una idea me vino a la cabeza: la reunión que haríamos en memoria de mi padre después del entierro no tendría lugar en Elvine, sino en casa de los abuelos, la casa que él había destrozado.

La idea me animó.

Fregaríamos cada jodido centímetro de cada jodida habitación, tiraríamos todo lo que él había destrozado, buscaríamos todo lo que se podía utilizar, ordenaríamos la casa entera y reuniríamos a todos allí. Él lo habría destrozado todo, pero nosotros lo repararíamos. Éramos gente decente. Yngve diría que era imposible, y que no tenía ningún sentido, pero yo insistiría. Yo tenía el mismo derecho que él a decidir cómo sería el entierro. Claro que se podría hacer, joder. Simplemente se trataba de ponernos a fregar, fregar y fregar.

No había cola en la farmacia, y después de haberme identificado, el dependiente vestido de blanco se metió entre las estanterías a buscar las pastillas, cumplimentó una etiqueta y la pegó en la cajita, la metió en una bolsita y me señaló la caja al otro lado para que pagara.

Una sensación de algo bueno, tal vez provocada sólo por el aire que se posaba sobre la piel ya un poco más fresco, me hizo detenerme en los escalones fuera de la farmacia.

Cielo gris, ciudad gris.

Carrocerías relucientes. Ventanas llenas de luz. Cables que corrían de un poste a otro.

No. Allí no había nada.

Lentamente empecé a caminar hacia el quiosco.

Mi padre había hablado en varias ocasiones del suicidio, pero siempre en general, como un simple tema de conversación. Opinaba que las estadísticas de suicidios mentían, y que muchos de los accidentes de coches con conductores solitarios, por no decir casi todos, eran suicidios camuflados. Mencionó varias veces que es algo corriente conducir el coche directo contra la pared vertical de una montaña. Eso era en la época en que Unni y él se habían mudado al sur, después de haber vivido mucho tiempo en el norte de Noruega, y seguían juntos. Mi padre tenía la piel casi negra de todo el sol que había absorbido, y estaba redondo como un tonel. Se pasaba los días bebiendo

en una tumbona en el jardín trasero de la casa o sentado en la terraza de delante también bebiendo, y por las noches, ya borracho y como flotando, estaba en la cocina en pantalón corto friendo chuletas, era lo único que le veía comer, nada de patatas, nada de verduras, sólo chuletas, friéndolas hasta que se ponían negras. Una de esas noches contó que el novelista Jens Bjørneboe se había colgado de los pies, que así era como se había suicidado, colgándose de arriba abajo de las vigas del techo. Ni a él ni a mí se nos ocurrió la imposibilidad de ese procedimiento, ¿cómo iba a haberlo podido hacer solo en su casa de campo de Veierland? Lo más considerado, dijo, sería meterse en un hotel, escribir una carta al hospital diciendo dónde se le podía encontrar, y luego beber alcohol y tomar pastillas, tumbarse en la cama y dormirse. En ese momento me resultaba increíble que nunca hubiera interpretado ese tema de conversación como algo más que eso. Me estaba acercando al quiosco de detrás de la parada del autobús, pensando que claro que había sido algo más que eso. Había dejado impresa en mí la imagen de sí mismo con tanta intensidad que yo jamás veía otra cosa, incluso cuando el hombre en el que se había convertido se iba desviando tantísimo del que había sido, tanto en la fisonomía como en el carácter, que los parecidos apenas eran ya visibles, yo siempre me relacionaba con la imagen del que había sido.

Subí los escalones de madera y abrí la puerta del quiosco, que estaba vacío excepto por el quiosquero, cogí un periódico del expositor de delante de la caja, eché a un lado la puerta de cristal del frigorífico, saqué una Coca-Cola y puse ambas cosas sobre el mostrador.

—El periódico y una Coca-Cola —dijo el quiosquero levantándolos hacia el lector de códigos de barras—. ¿Algo más?

No me miró al decirlo, supongo que al entrar me había visto llorar.

—No —dije—. Es todo.

Saqué del bolsillo un arrugado billete y lo miré. Era de cincuenta. Lo alisé un poco antes de dárselo.

—Gracias —dijo él. En los brazos tenía mucho vello, pero rubio, llevaba una camiseta blanca Adidas, un pantalón de chándal azul, seguramente también Adidas, y no parecía un quiosquero, sino más bien un amigo que se ha hecho cargo de la tienda unos minutos. Cogí mi compra y me di la vuelta, dispuesto a salir, cuando entraron dos niños de unos diez años con el dinero preparado en la mano. Dejaron las bicicletas tiradas junto a los

escalones. Una fila de coches se puso en movimiento desde ambos lados. Tendría que llamar a mi madre en el transcurso de la tarde. Y a Tonje. Seguí por la acera, crucé el pequeño paso de cebra más allá del quiosco y volví a coger la calle Kuholm. Claro que el entierro tendría lugar en la casa. Dentro de... seis días. Para entonces todo estaría listo. Para entonces tendríamos que haber insertado la esquila en el periódico, planificado el entierro, invitado a los asistentes, ordenado toda la casa, arreglado lo más importante del jardín, contratado el cátering. Si nos levantáramos pronto, nos acostáramos tarde, y nos centráramos únicamente en eso, se podría hacer. Sólo sería cuestión de convencer a Yngve. Y a Gunnar. Aunque él no tuviera derecho a decidir nada sobre el entierro en sí, sí lo tenía en todo lo que concernía a la casa. Pero se podría hacer, estaba seguro. Él comprendería por qué.

Cuando volví a la casa, Yngve estaba fregando la cocina eléctrica con un estropajo de acero. La abuela estaba sentada en la silla. En el suelo, debajo de ella, había un charquito de algo que debía de ser meado.

—Aquí tienes tu Coca-Cola —dije—. Te la dejo en la mesa.

—Vale —contestó él.

—¿Qué llevas en esa bolsa? —me preguntó la abuela, refiriéndose a la de la farmacia.

—Es para ti —le contesté—. Mi suegro es médico, y cuando le conté lo que había sucedido aquí, te prescribió un tranquilizante. Creo que no es mala idea, después de todo lo que has sufrido.

Busqué en la bolsita la caja cuadrada, la abrí y saqué la caja de plástico que había dentro.

—¿Qué pone? —preguntó la abuela.

—Una pastilla por la mañana y otra por la noche —contesté—.

¿Quieres una ahora?

—Si lo ha dicho el médico, sí —contestó la abuela. Le di la cajita, ella la abrió y sacó una pastilla. Buscó con la mirada en la mesa.

—Voy a por un vaso de agua —le dije.

—No hace falta —señaló ella. Se puso la pastilla sobre la lengua y se llevó a la boca la taza con el café frío, hizo un pequeño movimiento con la cabeza y la tragó—. Ah —exclamó.

Dejé el periódico en la mesa y miré a Yngve, que seguía frotando.

—Qué bueno es teneros aquí, chicos —dijo la abuela—. ¿No te vas a tomar un descanso ya, Yngve? Tampoco hace falta que te mates a trabajar.

—No es mala idea —contestó Yngve, quitándose los guantes. Los colgó del agarrador del horno, se frotó las palmas de las manos un par de veces en la camiseta, y se sentó.

—Tal vez yo pueda empezar con el baño de abajo —dije.

—¿No crees que sería buena idea que estuviéramos en la misma planta? —preguntó Yngve—. Así estaríamos en contacto.

Comprendí que no quería estar solo con la abuela, y asentí con la cabeza.

—Entonces me pongo con el salón —dije.

—Cuánto trabajáis —dijo la abuela—. No es necesario.

¿Por qué lo dijo? ¿Le daría vergüenza el aspecto que tenía la casa, y haber sido incapaz de mantenerla en orden? ¿O era simplemente que no quería que la dejáramos sola?

—No viene mal un poco de agua y jabón —dije.

—Supongo que no —dijo ella. Luego miró de reojo a Yngve.

—¿Habéis hablado ya con la funeraria?

Me estremecí.

¿Había estado todo el rato con la mente tan despejada?

Yngve asintió con un movimiento de la cabeza.

—Hemos estado esta mañana. Ellos se encargan de todo.

—Menos mal —dijo ella. Permaneció durante unos instantes inmóvil y como hundida. Luego prosiguió—: Cuando lo vi no sabía si estaba muerto o no. Iba a bajar a acostarme, y le di las buenas noches, y él no contestó. Estaba sentado en su sillón como siempre. Y estaba muerto. Tenía la cara blanquísima.

Miré a Yngve.

—¿Te ibas a *acostar*? —le preguntó.

—Sí, habíamos estado viendo la televisión toda la tarde —dijo—. Y él no se movió cuando yo me disponía a bajar.

—¿Era ya de noche? ¿Lo recuerdas? —preguntó Yngve.

—Creo que sí —contestó la abuela.

Estuve a punto de vomitar.

—Pero cuando llamaste a Gunnar ya era por la mañana —objetó

Yngve—. ¿Lo recuerdas?

—Ahora que lo dices, tal vez fuera por la mañana —dijo ella—. Sí, eso es. Subí y me lo encontré en ese sillón. Allí dentro.

Se levantó y salió de la cocina. La seguimos. Se detuvo justo antes de entrar en el salón, y señaló hacia el sillón que había delante del televisor.

—Estaba ahí sentado —dijo—. Ahí murió.

Se tapó un instante la cara con las manos. Luego volvió rápidamente a la cocina.

No había nada que pudiera construir un puente hasta aquello, pensé. La situación era imposible de manejar. Podría llenar el cubo de agua e irme a fregar, y podría fregar toda esa jodida casa, pero no serviría de nada, tampoco serviría de nada la idea de que fuéramos a vencer a la casa y a celebrar allí el funeral, nada servía, no había nada donde yo pudiera desaparecer, nadie podía salvarnos de aquello.

—Tenemos que hablar —dijo Yngve—. ¿Salimos a la terraza?

Asentí con la cabeza y lo seguí hasta abajo, atravesamos el otro salón y salimos a la terraza. No soplaba nada de viento. El cielo estaba gris como antes, pero un poco más claro sobre la ciudad. El sonido de un coche que subía con una marcha corta se elevaba desde el estrecho callejón. Yngve se colocó mirando hacia el mar, con las manos agarradas a la barandilla. Yo me senté en la descolorida tumbona, al instante me volví a levantar, recogí a toda prisa las botellas que estaban por el suelo y las coloqué junto a la pared, busqué una bolsa, pero no vi ninguna.

—¿Piensas lo mismo que yo? —preguntó Yngve, enderezándose por fin.

—Creo que sí —contesté.

—Sólo lo vio la abuela —prosiguió—. Ella es el único testigo. Gunnar no lo vio. Ella lo llamó por la mañana, y él pidió una ambulancia. Pero no lo vio.

—Así es —dije.

—Que nosotros sepamos, podía estar vivo. ¿Cómo iba a saberlo la abuela? Ella lo encuentra en el sofá, él no contesta cuando ella le habla, ella llama a Gunnar, luego llega la ambulancia, la casa se llena de médicos y personal sanitario, se lo llevan en una camilla, desaparecen y ya está. ¿Y si no estaba muerto? Imagínate que sólo estaba en coma etílico.

—Sí —asentí—. Cuando llegamos nos dijo que lo había encontrado por la mañana. Ahora acaba de decir que lo encontró por la noche. Sólo eso.

—Ella tiene síntomas de senilidad. Hace las mismas preguntas todo el tiempo. ¿Qué pensaría al ver la casa llenarse del personal de urgencias?

—Y luego todas esas jodidas medicinas que está tomando —añadí.

—Sí.

—Tendremos que averiguarlo —dije—. Para poder estar seguros, quiero decir.

—Joder, imagínate que está vivo —señaló Yngve.

Se apoderó de mí un miedo que no había sentido desde que era pequeño, y que me llenó del todo. Me puse a dar vueltas por delante de la barandilla, me paré, miré por la ventana hacia dentro para ver si la abuela estaba allí, me volví hacia Yngve, que de nuevo contemplaba el horizonte con las manos apoyadas en la barandilla. Joder. Ese razonamiento era clarísimo. La única persona que había visto a mi padre era la abuela, sólo disponíamos de su testimonio, y teniendo en cuenta lo confusa y aturdida que estaba, no había razón alguna para creer que fuera correcto. Cuando Gunnar llegó, todo había acabado, la ambulancia se había ido con mi padre dentro, y después de eso, nadie había contactado con el hospital ni con el personal sanitario que había estado en la casa. En la funeraria no sabían nada. Ya habían pasado más de veinticuatro horas desde que ella lo encontró. Ese tiempo podría haberlo pasado en un hospital.

—¿Llamamos a Gunnar? —sugerí.

Yngve se volvió hacia mí.

—Él no sabe más que nosotros.

—Tendremos que hablar una vez más con la abuela —dije—. Y tal vez llamar al agente de la funeraria. Él podrá averiguarlo.

—Lo mismo pienso yo —dijo Yngve.

—¿Llamas tú?

—De acuerdo.

Entramos. Una repentina ráfaga de aire metió en el salón las cortinas colgadas delante la puerta. Cerré la puerta y seguí a Yngve hasta el comedor y luego hasta la cocina. Abajo se oyó la puerta de la calle cerrarse con un estallido. Miré a Yngve. ¿Qué había ocurrido?

—¿Quién puede ser? —preguntó la abuela.

¿Era mi padre?

¿Había vuelto?

Tenía más miedo del que había tenido en toda mi vida.

En la escalera sonaron pasos.

Era mi padre, lo sabía.

Joder, joder, estaba llegando.

Me volví, entré en el salón y me acerqué a la puerta de la terraza, preparado para salir, cruzar el césped corriendo, huir de la ciudad y no volver nunca más.

Me obligué a estar quieto. Oí cómo el sonido de pasos de alguna manera se torcía al llegar al punto en el que la escalera hacía una curva. Subieron los últimos escalones y entraron en el salón.

Él estaría fuera de sí de ira. ¿Qué demonios estábamos haciendo hurgando en sus cosas, entrando sin aviso en su vida?

Retrocedí un paso y vi a Gunnar en la cocina.

Pues claro que era Gunnar.

—Veo que ya habéis hecho algo —dijo desde la cocina.

Subí donde estaban ellos. No me sentía tonto, sino aliviado, porque si Gunnar estaba allí en el caso de que mi padre llegara, todo sería más fácil para nosotros.

Estaban sentados los dos junto a la mesa de la cocina.

—He pensado que podía llevar una carga al vertedero esta misma tarde —dijo Gunnar—. Me pillará de camino a la cabaña. Luego volveré con el remolque mañana a mediodía, y os ayudaré un poco. Creo que ahora se va a llenar sólo con la basura que hay delante del garaje.

—Yo también lo creo —dijo Yngve.

—Podemos llenar un par de bolsas más —dijo Gunnar—. Con ropa de su habitación y cosas así.

Se levantó.

—Entonces manos a la obra. Acabaremos enseguida.

Se detuvo en el salón y miró hacia dentro.

—Podemos coger ya esa ropa, ¿no os parece? Así no tendréis que verla mientras estéis aquí... Qué cosa tan horrible...

—Puedo cogerla yo —me ofrecí—. Será mejor hacerlo con guantes.

Me puse los guantes amarillos y a continuación metí todo lo que había

en el sofá dentro de una bolsa negra de basura. Cerré los ojos cuando las manos agarraron la mierda seca.

—Coge también esas almohadas —dijo Gunnar—. Y la manta. No tiene muy buena pinta.

Hice lo que me dijo, luego lo bajé todo por la escalera, lo saqué y lo tiré dentro del remolque. Yngve acudió y empezamos a lanzar al remolque las bolsas que había allí. El coche de Gunnar estaba aparcado al otro lado de la calle, por eso no habíamos oído el ruido del motor. En cuanto el remolque estuvo lleno, Yngve y él repitieron el proceso de arrancar el coche y dar marcha atrás, hasta que el coche de Gunnar quedó colocado con la parte trasera dentro del jardín, y sólo había que engancharlo al remolque. Cuando se marchó, Yngve volvió a aparcar delante del garaje, y yo me senté en los escalones. Yngve se apoyó contra el marco de la puerta. Su frente resplandecía de sudor.

—Estaba seguro de que era papá subiendo por la escalera —dijo al cabo de un rato.

—Yo también.

Una urraca levantó el vuelo desde el tejado al otro lado del jardín y vino planeando por el aire por encima de nuestras cabezas. Batió las alas un par de veces, y el sonido, como a cuero, parecía irreal.

—Seguro que está muerto —dijo Yngve—. Lo está. Pero tenemos que estar seguros. Voy a llamar.

—Yo qué sé —dije—. Sólo tenemos la versión de la abuela. Y con todas las borracheras y miserias que han tenido lugar en esta casa, puede que simplemente estuviera pedo. De hecho es bastante probable. Sería típico de él, ¿no? Que volviera mientras tú y yo estamos hurgando en sus cosas. Y eso que dijo ella... ¿cómo es posible que primero lo encontrara por la mañana, y luego por la noche? ¿Cómo se puede confundir con cosas así?

Yngve me miró.

—Quizá muriera por la noche. Pero ella pensara que sólo estaba dormido. Y que luego lo encontrara por la mañana. Es una posibilidad. Que le duele tanto que no es capaz de admitir. Y que luego se haya inventado la historia de que murió por la mañana.

—Sí —contesté—. Es posible.

—Pero eso no cambia lo principal —apuntó Yngve—. Voy a llamar.

—Voy contigo —dije, y lo seguí hasta el piso de arriba. Mientras él buscaba la tarjeta del agente funerario en su cartera, yo cerré con mucho cuidado la puerta de la cocina, donde estaba sentada la abuela, y bajé al otro salón. Yngve marcó el número. Apenas soportaba escuchar la conversación, pero tampoco era capaz de no escuchar.

—Hola, soy Yngve Knausgård. Hemos estado allí esta mañana, supongo que se acuerda... Sí, exacto. Queríamos saber..., bueno, si ustedes saben dónde está. Es que las circunstancias han sido algo confusas aquí, ¿sabe usted...? La única que estaba presente cuando vinieron a buscarlo era nuestra abuela. Y ella está muy mayor y no siempre podemos creer lo que dice. De manera que no sabemos muy bien lo que sucedió. ¿Podría usted enterarse?... Sí... Sí... Sí... Muy bien. Muchas gracias... Muchísimas gracias. Sí. Hasta luego.

Yngve me miró al colgar.

—Está en su casa de campo. Pero hará unas llamadas, ha dicho, y nos informará. Volverá a llamar más tarde.

—Bien —dije.

Fui a la cocina y llené un cubo de agua caliente, eché un poco de detergente, cogí una bayeta y volví al salón. Me quedé inmóvil unos instantes sin saber muy bien por dónde empezar. De nada serviría fregar el suelo antes de tirar los muebles que había que tirar, y además habría mucho ir y venir, muchas pisadas esos días. Limpiar los marcos de ventanas y puertas, rodapiés, estanterías, sillas y mesas era demasiado poco y pusilánime, yo quería algo que se notara muchísimo. El baño y el aseo de abajo sería lo mejor, allí había que fregar cada centímetro. También era lo más lógico, ya que ya había fregado el cuarto de la lavadora, que estaba enfrente del baño. Y allí podría estar solo.

Un movimiento a mi izquierda me hizo girar la cabeza. Una enorme gaviota estaba en la ventana mirando hacia dentro. Golpeó el pico contra el cristal dos veces. Y allí se quedó.

—¿Has visto? —pregunté a Yngve en voz alta. Mi hermano estaba en la cocina—. Hay una gaviota gigantesca aquí fuera, golpeando con el pico en la ventana.

Oí a la abuela levantarse de la silla.

—Tenemos que buscarle un poco de comida —dijo.

Me acerqué a la puerta. Yngve estaba vaciando los armarios, en la encimera había apilado vasos y platos. La abuela estaba de pie junto a la mesa.

—¿Habéis visto la gaviota? —pregunté.

—No —contestó Yngve—. No he visto nada parecido.

Sonrió.

—Suele venir por aquí —intervino la abuela—. Sólo quiere un poco de comida. Puede comerse esto.

Puso una hamburguesa en un plato. Encorvada y delgada, con un rizo de pelo negro colgándole sobre los ojos, partió con movimientos rápidos la carne, medio cubierta por una salsa reseca.

La seguí hasta el salón.

—¿Suele venir por aquí?

—Sí, casi todos los días. Lleva así más de un año. Y siempre le doy algo. Ella lo sabe. Por eso viene.

—¿Estás segura de que es la misma?

—Hombre, claro que sí. La reconozco. Y ella a mí.

Cuando la abuela abrió la puerta de la terraza, la gaviota saltó hasta el suelo y se acercó sin ningún temor al plato que le había dejado allí. Yo la miraba desde la puerta, viendo cómo cogía los trozos con el pico, luego, cuando había cogido un buen pedazo, echaba la cabeza hacia atrás. La abuela estaba a mi lado, contemplando la ciudad.

—Bueno, bueno —dijo.

El teléfono sonó dentro. Di un paso hacia atrás para poder ver el aparato y asegurarme de que Yngve lo cogía. La conversación fue breve. En el instante en que Yngve colgó, la abuela pasó por delante de mí y la gaviota dio un salto hasta la barandilla, donde permaneció unos segundos, antes de abrir las alas y lanzarse hacia delante. Sólo con batirlas un par de veces subió muy alto sobre el césped. La vi planear hacia el puerto. Yngve se detuvo detrás de mí. Cerré la puerta y me volví hacia él.

—Está definitivamente muerto —aseguró—. Está en el sótano del hospital. Podemos verlo el lunes por la tarde, si queremos. También me han dado el teléfono del médico que estuvo aquí.

—No me lo creeré hasta que no lo vea —dije.

—Ahora lo veremos.

Diez minutos más tarde dejé un cubo con agua hirviendo, una botella de lejía y otra de Cif en el suelo del baño. Sacudí un par de veces la bolsa de basura que me había llevado para poder abrirla, antes de empezar a vaciar el baño de trastos. Primero lo que estaba en el suelo, viejos trozos de jabón seco, frascos de champú pegajosos, rollos vacíos de papel higiénico, la escobilla del retrete toda marrón, envases de medicinas de papel de plata y plástico, algunas pastillas sueltas, algún que otro calcetín, unos rulos para el pelo. Luego vacié el armario de la pared, excepto dos frascos de perfume que tenían pinta de ser caros. Hojas de afeitar, maquinillas, horquillas, varias pastillas de jabón, viejas cremas y pomadas secas, una redcilla para el pelo, loción para después del afeitado, desodorantes, maquillaje de ojos, lápices de labios, unas almohadillas rotas cuya utilidad desconocía, pero que probablemente tuvieran algo que ver con el maquillaje, unas tijeras de uñas, un rollo de esparadrapo, hilo dental, peines. Cuando hube sacado del armario todo aquello, quedaba una capa bastante gruesa entre amarilla y marrón en los estantes. Decidí fregarlo todo al final, porque los azulejos junto al asiento del inodoro, de los que colgaba el soporte del rollo de papel higiénico, estaban llenos de manchas marrón claro, y el suelo de debajo estaba pegajoso, lo que me pareció lo más urgente, de manera que eché una buena dosis de Cif sobre los azulejos y empecé a fregarlos metódicamente desde arriba, justo por debajo del techo, hasta el suelo. Primero la pared de la derecha, luego la pared de encima del espejo, luego la que iba a lo largo de la bañera, y al final la pared junto a la puerta. Froté cada azulejo hasta que quedó limpio, en total tardaría una hora y media. A veces pensaba en que fue allí donde el abuelo se desplomó seis años antes, una noche de otoño, llamó a la abuela, que a su vez llamó a la ambulancia, y luego se quedó con su mano en la suya hasta que llegó la ayuda. Por primera vez caí en la cuenta de que allí todo era como siempre hasta ese momento. En el hospital descubrieron que el abuelo llevaba bastante tiempo sufriendo importantes hemorragias internas. Un par de días más y se habría muerto. Apenas le quedaba sangre. Debía de saber que algo iba mal, pero seguramente tendría muy pocas ganas de ir al médico. De modo que se desplomó en el suelo del baño, a punto de morir, y aunque llegó a tiempo al hospital y pudieron salvarlo, el daño era tan grande que al poco tiempo enfermó y murió.

Cuando era pequeño, me daba miedo bañarme allí abajo. La cisterna,

que dataría de la década de los cincuenta, era de esas que tenían un tirador lateral con una bola negra y se quedaba siempre enganchado, con lo que el agua seguía corriendo mucho tiempo después de usarse, y ese sonido que salía de dentro de la oscuridad en ese piso que nadie usaba, que estaba vacío, con su moqueta azul limpia, su armario ropero con los abrigos decorosamente colgados, su estante para sombreros con los sombreros de los abuelos, el estante para los zapatos, que en mi imaginación representaban seres, en esa época me pasaba con todo, y con su escalera boquiabierta hacia el piso de arriba, me aterraba tanto que tenía que emplear todo mi poder de persuasión para vencer el miedo y entrar en el baño. Sabía que allí no había nadie, sabía que el ruido de la cisterna sólo era un ruido, que los abrigos sólo eran abrigos, los zapatos sólo zapatos, la escalera sólo una escalera, pero creo que esa certeza no hacía sino reforzar mi temor, porque lo que no quería era estar solo con todo aquello, eso era lo que me daba tanto miedo, un miedo que se veía aumentado y reforzado por esos no seres muertos. Todavía podía sentir las reminiscencias de esa manera de percibir el mundo. El asiento del inodoro parecía un ser, y la pila, y la bañera, y la bolsa de basura, esa tripa negra y feroz en el suelo.

Justo esa noche me volvió aquel malestar, porque el abuelo se había desplomado allí, y mi padre había muerto arriba en el salón el día anterior, de manera que lo muerto de esos no seres estaba relacionado con lo muerto en ellos, es decir, mi padre y mi abuelo.

¿Cómo ahuyentar ese sentimiento?

Fregando. Fregando y frotando, puliendo y limpiando. Comprobando que cada azulejo quedaba limpio y resplandeciente. Pensando que todo lo que allí se había destrozado sería ahora reparado. Todo. Todo. Y que yo jamás, bajo ninguna circunstancia, acabaría como él había acabado.

Cuando acabé de fregar las paredes y el suelo, tiré el agua al inodoro y vacié la cisterna, me quité los guantes amarillos y los colgué del borde del cubo rojo, ahora vacío, pensando en comprar una escobilla de baño cuanto antes. O a lo mejor había una en el otro cuarto de baño. Abrí la puerta y miré. Sí, allí había una. Tendría que usarla fuera cual fuera su estado, y comprar otra el lunes. Camino de la escalera me detuve. La puerta de la habitación de la abuela estaba entornada, y por alguna razón me acerqué, la abrí del todo y

eché un vistazo dentro.

Oh, no.

No había ninguna sábana sobre el colchón de su cama, se tumbaba encima de esa superficie áspera e impregnada de meados. Junto a la cama había una especie de silla letrina con un cubo debajo. Por todas partes había ropa tirada. En la ventana un montón de plantas marchitas. El hedor a amoníaco escocía en la nariz.

Qué puta mierda. Qué jodida puta mierda.

Dejé la puerta como estaba y subí lentamente la escalera hasta el primer piso. En algunos tramos la barandilla estaba negra de porquería. Puse la mano sobre ella y noté que estaba pegajosa. Arriba, en el descansillo, se oía el ruido del televisor. Cuando entré en el salón encontré a la abuela sentada en el sillón en medio de la habitación, mirando fijamente el televisor. Estaba viendo las noticias de la cadena 2. Serían entonces entre las seis y media y las siete.

¿Cómo podía sentarse en el sillón al lado del que había muerto su hijo?

Se me encogió el estómago, las lágrimas que me salieron, como expulsadas, y los gestos de mi cara que no podía controlar, estaban muy lejos del reflejo del vómito, y esa sensación, de desequilibrio y asimetría, me sobrecogió casi como pánico, fue como si algo se me reventara por dentro. Si hubiera podido, me habría arrodillado, entrelazado las manos, y gritado a Dios, pero no podía, no había en ello nada de piedad, lo peor ya había sucedido, ya había pasado.

Cuando entré en la cocina, la encontré vacía. Todos los armarios estaban ya fregados, y aunque quedaba mucho por limpiar, paredes y suelo, cajones, mesas y sillas, el ambiente daba la sensación de estar más despejado. Sobre la encimera había una de esas botellas de plástico de litro y medio de cerveza. La etiqueta estaba cubierta por pequeñas perlas de rocío. Al lado había un queso de cabra con el cortador encima, un queso Gouda y un paquete de margarina con el cuchillo de untar atravesado y el mango apenas visible. La tabla de cortar estaba fuera, sobre ella había un pan integral, medio metido en su bolsa de papel blanca. Delante estaba el cuchillo, la corteza y migas.

Cogí una bolsa de plástico del cajón de más abajo, vacié en ella los dos ceniceros, la até y la metí en la bolsa negra y grande de basura que estaba a medio llenar en el rincón, cogí una bayeta y limpié la mesa de restos de tabaco y migas, coloqué los paquetes de tabaco y la máquina de liar sobre el cartón en

un extremo de la mesa, justo debajo de la ventana, abrí la ventana y puse el gancho. A continuación fui a buscar a Yngve. Estaba sentado en la terraza, como me había imaginado. Tenía una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¿Quieres algo tú también? —dijo al verme salir—. Hay una botella en la cocina.

—Gracias, pero no —contesté—. No después de lo que ha ocurrido aquí. Jamás volveré a beber cerveza de una botella de plástico.

Me miró y sonrió.

—Eres muy sensible —dijo—. La botella estaba sin abrir. En la nevera. No es que él haya bebido de esa botella.

Encendí un cigarrillo y me coloqué de espaldas a la barandilla.

—¿Qué vamos a hacer con el jardín? —pregunté.

Yngve se encogió de hombros.

—Tampoco podemos pretender arreglar toda la casa.

—Yo sí quiero —dije.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Ése era el momento en que pensaba contarle mi plan. Pero no llegué a hacerlo. Sabía que Yngve pondría pega, y en el desacuerdo que surgiría entonces había algo que no quería ver ni presenciar. Bah, eran minucias, pero... ¿mi vida realmente había consistido en algo más que en minucias? Cuando éramos niños, admiraba a Yngve de esa manera que los hermanos pequeños admiran a sus hermanos mayores, su aprobación era para mí lo más importante de todo, y aunque él era demasiado mayor para que nuestros caminos se cruzaran cuando estábamos fuera, siempre nos apoyábamos cuando estábamos en casa. No en igualdad de condiciones, claro, solía ser su voluntad la que imperaba, pero sí era una relación muy estrecha. También porque nos encontrábamos ante un enemigo común, es decir, nuestro padre.

Yo no guardaba recuerdos de muchos sucesos concretos de la infancia, pero los pocos que sobrevivieron sí eran elocuentes. Como por ejemplo morirnos de risa por pequeñas cosas, como aquella vez que estuvimos de camping en Inglaterra en el verano de 1976, inusualmente caluroso. Una noche estábamos subiendo una cuesta cerca del camping, un coche nos adelantó, e Yngve dijo que los dos del coche se estaban besando, yo entendí

«pesando», y nos partimos de risa durante varios minutos, una risa que afloró en muchos momentos el resto de aquella noche.

Si hay algo que echo de menos de mi infancia es eso, el reírme incontroladamente en compañía de mi hermano por cualquier insignificancia. Jugando al fútbol una tarde entera en un llano junto a la tienda de campaña, con dos chicos ingleses, Yngve con su gorra de Leeds, yo con la mía de Liverpool, el sol que se ponía sobre el país, la oscuridad que crecía alrededor de nosotros, las voces bajas que provenían de las tiendas vecinas, yo que no entendía ni una sola palabra de lo que decían. Yngve que traducía, lleno de orgullo. La piscina a la que fuimos una mañana antes de proseguir viaje, donde yo, que no sabía nadar, agarrándome a una pelota de plástico, por alguna razón llegué a la parte profunda. La pelota se me escapó y me hundi en una piscina en la que estábamos solos. Yngve consiguió pedir socorro, un joven acudió corriendo y logró sacarme, mi primer pensamiento después de haber vomitado un poco de agua con cloro fue que mis padres no se enteraran de lo ocurrido. Esos días y esos sucesos eran innumerables, y los lazos que crearon entre nosotros inquebrantables. El hecho de que él pudiera ser más malvado conmigo que ninguna otra persona no cambiaba nada, sino que formaba parte del asunto, y en el contexto en el que él y yo vivíamos, el odio que yo podía sentir por él en esos momentos no era más de lo que un arroyo es al río o una luz a la noche. Él sabía exactamente qué decir para hacerme rabiar. Solía quedarse quieto, con esa sonrisa irónica suya, provocándome hasta que el enfado me dominaba por completo y ya no era capaz de ver con claridad, ni sabía lo que hacía. Era capaz de lanzarle a la cara la taza que llevaba en la mano, una rebanada de pan o una naranja, o incluso de abalanzarme sobre él y empezar a golpearle, cegado por las lágrimas y mi oscura rabia, mientras él controlaba la situación, sujetándome las manos diciendo *bueno, bueno, pequeño, qué enfadado estás, pobrecito...* Él conocía también todas las cosas que me daban miedo, y así, cuando mi madre tenía guardia por la noche, mi padre estaba en reuniones del ayuntamiento, y en la televisión reponían *El polizón*, que solía ser por la noche tarde, precisamente para que gente como yo no la viera, le resultaba muy fácil apagar todas las luces de la casa, cerrar la puerta de la calle con llave, volverse hacia mí y decir: *Yo no soy Yngve. Soy un polizón*, mientras yo gritaba de miedo y le imploraba que dijera que era Yngve, *dilo, dilo, di que eres Yngve, yo lo sé*

Yngve, Yngve, tú no eres un polizón, eres Yngve... Otro de mis temores descubierto por él era el que sentía por el sonido que salía de las tuberías cuando se abría el grifo del agua caliente, un sonido estridente que enseguida se convertía en una especie de martilleo, ante el cual no tenía otra respuesta que huir, de modo que acordamos que él no quitaría el tapón después de haberse lavado por la mañana, sino que dejaría el agua en el lavabo para mí. Cada mañana durante tal vez medio año, me estuve lavando de esa forma en el agua de Yngve.

Cuando mi hermano se marchó de casa a los diecisiete años, nuestra relación como es natural experimentó un cambio. Al desaparecer lo cotidiano, idealicé la imagen que tenía de él y de su vida, sobre todo de la vida que llevaba en Bergen, adonde luego se iría a estudiar en la universidad. Yo quería vivir como vivía él.

El otoño en el que hacía primero de bachillerato superior fui a hacerle una visita a Bergen, a la residencia estudiantil de Alrek, donde tenía una habitación alquilada. Lo primero que hice al bajarme del autobús del aeropuerto en el centro fue buscar un quiosco y comprar un paquete de cigarrillos Prince y un encendedor. No había fumado hasta entonces, pero hacía tiempo que tenía planeado empezar a hacerlo, y pensé que estando solo en Bergen sería una buena ocasión. De manera que allí estaba yo, bajo el chapitel de la iglesia de Johannes, frente a la plaza Torgallmenningen, llena de gente, coches y reluciente cristal. El cielo estaba azul, tenía la mochila a mi lado sobre el asfalto y el cigarrillo en la comisura de los labios, y cuando lo encendí con el encendedor amarillo protegiéndolo del viento con la mano, tenía una sensación intensa, casi abrumadora, de libertad. Estaba solo, podía hacer lo que me diera la gana, tenía toda la vida abierta ante mí. Tosí un poco, el humo me escoció en la garganta, pero habida cuenta de las circunstancias, la cosa iba bien, la sensación de libertad no perdió intensidad, y cuando hube acabado de fumar, me metí el paquete rojo y blanco en el bolsillo de la chaqueta, me eché la mochila al hombro y me fui a ver a Yngve. En el instituto de Kristiansand no había nada mío, pero Yngve era mío, lo que él tenía también lo tenía yo, razón por la que no sólo me sentía alegre, sino también orgulloso cuando media hora después, en su habitación, en la que la luz del sol entraba por las ventanas saturadas de gases de tubos de escape, me

arrodillé para repasar su colección de discos, colocados en tres cajas de vino junto a la pared. Aquella noche salimos con tres chicas que él conocía, le pedí que me dejara su desodorante, un Old Spice, y gomina para el pelo, y antes de marcharnos, delante del espejo de la entrada, Yngve me subió las mangas de la camisa de cuadros negros y blancos que llevaba puesta, y que era idéntica a la que The Edge de U2 lucía en muchas fotos de aquella época, y también me colocó la solapa de la americana. Nos encontramos con las chicas en el piso de una de ellas. Les hizo mucha gracia que yo sólo tuviera dieciséis años, y dijeron que tendría que ir de la mano de una de ellas al pasar por delante del portero, lo que hice la primera vez que estuve en una discoteca donde sólo podían entrar mayores de dieciocho años. Al día siguiente fuimos al Café Opera y al Café Galleri, donde habíamos quedado con mi madre. Ella vivía con su tía Johanna en un piso de la calle Søndre Skogveien, con el que Yngve se quedaría más tarde, y donde fui a visitarlo las siguientes veces que fui a Bergen. Una vez al año siguiente aparecí con una grabadora para entrevistar al conjunto americano Wall of Woodoo, que tocaba en el local Hulen esa noche. No había concertado una cita, pero conseguí entrar con mi tarjeta de prensa durante el control de sonido, y nos quedamos junto a la entrada del escenario esperándolos, yo con camisa blanca y corbata negra de bolo con una enorme y resplandeciente águila, pantalones negros y botas. Pero cuando el grupo llegó, de repente me dio miedo abordarlos, tenían un aspecto aterrador, una pandilla de treintañeros drogatas de Los Ángeles, y fue Yngve quien salvó la situación. *Hey, mister!*, gritó, y el bajo se volvió, se acercó, e Yngve dijo: *This is my little brother, he has come all the way from Kristiansand down south to make an interview with Wall of Woodoo, Is that ok with you?*

Nice tie!, exclamó el bajo, al que a continuación acompañé sonrojado hasta el camerino del grupo. Vestía totalmente de negro, llevaba grandes tatuajes en los brazos, pelo negro largo y botas de vaquero. Se mostró muy, pero que muy amable, me invitó a una cerveza y contestó exhaustivamente a todas mis preguntas escritas, tipo periódico del instituto. En otra ocasión fue a Blaine Reininger, recientemente salido del grupo Tuxedomoon, a quien entrevisté en Bergen, en uno de los mullidos sofás de piel del Café Galleri. No dudé en ningún momento de que Bergen fuera la ciudad adonde me iría a vivir después de acabar el bachillerato, a esa metrópolis llena de cafés, salas de conciertos y tiendas de discos.

Después del concierto de Wall of Woodoo, fuimos a Hulen y acordamos formar una banda cuando yo llegara a Bergen; el amigo de Yngve, Pål, podía tocar el bajo, Yngve la guitarra y yo la batería. Ya encontraríamos un vocalista cuando llegara el momento. Yngve escribiría la música, yo las letras, y un día, nos dijimos, tocaríamos allí, en Hulen. Ir a Bergen en aquella época era para mí ir al futuro. Dejaba mi vida actual para pasar unos días en la siguiente, antes de volver a Kristiansand. Allí estaba solo, teniendo que luchar por todo, en Bergen estaba con Yngve, y lo que él tenía, también me llegaba a mí. No sólo los bares y los cafés, las tiendas y los parques, las salas de lectura y los auditorios, sino todos sus amigos, que no sólo sabían quién era yo cuando quedábamos con ellos, sino también qué hacía, que tenía un programa propio de música en una radio local y que reseñaba discos y conciertos en el periódico *Fædrelandsvennen*, y después de esos encuentros Yngve siempre me contaba lo que se había dicho de mí, por regla general eran las chicas las que tenían algo que decir, que era guapo o maduro para mi edad, etcétera, pero también los chicos, entre cuyos comentarios hubo uno especialmente inoportuno, el de Arvid, que dijo que me parecía mucho al joven de la película *Muerte en Venecia* de Visconti. Yo era alguien para ellos, y eso gracias a Yngve. Mi hermano me llevó a la cabaña de Vindil, donde sus amigos y él se reunían cada Nochevieja, y un verano, cuando yo vendía casetes en la calle en Arendal y tenía un montón de pasta, recuerdo, Yngve se mostró sorprendido, pero también orgulloso, de que me bebiera cinco botellas de vino y todavía fuera capaz de comportarme razonablemente. Al final del verano empecé a salir con la hermana de la novia de Yngve. Mi hermano me hizo un montón de fotos con su cámara réflex Nikon en aquella época, todas en blanco y negro, todas posando, en una ocasión también fuimos juntos a un fotógrafo, con la idea de que nuestros abuelos paternos y maternos tuvieran una foto nuestra para Navidad, y la tuvieron, pero esa foto también llegó a la vitrina del fotógrafo del vestíbulo del cine de Kristiansand, donde todo el mundo pudo vernos posando con nuestra ropa y peinado de los ochenta. Yngve con camisa azul claro, correas de cuero en una muñeca, pelo largo por la nuca y corto por arriba, y yo, con mi camisa de cuadros negros y blancos, mi americana negra con las mangas dobladas, mi cinturón de clavos y mis pantalones negros, con el pelo aún más largo por la nuca y aún más corto por arriba que el de Yngve, y además una cruz colgando de una oreja. Por aquel entonces iba mucho al

cine, por regla general con Jan Vidar o algún otro compañero de Tveit, y cuando veía la foto colgada en aquella vitrina luminosa, no era capaz de relacionarme del todo con ella, es decir, con la vida que llevaba en Kristiansand, que tenía cierta calidad externa y objetiva, relacionada con determinados espacios, tales como el instituto, el polideportivo, el centro de la ciudad, y con determinadas personas, mis amigos, los compañeros de clase, los compañeros del fútbol, mientras que de una manera muy distinta, la foto estaba relacionada con algo íntimo y oculto, en primer lugar con la familia más cercana, pero también con el hombre que yo sería en el futuro, cuando lograra marcharme de allí. Aunque Yngve hablaba de mí a sus amigos, yo nunca se lo mencionaba a los míos.

El que ese espacio interior estuviera expuesto en algo tan externo como el vestíbulo de un cine, me resultaba confuso y molesto. Pero aparte de un par de comentarios, nadie se dio cuenta, ya que yo era una persona de la que nadie se daba cuenta.

Cuando por fin terminé el bachillerato en 1987, por una u otra razón no me mudé a Bergen, sino a una pequeña población de una isla en el norte de Noruega, donde trabajé de maestro durante un año. El plan era escribir mi novela por las noches, y luego, con el dinero ahorrado trabajando de maestro, viajar por Europa durante otro año. Me compré un libro en el que se describían toda clase de pequeños trabajos posibles e imposibles en los países de Europa, pues eso es lo que tenía pensado, viajar de ciudad en ciudad, de país en país, trabajar un poco, escribir un poco y vivir una vida libre e independiente, pero entonces me admitieron en la recién creada Academia de Escritura de la provincia de Hordaland por los textos que había escrito ese año, e infinitamente halagado por la admisión cambié todos mis planes, y a los diecinueve años puse rumbo a Bergen, donde me quedé a vivir durante los siguientes nueve años, a pesar de todos mis sueños y fantasías sobre una vida de vagabundeo por el gran mundo.

Y empezó bien. El sol brillaba cuando me bajé del autobús del aeropuerto en la plaza del Pescado, e Yngve, que trabajaba de recepcionista en el Hotel Orion los fines de semana y en vacaciones, estaba de buen humor cuando entré en la recepción, le quedaba media hora de trabajo, luego podríamos comprar unas gambas y unas cervezas para celebrar el principio de mi nueva vida. Nos sentamos en la escalera exterior de su casa y nos bebimos

unas cervezas, mientras la música de Undertones nos llegaba desde el equipo de música del cuarto de estar. Al llegar la noche estábamos ya un poco borrachos, pedimos un taxi y nos fuimos a casa de Ola, uno de sus amigos, allí bebimos algo más antes de ir al Café Opera, donde nos quedamos hasta que cerraron en una mesa a la que no paraba de añadirse gente. Éste es mi hermano pequeño, Karl Ove, decía Yngve cada vez, acaba de mudarse a Bergen para empezar en la Academia de Escritura. Va a ser escritor. Yngve me había buscado una habitación en Sandviken, la chica que la ocupaba se iba un año a Sudamérica, pero hasta que quedara libre, dormiría en el sofá de Yngve. Estando allí él me reñía por cosas sin importancia, como había hecho siempre cuando estábamos juntos más de dos días, desde su época en la residencia de estudiantes de Alrek, cuando me reñía por cortar lonchas demasiado gordas de queso de cabra o por no dejar los discos en el mismo sitio donde estaban antes de que los cogiera, y también ahora las reprimendas se encontraban al mismo nivel de detalle, como por ejemplo que no secaba bien el suelo después de ducharme, que tiraba migas al suelo cuando comía, o que no tenía suficiente cuidado al poner la aguja sobre el disco, hasta que un día reaccioné. Fue delante del coche de Yngve. Él me decía que había cerrado la puerta con demasiada fuerza la última vez que había subido al coche. Estallé y le grité rabioso que dejara de decirme lo que tenía que hacer. Y así fue, nunca más volvió a hacerlo. Pero el equilibrio de la relación seguía siendo el mismo, era en su mundo donde yo había entrado, y en ese mundo sería para siempre el hermano pequeño. La vida en la Academia de Escritura era complicada, no tenía amigos allí, en parte porque todos eran mayores que yo, y en parte porque era incapaz de encontrar un punto de contacto con ellos, de modo que seguía yendo detrás de Yngve, lo llamaba para preguntarle si tenía plan para el fin de semana, y tenía siempre, así que le preguntaba si podía apuntarme. Claro que sí. Y después de haber caminado por la ciudad un domingo entero, o de estar tumbado en la cama leyendo, la tentación de pasar por su casa por la noche era tan grande que no la podía resistir, aunque me decía a mí mismo que no debía, de modo que fueron innumerables las noches que acabé en el sofá delante de su televisor.

Con el tiempo, se fue a vivir a una comuna, lo que para mí fue terrible, porque así mi dependencia de él quedaba patente; apenas pasaba un día sin que llamara a su puerta, y cuando él no estaba, me quedaba sentado en el salón

acompañado por uno de los miembros de la comuna, que consideraba un deber entretenerme, o solo, hojeando una revista de música o algún periódico, como una jodida caricatura de una persona fracasada. Yo necesitaba a Yngve, pero Yngve no me necesitaba a mí. Así era. Ciertamente podía hablar con sus amigos cuando él estaba, entonces había una especie de contexto, ¿pero yo solo? ¿Subir solo a la habitación de alguno de ellos? Habría parecido extraño, rebuscado e inoportuno, no hubiera funcionado. Y tampoco mi conducta era muy buena, para decirlo suavemente, a menudo me emborrachaba demasiado, y si se me antojaba, tampoco me importaba ofender a la gente. Muchas veces a causa de su aspecto, o por pequeñas peculiaridades suyas en las que me había fijado.

La novela que escribí mientras estudiaba en la Academia de Escritura fue rechazada, empecé en la universidad, estudié algo desgano ciencias de la literatura, incapaz ya de escribir; todo lo que quedaba de mi actividad de escritor era el deseo de serlo, que en cambio, era muy fuerte. Pero había mucha gente con esos sueños en el ambiente universitario. Tocábamos con nuestro grupo, llamado Kafkatrakterne, en Hulen, también en Garage, algunos de nuestros temas fueron emitidos por la radio, tuvimos un par de buenas reseñas en revistas musicales, y eso estaba bien, pero a la vez sabía que la única razón por la que participaba en aquello era por ser hermano de Yngve, porque era un mal batería. Cuando cumplí veinticuatro años, se me encendió una luz que me informó de que aquello de hecho era mi vida, que era exactamente como era, y como seguramente sería siempre. Que la época de estudiante universitario, ese período de la vida tan elogiado y tan comentado, en el que uno siempre pensaba luego con agrado, no era para mí más que una infinita sucesión de días desconsolados, solitarios e imperfectos. El que no hubiera comprendido eso antes se debió a esa esperanza que albergaba siempre, a todos esos ridículos sueños que suele tener un veinteañero de mujeres y amor, de amigos y alegrías, de talentos ocultos y repentinos éxitos. Pero a los veinticuatro lo vi todo tal y como era. Estaba bien, normal, yo también tenía mis pequeños placeres, no era eso, y era capaz de soportar lo que fuera de soledad y de humillación, yo era un pozo sin fondo, soy el pozo del fracaso, de la miseria, de la pobreza, de la tristeza y de la ignominia, ¡vamos!, ¡meadme encima!, ¡cagad también, si queréis!, ¡yo recibo!, ¡yo aguanto!, ¡soy el aguante en persona! Nunca he dudado de que fuera eso lo

que veían en mis ojos las chicas con las que intentaba ligar. Demasiada voluntad, demasiada poca esperanza. Yngve, en cambio, que durante toda esa época tenía a sus amigos, sus estudios, su trabajo y su grupo, por no decir sus novias, conseguía a todas las que quería.

¿Qué tenía él que yo no tuviera? ¿Por qué podía él ligarse a todas, cuando las chicas con las que yo hablaba parecían asustadas o desdenosas? Ahora bien, fuera como fuera, me mantenía cerca de él. El único buen amigo que tuve en aquellos años fue Espen, que entró en la Academia de Escritura el año siguiente de que lo hiciera yo, y al que me volví a encontrar en la universidad en la asignatura de literatura, cuando me pidió que leyera unos poemas que había escrito. Yo no sabía nada de poesía, pero dije alguna tontería que él no captó, y después de eso nos fuimos haciendo amigos. Espen era el tipo de persona que ya había leído a Beckett en el instituto, escuchaba jazz, jugaba al ajedrez, tenía el pelo largo y un carácter algo nervioso y asustadizo. Para él toda reunión de más de dos era una aglomeración, pero era intelectualmente abierto, y debutó con una colección de poesía al año y poco de habernos conocido, no sin celos por mi parte. Yngve y Espen representaban dos aspectos de mi vida, y, cosa típica, no congeniaban.

Aunque el propio Espen lo ignorara, porque yo siempre hacía como si lo supiera todo, fue él quien me introdujo en el mundo de la llamada literatura avanzada, en el que se escribían ensayos sobre una línea de Dante, en el que nada era lo suficientemente complicado, en el que el arte era algo relacionado con lo más sublime, no en el sentido solemne, porque eso estaba ya dentro de ese canon modernista en el que nos movíamos, sino en lo inconcebible, ilustrado mejor que en ningún otro sitio en la descripción de Blanchot de la mirada de Orfeo, la noche de la noche, la negación de las negaciones, que se encontraba a cierta distancia de esas vidas triviales y de muchas maneras miserables que llevábamos, pero lo que aprendí entonces era que también nuestras pequeñas vidas ridículas, en las que éramos incapaces de conseguir nada de lo que queríamos, nada, en las que todo estaba fuera de nuestro alcance y poder, formaban parte de este mundo, y con ello también de lo más sublime, porque los libros existían, sólo hacía falta leerlos, nadie más que yo mismo era capaz de excluirme de ellos. Se trataba únicamente de llegar.

La literatura modernista en su momento de esplendor, con la enorme maquinaria que la rodeaba, era una herramienta, una forma de conocimiento, y

cuando estaba realmente introducida, los conocimientos que aportaba podían ser rechazados sin que se perdiera lo esencial, quedaba la propia forma, y esa forma podía ser dirigida hacia la propia vida, hacia las propias fascinaciones, que entonces de repente podían aparecer bajo una luz totalmente nueva y llena de significado. Espen fue por ese camino, y yo lo seguí como un perrito faldero, es cierto, pero lo seguí. Hojeé un poco a Adorno, leí unas páginas de Benjamin, me quedé varios días inclinado sobre Blanchot, eché un vistazo a Derrida y Foucault, intenté durante algún tiempo leer a Kristeva, a Lacan, a Deleuze, a la vez que flotaban sobre la mesa poemas de Eklöf, Björling, Pound, Mallarmé, Rilke, Trakl, Ashbery, Mandelstam, Lunden, Thomsen y Hauge, a los que nunca dedicaba más de unos minutos, los leía como prosa, como un libro de MacLean o Bagley, y no aprendía nada, no entendía nada, pero sólo estar en contacto con ellos, tener libros escritos por ellos en la estantería dio lugar a un desplazamiento de la conciencia, sólo saber que existían era un enriquecimiento, y aunque no me llenaran de conocimiento, me hicieron rico en presentimientos y percepciones.

Eso no serviría en sí para brillar en un examen o en el transcurso de una discusión, pero tampoco era eso lo que yo, el rey de lo aproximado, buscaba. Era el enriquecimiento. Y lo que me enriquecía cuando leía a Adorno no estaba en lo que leía, sino en la imagen que recibía de mí mismo cuando leía. ¡Yo era una persona que leía a Adorno! Y en ese lenguaje pesado, complicado, exacto, que intentaba elevar el pensamiento aún más alto, y en el que cada punto se había colocado como la agarradera de un escalador en la montaña, también había algo más, esa manera especial de aproximarse al estado de ánimo de la realidad, esa sombra de las frases, capaz de despertar en mí un vago deseo de emplear el lenguaje con ese estado de ánimo especial de algo real, de algo vivo. No en un argumento, sino en un lince, por ejemplo, en un mirlo o en una hormigonera. Porque no era verdad que el lenguaje escondiera la realidad en sus estados de ánimo, sino al revés, que la realidad surgía de ellos.

No es que yo me dijera esto con palabras, no existía como pensamiento, apenas como intuiciones, más bien como una especie de vaga atracción. Todo ese aspecto mío lo mantuve apartado de Yngve, al principio porque a él no le interesaba ni creía en ello, estudiaba ciencias de la información, y estaba totalmente de acuerdo con la convicción de esa disciplina de que la calidad

objetiva no existía, que todas las apreciaciones eran relativas, y que lo popular evidentemente era tan bueno como lo no popular, pero con el tiempo, esa diferencia y lo que yo le ocultaba se iban cargando de mucho más contenido para mí, empezó a tratar de nosotros como personas, de que la distancia entre Yngve y yo era realmente grande, algo que yo no quería por nada del mundo, sistemáticamente intentaba quitar importancia a todo lo que tuviera que ver con ese tema. Cuando sufría una derrota, vivía algún fracaso o malinterpretaba algo importante, no vacilaba en contárselo, porque todo lo que pudiera rebajarme ante sus ojos estaba bien, mientras que cuando lograba algo importante, evitaba decírselo.

Puede que eso en sí no importara mucho, pero cuando empecé a tener conciencia de ello, todo se complicó, porque entonces me quedaba pensando en eso cuando estábamos juntos, de manera que ya no me comportaba de un modo natural e impulsivo, ya no hablaba por los codos como siempre había hecho cuando estaba con él, sino que empecé a calcular, a reflexionar. Con Espen ocurría lo mismo sólo que al revés, con él intentaba quitar importancia a esa vida fácil y amena. Al mismo tiempo, tenía una novia de la que nunca había estado enamorado, no realmente. Algo que ella no debía saber, claro. Estuvimos juntos cuatro años. Allí estaba yo, representando papeles, disimulando por un lado y por otro. Como si con eso no me bastara, en esa época trabajaba en una institución para discapacitados psíquicos, y no me contentaba con seguir la corriente a los demás empleados, que eran auxiliares de enfermería, sino que también los acompañaba a sus fiestas, que se celebraban en la parte de la ciudad que los estudiantes aborrecían, en los pubs con pianista y canciones en grupo, lo hacía para adecuarme a sus opiniones, actitudes e ideas. Renegaba de lo que era mío propio o lo mantenía escondido. Había por ello algo evasivo y dudoso en mi carácter, nada de lo firme y puro que había en algunos de los que conocí en esa época, y a quienes admiraba. Me encontraba demasiado cerca de Yngve para poderlo evaluar de esa forma, porque los pensamientos, por muchas cosas buenas que se puedan decir sobre ellos, tienen un gran defecto, y es que dependen de cierta debilidad para poder funcionar. Todo lo que hay dentro de esa distancia está sometido a los sentimientos. El que empezara a callarme cosas se debía a mis sentimientos hacia él. No quería que él fracasara en nada. Mi madre podría fracasar, no me importaba, mi padre y mis amigos también, y desde luego yo mismo, me

importaba un carajo, pero Yngve no podía fracasar, no podía hacer el ridículo, no podía mostrar ninguna debilidad. Cuando lo hacía, y yo lo presenciaba avergonzado, lo esencial no era sin embargo la vergüenza que sentía por él, lo que me importaba era que no se diera cuenta de que yo albergaba tales sentimientos, y lo evasivo de mi mirada en esos casos, encargada de ocultar los sentimientos en lugar de exhibirlos, tenía que resultarle llamativo, aunque no fácil de interpretar. No es que mi actitud hacia él cambiara aunque él dijera alguna tontería o simpleza, no lo valoraba de forma diferente por eso, de modo que lo que surgía dentro de mí se basaba exclusivamente en que *él* pudiera creer que yo me avergonzaba de él.

Como aquella vez que estábamos sentados en Garage tarde una noche, hablando de la revista que llevábamos tiempo planeando crear, pues estábamos rodeados de gente que escribía y que hacía fotos, que tenía en común el estar tan familiarizada con el equipo de Liverpool en la temporada de 1982, como con los miembros de la Escuela de Frankfurt, con grupos musicales ingleses como con autores noruegos, con películas expresionistas alemanas como con series televisivas norteamericanas, y lo de crear una revista con una orientación periodística que tomara esa amplia gama de aficiones en serio: fútbol, música, literatura, cine, filosofía, fotografía, arte, nos había parecido durante mucho tiempo una buena idea. Aquella noche nos acompañaban Ingar Myking, que entonces era uno de los directores del periódico estudiantil *Studvest*, y Hans Mjelva, que aparte de cantar en nuestra banda, había sido el antecesor de Ingar como director. Cuando Yngve se puso a hablar de la revista, oí de repente lo que estaba diciendo con los oídos de Ingar y Hans. Sonaba trivial y evidente, y bajé la vista. Yngve me echaba alguna que otra mirada mientras hablaba. ¿Debería revelar mi opinión, es decir, corregirle? ¿O debería mandar lo mío al carajo, renegar de mí mismo y apoyarlo en todo lo que decía? Entonces Ingar y Hans pensarían que yo opinaba lo mismo que él en ese asunto. Tampoco quería eso. De modo que opté por una solución intermedia y no dije nada, en un intento de dejar que mi silencio confirmara tanto a Yngve como las valoraciones que suponía que Ingar y Hans estaban haciendo de lo que él decía.

Yo era así de cobarde bastante a menudo, no quería apoyar a nadie y me guardaba para mí lo que pensaba, pero esa vez se daban circunstancias agravantes, tanto porque se trataba de Yngve, que yo quería que estuviera por

encima de mí, que era lo natural, como porque estaba en juego la vanidad, es decir, otras personas, de tal manera que no podía salir fácilmente de aquello.

La mayor parte de las cosas que Yngve y yo hacíamos juntos se hacían bajo sus premisas, y la mayor parte de lo que yo hacía por mi cuenta, como la lectura y la escritura, me lo guardaba para mí. Pero de vez en cuando esos dos mundos se encontraban, era inevitable, porque también Yngve se interesaba por la literatura, aunque no pretendía con ella lo mismo que yo. Como aquella vez que yo iba a entrevistar al escritor Kjartan Fløgstad para una revista estudiantil, e Yngve sugirió que lo hiciéramos juntos, a lo que yo accedí de inmediato. Fløgstad, con su mezcla de sencillez popular e intelectualidad, sus teorías sobre lo alto y lo bajo, su orientación izquierdista independiente y no dogmática, casi aristocrática, y, muy importante, sus juegos de palabras, era el autor preferido de Yngve. El propio Yngve era conocido por sus juegos de palabras y sus chistes malos, y su teoría académica principal seguía la idea de que el valor de una obra de arte se creaba en el receptor, y no existía por sí mismo, y que la expresión auténtica era una cuestión de forma, como también lo era la no auténtica. Para mí Fløgstad era ante todo el gran escritor noruego. La entrevista con él era un encargo de la pequeña revista estudiantil en neonoruego *TAL*, para la que antes había entrevistado al poeta Olav H. Hauge, y a la prosista Karin Moe. La entrevista a Hauge la hice con Espen, y Asbjørn, el amigo de Yngve, iba a hacer las fotos, de modo que era bastante natural que Yngve también participara. La entrevista con Hauge había ido bien, aunque empezó fatal, porque no le había dicho que iríamos tres, de modo que cuando paramos el coche delante de su casa, él sólo esperaba a uno, y al principio no nos quería dejar entrar a ninguno. *Acudís en gran número*, dijo desde la puerta, y ante ese ser tan cortante, tan del oeste, me sentí de repente un tío alegre, liviano, estúpido, precipitado, impulsivo y rubicundo del este. Hauge era un residente del espíritu, no se movía por nada, yo era un turista del espíritu, llevando conmigo a mis conocidos a contemplar de cerca el fenómeno. Ésa era mi sensación en ese momento, y, a juzgar por el rostro enfurruñado, por no decir hostil, de Hauge, también la suya. Pero al final dijo *Supongo que tendré que dejaros pasar*, y entró huraño delante de nosotros en el salón, donde dejamos nuestras bolsas y nuestras cosas. Asbjørn sacó la cámara y la levantó hacia la luz, Espen y yo sacamos nuestros apuntes, Hauge estaba sentado en un banco junto a la pared, mirando al suelo. *¿Podría*

ponerse delante de la ventana?, preguntó Asbjørn, *allí hay buena luz para sacar unas fotos*. Hauge lo miró, con su flequillo cano colgándole sobre los ojos. *Aquí no se hace ninguna foto*, dijo. *De acuerdo*, dijo Asbjørn. *Le pido disculpas*. Retrocedió un par de pasos y metió discretamente la cámara en su bolsa. Espen estaba sentado a mi lado, hojeando los apuntes, con el bolígrafo en una mano. Yo lo conocía, y sabía que no era la concentración lo que le hizo repasarlos justo en ese momento. Pasó un buen rato sin que nadie dijera nada. Espen me miró, luego miró a Hauge. *Tengo una pregunta*, dijo. *¿Puedo hacérsela?* Hauge asintió y se echó hacia atrás el flequillo colgante, colocándolo en el lugar donde debía estar, con una mano sorprendentemente ligera y femenina, en comparación con esa inmovilidad masculina y el silencio que irradiaba. Espen hizo la pregunta leyéndola en el bloc, era larga y complicada, e incluía un pequeño análisis de un poema. Cuando acabó, Hauge dijo, sin levantar la vista, que no hablaba de sus poemas.

Yo había leído las preguntas de Espen; todas tocaban muy de cerca los poemas de Hauge, y si era verdad que el poeta no quería hablar de sus poemas, todas resultarían inútiles.

El silencio que siguió fue de larga duración. Espen estaba ya tan sombrío y taciturno como Hauge. Eran poetas, pensé. Así son. En esa espesa oscuridad yo me sentía como un don nadie, un diletante que no entendía absolutamente nada, que sólo se movía en la superficie, que veía fútbol, sabía los nombres de algunos filósofos, y era aficionado a la música pop del tipo más simple. Uno de los títulos que había escrito para nuestro grupo era *Te meces de una manera tan deliciosa*. De todos modos me vi obligado a intervenir, porque estaba claro que Espen no iba a decir nada más en el transcurso de aquella entrevista, de modo que empecé por hacerle una pregunta sobre Jølster, donde vivía mi madre. Lo hice porque el pintor Astrup era de ese lugar, y Hauge había mostrado interés por él e incluso escrito un poema sobre el tema. Era evidente que existía un parentesco consciente entre ellos. Pero no quería hablar de ello. No obstante se puso a hablar de un viaje que había hecho a Jølster hacía mucho tiempo, al parecer en los sesenta, y los nombres que mencionó mirando al suelo, los mencionó de una manera tácita, como si todo el mundo los conociera. Nosotros nunca habíamos oído hablar de ellos, y todo nos parecía, si no críptico, al menos bastante carente de sentido, excepto del privado. Le hice una pregunta sobre traducción, Asbjørn otra.

Ambas fueron contestadas de la misma manera, desde un ángulo tácito, como si estuviera simplemente hablando consigo mismo. O al suelo. Como entrevista fue un desastre. Pero entonces, después de tal vez media hora, llegó otro coche, que aparcó delante de la casa. Era la Radio Televisión Noruega Hordaland, NRK; querían que Hauge recitara unos poemas, se pusieron manos a la obra, pero habían olvidado un cable y tuvieron que ir a buscarlo, y cuando eso ocurrió, Hauge cambió, se volvió de repente amable con nosotros, bromeaba y sonreía, éramos nosotros contra la NRK, se había roto el hielo, porque cuando la NRK acabó su grabación y se marchó, su amabilidad se mantuvo, se mostró sincero y completamente diferente. Su mujer entró con una tarta de manzana recién hecha para nosotros, y cuando acabamos de comerla, él nos enseñó la casa, nos llevó a la biblioteca del segundo piso, donde también escribía, y pude ver un cuaderno encima del escritorio con la palabra «Diario» escrita en la cubierta. Cogió algunos libros y nos habló de ellos, entre otros uno de Julia Kristeva, recuerdo, porque pensé *ése al menos no lo has leído*, pues Hauge nunca había ido a la universidad, y *si lo has leído, al menos no lo has entendido*, y luego, cuando bajamos la escalera, dijo algo tremendamente cargado y significativo sobre la muerte en un tono resignado y lacónico, pero no carente de ironía, y pensé que eso era algo que tendría que recordar, esto es importante, esto tengo que recordarlo el resto de mi vida, pero en el coche camino de casa a lo largo del fiordo de Hardanger, ya lo había olvidado. Él iba unos pasos detrás de mí, Espen y Asbjørn ya estaban fuera, había llegado la hora de hacer fotos. Mientras Hauge estaba sentado en el banco de piedra con una pierna sobre la otra mirando el paisaje, y Asbjørn, un momento agachado, y al siguiente erguido, le tomaba fotos desde varios ángulos, Espen y yo fumábamos a unos metros de distancia de ellos. Era un hermoso día de otoño, frío y despejado; cuando salimos de Bergen por la mañana, el humo helado colgaba sobre el fiordo. Las hojas de los árboles de las laderas estaban amarillas y rojas, el fiordo reluciente, las cascadas blancas y grandes. Yo me sentía feliz, la entrevista había terminado, y había terminado bien, pero también había sido desgarrada, había en Hauge algo que me llenaba de inquietud. Algo que no quería descansar y cuyo origen desconocía. Él era un anciano, llevaba ropa de anciano, camisa de franela y pantalones de viejo, zapatillas y sombrero, y andaba como un viejo, y sin embargo no había nada de viejo en él, como por ejemplo había en mi abuelo o en el tío de mi padre,

Alf. Al contrario, cuando por fin se abrió a nosotros y quiso enseñarnos cosas, lo hizo de un modo cándido, infantil, andaba como un viejo, infinitamente amable, pero también infinitamente vulnerable, parecía un chico sin amigos cuando alguien de repente muestra interés por él, algo impensable en el caso del abuelo o de Alf, que haría más de sesenta años que no se abrían a alguien de esa forma, y eso si es que lo habían hecho alguna vez. Pero no, no es que él se hubiese abierto, parecía más bien su estado natural, protegido por ese rechazo que mostró hacia nosotros cuando llegamos. Vi algo que no quería ver porque quien lo mostraba no conocía su aspecto. Tenía más de ochenta años, pero en él nada había muerto, nada se había anquilosado y de esa manera se vuelve demasiado doloroso vivir, pienso ahora. Por aquel entonces sólo me dejó intranquilo.

—¿Podríamos sacarle alguna junto a los manzanos? —le preguntó Asbjørn.

Hauge asintió y siguió a Asbjørn hasta los árboles. Yo me agaché para apagar el cigarrillo en el suelo, y busqué un sitio donde dejarlo al levantarme, no podía tirarlo en su finca sin más, pero no encontré un sitio apropiado, y me lo metí en el bolsillo.

Con las montañas envolviéndonos por todas partes, tenía la sensación de estar en una enorme cámara acorazada. Noté que todavía había una corriente de algo suave y cálido en el aire, como ocurre a menudo en el oeste en otoño.

—¿Crees que podemos pedirle que nos lea unos poemas? —preguntó Espen.

—Si te atreves —dije, viendo a Asbjørn sonreír a lo lejos. Si para Espen Hauge era un poeta, para Asbjørn era una leyenda, y en ese momento estaba allí, con todo el tiempo del mundo para hacerle fotos. Cuando acabaron, volvimos al salón a por nuestras cosas. Saqué el libro que había comprado en una librería por el camino. Los poemas completos de Hauge. Le pedí que escribiera una pequeña dedicatoria para mi madre en él.

—¿Cómo se llama ella? —preguntó.

—Sissel —respondí.

—¿Qué más?

—Hatløy. Sissel Hatløy.

Un saludo de Olav H. Hauge para Sissel Hatløy, escribió, y me

devolvió el libro.

—Gracias —dije.

Nos acompañó hasta la puerta cuando nos íbamos. Espen abrió el libro de espaldas a él, y de repente se volvió, con una cara radiante de timidez y esperanza.

—¿Podría leernos un poema?

—Pues sí, supongo que sí —contestó Hauge—. ¿Cuál prefieres?

—¿Podría ser el del gato? —sugirió Espen—. En el patio. Encaja muy bien aquí, ja, ja, ja.

—Vamos a ver —dijo Hauge—. Aquí está.

Y empezó a leer.

El gato está sentado

en el patio

cuando llegas.

Habla un poco con el gato.

Él es el más despierto de la finca.

Sonreímos todos, Hauge también.

—Es un poema muy breve —señaló—. ¿Queréis otro?

—¡Con mucho gusto! —exclamó Espen.

Hauge volvió a hojear el libro, y leyó:

TIEMPO DE COSECHAR

Suaves días de sol en septiembre.

Es tiempo de cosechar. Aún quedan

*arándanos en el bosque,
se ruborizan los escaramujos*

junto a las vallas, se sueltan las

redes y racimos negros de zarzamoras

*brillan entre los matorrales,
los tordos buscan las últimas grosellas,
Y las avispas chupan las dulces ciruelas.
Al atardecer dejo la escalera y cuelgo*

el cubo en el cobertizo, los áridos glaciares

*tienen ya una fina capa de nieve recién caída.
Y yo, acostado en mi cama,
oigo los golpes de los pescadores de espadín,
cuando salen. Sé que durante toda la noche se deslizan*

con potentes focos buscando por el fiordo.

Allí, en el patio, mirando al suelo mientras él leía, pensé que aquél era un momento grande y privilegiado, pero tampoco ese pensamiento pudo asentarse en mí, porque el momento poseído por el poema leído por su creador era mucho más grande que nosotros, pertenecía a lo que no tiene fin, ¿y cómo podíamos nosotros, tan jóvenes y no más sabios que tres gorriones, recibir aquello? No podíamos, al menos yo me retorció un poco mientras él leía. Era casi insoportable. Un chiste hubiera estado bien, para al menos dar cierta

forma a la cotidianidad en la que estábamos sumidos. Ay, tanta belleza, ¿cómo manejarla? ¿Cómo afrontarla?

Hauge levantó la mano a modo de breve saludo cuando nos marchamos, y había desaparecido ya dentro de la casa cuando Asbjørn arrancó el coche y enfilamos la carretera. Yo me sentía como se siente uno tras un día entero al sol en el verano, agotado y pesado, a pesar de no haber hecho nada más que estar tumbado sin moverse sobre una roca con los ojos cerrados. Asbjørn pasó por un café a recoger a su novia Kari, que se había quedado allí esperándonos mientras nosotros entrevistábamos a Hauge. Tras charlar unos minutos sobre lo que habíamos vivido, se hizo el silencio en el coche, nos quedamos callados mirando por las ventanillas las sombras que se alargaban fuera y los colores que se volvían cada vez más profundos. El viento que llegaba desde el fiordo alborotándole el pelo a la gente, las banderolas de los periódicos ondeando en los quioscos, los niños en sus bicicletas, esos eternos chavales de los pueblos siempre con sus bicicletas. Nada más llegar a casa me puse a copiar la entrevista de la grabadora, porque sabía por experiencia que la hostilidad hacia las voces, las preguntas y todo lo que había ocurrido aumentaría rápidamente con el tiempo, de modo que me puse enseguida manos a la obra, porque mientras me encontrara relativamente cerca de ello, la duda y la vergüenza serían más llevaderas. Pronto comprendí que el problema era que todo lo que nos había salido bien había ocurrido fuera del alcance del magnetófono. La solución era escribirlo tal y como había sucedido, reproducirlo todo, la impresión que nos dio al principio, lo introvertido y gruñón que se había mostrado, el cambio, la tarta de manzana, la biblioteca. Espen escribió la introducción a la obra del autor, y el análisis de varios pequeños pasajes, que hacían un buen contraste con lo demás que había ocurrido. Por el director de la revista *TAL*, el estudiante de filosofía, discípulo del poeta Johannesen y defensor del neonoruego Marius Hansteen, supimos que a Hauge le había gustado mucho; le había dicho al poeta Georg Johannesen que era una de las mejores entrevistas que le habían hecho, no creo que fuera para tanto, teníamos veinte años, y en lo referente a las valoraciones de Hauge respecto a los demás, la cortesía estaba siempre por encima de la verdad, pero creo que lo que le gustó, e hizo que su mujer llamara con el fin de pedir varios ejemplares más para regalar a amigos y conocidos, fue, he pensado después de haber leído su diario, que la entrevista presentara un retrato de él que no era sólo

halagador. Naturalmente, él mismo conocía su lado hostil y de viejo gruñón, pero debido al respeto que le tenía la gente, este lado se ocultaba siempre, algo que a él, tan amante de la verdad, no siempre le gustaría, detrás de todas las capas de cortesía y decencia.

Medio año más tarde, le tocó al autor Kjartan Fløgstad. Había leído la entrevista con Hauge, me dijo cuando lo llamé, y se prestaría gustoso a una entrevista con *TAL*. Si hubiera ido solo, de puro nerviosismo y respeto me habría leído todos sus libros, habría anotado preguntas suficientes para una conversación de varias horas, y grabado todo lo que se hubiera dicho, porque aunque mis preguntas fueran tontas, sus respuestas no lo serían, y si las hubiera grabado, su tono dominaría toda la entrevista, independientemente de la cantidad de preguntas imperfectas que le hiciera. Pero como vendría Yngve, no estaba tan nervioso, me apoyé en él, no leí todos los libros, apunté unas preguntas más aproximativas, a la vez que también tuve en cuenta la relación entre Yngve y yo, no quería que creyera que yo le iba a corregir, ni tampoco que pensara que yo creía que sabía de eso más que él, de modo que cuando fuimos a Oslo a ver a Fløgstad, un día gris de primavera a finales de marzo o principios de abril, a un café del barrio de Bjølsen, estaba peor preparado de lo que he estado nunca en una situación como ésa, tanto antes como después, y para colmo, Yngve y yo habíamos llegado a la conclusión de que no usaríamos grabadora, ni tomaríamos notas de la entrevista, ya que pensábamos que eso lo haría todo muy rígido y formal, y queríamos que fuera más bien una conversación, algo impresionista, algo que surgiera sobre la marcha. Mi memoria no era una maravilla, pero la de Yngve era como la de un elefante, y pensamos que si anotábamos inmediatamente después lo que se había dicho, nos complementaríamos el uno al otro, y así, entre los dos, cubriríamos todo el espectro. Fløgstad nos guió cortésmente dentro del café, uno de esos cafés antiguos con olor a cerveza, nos sentamos alrededor de una mesa redonda, colgamos las chaquetas en los respaldos de la sillas, sacamos las hojas con las preguntas, y cuando dijimos que pensábamos llevar a cabo la entrevista sin grabadora, Fløgstad dijo que era una decisión respetable. Una vez, dijo, había sido entrevistado para el periódico sueco *Dagens Nyheter* por un periodista que no tomó notas, y el resultado fue impecable, algo que le resultó digno de admiración. Durante la entrevista, estuve igual de concentrado en lo que decía Yngve que en las reacciones de Fløgstad, tanto en lo que respondía, el tono de

su voz y su lenguaje corporal, como en el contenido de la conversación. Mis preguntas se dirigieron casi tanto hacia lo que ocurría en torno a la mesa como a lo que ocurría en los libros de Fløgstad, en el sentido de que se realizaron más bien para rellenar o compensar algo de la situación. La entrevista duró alrededor de una hora, y tras darle la mano agradeciéndole el haberse prestado a la misma, y después de que se fuera andando hacia el que sabíamos era su barrio, nos sentíamos animados y contentos, porque todo había ido muy bien, ¿no? ¡Habíamos charlado con Fløgstad! Tan animados estábamos que a ninguno de los dos nos apetecía sentarnos a tomar notas de lo que se había dicho, podíamos hacerlo al día siguiente, el partido de fútbol de la quiniela estaba a punto de empezar en la televisión, podíamos verlo en un pub, etcétera, era sábado, y no estábamos muy a menudo en Oslo... Al día siguiente salía el tren para Bergen, tampoco entonces hubo tiempo de anotar nada, y cuando llegamos a Bergen, nos fuimos cada uno a nuestra casa. Si habíamos esperado tres días, podíamos esperar otros tres, ¿no? Y otros tres, y otros tres más. Cuando por fin nos pusimos, no nos acordábamos de gran cosa. Por lo menos conservábamos las preguntas, que fueron de gran ayuda, y luego teníamos cierta idea de lo que él había opinado sobre ciertas cosas, en parte basada en lo que de hecho recordábamos y en parte en lo que pensábamos que él opinaba. Yo tenía la responsabilidad de escribirlo, yo era el que había recibido el encargo, y el que trabajaba en eso, y tras conseguir componer unas cuantas páginas, comprendí que no podía ser, era demasiado vago e impreciso, de modo que sugerí a Yngve que llamáramos a Fløgstad y le preguntáramos si nos dejaba hacerle unas preguntas adicionales por teléfono. Nos sentamos delante del escritorio de la habitación del piso de Yngve en Blekebakken para garabatear algunas preguntas nuevas. El corazón me latía con fuerza al marcar el número de Fløgstad, y mi estado no mejoró al escuchar su tono de voz reservado al otro lado del auricular. Pero conseguí explicarle el objetivo de mi llamada, y él accedió a concedernos otra media hora, aunque por el tono de su voz adiviné que empezaba a entender lo que pasaba. Mientras yo le hacía las preguntas, Yngve estaba en la habitación contigua como un agente secreto, con el teléfono supletorio al oído, anotando todo lo que se decía. Ya lo teníamos. Entre todas las vaguedades y aproximaciones intercalé las nuevas frases, que, de una manera muy diferente, eran fiables y aportaban un aire de autenticidad al resto. Cuando escribí una introducción general a la obra de

Fløgstad, aparte de varios entrantes fácticos y analíticos, no quedó mal. De hecho tenía bastante buena pinta. Fløgstad había pedido leer la entrevista antes de que fuera a la imprenta, así que se la envié, con unas palabras amables. No sabía si tenía por costumbre pedir leer las entrevistas de antemano, o si sólo lo hizo con nosotros, que habíamos sido lo suficientemente temerarios como para hacerla sin tomar notas, pero como al final me había salido bien, no me preocupaba. Es cierto que aún tenía un vago sentimiento de malestar por esos pasajes imprecisos, pero traté de no pensar en ello, pues que yo supiera, no existía ninguna norma que dijera que los entrevistados tenían que ser reproducidos literalmente. De manera que cuando la carta de Fløgstad apareció en mi buzón unos días más tarde y la tuve en la mano, no presentía nada desagradable. No obstante, me sudaban las palmas de las manos, y el corazón me latía deprisa. Había llegado la primavera, el sol calentaba, llevaba zapatillas de deporte, camiseta y vaqueros, y estaba a punto de irme al conservatorio de música, donde un amigo de mi primo, Jon Olav, iba a darme una clase de tambor. Lo mejor habría sido dejar la carta en casa sin abrirla, porque iba mal de tiempo, pero me venció la curiosidad, y la abrí mientras caminaba lentamente hacia la parada del autobús. Saqué del sobre la copia de la entrevista. Estaba llena de subrayados en rojo y comentarios en rojo al margen. «Yo nunca he dicho esto», leí. «Impreciso», leí. «No, no», leí. «???», leí. «¿De dónde sacas esto?», leí. Casi cada una de las frases estaba señalada de una u otra manera. Me quedé inmóvil mirándola. Tenía la sensación de estar cayendo. Caía directamente en la oscuridad. Leí muy deprisa la carta que acompañaba a los comentarios, a una velocidad febril, como si la humillación fuera a acabarse al leer la última palabra. Concluía con un «Creo que lo mejor será que esto nunca llegue a publicarse. Atentamente, Kjartan Fløgstad». Cuando proseguí mi camino, arrastrando los pies, los subrayados en rojo me volvían a la mente una y otra vez. Ardiendo de vergüenza, a punto de llorar, me metí la carta en el bolsillo trasero del pantalón, me detuve delante del autobús que llegaba justo en ese instante, subí, y me senté junto a la ventana en la parte de atrás. La vergüenza me quemaba mientras el autobús subía a paso de tortuga hacia Haugeland, y los mismos pensamientos seguían dando vueltas en mi conciencia. Yo no era lo suficientemente bueno. No era escritor y nunca lo sería. Lo que tanto nos había gustado, el haber hablado con Fløgstad, era sólo ridículo y doloroso. Cuando llegué a casa llamé a Yngve,

que, para mi asombro, no se lo tomó demasiado mal. Qué pena, dijo. ¿Estás seguro de que no puedes arreglarla y enviarle una nueva versión? Cuando me sentí un poco mejor, volví a leer los comentarios y la carta, y vi que Fløgstad también había comentado mis propios comentarios, por ejemplo el adjetivo «cortazariano», refiriéndome a Cortázar, eso era algo que no podía hacer, ¿no? Meterse en lo que yo opinaba de sus libros. En mis valoraciones. Le escribí una carta diciéndole que en algunos pasajes la entrevista adolecía de inexactitudes, tal y como él decía, pero sí que había dicho alguna de esas cosas, yo lo sabía, porque tomé notas durante la entrevista por teléfono, y además él también había escrito objeciones a mis comentarios, es decir, a los comentarios del periodista, y eso era pasarse de sus atribuciones. Si no le importaba, podía tomar como punto de partida sus correcciones y sus comentarios, y enviarle una nueva versión. Unos días más tarde llegó una carta suya cortés, pero firme, en la que me daba la razón en que algunos de sus comentarios se referían a mis interpretaciones, pero que eso no cambiaba la cuestión principal, que era que la entrevista no debía publicarse. Cuando logré librarme de la humillación, lo que me llevó aproximadamente medio año, período en el que no podía ver ni la cara, ni los libros, ni los artículos de Fløgstad sin sentirme profundamente avergonzado, convertí el episodio en una historia irrisoria. A Yngve no le gustó que eso se hiciera a nuestras expensas, no veía nada gracioso en la humillación, o mejor dicho, no veía ninguna humillación en ello. Nuestras preguntas fueron buenas, la conversación con Fløgstad llena de sentido, eso era lo que él quería conservar de aquello.

Mi vida en Bergen estuvo más o menos parada durante cuatro años, no ocurrió nada, quería escribir, pero no podía, y eso fue más o menos todo. Yngve sacaba créditos en la universidad y llevaba la vida que quería, al menos ésa era la impresión que daba, pero en un momento se estancó, no acababa su tesina, no trabajaba mucho en ella, tal vez porque vivía de antiguos méritos, tal vez porque pasaban muchas otras cosas en su vida. Cuando por fin hubo entregado la tesina, que trataba del *star system* en el cine, estuvo algún tiempo en paro, a la vez que yo empecé a trabajar como objetor de conciencia en la radio estudiantil, fui entrando poco a poco en un ambiente distinto al suyo, y conocí a Tonje, con quien empecé a salir ese invierno, apasionadamente enamorado. Mi vida había dado un giro radical, sin que yo mismo lo entendiera. Durante muchos años me agarré a la imagen de la vida que había

llevado durante mi primera época en Bergen, cuando Yngve de repente abandonó esa ciudad, al encontrar trabajo como asesor cultural en el ayuntamiento de Balestrand; tal vez no fuera exactamente lo que había deseado, pero no había nadie por encima de él en la administración, de modo que en la práctica era el jefe de cultura; en el lugar se celebraba además un festival de jazz del que él se ocuparía, y con el tiempo se mudó allí su amigo Arvid, empleado también por el ayuntamiento. Volvió a encontrarse con Kari Anne, a la que había conocido muy por encima en Bergen, ella trabajaba de profesora, empezaron a salir y tuvieron una niña, Ylva, y un año después se mudaron a Stavanger, donde Yngve, como ya he mencionado, se lanzó a una profesión para él desconocida, el diseño gráfico. A mí me gustó que lo hiciera, pero también me preocupaba, ¿bastaba con un cartel para el Festival de Hundevåg y un tríptico para un evento local?

Nunca nos tocábamos, ni siquiera nos dábamos la mano cuando nos veíamos, y raramente nos mirábamos a los ojos.

Todo eso me vino a la mente aquella templada tarde del verano de 1998, en la terraza de la casa de la abuela, yo de espaldas al jardín, él en una tumbona junto a la pared. Por la expresión de su cara resultaba imposible saber si estaba pensando en lo que yo acababa de decir, que me encargaría de todo, también del jardín, o si le era indiferente.

Me volví y apagué el cigarrillo en la parte de abajo de la verja negra de hierro forjado. Pequeñas motas de ceniza y rescoldos sobre el hormigón.

—¿Hay por aquí algún cenicero? —pregunté.

—Que yo sepa no —respondió—. Usa esa botella.

Hice como me dijo y metí la colilla por el cuello de la botella verde de Heineken. Al sugerir que celebráramos allí el entierro, a lo que él seguramente respondería que era imposible, la diferencia entre nosotros, que yo no quería que quedara patente, resultaría obvia. Él aparecería como el hombre práctico y realista, yo como el idealista y sentimental. Nuestro padre era el padre de los dos, pero no de la misma manera, y el que yo quisiera utilizar el entierro para una especie de restablecimiento, añadido al hecho de que no parara de llorar, mientras Yngve aún no había derramado ni una lágrima, podría entenderse como si mi relación con nuestro padre hubiera sido más entrañable, y, seguramente interpretarse como una crítica oculta por la manera en que Yngve se comportaba en relación con su muerte. Yo no lo veía así, lo que me temía

era la posibilidad de que pudiera ser entendido así. Al mismo tiempo, esa propuesta haría chocar nuestras voluntades. Sobre una nimiedad, es verdad, pero no quería que en esa situación *nada* se interpusiera entre nosotros.

Un hilo de humo subía en ondas desde la botella junto a la pared. Significaría que el cigarrillo no se había apagado del todo. Busqué con la mirada algo con que tajarla. ¿Acaso el plato usado por la abuela para la comida de la gaviota? Seguían allí dos trocitos de hamburguesa, y un poco de salsa reseca, pero serviría, pensé, y lo puse con cuidado sobre la boca de la botella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Yngve mirándome.

—Una pequeña escultura —contesté—. Hamburguesa y cerveza en el jardín, se llama. O *carbonade and beer in the garden*.

Me enderecé y retrocedí un paso.

—Lo refinado es ese humo que sube —proseguí—. De alguna manera lo hace interactivo con el mundo. No es sólo una escultura normal y corriente. Y los restos de comida son la putrefacción. También eso es una interacción, un proceso, algo que está en movimiento. Tal vez el movimiento mismo. Al contrario de lo estático. Y la botella de cerveza está vacía, ya no tiene ninguna función. Pues, ¿qué es un contenedor que no contiene nada? No es nada. Pero la nada tiene una forma, ¿lo entiendes? Ésa es la forma que he intentado mostrar aquí.

—Entiendo —dijo.

Saqué otro cigarrillo del paquete que estaba sobre la valla, y aunque no me apetecía demasiado, lo encendí.

—Oye —dije.

—¿Sí?

—He pensado una cosa. No paro de darle vueltas. Y es si no deberíamos celebrar aquí el entierro. En esta casa. Si trabajamos duro, en una semana tendremos tiempo de arreglarla. Tiene que ver con que él destrozara todo esto. Y que nosotros no podamos aceptarlo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro que sí —contestó Yngve—. ¿Pero crees que nos va a dar tiempo? Yo me tengo que ir a Stavanger el lunes por la noche. Y no podré volver hasta el jueves. Tal vez el miércoles, pero lo más probable es que el jueves.

—No hay problema —dije—. ¿Estás de acuerdo en que lo hagamos?

—Sí. Puede que la idea no le guste mucho a Gunnar, pero...

—No es asunto suyo. Se trata de nuestro padre.

Nos acabamos los cigarrillos sin decir nada más. Por debajo de nosotros la noche había empezado a suavizar el paisaje; sus afilados bordes, que también incluían las actividades humanas, se fueron atenuando gradualmente. Algunas barcas entraban por la bahía, y pensé en el olor a bordo de ellas, a plástico, sal, gasolina, que constituía una parte tan importante de mi infancia. Un avión que llegó por el oeste sobrevolaba la ciudad tan bajo que pude distinguir el logo de Braathens Safe. Desapareció de nuestra vista con un suave estallido. Abajo, en el jardín, gorjeaban unos pájaros ocultos por las espesas hojas de uno de los manzanos.

Yngve vació el vaso y se levantó.

—Un turno más —dijo—. Y lo dejamos por hoy.

Me miró y añadió.

—¿Has hecho mucho abajo?

—He terminado el cuarto de la lavadora y las paredes del baño.

—Bien —dijo.

Lo acompañé adentro. Al oír los sonidos altos pero comprimidos del televisor, me acordé de que la abuela estaba allí sentada. No podía hacer nada por ella, nadie podía, pero pensé que a lo mejor sería para ella un pequeño alivio vernos, acordarse de que estábamos allí. Me acerqué a ella y me puse junto a su sillón.

—¿Necesitas algo, abuela? —le pregunté.

Me miró de reojo.

—¿Eres tú? —preguntó—. ¿Dónde está Yngve?

—En la cocina.

—Ah, sí —dijo, volviendo la vista hacia el televisor. Ese rasgo de rapidez tan típico de ella no había desaparecido, pero había cambiado con su delgadez, o era patente de otra manera, ahora ya sólo relacionado con sus movimientos, no con su carácter, como antes. En otros tiempos era espabilada, alegre, sociable, siempre con un comentario divertido en los labios, a menudo solía guiñar un ojo como para separar un tema de otro de los muchos que trataba a la vez. Ahora había en ella algo oscuro. Su alma era oscura. Podía verlo, saltaba a la vista. ¿Pero acaso esa oscuridad había estado allí siempre?

Los brazos le colgaban de los reposabrazos, y las manos se agarraban a los extremos, como si estuviera moviéndose a gran velocidad.

—Voy a fregar el baño de abajo un poco —dije.

Volvió la cabeza hacia mí.

—¿Eres tú? —volvió a preguntar.

—Sí —contesté—. Voy a fregar el baño de abajo. ¿Necesitas algo?

—No, gracias, hijo.

—Vale —dije, a punto ya de bajar.

—Oye, ¿no soléis tomaros Yngve y tú una copita por la noche?

—preguntó.

¿Se había formado la idea de que nosotros también bebíamos? ¿Que no sólo era mi padre el que destrozaba su vida, sino también sus hijos?

—No —contesté—. Nada de eso.

La abuela no parecía querer decir nada más, y bajé la escalera hacia el sótano, que seguía apestando, aunque la fuente del mal olor se había eliminado. Enjuagué el cubo rojo, lo llené de agua casi hirviendo y seguí fregando el baño. Primero el espejo, en el que la capa marrón resultaba casi imposible de quitar, y no lo conseguí hasta que utilicé un cuchillo que subí corriendo a buscar a la cocina, además de una esponja dura, luego el lavabo, la bañera, el marco de la ventana, el cristal alargado y áspero de la misma, el inodoro por dentro, la puerta, el umbral y el marco. Al final fregué el suelo, tiré al retrete el agua del cubo ya gris oscuro y saqué la bolsa de basura fuera, donde me quedé unos minutos mirando la sombría oscuridad veraniega, que no era oscuridad, sino más bien un defecto de luz.

Las voces altas que subían y bajaban por la calle principal, seguramente de alguna pandilla en busca de diversión, me hicieron recordar que era sábado por la noche.

¿Por qué la abuela había preguntado si bebíamos? ¿Era por el destino de mi padre, o se basaba en algo distinto?

Me acordé de cuando celebré el fin del bachillerato en esa ciudad diez años antes, lo borracho que estaba en el desfile; los abuelos, que se encontraban entre la gente que miraba, me llamaron, recordé sus confusas expresiones al darse cuenta del estado en el que me encontraba. Había empezado a beber mucho aquella Semana Santa mientras estaba en un campamento de entrenamiento en Suiza con mi equipo de fútbol, y había

seguido bebiendo el resto de la primavera, siempre había una ocasión, siempre una reunión, siempre más gente dispuesta a unirse a la juerga, y para los que llevábamos el traje de bachiller, todo estaba permitido y perdonado. Para mí resultó paradisiaco, pero para mi madre, que vivía sola conmigo, fue diferente. Al final me echó de casa, algo que no me importó nada, pues lo más fácil del mundo era encontrar un lugar donde dormir, ya fuera un sofá cama en un cuarto de sótano de la casa de algún amigo, en el autocar de los bachilleres o debajo de un arbusto en algún parque. Para mis abuelos, la época de la celebración del bachillerato era la transición a la vida universitaria, tal y como había sido para el abuelo y tal y como había sido para sus hijos, había algo solemne en ello, que yo rebajé al ponerme hasta arriba de alcohol y hierba, y como director del periódico de los bachilleres, al ilustrar el tema principal —el asunto de una deportación de Flekkerøya— con una foto de unos judíos siendo deportados desde los guetos a los campos de exterminio. También en eso había una cuestión de tradición; mi padre fue en su época director del periódico de bachilleres. Y yo lo rebajé todo a la mierda.

Pero en eso no pensé ni un momento entonces, algo claramente expresado en el diario que escribía en esa época, en la que sólo me importaba mi sentimiento de felicidad.

Ya había quemado todos los diarios y todas las notas que había escrito, y apenas quedaban ya huellas mías hasta cumplir los veinticinco años, y mejor así, pues no salió nada bueno de aquellos años.

El aire se había enfriado un poco, y como tenía la piel tan caliente tras el trabajo, me fijé en él, en cómo me envolvía apretándose contra la piel, entrando a chorros en mi boca cuando la abría. Cómo envolvía a los árboles delante de mí, las casas, los coches, las pendientes de las montañas. Cómo esas constantes avalanchas en el cielo que no podíamos ver se acercaban velozmente a un lugar al caer la temperatura, cómo se nos venía encima como inmensos oleajes, siempre en movimiento, cayendo lentamente, girando rápidamente en remolinos, entrando y saliendo de todos esos pulmones, golpeándose contra todas esas paredes, siempre invisibles, siempre presentes.

Pero mi padre ya no respiraba. Eso era lo que le había pasado, se había roto su relación con el aire, ahora sólo lo presionaba como a cualquier cosa, un tronco, un bidón de gasolina, un sofá. Él ya no se metía en el aire, porque eso es lo que uno hace al respirar, uno se vuelve a enganchar, una y otra vez se

engancha uno al mundo.

Él yacía ahora en algún lugar de esa ciudad.

Me volví y entré en el momento en que alguien abrió una ventana al otro lado de la calle, dejando salir el ruido de música y voces altas.

AUNQUE el otro cuarto de baño era más pequeño y no estaba tan sucio, tardé mucho en fregarlo. Al acabar me llevé los detergentes, las bayetas, los guantes y el cubo al piso de arriba. Yngve y la abuela estaban sentados en la cocina. Detrás de ellos, el reloj de la pared marcaba las ocho y media.

—Ya has acabado de fregar, ¿no? —preguntó la abuela.

—Sí, sí —contesté—, ya he acabado por hoy.

Miré a Yngve.

—¿Has hablado hoy con mamá?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo hice ayer.

—Yo prometí llamarla hoy. Pero creo que no me quedan fuerzas.

Además, es un poco tarde.

—Hazlo mañana —sugirió Yngve.

—Pero tengo que hablar con Tonje. Voy a llamarla.

Entré en el comedor y cerré detrás de mí la puerta de la cocina. Me senté un rato en el sofá para centrarme. Luego marqué el número de casa. Tonje lo cogió al instante, como si estuviera sentada delante del teléfono esperando. Yo conocía todos los matices de su voz, y fue en los matices en lo que me fijé, no en lo que decía. Primero el calor, la compasión y la añoranza, luego fue como si la propia voz se encogiera y disminuyera, como si quisiera ponerse muy, muy cerca de mí. Mi propia voz estaba llena de distancia. Ella se acercó mucho a mí, y yo lo necesitaba, pero yo no me acerqué a ella, fui incapaz. Le describí brevemente lo que había sucedido, sin perderme en detalles, sólo le dije que estaba fatal y que no paraba de llorar. Luego hablamos un poco de lo que había hecho ella, aunque al principio no quería hablar de eso, y también hablamos de cuando iría. Después de colgar fui a la cocina a beber un vaso de agua. No había nadie. La abuela estaba de nuevo sentada en su sillón delante de la televisión. Me acerqué a ella.

—¿Sabes dónde se ha metido Yngve?

—No —contestó—. ¿No estaba contigo?

—No.

El olor a meado me escocía en la nariz.

Me quedé de pie, sin saber muy bien qué hacer. Era un olor fácilmente explicable. Él estaba tan borracho que había perdido el control de las funciones fisiológicas.

¿Pero dónde estaba ella entonces? ¿Qué estaba haciendo mientras?

Me entraron ganas de acercarme al televisor y destrozar la pantalla de una patada.

—No beberéis Yngve y tú, ¿verdad? —preguntó ella de repente, pero sin mirarme.

Negué con la cabeza.

—No. O mejor dicho, puede que alguna rara vez. Pero sólo un poco. Nunca mucho.

—Pero esta noche no, ¿verdad?

—¡No! ¡Estás loca! —exclamé—. Nunca se me ocurriría. Y a Yngve tampoco.

—¿Qué es lo que no se me ocurriría jamás? —preguntó Yngve detrás de mí. Estaba subiendo los dos escalones que separaban el salón de abajo del de arriba.

—La abuela pregunta si solemos beber.

—Puede que alguna vez —dijo Yngve—. Pero no a menudo. Yo ya tengo dos niños, ¿sabes?

—¿Tienes *dos*? —preguntó la abuela.

Yngve sonrió. Yo también sonreí.

—Sí —contestó—. Ylva y Torje. Ya conoces a Ylva. A Torje lo conocerás en el entierro.

La poca vida que se había encendido en la cara de la abuela se volvió a apagar. Miré a Yngve.

—Ha sido un día muy largo —dije—. Tal vez deberíamos irnos ya a la cama.

—Creo que me quedaré un rato en la terraza —dijo mi hermano—. ¿Me acompañas?

Le dije que sí. Él se fue a la cocina.

—¿Sueles quedarte levantada hasta muy tarde? —pregunté a la abuela.

—¿Cómo?

—Nos vamos a dormir. ¿Tú te quedas levantada?

—Ah, no. Yo también me acuesto.

Ella me miró.

—Entonces dormiréis abajo en nuestro viejo dormitorio, ¿no? Como está libre...

Moví la cabeza en un gesto negativo, arrugando las cejas como pidiendo perdón.

—Pensábamos dormir arriba —objeté—. En la buhardilla. Ya hemos deshecho allí el equipaje.

—Ah, sí, también allí estaréis bien —dijo la abuela.

—¿Te vienes? —preguntó Yngve, que estaba en el salón de abajo con un vaso de cerveza en una mano.

Cuando salí a la terraza, estaba sentado en un sillón de jardín de madera, con una mesa haciendo juego al lado.

—¿Dónde has encontrado eso? —le pregunté.

—Allí abajo en el cobertizo —respondió—. Me parecía recordar que lo había visto alguna vez.

Me apoyé en la barandilla. Muy a lo lejos, en el fiordo, brillaba el ferry que iba a Dinamarca. Todas las barcas que avistaba tenían ya los focos encendidos.

—Tenemos que hacernos con una de esas guadañas eléctricas —dije—. O como se llamen. Aquí no servirá un cortacésped normal y corriente.

—El lunes buscamos en las páginas amarillas una empresa de esas que las alquilan —apuntó él, mirándome—. ¿Has hablado con Tonje?

—Sí —contesté.

—No seremos muchos —dijo Yngve—. Nosotros, Gunnar, Erling, Alf y la abuela. Dieciséis contando a los niños.

—Pues no tendrá exactamente un entierro con honores.

Yngve dejó el vaso y se reclinó en el sillón. Muy en lo alto sobre los árboles, hacia el cielo gris velado, zigzagueaba un murciélago.

—¿Has pensado algo más en cómo lo vamos a hacer? —preguntó.

—¿El entierro?

—Sí.

—No, no exactamente. Pero no quiero un jodido entierro de esos de los humanistas éticos.

—Estoy de acuerdo. Entonces tendrá que ser religioso.

—Pues sí, supongo que no hay otra alternativa. Pero papá no era miembro de la iglesia estatal.

—¿No lo era? —preguntó Yngve—. Sabía que no era cristiano creyente, pero no que se hubiera dado de baja.

—Pues sí. Lo dijo en una ocasión. Yo me di de baja el día en que cumplí dieciséis años, y se lo dije en una cena en Elvegaten. Se enfadó. Entonces Unni dijo que cómo podía enfadarse si él mismo se había dado de baja y que no podía enfadarse porque yo hubiera hecho lo mismo.

—No le habría gustado un entierro religioso —dijo Yngve—. No quería tener nada que ver con ellos.

—Pero está muerto —objeté—. Y yo al menos quiero hacerlo así. No quiero participar en unos jodidos ritos inventados y leer unos jodidos poemas. Quiero algo decente. Digno.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Yngve.

Me volví de nuevo para contemplar la ciudad, desde donde subía un constante murmullo, a veces ahogado por un repentino acelerón de algún motor, a menudo procedente del puente, por el que los jóvenes solían divertirse a esas horas yendo deprisa, pero también de la rectilínea calle Dronning.

—Me voy a acostar —dijo Yngve. Entró en el salón sin cerrar la puerta tras él. Apagué el cigarrillo en el suelo y lo seguí. Cuando la abuela se enteró de que nos íbamos a acostar, se levantó del sillón para ir a buscar ropa de cama.

—Ya nos ocupamos nosotros —dijo Yngve—. No es ningún problema. ¡Ve a dormir tú también!

—¿Seguro? —dijo, pequeña y encorvada en el marco de la puerta del pasillo, mirándolo.

—Sí, sí —respondió Yngve—. No te preocupes.

—Bueno, entonces buenas noches, chicos.

Y bajó lentamente la escalera sin volverse.

Una sensación de malestar me hizo estremecerme.

No había agua en la buhardilla, así que subimos a por los cepillos de dientes, y nos pusimos delante de la pila de la cocina a cepillárnoslos, inclinándonos por turno hacia el grifo para enjuagarnos la boca, como si volviéramos a ser niños. De vacaciones de verano.

Me limpié la espuma de pasta de dientes con la mano, que a continuación me sequé en el muslo del pantalón. Eran las once menos veinte. Hacía años que no me acostaba tan temprano. Pero había sido un día muy largo. Tenía el cuerpo entumecido de agotamiento, y me dolía la cabeza de

tanto llorar. Pero el llanto ya se había alejado. Tal vez me había inmunizado. Tal vez ya me había acostumbrado.

Una vez arriba, Yngve abrió la ventana, fijó el gancho y encendió la lámpara sobre la cabecera. Yo hice lo mismo en mi lado, y apagué la lámpara del techo. El cuarto olía a cerrado, no por el aire, sino por los muebles y las alfombras, que llevaban un par de años sin desempolvarse, o tal vez aún más tiempo.

Yngve se sentó en su lado de la cama de matrimonio y se desnudó. Yo hice lo mismo en mi lado. Había algo íntimo en eso de dormir en la misma cama. No lo hacíamos desde que éramos niños, en que intimábamos mucho más. Pero al menos teníamos cada uno nuestro edredón.

—¿Has pensado en que papá nunca pudo leer tu novela? —me preguntó Yngve, volviendo la cabeza y mirándome.

—No —respondí—. No se me había ocurrido pensarlo.

En cuanto lo terminé, a principios de junio, di el manuscrito a Yngve. Su primer comentario después de haberlo leído fue que mi padre me demandaría judicialmente. Fueron sus palabras exactas. Yo estaba en una cabina telefónica en el aeropuerto, a punto de marcharme de vacaciones a Turquía con Tonje, no sabía si mi hermano se pondría furioso o me apoyaría, no tenía ni idea de cómo reaccionaría la gente cercana a mí ante lo que había escrito. «No tengo ni idea de si es bueno o malo», dijo Yngve. «Pero papá te demandará judicialmente. De eso no me cabe la menor duda.»

—Hay una frase que se repite una y otra vez en el libro —le dije en la buhardilla—. «Mi padre ha muerto.» ¿Lo recuerdas?

Yngve echó el edredón a un lado, subió las piernas a la cama y se tumbó. Luego se incorporó a medias y ahuecó un poco la almohada.

—Vagamente —dijo, y se volvió a tumbar.

—Es cuando Henrik huye del pueblo. Necesita una excusa, y ésa es la única que se le ocurre. «Mi padre ha muerto.»

—Correcto —dijo Yngve.

Me quité el pantalón y los calcetines, y me acomodé en la cama. Primero boca arriba, con las manos entrelazadas sobre la tripa, hasta que me di cuenta de que yacía como un muerto, y me cambié asustado poniéndome de lado, desde donde veía mi ropa, que estaba en un montoncito en el suelo. Pensé que así no podía quedarse, y volví a bajar los pies al suelo, doblé el

pantalón y la camiseta y lo puse todo en la silla que había junto a la cama, con los calcetines encima.

Yngve apagó la lámpara de su lado.

—¿Vas a leer? —me preguntó.

—No, eso sí que no —le contesté, mientras intentaba encontrar el interruptor. No había ninguno en el cable. ¿Estaría en la propia lámpara? Sí, así era.

Lo apreté con fuerza, porque el viejo dispositivo opuso mucha resistencia. Esas lámparas serían más o menos de los años cincuenta. De cuando los abuelos fueron a vivir allí.

—Buenas noches —dijo Yngve.

—Buenas noches.

Ah, cuánto me alegraba que él estuviera allí. Si hubiera estado solo, tendría la cabeza llena de imágenes de mi padre como cadáver, sólo habría pensado en lo físico de la muerte, en su cuerpo, dedos, piernas, en los ojos ciegos, el pelo y las uñas que seguían creciendo. La habitación en la que yacía, tal vez acaso en uno de esos cajones que siempre aparecían en las morgues de las películas americanas. Pero entonces el sonido de la respiración de Yngve y de sus muchos pequeños movimientos me proporcionaba tranquilidad. Sólo tenía que cerrar los ojos y dejar que llegara el sueño.

Me desperté un par de horas más tarde porque Yngve estaba de pie en medio del cuarto. Al principio parecía un poco desconcertado, luego cogió el edredón, lo enrolló y cruzó con él la habitación hasta salir por la puerta, luego dio la vuelta y regresó. Cuando estaba a punto de hacer lo mismo otra vez, dije:

—Estás caminando dormido, Yngve. Vete a dormir.

Me miró.

—No camino dormido —dijo—. El edredón tiene que cruzar el umbral tres veces.

—Vale —dije—. Si tú lo dices.

Cruzó la habitación otras dos veces. Luego se volvió a acostar y se tapó con el edredón. Movié la cabeza de un lado para otro un par de veces, a la vez que murmuraba algo.

No era la primera vez que lo veía caminar dormido. Cuando éramos

pequeños Yngve era un sonámbulo notorio. Una vez mi madre lo encontró desnudo en la bañera, llenándola de agua. En otra ocasión lo pilló en la calle, camino de casa de Rolf, para preguntarle si quería ir a jugar al fútbol. Cada dos por tres tiraba el edredón por la ventana y se pasaba el resto de la noche tiritando de frío. También mi padre era sonámbulo. A veces entraba en mi habitación en calzoncillos, abría un armario y echaba un vistazo dentro, o me miraba sin conocerme. A veces le oía zascandilear en el salón, moviendo muebles. Una vez se tumbó debajo de la mesa del comedor, golpeándose con tanta fuerza contra ella al levantarse que empezó a sangrar. Cuando no se movía, hablaba o gritaba dormido, o rechinaba los dientes. Mi madre solía decir que era como estar casada con alguien que había estado en la guerra. Yo también había orinado dentro del armario una noche, pero por lo demás, me limitaba a hablar en sueños, actividad muy intensa en ciertos períodos de mi adolescencia. El verano que vendí casetes en la calle, en Arendal, alojado en la habitación alquilada de Yngve, cogí su estuche de plumas y bolígrafos, salí desnudo a la calle y me coloqué frente a cada ventana mirando hacia dentro, hasta que Yngve logró captar mi atención. Negué haber andado dormido, mi prueba era el estuche, mira, le dije, aquí está mi cartera, iba a comprar. Innumerables veces estuve frente a la ventana viendo el suelo desaparecer o elevarse, la pared caerse o el agua subir. Una vez estuve sosteniendo la pared, mientras gritaba a Tonje que saliera rápidamente antes de que la casa se derrumbara. En otra ocasión se me había metido en la cabeza que ella estaba dentro del armario, y saqué todas las prendas para encontrarla. Cuando iba a pasar la noche con otros que no fueran ella, solía avisarles de antemano por si pasaba algo, y en una excursión que hice con mi amigo Tore, dos años antes, en que habíamos alquilado un llamado *piso de escritores*, en una finca a las afueras de Kristiansand para escribir un guión de cine, esa previsión salvó la situación, porque dormíamos en la misma habitación, y en medio de la noche, me levanté, me acerqué a él, le quité la manta, lo agarré de los tobillos y le dije, mientras me miraba aterrado: *no eres más que una muñeca*. Pero la fantasía más recurrente era que una nutria o un zorro se habían metido debajo del edredón y yo lo tiraba al suelo y lo pisoteaba, hasta estar seguro de que el animal había muerto. Podía pasar un año entero sin que ocurriera nada durante la noche, y de repente llegaban períodos en los que no pasaba una sola noche sin que me levantara y me pusiera a deambular por ahí. Me despertaba en

áticos, en pasillos, en céspedes, siempre a punto de realizar alguna cosa que en esos momentos me parecía llena de sentido, pero que tras despertarme era siempre completamente absurda.

Lo más curioso de la vida nocturna de Yngve era que a veces hablaba con dialecto del este cuando dormía. Se mudó de Oslo a los cuatro años, y llevaba casi treinta sin hablar ese dialecto. Y sin embargo asomaba a veces por sus labios cuando dormía. Había algo siniestro en ello.

Lo miré. Dormía boca arriba, con una pierna fuera del edredón. Siempre habían dicho que nos parecíamos, pero de ser así, sería más bien como una impresión general, lo que irradiábamos, porque si se miraba facción por facción, no había gran parecido. Lo único tal vez fuera la parte de los ojos, que ambos habíamos heredado de nuestra madre. Pero cuando me mudé a Bergen y conocí a las amistades más lejanas de Yngve, me preguntaban a veces: «¿Eres Yngve?» Que no era Yngve quedaba claro ya con la propia pregunta, porque si hubiesen pensado que lo era, no lo habrían preguntado. Preguntaban porque el parecido les resultaba llamativo.

Giró la cabeza hacia un lado sobre la almohada, como si supiera que estaba siendo observado y se opusiera a ello. Cerré los ojos. Él decía a menudo que en algunas ocasiones nuestro padre se había cargado por completo su autoestima, humillándolo como sólo papá sabía hacerlo, y que eso había marcado ciertos períodos de su vida, en que le había dado por pensar que no sabía hacer nada y que no valía para nada. Y luego hubo otros períodos en los que todo iba bien, todo fluía, no había duda alguna. Sólo estos últimos se veían desde fuera.

Mi padre también había marcado la imagen que tenía de mí mismo, claro que sí, pero quizá de otra manera, al menos yo nunca tuve períodos de duda, seguidos de períodos de fe, para mí todo estaba siempre revuelto, y la duda, que dominaba una parte muy grande de mis pensamientos, nunca se ocupaba de lo grande, sólo de lo pequeño, lo que tenía que ver con el entorno más cercano, amigos, conocidos, chicas, que yo siempre pensaba que me valoraban muy bajo, como un idiota, una sensación que ardía dentro de mí, que todos los días ardía dentro de mí, pero en cuanto a lo grande e importante, nunca dudaba de que podía llegar hasta donde quisiera, sabía que lo tenía dentro, porque mi anhelo era muy grande y nunca descansaba. ¿Cómo iba a descansar? ¿Cómo iba yo a machacar a todo el mundo si descansaba?

Cuando me volví a despertar, Yngve estaba delante de la ventana, abrochándose la camisa.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

Se volvió hacia mí.

—Las seis y media. ¿Es temprano para ti?

—Pues sí, más bien.

Yngve se había puesto unos pantalones ligeros de color caqui, de esos que acaban justo debajo de las rodillas, y una camisa de rayas grises, con los faldones por fuera.

—Bajo ya —dijo—. ¿Vienes luego?

—Sí, sí —contesté.

—No volverás a quedarte dormido, ¿no?

—No.

Cuando ya no oía sus pasos en la escalera, bajé los pies al suelo y cogí la ropa de la silla. Me miré descontento la tripa, en la que los dos michelines continuaban ya hasta los costados. Me toqué la espalda, por suerte, allí aún no había nada que agarrar. Pero de todos modos tendría que empezar a correr y a hacer abdominales cuando volviera a Bergen.

Me acerqué la camiseta a la nariz para olerla.

Nada, inservible.

Abrí la maleta y busqué una camiseta Boo Radley blanca que me había comprado cuando el grupo tocó en Bergen un par de años antes, y un pantalón azul con las perneras cortadas. Aunque no hacía sol, el aire era caliente y se notaba bochorno.

En la cocina, Yngve había puesto el café, y sacado pan y fiambres de la nevera. La abuela estaba sentada junto a la mesa, con el mismo vestido que el día anterior, fumando. Yo no tenía hambre, de modo que me contenté con una taza de café y un cigarrillo en la terraza antes de coger el cubo, bayetas y detergentes, y llevármelo todo a la planta de abajo para empezar a trabajar. Primero me metí en el baño para ver lo que había hecho el día anterior. Aparte de la cortina de la ducha, pegajosa y manchada, que por alguna razón había dejado colgada, todo tenía bastante buena pinta. Viejo, claro, pero limpio.

Bajé la barra que iba de pared a pared sobre la bañera, quité la cortina y la metí en una bolsa de basura, luego fregué la barra y los dos soportes, y la

volví a poner. ¿Después qué? Ya estaban limpios el cuarto de la lavadora y los dos baños. Abajo quedaban la habitación de la abuela, la entrada, el recibidor, la habitación de mi padre y el dormitorio grande. No quería ponerme con el cuarto de la abuela, me parecía un abuso contra ella, por una parte porque se daría cuenta de que habíamos descubierto cómo estaba, y por otra porque sería como inhabilitarla, el nieto que friega el cuarto de la abuela. Tampoco tenía valor para ponerme con el cuarto de mi padre, porque en él había papeles y otras cosas que había que clasificar antes de nada. El recibidor con su moqueta tendría que esperar hasta que hubiésemos conseguido alquilar un limpiamoquetas. Tendría que ponerme con las escaleras.

Llené el cubo de agua, cogí un envase de lejía, otro de jabón líquido y otro de Cif. Empecé por la barandilla, que no se había fregado en cinco años, como mínimo. Entre las rejillas había toda clase de porquería, hojas pulverizadas de los árboles, piedrecitas, insectos secos, telarañas viejas. La barandilla era oscura, pero por algunas partes estaba completamente negra, e incluso pegajosa. Eché Cif, enjuagué la bayeta y fregué escrupulosamente cada centímetro. Con un trozo limpiado de esta manera, habiendo recuperado algo de su antiguo color dorado oscuro, metí otra bayeta en lejía y seguí fregando con ella. Tanto el olor a lejía como el aspecto del envase azul me hicieron pensar en la década de los setenta, en el armario de debajo del fregadero, donde estaban los detergentes. En aquellos tiempos no había Cif. Pero había polvos de fregar Ajax, jabón líquido, lejía, el diseño de la botella azul con el tapón de seguridad para que los niños no pudieran abrirlo era el mismo que entonces. Y una caja de detergente de lavar con la foto de un niño que llevaba en las manos esa misma caja, en esa foto había, claro está, una foto del mismo niño con la caja entre las manos, etcétera. ¿Se llamaba Blenda? Yo entrenaba a menudo mis pensamientos con este recurso, que en realidad era infinito, y que también se encontraba en otros sitios, por ejemplo en el espejo del baño, donde podías ponerte un espejo detrás de la cabeza, de manera que las imágenes de los espejos se echaran hacia delante y hacia atrás al mismo tiempo que se metían cada vez más adentro, haciéndose cada vez más pequeñas, hasta donde alcanzaba la mirada. ¿Pero qué ocurriría más allá de donde alcanzaba la vista? ¿La disminución seguiría allí?

Entre las marcas registradas de entonces y las de ahora había un mundo entero, y al pensar en ese momento en ellas surgió ante mí con sus sonidos,

sabores y olores, completamente irresistible, como es todo lo que se ha perdido, todo lo que ha desaparecido. El olor a hierba recién cortada y recién regada cuando estás sentado en un estadio de fútbol una tarde de verano después del entrenamiento, las largas sombras de los árboles inmóviles, los gritos y las risas de niños bañándose en la laguna al otro lado del camino, el sabor fuerte y sin embargo dulce a XL-1. O el sabor a sal que indefectiblemente te llena la boca cuando saltas al mar, aunque la cierras apretando con fuerza los labios en el momento de meter la cabeza debajo del agua, el caos de corrientes y agua rumorosa allí dentro, pero también la luz en las algas, la hierba marina y la roca pelada, los racimos de mejillones y los trozos de bálano que siempre parecían arder suave y tranquilamente, porque es un día sin nubes de verano, y el sol brilla en el cielo marino alto y azul. El agua que chorrea del cuerpo cuando te agarras a un hueco de la roca y te levantas, las gotas que te quedan entre los omoplatos durante los breves segundos antes de que el calor las evapore, cómo el agua del bañador sigue sin embargo goteando mucho tiempo después de que te hayas tumbado en la toalla. La lancha rápida que planea sobre las olas, cortante y sin ritmo, con la proa surcando cada dos por tres la superficie, y breves golpes suenan a través del murmullo del motor, lo irreal en ello, ya que el entorno es demasiado grande y abierto para que su presencia consiga realmente hacerse notar.

Todo esto seguía existiendo. Las rocas seguían como antes, el mar que las golpeaba lo hacía de la misma manera, y también el paisaje subacuático, con sus pequeños valles y bajíos, precipicios y cuevas, sembrados de estrellas y erizos de mar, cangrejos y peces, era el mismo. Todavía se podían comprar raquetas de tenis marca Slazenger, pelotas Tretorn, esquís Rossignol, fijaciones Tyroka y botas Koflack. Las casas en las que vivíamos seguían todas allí. La única diferencia, que es la diferencia entre la realidad de los niños y la de los adultos, era que ya no estaban cargadas de significado. Un par de zapatillas de fútbol Le Coque no era más que un par de zapatillas de fútbol. Si notaba algo al tener un par de esas zapatillas en la mano, no era más que un eco de la infancia, nada más, nada en sí mismo. Lo mismo pasaba con el mar, con las rocas, con el sabor a sal que con tanta fuerza penetraba los días de verano, ahora sólo sabía a sal, y sanseacabó. El mundo era el mismo. Y sin embargo no era el mismo, porque su sentido se había desplazado, y seguía desplazándose, acercándose cada vez más a lo que no tenía sentido.

Escurrí el trapo, lo colgué del borde del cubo y estudié el resultado de mi trabajo. Había vuelto a aparecer el brillo del barniz, aunque por algunas partes aún había manchas oscuras de suciedad, que se había incrustado en la madera. Ya había fregado alrededor de una tercera parte de la barandilla hasta el primer piso. Luego faltaría la que iba al segundo.

Se oyeron los pasos de Yngve.

Apareció con un cubo en una mano y un rollo de bolsas de basura en la otra.

—¿Has acabado abajo? —preguntó al verme.

—Qué dices, ¿estás loco? Sólo he fregado los baños y el cuarto de la lavadora. Pensaba esperar con lo demás.

—Yo voy a ponerme ya con el cuarto de papá —dijo Yngve—. Al parecer es allí donde hay más trabajo.

—¿Está ya la cocina?

—Sí. Más o menos. Tengo que sacar cosas de algunos armarios. Pero por lo demás tiene buena pinta.

—Vale —dije—. Pero ahora me voy a tomar un descanso. Voy a comer algo, creo. ¿Está la abuela en la cocina?

Asintió con la cabeza y pasó por delante de mí. Me froté las manos, blandas y arrugadas por la humedad, en los muslos del pantalón corto, eché una última mirada a la barandilla y subí a la cocina.

La abuela estaba quieta en su silla. Ni siquiera levantó la cabeza para mirarme cuando entré. Me acordé de la medicina. ¿Se la habría tomado por su cuenta? Seguro que no.

Abrí el armario, saqué la caja y se la enseñé.

—¿Has tomado esto hoy, abuela?

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Una medicina?

—Sí, la que tomaste ayer.

—No, no me la he tomado.

Saqué un vaso del armario, lo llené de agua y se lo alcancé junto con la pastilla. Se la puso sobre la lengua y se la tomó con agua. No parecía querer decir nada más, de manera que para evitar que el silencio me exigiera hablar, cogí un par de manzanas en lugar de las rebanadas de pan que en un principio pensaba comerme, además de un vaso de agua y una taza de café, y me lo llevé todo fuera. El día era templado y gris, como el día anterior. Una ligera

brisa llegaba desde el mar, algunas gaviotas chillaban en el aire sobre la dársena, en algún lugar cercano sonaron unos golpes metálicos. Abajo, en la ciudad, el tráfico murmuraba sin tregua. Por encima de los tejados, dentro del muelle, se elevaba una grúa de construcción, empinada y frágil. Era amarilla, con una cabina, o como se llamara el lugar en el que se sentaba el operador. Curiosamente no me había fijado en ella antes. Para mí había pocas cosas más hermosas que las grúas, lo esquelético de su construcción, los cables que corrían por debajo y por encima de ella, el inmenso garfio, la manera en que bailaban esos objetos tan pesados colgados al ser transportados por el aire, el cielo que siempre hacía de fondo para ese engendro mecánico.

Acababa de comerme una de las dos manzanas, con pepitas, corazón y todo, y estaba a punto de empezar la segunda cuando vi a Yngve llegar por el jardín. Llevaba un grueso sobre en una mano.

—Mira lo que he encontrado —dijo alcanzándomelo.

Miré su contenido. Estaba lleno de billetes de mil coronas.

—Hay unas doscientas mil.

—Joder, ¿y dónde estaba?

—Debajo de la cama. Tiene que ser el dinero que obtuvo por la venta de la casa de la calle Elv.

—Mierda —dije—. ¿Entonces esto es todo lo que quedó?

—Seguramente. Ni siquiera metió el dinero en el banco, sino que lo guardaba debajo de la cama. Luego empezó a bebérselo, así de simple. Billete a billete.

—Me importa un carajo el dinero —dije—. Pero vaya mierda de vida que habrá llevado.

—Pues sí —dijo Yngve.

Se sentó. Yo dejé el sobre en la mesa.

—¿Qué vamos a hacer con el dinero? —preguntó.

—Ni idea —contesté—. Repartirlo, supongo

—Me refiero más bien a los impuestos sobre la herencia y todo eso.

Me encogí de hombros.

—Podemos preguntárselo a alguien —sugerí—. A Jon Olav, por ejemplo. Es abogado.

Se oyó el ruido de un coche en el callejón. Aunque no podía verlo, sabía que se dirigía a nuestra casa por la manera en la que se detuvo, dando marcha

atrás y de nuevo hacia delante.

—¿Quién puede ser? —pregunté.

Yngve se levantó y cogió el sobre.

—¿Quién se ocupa de guardarlo? —preguntó.

—Guárdalo tú —le contesté.

—Por lo menos, los gastos del entierro están solucionados —dijo, pasando por delante de mí. Yo lo acompañé dentro. Sonaban voces en la entrada. Habían llegado Gunnar y Tove. Yngve y yo estábamos entre la puerta de la entrada y la de la cocina cuando subieron, sintiéndonos un poco incómodos, como si todavía fuéramos niños. Yngve con el sobre en una mano.

Tove estaba tan bronceada y tan bien conservada como Gunnar.

—¡Hola, chicos! —dijo con una sonrisa.

—Hola —saludé—. Cuánto tiempo.

—Sí que es verdad —dijo ella—. Es una pena que tengamos que vernos en estas circunstancias.

—Pues sí —contesté.

¿Qué edad tendrían esos dos? ¿Cuarenta y muchos?

En la cocina, la abuela se levantó de la silla.

—¿Sois vosotros? —dijo.

—Siéntate, mamá —dijo Gunnar—. Hemos venido a ayudar a Yngve y a Karl Ove a poner un poco de orden aquí.

Nos guiñó un ojo.

—Un poco de café sí querréis tomar, ¿no? —preguntó la abuela.

—No queremos café —contestó Gunnar—. Nos vamos enseguida. Los chicos están solos en la cabaña.

—Bueno, bueno —dijo la abuela.

Gunnar entró en la cocina.

—Habéis adelantado mucho —dijo—. Es impresionante.

—Hemos pensado en invitar a la gente aquí en casa después de la capilla —dije.

—Pero eso no puede ser —dijo, mirándome.

—Podrá ser —contesté—. Tenemos cinco días. Lo conseguiremos.

Mi tío apartó la mirada. Tal vez debido a mis lágrimas.

—Vosotros decidís —dijo—. Si pensáis que se puede hacer, entonces hacedlo. ¡Pero en ese caso pongámonos en marcha!

Se volvió y entró en el salón. Lo seguí.

—Tendremos que tirar todo lo que está destrozado. De nada sirve guardar algo roto. ¿Cómo están los sofás?

—Éste está bien —contesté—. Puede lavarse. Pero el otro... creo que...

—Lo tiramos —dijo.

Se puso delante del inmenso tresillo de piel negro. Yo me coloqué en el otro extremo, me agaché y lo cogí por debajo.

—Vamos a sacarlo por la puerta de la terraza —dijo Gunnar—. ¿Puedes abrirnos la puerta, Tove?

Cuando lo llevábamos a través del salón, la abuela apareció en la puerta de la cocina.

—¿Qué vais a hacer con ese sofá? —preguntó.

—Vamos a tirarlo —contestó Gunnar.

—¡Estáis locos! —exclamó—. ¿Por qué vais a tirarlo? ¡No podéis tirar mi sofá así sin más!

—Está destrozado —afirmó Gunnar.

—¡No es asunto vuestro! —dijo ella—. ¡Es mi sofá!

Yo me detuve. Gunnar me miró.

—Tenemos que hacerlo, ¿sabes? —dijo—. ¡Ven, Karl Ove, vamos a sacarlo!

La abuela dio un par de pasos hacia nosotros.

—¡No podéis hacerlo! —se opuso—. ¡Es mi casa!

—Sí que podemos —afirmó Gunnar.

Habíamos llegado hasta la pequeña escalera que bajaba al cuarto de estar. Yo di un par de pasos de lado sin mirar a la abuela, que se había colocado junto al piano. Su voluntad ardía dentro de mí. Gunnar no se dio cuenta. ¿O sí? ¿También él estaba luchando por dentro? Ella era su madre.

Dio dos pasos hacia atrás lentamente y se quedó en el centro de la sala.

—¡No puede ser! —se quejó la abuela. En el transcurso de los últimos minutos había cambiado por completo. Sus ojos chispeaban. Su cuerpo, antes tan pasivo y encerrado en sí mismo, reaccionaba ahora hacia fuera. Tenía las manos en las caderas—. ¡Ahhh! —Y se dio la vuelta—. Me niego a presenciar esto —dijo, y volvió a la cocina.

Gunnar me sonrió. Yo bajé los dos escalones de lado para poderme meter directamente por la puerta. Había corriente, noté el viento contra la piel

desnuda de las piernas, brazos y cara. Las cortinas ondeaban.

—¿Bien? —preguntó Gunnar.

—Creo que sí.

Dejamos el sofá en el suelo de la terraza para descansar unos segundos, antes de volver a cargarlo y llevarlo el último trecho, escaleras abajo, a través del jardín hasta el remolque delante del garaje. Cuando lo hubimos colocado, sobresalía un metro, y Gunnar fue a por una cuerda azul al maletero para atarlo. Yo no sabía muy bien qué hacer, me quedé mirándolo por si necesitaba que lo ayudara.

—No te preocupes por la abuela —dijo Gunnar—. Ahora mismo no sabe lo que le conviene.

—Entiendo —dije.

—Tú sabrás mejor que yo qué más hay que llevar al vertedero.

—Cosas de la habitación de él —contesté—. Y de la de ella. Pero nada muy grande. Nada como el sofá.

—¿Su colchón, quizá? —preguntó mi tío.

—Sí, y el de él. Pero si tiramos el de la abuela, tenemos que proporcionarle uno nuevo.

—Se podría coger uno de su antiguo dormitorio —sugirió Gunnar.

—Es verdad, podemos hacer eso.

—Si ella protesta mientras estéis aquí solos, no os preocupéis. Haced lo que tengáis que hacer. Es por su bien.

—De acuerdo —dije.

Cogió lo que quedaba de cuerda y la ató en el remolque.

—Así está bien —dijo, enderezándose y mirándome.

—Por cierto, ¿habéis mirado en el garaje?

—No —contesté.

—Él tenía allí todas sus cosas. Toda la mudanza. Tenéis que llevároslo. Aprovechad y revisad todo lo que hay. Muchas cosas podemos tirarlas ahora.

—Lo haremos —dije.

—No hay mucho más sitio en el remolque. Pero llevaremos lo que podamos al vertedero. Mientras tanto vosotros podéis sacar más cosas y hacemos otro viaje más. Y con eso creo que será suficiente. Si quedara algo más, puedo volver la semana que viene.

—Gracias —dije.

—Esto no es fácil para vosotros —dijo—. Lo comprendo.

Cuando lo miré, mantuvo su mirada clavada en la mía unos instantes y luego la desvió. En la cara bronceada sus ojos parecían de un azul casi tan claro como los de mi padre.

Había tantas cosas que él no quería..., todo eso de lo que yo rebosaba, por ejemplo.

Gunnar me puso una mano en el hombro.

Algo se rompió dentro de mí. Me eché a llorar.

—Sois unos buenos chicos.

Tuve que mirar hacia otra parte. Me incliné hacia delante, tapándome la cara con las manos. Me temblaba todo el cuerpo. Luego se me pasó, me enderecé, e inhalé profundamente.

—¿Conoces algún sitio donde se puedan alquilar máquinas? ¿Sabes? Acuchilladoras para suelos, cortacéspedes y cosas así.

—¿Vais a acuchillar el *suelo*?

—No, no, sólo era un ejemplo. Pero tengo la intención de cortar la hierba. No bastará con un cortacésped normal.

—¿No es eso muy ambicioso? ¿No sería mejor centrarse en lo de dentro?

—Sí, quizá. Pero por si nos sobrara tiempo...

Agachó ligeramente la cabeza, rascándose el pelo con un dedo.

—Hay una empresa de ésas en Grim. Es muy probable que ellos tengan algo así. Mira en las páginas amarillas.

Los cimientos blancos de la casa de al lado empezaban a resplandecer. Levanté la vista. Se había abierto una grieta en la capa de nubes, y a través de ella brillaba el sol. Gunnar subió la escalera y entró en la casa. Yo lo seguí. En el pasillo delante del cuarto de mi padre había dos bolsas de basura llenas de ropa y porquería. Junto a las bolsas estaba la silla sucia. Yngve nos miraba desde la habitación. Llevaba unos guantes amarillos de fregar en las manos.

—Deberíamos tirar el colchón —dijo—. ¿Hay sitio?

—Ahora no —contestó Gunnar—. Lo llevaremos en el próximo viaje.

—Por cierto —dijo Yngve, cogiendo el sobre que había dejado sobre la cómoda y alcanzándose a Gunnar—. Hemos encontrado esto.

Gunnar miró el interior.

—¿Cuánto hay? —preguntó.

—Unas doscientas mil —contestó Yngve.

—Ese dinero es vuestro —dijo—. Pero, por Dios, acordaos de vuestra hermana a la hora de repartirlo.

—Claro —dijo Yngve.

¿Había realmente pensado en ella?

Yo no.

—Y luego tendréis que decidir si queréis declarar ese dinero o no —añadió Gunnar.

Tove se quedó fregando cuando un cuarto de hora más tarde Gunnar y yo salimos de casa con el remolque hasta arriba de trastos. Todas las puertas y ventanas de la casa estaban abiertas, y el que el aire de dentro estuviera en movimiento, a la vez que la luz del sol entrara e iluminara el suelo, además del olor a detergente (esto último muy notable, sobre todo en la planta de arriba), contribuía a que la casa de alguna forma se abriese y se convirtiese en un lugar por el que fluía el mundo, algo que yo, muy dentro de la tenebrosidad de emociones, notaba y apreciaba. Yo seguí fregando las escaleras, Yngve la habitación de mi padre y Tove el salón de arriba, donde la abuela había encontrado a mi padre. Los marcos de las ventanas, los rodapiés, las puertas, las estanterías. Al cabo de un rato subí a la cocina para cambiar el agua del cubo. La abuela levantó la vista cuando tiré el agua sucia, pero su mirada era vacía e indiferente, y pronto volvió a dirigirla al tablero de la mesa. El agua bajó en torbellinos por el desagüe, gris y opaca, hasta que los últimos restos de espuma desaparecieron, dejando atrás una capa de arena, pelos y porquería varia, que destacaba en el brillante metal. Abrí el grifo y dejé que el chorro de agua regara el cubo por dentro, hasta que toda la suciedad desapareció. Entonces volví a llenarlo de agua limpia y humeante. Cuando entré en el salón, Tove se volvió hacia mí y me sonrió.

—¡Qué pinta tiene esto! —dijo.

Me detuve.

—Al menos vamos progresando —dije.

Tove dejó el trapo en la estantería, y se pasó rápidamente la mano por el pelo.

—La verdad es que a tu abuela nunca le gustó mucho fregar —dijo.

—Esto solía tener una pinta decente, ¿no? —pregunté.

Tove soltó una breve risa e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pues no. A lo mejor lo parecía, pero no... Desde que yo conozco esta casa, siempre ha estado sucia. Bueno, no por todas partes, sino por los rincones. Debajo de los muebles. Debajo de las alfombras. ¿Sabes? En todos esos sitios que no se ven.

—¿De veras? —dije.

—Ya lo creo. Ella nunca fue una gran ama de casa en ese sentido.

—Puede que no —dije.

—Pero se merecía algo mejor que esto. Pensamos que iba a vivir unos buenos años después de morir el abuelo. Le conseguimos una asistenta de los Servicios Sociales, ella se ocupaba de todo.

Asentí.

—Ya me lo han dicho.

—Y para nosotros también supuso un gran apoyo. Porque hasta entonces éramos nosotros los que la ayudábamos. Con todo. Llevan mucho tiempo siendo viejos. Y con tu padre como estaba, y Erling en Trondheim, todo recayó sobre nosotros.

—Lo sé —dije, abriendo a medias los brazos, a la vez que levantaba las cejas en un gesto que debía mostrarle que lo sentía por ella, pero que yo no podía hacer nada.

—Pero ahora tendrá que ir a una residencia, donde se ocupen de ella. Es horrible verla así.

—Sí.

Volvió a sonreír.

—¿Cómo está Sissel?

—Bien —contesté—. Vive en Jølster, y tengo la impresión de que está a gusto allí. Y trabaja en la escuela de enfermería de Førde.

—Dale muchos recuerdos cuando hables con ella —dijo Tove.

—Lo haré —dije, devolviéndole la sonrisa. Tove volvió a coger el trapo, y yo bajé la escalera que ya había fregado hasta la mitad. Dejé el cubo, escurrí la bayeta y eché un chorro de Cif sobre la barandilla.

—Karl Ove —me llamó Yngve.

—¿Sí?

—Baja un momento.

Estaba frente al espejo de la entrada. Había un inmenso montón de

papeles sobre la estufa de queroseno. Tenía los ojos húmedos.

—Mira esto —dijo alcanzándome un sobre. Iba dirigido a Ylva Knausgård, Stavanger. Dentro había una hoja en la que ponía: Querida Ylva, pero que por lo demás estaba en blanco.

—¿Le escribió? ¿Desde aquí? —pregunté.

—Eso parece —contestó Yngve—. Tuvo que ser para su cumpleaños o algo así. Y luego desistió. No tenía nuestra dirección, como ves.

—Yo pensaba que él apenas sabía que Ylva existía —dije.

—Por lo que se ve, sí lo sabía —señaló Yngve—. Incluso parece haber pensado en ella.

—Era su primera nieta —comenté.

—Sí, pero se trata de papá. A lo mejor eso no significa nada.

—Joder, qué triste es.

—He encontrado también otra cosa —dijo Yngve—. Mira esto.

Era una carta con pinta de ser algo oficial. Era de la Caja Estatal de Préstamos para Educación. Era una notificación de que ya había pagado todo lo que debía.

—Mira la fecha —dijo Yngve.

Leí: 29 de junio.

—Dos semanas antes de morir —dije, mirando a Yngve. Nos echamos a reír.

—Ja, ja, ja —se reía él.

—Ja, ja, ja —me reía yo—. Poco le duró la liberación. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

Cuando Gunnar y Tove se marcharon una hora más tarde, el ambiente de la casa volvió a cambiar. Estando solos nosotros y la abuela, fue como si las habitaciones se cerraran en torno a lo sucedido, como si estuviéramos demasiado débiles para abrirlas. O tal vez se debiera a que nos encontrábamos demasiado cerca de lo sucedido, y formáramos una parte más íntegra de ello que Gunnar y Tove. Esa corriente de vida y movimiento se detuvo, y cada objeto, ya fuera el televisor, las sillas, el sofá, la puerta corredera entre los salones, el piano negro o las dos pinturas barrocas que colgaban sobre él, destacaba por derecho propio, pesada e inamoviblemente, cargados de pasado. Fuera se había vuelto a nublar. La capa entre blanca y gris bajo el cielo

atenuaba todos los colores del paisaje. Yngve ordenaba papeles, yo fregaba la escalera y la abuela estaba sentada en la cocina, sumida en su oscuridad. Sobre las cuatro de la tarde Yngve se fue a comprar algo para hacer de comida, y yo, sintiendo toda la casa a mi alrededor, esperaba que la abuela no se lanzara a una de sus escasas caminatas y se me acercara, porque tenía la sensación de que mi alma, o lo que fuera aquello en lo que las personas con tanta facilidad dejan su sello, era tan frágil y sensible que no soportaría el peso de la presencia de la abuela, casi rota por la tenebrosidad y el duelo. Pero esperé en vano, porque al cabo de un rato oí las patas de la mesa moverse arriba, y al instante los pasos de ella, primero por el salón y luego por la escalera.

Se agarró a la barandilla, como al borde de un precipicio.

—Ah, estás ahí —dijo.

—Sí, pero pronto habré acabado esto.

—E Yngve, ¿dónde está?

—Ha ido a comprar —contesté.

—Ah, sí, es verdad —dijo la abuela. Permaneció un buen rato mirándome la mano, que con la bayeta entre los dedos subía y bajaba por la barandilla. Luego echó un vistazo a mi cara. Yo la miré a ella, y me estremecí. Parecía odiarme.

Suspiró, echándose hacia un lado ese bucle que siempre le caía sobre un ojo.

—Eres tenaz —dijo—. Eres realmente tenaz.

—Bueno —dije—. Creo que, ya puestos, hay que aprovechar, ¿no te parece?

Fuera sonó un motor.

—Ahí está —dije.

—¿Quién? ¿Gunnar?

—Yngve —respondí.

—¿Pero no está él aquí?

No contesté.

—Ay, es verdad. ¡Parece que yo también he empezado a chochear!

Sonreí, dejé caer la bayeta dentro del agua, que ya estaba casi totalmente opaca, y cogí el cubo por el asa.

—Vamos a preparar algo de comer —dije.

En la cocina vacié el agua, escurrí la bayeta y la colgué del borde del cubo; la abuela se sentó en su silla de siempre. Cuando cogí el cenicero de la mesa, ella agarró la parte de abajo de la cortina y la echó a un lado para echar un vistazo fuera. Enjuagué el cenicero, volví y cogí las tazas, las metí en el fregadero, mojí la bayeta de la cocina, puse un poco de detergente en spray en la mesa y la estaba fregando cuando entró Yngve con una bolsa de compra en cada mano. Las dejó en la mesa y se puso a sacar lo que había comprado. Lo que íbamos a comer lo dejó en la encimera: cuatro filetes de salmón empaquetados al vacío, una bolsa de plástico con patatas oscuras de tierra, una coliflor y una bolsa de judías verdes congeladas, y luego todas las demás cosas, que colocó unas en la nevera y otras en el armario de al lado, una botella de litro y medio de Sprite, una botella de litro y medio de cerveza CB, una bolsa de naranjas, un cartón de leche, otro de zumo de naranja, un pan. Yo encendí la cocina y busqué una sartén en el armario de debajo de la encimera, saqué la margarina del frigorífico, cogí un trozo que a continuación puse en la sartén, llené una cacerola grande de agua, encendí la segunda placa, abrí la bolsa de plástico, eché las patatas al fregadero, abrí el grifo y empecé a lavarlas, mientras el trozo de margarina se derretía lentamente en la sartén. Me di cuenta de lo limpia que resultaba la presencia de todas esas cosas, y por eso también de cuánto animaban: sus colores claros, como por ejemplo el plástico verde y blanco en el que estaban envasadas las judías, con las letras y el logo en rojo, o la bolsa blanca de papel que cubría el pan, excepto en una punta por la que asomaba la corteza redondeada y oscura, casi como un caracol de su caparazón, o un monje de su capucha, se me ocurrió. Las naranjas que se abombaban contra el plástico que recubría la bandeja, cómo la forma de globo de cada una de ellas quedaba oculta entre todas las demás, recordando la imagen de una molécula en un libro de texto. El olor que propagaban por la habitación al ser peladas o partidas me recordaba siempre a mi padre. A eso olían las habitaciones en las que él había estado: a humo de cigarrillo y a naranja. Si alguna vez entraba en mi despacho y notaba ese olor en él, siempre me llenaba de buenos sentimientos.

¿Pero por qué? ¿En qué consistía lo bueno?

Yngve arrugó las dos bolsas de la compra y las metió en el primer cajón. La mantequilla se estaba friendo en la sartén. El chorro de agua del grifo era interrumpido por las patatas que había puesto debajo, y el agua que

corría por los lados del fregadero no tenía fuerza suficiente para llevarse toda la tierra de las patatas, que por ello se posaba como lodo alrededor de los agujeros del fondo, hasta que la patata quedaba limpia y yo la apartaba del chorro, el cual, en el transcurso de un breve instante, se llevaba todo, de manera que el metal del fondo volvía a brillar, ya limpio.

—Bueno, bueno —dijo la abuela, junto a la mesa.

Las profundas cuencas de sus ojos y la oscuridad en ellos, por lo demás tan claros, los huesos visibles por todo el cuerpo.

Yngve estaba en medio de la cocina bebiendo un vaso de Coca-Cola.

—¿Quieres que te ayude en algo? —preguntó.

Dejó el vaso vacío en la encimera y eructó casi inaudiblemente.

—No, no, va todo bien —contesté.

—Entonces voy a dar una vuelta —dijo.

—Hazlo.

Metí las patatas en el agua, que el calor ya había puesto en movimiento; por ella subían pequeños círculos. Encontré la sal, estaba arriba, encima del extractor de humos, dentro de ese pequeño barco vikingo de plata, en el que el remo era la cucharilla, eché una poca al agua, corté la coliflor, llené otra cacerola de agua y la metí, luego abrí el paquete del salmón con un cuchillo y saqué los cuatro filetes, los condimenté y los puse en un plato.

—Hay pescado para comer —le dije—. Salmón.

—Ah, bien —dijo ella—. Estará muy rico.

Tendría que darse un baño, y lavarse el pelo. Cambiarse de ropa. Yo lo estaba deseando. ¿Pero quién se ocuparía de ello? No daba señales de querer hacerlo por iniciativa propia. No se lo podíamos pedir. Ni hablar. ¿Y si no quería? Tampoco podíamos obligarla.

Habría que pedírselo a Tove. Al menos no sería tan humillante para la abuela si la ayudara alguien de su sexo. Y que fuera de una generación más próxima a la suya.

Coloqué los filetes en la sartén y encendí el extractor. En el transcurso de unos segundos la parte de abajo se puso más clara, cambió de un rosa oscuro, casi rojizo, a un rosa claro, y pude observar cómo el nuevo color subía lentamente por la carne. Bajé la temperatura de las patatas, que estaban hirviendo a borbotones.

—Ahhhh —exclamó la abuela, en su silla.

La miré. Estaba sentada igual que antes, y seguramente no era consciente de haber lanzado ese suspiro.

Él fue su primer hijo.

No era de recibo que los hijos muriesen antes que los padres. En absoluto.

Y en mi caso, ¿quién había sido mi padre para mí?

Alguien cuya muerte había deseado.

Entonces, ¿por qué todas esas lágrimas?

Abrí la bolsa de las judías con unas tijeras. Estaban cubiertas de una fina capa de rocío como peludo, y parecían casi grises. La coliflor hervía. Bajé la temperatura de la placa y miré el reloj de la pared. Las cinco menos dieciocho. Cuatro minutos más y la coliflor estaría lista. O seis. Tal vez otros quince minutos para las patatas. Debería haberlas partido por la mitad. Al fin y al cabo no se trataba de una comida festiva.

La abuela me miró.

—¿Bebéis alguna vez cerveza con la comida? —preguntó—. He visto que Yngve ha comprado una botella.

¿Lo había visto?

Negué con la cabeza.

—A veces —contesté—. Pero no a menudo. Muy rara vez, de hecho.

Di la vuelta a los filetes. Algún trozo marrón corría por la carne clara. Pero no se habían quemado.

Metí las judías en la cacerola, eché sal en el agua, y tiré la que sobraba. La abuela estaba inclinada hacia delante mirando por la ventana. Quité la sartén de la placa, bajé la temperatura y fui a reunirme con Yngve, que estaba en la terraza sentado en una silla, contemplando el paisaje.

—Pronto estará la comida —dije—. En cinco minutos.

—Bien —dijo él.

—Esa cerveza que has comprado —dije—, ¿pensabas beberla con la comida?

Asintió con un gesto y me miró un instante de reojo.

—¿Por qué lo preguntas?

—La abuela —dije—. Me ha preguntado si solemos beber cerveza con la comida. Creo que tal vez no hace falta que bebamos cuando ella esté presente. En esta casa se ha bebido muchísimo. Ella no tendría que verlo más.

Aunque sólo fuera un vaso con la comida. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro que sí. Pero creo que exageras.

—Pues sí, es posible. Pero tampoco se trata de un gran sacrificio.

—Qué va.

—¿Estamos de acuerdo entonces?

—¡Sí! —contestó él.

La irritación en su voz era inequívoca. No quería dejar las cosas así, pero tampoco se me ocurría nada para arreglarlo. De modo que tras vacilar unos segundos, con los brazos colgando indecisos a los lados y el llanto en la garganta, volví a la cocina, puse la mesa, quité el agua de las patatas dejando que se evaporase la que quedaba para que se secaran, coloqué los filetes de salmón en una fuente con la pala, partí la coliflor y la puse en otra fuente junto con las judías verdes, cogí un cuenco para poner las patatas, y lo coloqué todo en la mesa. Rosa, verde claro, blanco, verde oscuro, marrón dorado. Llené una jarra de agua y la puse en la mesa junto con tres vasos en el instante en que Yngve entraba.

—Tiene buena pinta —dijo, sentándose—. Pero tal vez no vendrían mal unos cubiertos.

Los busqué en el cajón, y les di un par a cada uno, me senté y me puse a pelar una patata. La piel caliente me escocía en la punta del dedo.

—¿Las pelás? —preguntó Yngve—. Pero si son nuevas.

—Tienes razón —dije. Pinché con el tenedor otra patata y la puse en el plato. Reventó en trocitos cuando le metí el cuchillo a presión. Yngve se llevó un trozo de salmón a la boca. La abuela estaba partiendo el suyo en trozos muy pequeños. Me volví a levantar, cogí la margarina de la nevera y puse un trozo en la patata. Por una vieja costumbre, respiré por la boca al masticar el primer trozo de salmón. Yngve parecía tener una relación más normal y más adulta con el pescado. Incluso comía ya bacalao seco preparado con sosa, que entonces era lo peor de lo peor. *Con beicon y todo lo demás que se pone resulta realmente rico*, le oí decir en mi imaginación, mientras comía en silencio a mi lado. Las cenas de bacalao con amigos era un mundo del que me encontraba completamente al margen. No porque no fuera capaz de comer bacalao seco preparado con sosa, sino porque no me invitaban a ese tipo de fiestas. No tenía ni idea de por qué. Ya no me importaba. Pero en su momento sí me importó, cuando estaba fuera y sufría por ello. Ahora ya sólo estaba

fuera.

—Gunnar ha dicho que hay una empresa de alquiler de herramientas en Grim —dije—. ¿Vamos mañana, después de la funeraria? Estaría bien hacerlo antes de que tú te marches, mientras tengamos coche, quiero decir.

—Sí, podemos hacerlo —dijo Yngve.

También comió la abuela. Había algo picudo y como de roedor en ella. Cada vez que se movía, notaba el olor a meado. Habría que conseguir que se metiera en la bañera. Ponerle ropa limpia. Darle de comer. Mucha comida. Leche, mantequilla.

Levanté el vaso y bebí. El agua, fresca en la cavidad de la boca, sabía un poco a metal. Los cubiertos de Yngve tintinearón contra el plato. Una avispa o abejorro zumbaba en algún lugar del comedor, detrás de la puerta entreabierta. La abuela suspiró. Al mismo tiempo se retorció en la silla, como si su pensamiento no sólo hubiera pasado por su conciencia, sino que también recorriese su cuerpo.

En esa casa comían pescado incluso en Nochebuena. Cuando era pequeño, aquello me parecía una monstruosidad. ¡Pescado en Nochebuena! Pero Kristiansand era una ciudad costera, la tradición era antigua, y el bacalao fresco que se ofrecía en el mercado de pescado en los días anteriores a Navidad era cuidadosamente escogido. Una vez fui a ese mercado con mi abuela, recordaba el ambiente con el que nos encontramos al entrar, sombrío tras la intensa luz del sol en la nieve fuera, recordaba cómo los grandes bacalao nadaban tranquilamente, ensimismados, su piel marrón, por algunas partes tirando a amarilla y por otras a verde, la boca que se abría y cerraba lentamente, la barba debajo de la barbilla blanda y blanca, los ojos amarillos y pétreos. Los hombres que trabajaban en el mercado llevaban delantales blancos y botas de goma. Uno de ellos cortó la cabeza de un bacalao con un cuchillo grande, casi cuadrado. Luego, tras apartar la pesada cabeza, le abrió la tripa. Las vísceras le salieron por entre los dedos. Eran pálidas y acuosas y las tiró a un cubo de basura que tenía al lado. ¿Por qué eran tan pálidas? Otro pescadero acababa de envolver un pescado en un papel y estaba ya tecleando en la caja con un dedo. Manejaba los botones de la caja de una manera muy distinta a como lo hacían en otras tiendas, como si dos mundos diferentes, uno pulcro y otro tosco, uno interior y otro exterior, se encontraran en los movimientos tan decididos y sin embargo tan poco acostumbrados de los

dedos del pescadero. En los mostradores había pescado y gambas sobre trozos de hielo. La abuela, que llevaba un gorro de piel y un abrigo oscuro largo hasta los pies, se puso en la cola delante de uno de los mostradores. Yo me acerqué a una caja de madera llena de cangrejos vivos. La parte de arriba era de color marrón oscuro, como hojas podridas, por la parte de abajo eran blanquecinos como huesos. Ojos negros, como la punta de un alfiler, antenas que crujían cuando se montaban uno sobre otro. Los cangrejos eran como una especie de recipientes, pensé, recipientes de carne. Me resultaba como de cuento el que viniesen de las profundidades, habiendo sido elevados hasta nosotros, como también lo habían sido los peces. Un hombre regó el suelo de hormigón, el agua corría espumosa hacia la rejilla del desagüe. La abuela se inclinó hacia delante y señaló un pescado completamente plano, era verdoso con puntos de color óxido; el vendedor lo levantó de su lecho de hielo y lo puso en una balanza. Luego en un papel en el que lo envolvió. Metió el paquete en una bolsa. Dio la bolsa a la abuela, que a su vez le alcanzó un billete de su pequeño monedero. Pero todo aquello tan mágico relacionado con los peces en el mercado había desaparecido por completo cuando se encontraban en mi plato, blancos, temblorosos, salados y llenos de espinas, como lo mágico de los peces cuando mi padre y yo los pescábamos en la isla de Trom, o en el estrecho, con anzuelo, curricán o caña, desaparecía cuando estaban listos para ser comidos en uno de nuestros platos marrones en la casa de Tybakken en la década de 1970.

¿Cuándo había ido con la abuela al mercado de pescado?

De niño no estuve en su casa muchos días laborales. Tuvo que ser en aquellas vacaciones de invierno que Yngve y yo pasamos allí con ellos. Cuando fuimos solos en autobús a Kristiansand. Eso significaba que también Yngve tendría que estar con nosotros ese día. Pero no existía en mi recuerdo. Y los cangrejos no podían estar allí; las vacaciones de invierno solían ser en febrero, una época en la que no se podían comprar cangrejos vivos. Y si a pesar de todo hubiera habido, no habrían estado en una caja de madera. ¿De dónde venía entonces esa imagen de ellos tan nítida y detallada?

De cualquier parte. Si de algo estaba llena mi infancia, era de peces, cangrejos, gambas y bogavantes. Muchas veces había visto a mi padre ir a por platos fríos de pescado a la nevera, que luego se comía de pie en la cocina por la noche, o por la mañana los fines de semana. Lo que más le gustaba eran los

cangrejos, cuando llegaba el final del verano empezaban a estar más llenos, después del instituto solía ir al muelle de los pescadores de Arendal a comprar unos cuantos, cuando no los pescaba él mismo por la noche en uno de los islotes, o a lo largo de las rocas de isla, lo que ocurría pocas veces. A veces nos llevaba con él, sobre todo me acordaba de una vez, una noche cerca del faro de Torungen bajo un cielo de agosto negro, en que nos atacaron las gaviotas cuando salimos de la barca para cruzar el islote, y luego, con tres cubos llenos de cangrejos, encendimos una hoguera en una cavidad. Las llamas subían hasta el cielo. El mar reposaba pesado a nuestro alrededor.

Dejé el vaso, corté un trozo de pescado y lo pinché con el tenedor. La grasienta carne, de color gris oscuro, deshilachada por los tres dientes del tenedor, estaba tan tierna que podía masticarla con la lengua contra el paladar.

Después de comer proseguimos con la limpieza. La escalera ya estaba limpia, y seguí donde lo había dejado Tove; Yngve se puso con el comedor. Estaba lloviendo. Una fina llovizna se iba posando en las ventanas, el muro de la terraza se oscureció un poco, y fuera, en el mar abierto, donde seguramente llovería con más fuerza, las nubes del horizonte estaban rayadas de lluvia. Quité el polvo de todos los pequeños objetos decorativos, de las lámparas, de los cuadros, y de los souvenirs que llenaban todas las estanterías, dejándolos en el suelo para acabar fregando las propias estanterías. Una lámpara de aceite que recordaba a *Las mil y una noches*, barata y cara a la vez, con complicados ornamentos y adornos dorados; una góndola veneciana que brillaba como una lámpara; una foto de los abuelos delante de una pirámide de Egipto. Mientras estaba allí, oí a la abuela levantarse en la cocina. Sequé el cristal y el marco, volví a ponerlo en su sitio, y cogí la pequeña balda para discos single. La abuela me miraba con las manos a la espalda.

—*Eso* sí que no hace falta —dijo—. No tienes que hacerlo *tan* a fondo.

—Se hace rápido —contesté—. Ya puesto, lo hago todo.

—Bueno, bueno —dijo ella—. Sí que está quedando bien.

Cuando hube quitado todo el polvo de la balda de los discos, la dejé en el suelo, puse los discos al lado, abrí el armario y saqué el viejo aparato estereofónico.

—Nunca os tomáis una copita por las noches, ¿a que no? —preguntó.

—No —contesté—. Y menos entre semana.

—Ya me lo figuraba —señaló la abuela.

Al otro lado del río, las luces de la ciudad brillaban ya con más claridad. ¿Qué hora sería? ¿Las cinco y media? ¿Las seis?

Fregué los estantes y volví a colocar el aparato estereofónico en su sitio. La abuela, que seguramente se había dado cuenta de que no me sacaría nada más, se volvió con un pequeño *bueno, bueno*, y bajó al otro salón. Al instante oí su voz y luego la de Yngve. Cuando entré en la cocina a buscar el limpiacristales y un poco de papel de periódico, vi a través de la puerta abierta que ella se había sentado junto a la mesa del comedor para hablar con Yngve mientras él trabajaba.

Lo de la bebida la había hecho sufrir mucho, pensé. Cogí el limpiacristales del armario, arranqué unas páginas del periódico que estaba en la silla de debajo del reloj de la pared, y volví al salón. No era de extrañar. Él se había matado sistemáticamente con la bebida, no se podía explicar de otra manera, y ella lo había presenciado. Todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Dos años? ¿Tres años? Sólo ella y él. Madre e hijo.

Eché un poco de limpiacristales en la puerta de cristal de la estantería, arrugué el papel de periódico y froté hasta que el cristal quedó seco y resplandeciente. Eché un vistazo por la habitación para ver si quedaba algo más de cristal por limpiar, ya que estaba en marcha. Pero no vi nada más que las ventanas, que había decidido limpiar más tarde. Así que seguí con la estantería, coloqué todas las cosas, y luego me puse con lo que había dentro del armario.

El aire estaba cargado de lluvia abajo en la dársena. Al instante golpeó contra la ventana justo delante de mí. Grandes gotas grises que enseguida empezaron a deslizarse, formando dibujos temblorosos por todo el cristal. La abuela pasó por detrás de mí. No me volví, pero sus movimientos llenaron no obstante mi conciencia cuando ella se paró, cogió el mando a distancia, lo apretó y se sentó en el sillón. Yo dejé la bayeta del polvo en el estante y fui a donde estaba Yngve.

—Esto también está lleno de botellas —dijo, señalando el aparador que cubría toda una pared—. Pero la vajilla está en muy buen estado.

—¿Te ha preguntado a ti también si solemos beber? —quise saber—. A mí me lo ha preguntado al menos diez veces desde que llegamos.

—Sí que me lo ha preguntado —contestó—. La cuestión es si debemos darle algo. No es que necesite nuestro permiso, pero nos lo pide. Así que... ¿tú que opinas?

—¿Qué estás diciendo?

—¿No lo has entendido? —preguntó, mirándome de nuevo. En sus labios se esbozaba una pequeña y triste sonrisa.

—¿Entendido el qué?

—Quiere algo de beber. Está desesperada.

—¿La abuela?

—Sí. ¿A ti qué te parece? ¿Le damos algo?

—¿Estás seguro de que eso es lo que pasa? Yo creía que se trataba de lo contrario.

—También fue eso lo que yo creí al principio. Pero es evidente, si te pones a pensar. Él vivió aquí mucho tiempo. ¿Cómo si no pudo ella soportarlo?

—¿Es *alcohólica*?

Yngve se encogió de hombros.

—Lo que pasa es que quiere una copa. Y necesita nuestro permiso.

—Joder —dije—. Vaya mierda.

—Sí, pero no pasa nada si se toma una copa ahora, ¿no? Se encuentra en una especie de estado de shock.

—¿Qué hacemos entonces? —pregunté.

—Simplemente le preguntamos si quiere tomar una copa, ¿te parece? Y nos tomamos una con ella.

—De acuerdo, pero no ahora mismo, ¿no?

—Acabemos lo que hay que hacer hoy, y luego se lo preguntamos. Como si no hubiera nada de particular en ello.

Media hora más tarde había acabado de limpiar la estantería, y salí a la terraza, donde la lluvia ya había cesado, y el aire estaba impregnado de olores frescos del jardín. Una fina película de agua cubría la mesa, la tapicería de los sillones estaba oscura por la humedad. Las botellas de plástico diseminadas por el suelo de cemento estaban llenas de gotas por la parte de arriba. Sus cuellos recordaban a bocas de cañones, listos para ser disparados en todas las direcciones. Por la parte de abajo de la verja de hierro forjado las gotas

colgaban en racimos. De cuando en cuando alguna se desprendía y caía al cemento con un suspiro casi inaudible. Resultaba imposible creer que mi padre hubiese estado allí tres días antes. Que sólo tres días atrás hubiese contemplado ese mismo panorama, caminado por esa misma casa, visto a la abuela como nosotros la estábamos viendo y pensado sus pensamientos, me resultaba incomprendible. Es decir, que acabara de estar allí podía comprenderlo. Pero no que hubiese estado viendo todo aquello. La terraza, las bolsas de plástico, la luz en la ventana del vecino. La cascarilla amarilla de pintura que se había desprendido, y que yacía sobre el suelo pintado de rojo de la terraza, justo al lado de la pata oxidada de la mesa. El canalón, el agua que seguía corriendo desde él hasta la hierba. A pesar de todos mis intentos, me resultaba imposible entender que él nunca volvería a ver nada de todo eso. El que no volviera a verme a mí o a Yngve lo podía entender, pues tenía que ver con la vida sentimental, con la que la muerte estaba entretejida de una manera muy diferente de esa realidad objetiva, concreta, que me rodeaba.

Nada, simplemente nada. Ni siquiera la oscuridad.

Encendí un cigarrillo, pasé la mano un par de veces por el asiento mojado del sillón, y me senté. Sólo me quedaban dos cigarrillos, lo que significaba que tendría que bajar al quiosco antes de que cerrara.

Por la valla al final del césped merodeaba un gato. Era canoso y parecía viejo. Se paró con la pata levantada, mirando fijamente la hierba durante unos instantes, antes de proseguir su camino. Pensé en nuestro gato, Nansen, por el que Tonje derrochaba amor. Tenía un par de meses y dormía bajo su edredón, con la cabeza asomando apenas.

No había pensado una sola vez en Tonje en el transcurso del día. Ni una sola vez. ¿Qué significaba eso? No quería llamarla, porque no tenía nada que decirle, pero tendría que hacerlo por ella. Aunque yo no había pensado en ella, ella sí que habría pensado en mí, eso era seguro.

Por el aire, muy arriba sobre el puerto, venía volando una gaviota. Apuntaba directamente a la terraza, y sonreí, era la gaviota de la abuela, que venía a por su comida. Pero como yo estaba allí, no se atrevía a bajar. Optó por posarse en el tejado, donde acto seguido echó la cabeza hacia atrás y lanzó su chillido de gaviota.

Podría darle un poco de salmón, ¿no?

Apagué el cigarrillo en el suelo y metí la colilla en una botella. Luego

me levanté y fui a donde estaba la abuela viendo la televisión.

—Tu gaviota está aquí otra vez —le dije—. ¿Le doy un poco de salmón?

—¿Cómo dices? —preguntó, volviéndose hacia mí.

—La gaviota está aquí —repetí—. ¿Le doy un poco de salmón?

—Ah —dijo—. Puedo hacerlo yo, faltaría más.

Se levantó y entró encogida en la cocina. Cogí el mando y quité el sonido. Luego entré en el comedor, que estaba vacío, y me senté junto al teléfono. Marqué el número de casa.

—Hola, soy Tonje.

—Hola, soy Karl Ove.

—Ah, *hola*...

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—No muy bien —contesté—. Resulta difícil estar aquí. No hago más que llorar. Pero no sé muy bien por qué lloro. Porque mi padre ha muerto, claro. Pero no es sólo por eso...

—Debería estar ahí contigo —dijo Tonje—. Te echo mucho de menos.

—Ésta es una casa de muerte —dije—. Estamos hundidos en su muerte. Murió en un sillón, justo aquí al lado. Y luego está todo lo que ocurrió aquí antes, quiero decir cuando yo era un niño, todo eso va emergiendo poco a poco. ¿Lo entiendes? De alguna manera estoy muy cerca de todo aquello. Del que yo era de pequeño. Del que mi padre era entonces. Todos los sentimientos de entonces vuelven a aflorar.

—Mi pobre Karl Ove —se compadeció ella.

La abuela entraba con un trozo de salmón en un plato por la puerta que tenía enfrente. Permanecí callado hasta que estuvo en el otro salón.

—No, no soy pobre —dije—. El pobre es él. No te puedes ni imaginar la vida tan jodida que llevó al final.

—¿Y cómo se lo ha tomado tu abuela?

—No lo sé muy bien. Está como en estado de shock. Parece algo senil. Y está delgadísima. No hacían más que beber. Ella y él.

—¿Ella también? ¿Tu abuela?

—Pues sí. No te lo vas a creer. Pero hemos decidido arreglar la casa y celebrar el entierro aquí.

Por el cristal de la puerta de la terraza vi a la abuela dejar el plato en el suelo. Retrocedió un par de pasos y miró a su alrededor.

—Parece una buena idea —señaló Tonje.

—No lo sé, pero es lo que vamos a hacer —dije—. Vamos a fregar toda esta jodida casa y a decorarla. A comprar manteles, flores y...

Yngve asomó la cabeza por la puerta. Al verme hablando por teléfono, frunció las cejas casi imperceptiblemente y se retiró justo en el momento en el que la abuela volvía a entrar de la terraza. Luego se colocó delante de la ventana mirando hacia fuera.

—Creo que iré un día antes —dijo Tonje—. Así podré echaros una mano.

—El entierro será el viernes —dije—. ¿Te tomas entonces un día libre en el trabajo?

—Sí. Así podré llegar sobre mediodía. Te echo tanto de menos...

—¿Qué has hecho hoy?

—Nada especial. He ido a casa de mi madre y Hans, y he comido con ellos. Te mandan muchos recuerdos, piensan en ti.

—Son muy amables —dije—. ¿Qué habéis comido?

La madre de Tonje era una cocinera fantástica; comer en su casa era siempre una experiencia para los que tuvieran intereses gastronómicos. Yo no era de éstos, me importaba un bledo lo que comiera, igual podía comer palitos de pescado que halibut al horno, salchichas que un filete Wellington, pero a Tonje sí le importaba, se le iluminaban los ojos cuando hablaba de comida, y a ella también se le daba muy bien cocinar, le encantaba meterse en la cocina aunque sólo fuera para hacer una pizza, ponía toda su alma en ello. Era la persona más sensual que había conocido. Y se había juntado con alguien que consideraba la buena comida, el buen ambiente y la cercanía como males necesarios.

—Platija. Así que no te has perdido nada.

La oí sonreír.

—Pero estaba riquísima.

—No lo dudo —dije—. ¿Estaban también Kjetil y Karin?

—Sí, y Atle.

Habían sucedido muchas cosas en esa familia, como en todas las familias, pero no hablaban de ello, de manera que si estaba patente en algún

lugar, sería dentro de cada uno de ellos, y en los ambientes que creaban juntos. Intuía que una de las cosas que a Tonje más le gustaba de mí era mi interés precisamente por eso, por todos los contextos y relaciones, o las posibilidades en las distintas relaciones, algo a lo que ella no estaba acostumbrada, nunca especulaba sobre esas cosas, así que cuando yo le hacía ver lo que yo veía, siempre mostraba mucho interés. Era algo que había heredado de mi madre, desde muy joven había mantenido con ella largas conversaciones sobre personas a las que habíamos conocido, o conocíamos, sobre lo que habían dicho, por qué lo habían dicho, de dónde venían, quiénes eran sus padres, en qué clase de casa vivían, todo eso entretendido con cuestiones que tenían que ver con política, ética, moral, psicología y filosofía, y esa continua conversación, que aún duraba, había aportado una dirección a mi mirada, de manera que siempre observaba lo que surgía entre las personas, y lo que intentaba explicar —y durante mucho tiempo pensé que se me daba bien observar a otras personas, pero no era así, pues sólo me veía a mí mismo por todas partes, pero tal vez no fuera ése el tema del que trataban nuestras conversaciones— era otra cosa, trataba de mi madre y de mí, era en el lenguaje y en la reflexión donde nos acercábamos el uno al otro, ahí era donde estábamos unidos, y también era eso lo que buscaba en la relación con Tonje, y eso estaba bien, porque ella lo necesitaba, de la misma manera que yo necesitaba su robusta sensualidad.

—Te echo de menos —dije—. Pero me alegro de que no estés aquí.

—Tienes que prometerme que no vas a dejarme al margen de lo que te está pasando —dijo ella.

—Te lo prometo.

—Te quiero —dijo.

—Y yo a ti —le correspondí.

Como siempre al acabar de pronunciar esas palabras, me pregunté si realmente era verdad. Luego esa sensación desapareció. Claro que la quería, por supuesto que sí.

—¿Me llamas mañana?

—Desde luego. Adiós, entonces.

—Adiós. Y da recuerdos a Yngve.

Colgué y fui a la cocina, donde estaba Yngve apoyado en la encimera.

—Era Tonje —le dije—. Te manda recuerdos.

—Gracias —respondió—. Devuélveselos cuando hables con ella.

Me senté en el borde de la silla.

—¿Lo dejamos por hoy, o qué?

—Sí. Yo ya no puedo más.

—Bajo un momento al quiosco. Y luego podemos..., bueno, ya sabes.

¿Tú quieres algo?

—¿Puedes comprarme un paquete de tabaco? ¿Y tal vez unas patatas fritas o algo así?

Asentí y me levanté, bajé la escalera, me puse la chaqueta que había colgado en el armario, comprobé que mi tarjeta estaba en el bolsillo interior, y me eché un rápido vistazo en el espejo antes de salir. Tenía cara de agotamiento. Y aunque hacía unas horas que no lloraba, aún se me notaba en los ojos. Ya no estaban rojos, pero había en ellos algo difuso y acuoso.

Me detuve un instante en la escalera. Pensé que había muchas cosas que tendríamos que preguntar a la abuela. Que hasta entonces habíamos sido muy prudentes. Por ejemplo, ¿cuándo llegó la ambulancia? ¿Cuánto había tardado? ¿Estaba aún vivo cuando llegó? ¿Qué clase de emergencia había sido?

Habría entrado por el camino del jardín, con las luces intermitentes y la sirena encendida. ¿Habían salido de ella el chófer y el médico llevando su equipo y habían subido la escalera a toda prisa hasta la puerta, que estaba cerrada? Esa puerta siempre estaba cerrada, ¿estaba ella lo suficientemente serena para bajar y abrirla antes de que ellos llegasen? ¿O habían tenido que llamar? ¿Qué les dijo a los sanitarios cuando entraron? ¿*Está tumbado ahí dentro*? Y a continuación los condujo al salón. ¿Estaba sentado en el sillón cuando lo encontraron? ¿Yacía en el suelo? ¿Habían intentado reanimarlo? ¿Masaje cardíaco, oxígeno, boca a boca? ¿O se habían limitado a constatar que estaba muerto, sin ninguna esperanza de vida, para luego colocarlo en la camilla y llevárselo, tras intercambiar algunas palabras con ella? ¿Y qué había entendido ella? ¿Qué había dicho? ¿Y cuándo ocurrió todo? ¿Por la mañana, a mediodía, o por la tarde?

No podíamos irnos de allí sin saber las circunstancias de su muerte, ¿no?

Suspiré y empecé a bajar la calle. El firmamento se había abierto sobre mí. Lo que unas horas antes era una cubierta de nubes simple, pero densa, reposaba entonces como formaciones paisajísticas dentro de algo muy

profundo, con llanuras extendidas, laderas empinadas y montañas picudas, por algunos sitios blanco y denso como nieve, por otros gris y duro como montañas, mientras las grandes superficies iluminadas por el sol poniente ni brillaban, ni resplandecían, ni ardían con un color rojizo como ocurría algunas veces, sino que más bien parecían empapadas en algún líquido. De color rojo mate, rosa oscuro colgaban sobre la ciudad, rodeadas por toda clase de matices de gris. El escenario era salvaje y hermoso. En realidad todo el mundo debería salir a la calle, pensé, los coches deberían parar, abrirse las puertas, y los conductores y los pasajeros salir con las cabezas levantadas y los ojos brillantes de curiosidad y anhelo por lo bello, pues, ¿qué era realmente aquello que tenía lugar justo encima de sus cabezas?

Pero como máximo echaban una o dos miradas hacia arriba, acaso seguidas de algún comentario del tipo el cielo está bonito esta tarde, porque no es que lo que se viera fuera algo único, al contrario, apenas pasaba un día sin que el cielo estuviera lleno de fantásticas formaciones de nubes, cada una de ellas iluminada de maneras únicas y nunca repetidas, y como lo que uno ve siempre, es lo que nunca ve, vivíamos nuestras vidas bajo un cielo constantemente cambiante sin dedicarle ni un pensamiento, ni una mirada. ¿Y por qué íbamos a hacerlo? Si al menos esas diferentes formaciones de nubes tuvieran un *sentido*, si por ejemplo hubiera en ellas señales y mensajes ocultos para nosotros, que había que interpretar correctamente, entonces sí habría una continua atención hacia todo lo que allí ocurría, inevitable y comprensible. Pero no era así, las distintas formas y luz de las nubes no significaban *nada*, su aspecto en cada momento se debía exclusivamente a la casualidad, de manera que lo que representaban realmente las nubes era la falta de sentido en su forma más pura y perfecta.

Llegué a la calle más ancha, que estaba desierta de gente y de coches, y seguí hacia el cruce. También allí había ambiente de domingo: una pareja mayor dando un paseo por la otra acera, algunos coches bajando lentamente hacia el puente, los semáforos que enseguida se pusieron en rojo para nadie. En la parada del autobús, junto al quiosco, se detuvo un Golf negro, y el conductor, un joven en pantalón corto, salió con la cartera en la mano y corrió hacia el quiosco dejando el coche con el motor en marcha. Me crucé con él en la puerta, salía con un helado en la mano. ¿No era demasiado infantil? ¿Dejar el coche en marcha para comprarse un *helado*?

El dependiente en chándal del día anterior había sido sustituido por una chica de veintipocos años. Era gruesa y tenía el pelo negro, y por sus facciones, que tenían algo de persa, adiviné que venía de Irak o de Irán. A pesar de sus mejillas redondas y su cuerpo grueso, era guapa. A mí ni me miró. Lo que acaparaba toda su atención era una revista abierta en el mostrador delante de ella. Abrí la puerta corredera del frigorífico y saqué tres botellas de medio litro de Sprite, miré por los estantes en busca de las patatas fritas, y cuando las encontré, cogí dos bolsas y las puse en el mostrador.

—Y también un paquete de tabaco Tiedemanns Gul y papel de fumar —dije.

Se volvió y cogió el tabaco del estante detrás de ella.

—¿Rizla? —preguntó, todavía sin mirarme a los ojos.

—Vale —contesté.

Con una mano metió el papel de fumar en su envoltorio color naranja en la tapa del paquete de tabaco y lo puso sobre el mostrador, mientras marcaba los precios en la caja con la otra.

—Ciento cincuenta y siete con cincuenta —dijo, con un marcado dialecto de Kristiansand.

Le alcancé dos billetes de cien coronas. Ella los tecleó y sacó lo que tenía que devolverme del cajón de la caja. Aunque yo tenía la mano extendida, dejó la vuelta en el mostrador.

¿Por qué? ¿Había visto en mí algo que no le había agradado? ¿O era simplemente indolente? ¿No era normal que los dependientes mirasen al cliente a la cara en algún momento de la transacción? Y si tienes la mano extendida, resulta casi insultante dejar el dinero en otro sitio, ¿no? Al menos manifiestamente.

—¿Podrías darme una bolsa? —le pregunté mirándola.

—Claro que sí —contestó, agachándose un poco y sacando de debajo del mostrador una bolsa blanca de plástico.

—Toma.

—Gracias —dije, metí la compra en ella y salí a la calle. Las ganas de acostarme con ella, que se manifestaban más en una especie de apertura y suavidad en el cuerpo que en la forma más corriente de deseo, que, como se sabe, es más dura, más aguda, una suerte de contracción de los sentidos, se mantuvieron durante todo el camino hasta casa, aunque no eran

monotemáticas, porque en torno al deseo estaba siempre el duelo, con su cielo gris y difuso que sabía que podía volver a llenarme del todo.

Estaban arriba viendo la tele. Yngve, sentado en el sillón de mi padre. Cuando entré, giró la cabeza y se levantó.

—Pensábamos tomarnos una copita —dijo a la abuela—. Después de todo lo que hemos trabajado. ¿Tú también quieres una?

—Estaría bien —contestó.

—Te preparo una —dijo Yngve—. Y podemos sentarnos en la cocina, ¿no?

—Muy bien —dijo la abuela.

¿Acaso andaba un poquito más deprisa por la habitación que antes?
¿Acaso se encendió una pequeña luz en sus ojos, por lo demás tan oscuros?

Pues sí, así fue.

Dejé una bolsa de patatas en la encimera, vacié el contenido de la otra en un cuenco que puse sobre la mesa, e Yngve sacó del armario una botella de Absolut azul que estaba escondida entre las cosas de comida cuando tiramos todo el alcohol que encontramos, luego cogió tres vasos de los estantes sobre la encimera, un cartón de zumo de la nevera, y empezó a mezclar las bebidas. La abuela estaba sentada en su sitio de siempre, mirándolo.

—Conque también a vosotros os gusta tomaros una copita por la noche —constató.

—Sí, sí —contestó Yngve—. Llevamos todo el día trabajando.
¡También tenemos derecho a un poco de relax!

Sonrió y le alargó un vaso. Y allí estábamos, bebiendo en torno a la mesa. Eran cerca de las diez. Había empezado a oscurecer. No había duda de que a la abuela el alcohol le sentaba bien. Sus ojos empezaron a recuperar el brillo de antaño, sus mejillas mates recobraron el color, sus movimientos se volvieron más suaves, y cuando terminó la primera copa, e Yngve le estaba preparando la segunda, fue como si también su mente se aligerara, porque al poco tiempo estaba charlando y riéndose como en los viejos tiempos. En cambio yo la primera media hora estaba como petrificado, tieso de malestar, porque ella era como un vampiro que por fin había vuelto a disponer de sangre, lo vi, fue así: la vida volvió a ella, llenándola poco a poco. Fue terrible, terrible. Pero entonces noté el efecto del alcohol en mí mismo, mis

pensamientos se suavizaron, mi conciencia se abrió, y el que ella estuviera bebiendo y riendo dos días después de haber encontrado a su hijo muerto en el salón ya no me parecía tan siniestro, no importaba tanto, seguramente lo necesitaba. Después de haber permanecido sentada en su silla de la cocina todo el día, salvo los ratos que había estado dando vueltas por la casa, intranquila y confusa sin pronunciar palabra, era bueno verla animarse otra vez. También a nosotros nos hacía falta. La abuela contaba historias, nosotros nos reíamos, Yngve añadió las suyas y nos reímos aún más. Ellos dos siempre habían coincidido en el gusto por los juegos de palabras, y nunca más que esa noche. Cada dos por tres la abuela se secaba lágrimas de risa, y cada dos por tres me encontraba con la mirada de Yngve, y la alegría que veía en ella, que al principio parecía pedir perdón, luego sólo quedó en eso, en alegría. Estábamos tomando una bebida mágica. Ese líquido transparente que sabía tan fuerte, incluso mezclado con zumo de naranja, cambió las condiciones de nuestra presencia, eliminando de la conciencia lo que acababa de ocurrir, y abriendo el paso a los que solíamos ser, a lo que solíamos pensar, como iluminados desde abajo, porque lo que éramos y lo que pensábamos brillaba de repente con resplandor y calor, y no había ya nada que nos impidiera nada. La abuela seguía oliendo a meado, su vestido seguía lleno de manchas de grasa y comida, seguía terriblemente flaca, seguía siendo un hecho que había vivido los últimos meses en un nido de ratas en compañía de su hijo, nuestro padre, que había muerto por el abuso del alcohol, y que aún no estaba del todo frío. Pero los ojos de la abuela brillaban. Y su boca sonreía. Y las manos, que hasta entonces habían estado quietas sobre sus rodillas, cuando no estaban ocupadas en el eterno fumar, empezaron a gesticular. Se transformó ante nuestros ojos en la persona que había sido, ligera, rápida, siempre cerca de la sonrisa y la risa. Las historias que contaba las habíamos oído antes, pero eso era justo lo divertido, al menos para mí, porque de esa manera volvía a ser la abuela que había sido, volvía la vida tal y como había sido en esa casa. Ninguna de esas historias era en sí divertida, todo la gracia estaba en su manera de contarlas, en su manera de convertirlas en historias, y en que ella misma las encontrara tan divertidas. Ella siempre buscaba lo curioso en el día a día, y se reía siempre muchísimo. Sus hijos la siguieron en eso, ellos le contaban pequeñas historias de su día a día, de las que ella se reía, y que, si realmente eran de su agrado, adoptaba y convertía en parte de su repertorio.

Sus hijos, en especial Erling y Gunnar, también tenían el mismo afán por los juegos de palabras. ¿No habían enviado a Gunnar a la tienda a comprar un «bolo de hilona»? ¿Y no convencieron a Yngve de que las palabras más feas del mundo eran «cacofonía» y «culata», haciéndole prometer que nunca las diría? Mi padre también participaba algunas veces en esa juega, pero no era algo con lo que yo lo asociara; más bien lo miraba extrañado cuando participaba. El que él se rindiera ante una historia y se riera como lo hacía la abuela resultaba impensable.

Aunque lo hubiera contado cientos de veces antes, la abuela lo vivía tanto que parecía que lo contaba por primera vez. La risa que seguía a la historia era por tanto completamente liberadora: no había nada calculado en ella. Y cuando habíamos bebido bastante, y el alcohol había iluminado toda la oscuridad de nuestro interior, además de haber hecho desaparecer las miradas del exterior, no tuvimos ningún problema en seguirla. Una carcajada tras otra rodó por la mesa. La abuela derrochaba pequeñas historias, recogidas a lo largo de sus ochenta y cinco años de vida, pero no se quedaba ahí, porque conforme aumentaba la embriaguez, bajaba la defensa, y ella alargó algunas de las historias ya conocidas, contando más detalles, de manera que el tema principal cambiaba. Sabíamos, por ejemplo, que ella había trabajado de chófer particular en Oslo a principios de la década de 1930, formaba parte de la mitología, porque no había muchas mujeres con carné de conducir en aquellos tiempos. Contaba que contestó a un anuncio que había visto en el diario *Aftenposten*. Le dieron el puesto y se mudó de Åsgårdstrand a Oslo. Trabajó para una mujer mayor, excéntrica y rica. La abuela, que sólo tenía veintipocos años, se alojaba en una habitación del gran chalé de la señora, conducía su coche y la llevaba a donde quería. Tenía un perro, que solía estar junto a la ventana ladrando a todos los que pasaban por allí, la abuela se reía al contarlo, al contar la vergüenza que le daba. Pero también había otro tema que solía mencionar para describir con todo detalle lo excéntrica y seguramente senil que se mostraba la señora. Guardaba dinero por todas partes de la casa. Había montones de billetes en el armario de la cocina, dentro de cacerolas y teteras, en el suelo debajo de las alfombras, y en las almohadas del dormitorio. La abuela solía reírse y mover la cabeza de un lado para otro al contarlo, porque debíamos tener en cuenta que ella acababa de irse de su casa, que venía de una pequeña ciudad de provincias, y que ése era su primer encuentro no sólo con

el mundo exterior, sino con el distinguido mundo exterior. En ese momento, sentados los tres alrededor de la mesa iluminada de su cocina, con las sombras de nuestras caras contra las ventanas que estaban oscureciendo, y una botella de vodka Absolut entre nosotros, nos hizo de repente una pregunta retórica:

—¿Así que qué podía hacer yo? Ella era riquísima, ¿sabéis? Y el dinero estaba por todas partes. Si algo desaparecía, ni se enteraba. Entonces no importaba que yo cogiera un poco, ¿no?

—¿*Cogiste* dinero? —pregunté.

—Claro que cogí. No mucho, para ella no era nada. Y como ni se daba cuenta, no importaba nada. ¡Además, me pagaba muy poco! Pues sí, me pagaba fatal, tenía un sueldo miserable. ¡Porque no sólo conducía su coche, también hacía muchas otras cosas, de modo que era justo que tuviera un sueldo un poco mejor!

Dio un golpe en la mesa con la mano. Y se echó a reír.

—¡Y su perro, chicos! ¡La pinta que debíamos de tener cuando conducíamos por Oslo! En aquella época no había tantos coches. De manera que se fijaban en nosotros. Ya lo creo que se fijaban.

Se rió un poco, luego suspiró.

—Bueno, bueno —dijo—. La vida es una guela, dijo la mujer que no sabía pronunciar la «r». Ja, ja, ja.

Se llevó el vaso a los labios y bebió. Yo hice lo mismo. Luego cogí la botella y me volví a servir, miré a Yngve, que asintió con un gesto, y le serví también a él.

—¿Quieres un poco más? —pregunté, mirando a la abuela.

—Con mucho gusto —respondió—. Un poquito.

Le serví, e Yngve empezó a echarle zumo, pero se acabó antes de que el vaso se llenara hasta la mitad. Sacudió un par de veces el envase de cartón.

—Está vacío —dijo, mirándome—. ¿No has comprado Sprite?

—Sí —contesté—. Voy a por una botella.

Me levanté y me acerqué al frigorífico. Además de mis tres botellas de medio litro, estaba la de litro y medio que Yngve había comprado antes que yo.

—¿Te has olvidado de ésta? —le pregunté, enseñándosela.

—Ah, es verdad —contestó Yngve.

La dejé en la mesa, salí de la cocina y bajé la escalera hasta el cuarto de

baño. Las habitaciones vacías y grandes me rodeaban. Pero con la llama del alcohol ardiendo en el cerebro, no reparé en eso que tal vez en otras circunstancias me habría llenado de sensaciones, porque aunque no estaba exactamente alegre, me sentía animado, excitado, empujado por las ganas de continuar por ese camino, que ni siquiera un pensamiento directo en mi padre pudo borrar, sólo era una especie de sombra pálida, presente, pero libre de consecuencias, porque en su lugar se había colocado la vida, todas las imágenes, voces y sucesos empujados por la embriaguez a una velocidad que me hacía sentir la ilusión de encontrarme en un lugar con mucha gente y mucha alegría. Sabía que no era así, pero tenía esa sensación, y esa sensación era lo que me guiaba, también cuando pisé la moqueta manchada de la planta baja, sólo iluminada por la débil luz que entraba por el cristal de la puerta de la calle, y entré en el cuarto de baño, que zumbaba y pitaba como llevaba haciendo al menos los últimos treinta años. Cuando volví a salir, oí sus voces arriba, y me apresuré a subir la escalera. Al llegar al salón di un par de pasos en un estado de ánimo distinto, más indiferente, para ver el lugar donde él había muerto. Entonces tuve una repentina sensación de quién había sido él en ese lugar. No es que lo viera, no fue así, pero lo percibía, percibía todo su ser tal y como fue en esas habitaciones los últimos tiempos. Ah, qué extraño era. Pero no quise demorarme en ello, y a lo mejor tampoco sería capaz, porque la sensación no duró más que unos instantes, antes de que los pensamientos pusieran en ella sus garras. Entré en la cocina, donde todo estaba como cuando la dejé, excepto el color de las bebidas, que ya eran transparentes y llenas de burbujas grisáceas.

La abuela estaba hablando de la época en la que vivió en Oslo. También esa historia pertenecía a la mitología familiar, y también a esa historia le dio un giro inesperado y para nosotros inaudito hacia el final. Yo sabía que la abuela había estado primero con Alf, el hermano mayor del abuelo. Ellos fueron inicialmente pareja. Los dos hermanos estudiaron en Oslo: Alf ciencias naturales, y el abuelo económicas. Al acabar la relación con Alf, la abuela se casó con el abuelo y se fueron a vivir a Kristiansand, lo que también haría Alf, pero ya casado con Sølvi. Ella había tenido tuberculosis de joven, tenía un pulmón pinchado y estuvo enferma toda la vida. No pudo tener hijos, razón por la que, ya algo mayores, adoptaron a una niña asiática. Eran Alf y su familia, y mis abuelos y la suya los componentes de la mayor parte de las

fiestas a las que acudí en mi infancia y temprana juventud, ellos eran los que nos hacían visitas, y el hecho de que Alf y la abuela hubieran sido pareja en otro tiempo se mencionaba a menudo, no era ningún secreto. Y cuando el abuelo y Sølvi hubieron muerto, la abuela y Alf se veían una vez por semana, ella iba a visitarlo todos los sábados por la mañana a su chalé de Grim, algo que nadie de la familia encontraba extraño, al contrario, sonreíamos bienintencionadamente. Porque a lo mejor eran ellos dos los que deberían haber formado pareja.

La abuela se puso a hablarnos de cuando conoció a los dos hermanos. Alf era más extrovertido, el abuelo más reservado, pero los dos estaban interesados por la joven de Åsgårdstrand, porque cuando el abuelo descubrió las intenciones de Alf, que intentaba seducirla con su buen humor y su sabiduría popular, le dijo a la abuela en voz baja: *¡Lleva el anillo en el bolsillo!*

La abuela se reía al contarlo:

—«¿Qué has dicho?», le pregunté, aunque ya lo sabía. «*¡Lleva el anillo en el bolsillo!*», repitió. «¿Qué clase de anillo?», le pregunté yo. «*¡El anillo de compromiso!*», contestó. ¡Pensaba que yo no lo había entendido!

—¿Estaba ya Alf comprometido con Sølvi? —preguntó Yngve.

—Ya lo creo que sí. Pero ella vivía en Arendal y estaba siempre enferma. Él no contaba con que durara. ¡Pero al final acabaron juntos!

Dio otro trago del vaso. Luego se relamió los labios. Hubo una pausa y ella se encerró en sí misma, como había hecho tantísimas veces esos dos últimos días. Se quedó sentada con los brazos cruzados, mirando al frente. Vacié la copa, me serví otra, saqué un papel de fumar, metí en él un poco de tabaco y lo apreté con los dedos, enrollé el papel, apreté la punta, lo cerré, pasé la lengua por el pegamento, quité el tabaco sobrante y volví a meterlo en el paquete, luego me metí el pitillo un poco torcido en la boca y lo encendí con el mechero verde, medio transparente, de Yngve.

—El invierno que murió el abuelo íbamos a ir al sur de Europa —contó la abuela—. Ya teníamos los billetes y todo.

La miré mientras exhalaba el humo.

—La noche en la que se desplomó en el baño, ¿sabéis?... Yo sólo oí un gran estruendo, me levanté y allí estaba, en el suelo, diciéndome que llamara a urgencias. Estuve esperando hasta que llegó la ambulancia con su mano en la

mía. Entonces él dijo: *Nos vamos al sur de todas formas*. Y yo pensé: *¡Es otro sur al que vas a ir tú!* —Se rió, pero había bajado la vista—. *¡Es otro sur al que vas a ir tú!* —repitió.

Hubo un largo silencio.

—Ayayay —dijo luego—. La vida es una guela, dijo la mujer que no sabía pronunciar la «r».

Sonreímos. Yngve movió un poco su copa y bajó la vista. Yo no quería que la abuela pensara en la muerte del abuelo o en la de mi padre, e intenté dar un giro a la conversación, retomando un tema que ella había mencionado antes.

—Pero cuando os mudasteis aquí, a Kristiansand, no fue a esta casa, ¿no? —pregunté.

—Qué va —contestó—. Al principio estábamos más lejos del centro. Esta casa la compramos después de la guerra. Bueno, en realidad lo que compramos fue el solar. Era uno de los mejores de Lund, porque teníamos unas vistas estupendas, ¿sabéis? Al mar y a la ciudad. Y tan en alto que no tenemos vecinos que puedan vernos. Pero cuando compramos esto, había aquí otra casa, aunque llamarla casa... Ja, ja, ja. Era una auténtica chabola. Vivían en ella dos hombres, si no recuerdo mal. Pues sí, eran hombres..., y bebían. La primera vez que vinimos a ver la casa había botellas por todas partes, lo recuerdo muy bien. En la entrada, en la escalera, en el salón, en la cocina. ¡Por todas partes! En algunos sitios había tantas que no se podía poner el pie. De modo que la compramos bastante barata. Tiramos aquella casa y construimos ésta. Entonces no había jardín, sólo un monte, eso fue lo que compramos.

—Has dedicado mucho tiempo a este jardín, ¿a que sí? —le pregunté.

—Ah, sí, ya lo creo que sí. Sí, sí, sí. Esos ciruelos de ahí me los traje de la casa de mis padres en Åsgårdstrand, ¿sabéis? Son realmente antiguos, ya no quedan muchos de éstos.

—Me acuerdo de que solíamos volver a casa con bolsas llenas de ciruelas —dijo Yngve.

—Yo también me acuerdo —señalé.

—Todavía dan fruta, ¿no? —preguntó Yngve.

—Creo que sí —contestó la abuela—. Quizá no tanta como antes, pero...

Agarré la botella, que ya estaba medio vacía, y volví a servirme. El que

la abuela no se hubiese percatado de que el círculo se había cerrado con lo que había ocurrido allí no era de extrañar, pensé. Limpié una gota del cuello de la botella con el pulgar y me lo chupé, mientras al otro lado de la mesa la abuela abrió el paquete de tabaco para liarse un pitillo. Por muy extrema que hubiera sido su vida los últimos años, constituía sólo una minúscula parte de todo lo que había vivido. Cuando ella veía a mi padre, cuando veía al que había sido de bebé, de niño, de adolescente, de adulto, todo su carácter y todas sus cualidades cabían en esa mirada, de modo que aunque estuviera tan borracho que se cagara encima tumbado en su sofá, ese momento era tan breve y ella tan vieja que en comparación con todo el tiempo que había almacenado con él, lo de los últimos años no tuvo peso suficiente para convertirse en la imagen definitiva. Supuse que lo mismo ocurría con la casa. La primera casa con las botellas, sería la «casa de las botellas», mientras que esta casa era su hogar, donde ella había pasado los últimos cuarenta años, y el que ahora estuviera llena de botellas, nunca podría convertirse en lo principal.

¿O era simplemente que estaba tan borracha que ya no pensaba con claridad? En ese caso lo disimulaba muy bien, porque aparte de que se había reanimado de un modo extraordinario, había pocas señales de embriaguez en su conducta. De todas formas no era yo el más indicado para constatar nada. Animado por la luz cada vez más brillante del alcohol, que disolvía cada vez más mis pensamientos, había empezado a beber copas como si de zumo se tratara. Y ya no tenía fondo.

Después de llenarme el vaso de Sprite, cogí la botella de Absolut, que tapaba la vista a la abuela, y la coloqué en el alféizar.

—¿Qué haces? —preguntó Yngve.

—¿Dejas la botella en el alféizar? —preguntó la abuela.

Enrojecido y aturdido cogí la botella y volví a ponerla en la mesa.

La abuela se echó a reír.

—¡El chico ha puesto la botella de alcohol en la ventana!

—¡Para que los vecinos vean que estamos bebiendo! —dijo Yngve riéndose.

—Bueno, bueno. No me he dado cuenta —dije.

—Ya lo creo —dijo la abuela, mientras se secaba los ojos de tanto reírse—. ¡Ja, ja, ja!

En esa casa donde siempre se había tenido mucho cuidado de impedir

que alguien pudiera ver lo que ocurría dentro y donde siempre se habían cuidado las apariencias, desde la ropa que uno llevaba a cómo se cuidaba el jardín, desde la fachada hasta el coche y la conducta de los niños, lo de colocar una botella en la ventana iluminada desde dentro era lo más parecido a lo perfectamente impensable. Ésa era la razón por la que ellos, y enseguida también yo, nos reíamos tanto.

Al otro lado de la calle, la luz sobre la ladera, que apenas se vislumbraba a través del brillo de la cocina, en la que parecíamos tres figuras submarinas, era gris azulada. La noche no era más oscura que eso. Yngve había empezado a hablar de un modo un poco menos claro. Alguien que no lo conociera no lo notaría. Pero yo lo noté, porque se ponía siempre así cuando bebía, primero farfullaba un poco, luego gangueaba cada vez más, hasta que hacia el final de la embriaguez, en el momento en el que se apagaba, ya casi no se le entendía. En mi caso, esa falta de claridad que acompañaba a la borrachera era sobre todo un fenómeno interior, ya que sólo entonces se manifestaba, lo que suponía un problema, porque aunque por fuera no se me notaba lo borracho que estaba, pues caminaba y hablaba casi como de costumbre, tampoco había ninguna disculpa por todo lo que, en un momento ya muy avanzado de borrachera, podía llegar a salir de mí, de palabras o actos. Además, la embriaguez era mayor por esa razón, ya que la borrachera no se detenía ni por sueño ni por problemas de coordinación, sino que continuaba hacia lo vacío y lo primitivo. Me encantaba, me encantaba esa sensación, era mi mejor sensación, pero nunca traía nada bueno, y al día siguiente, o los días siguientes, estaba tan estrechamente relacionado con lo desmesurado como con la estupidez, algo que odiaba con toda mi alma. Pero cuando me encontraba en ese punto, el futuro no existía, ni tampoco el pasado, sólo el presente, y por esa razón me gustaba tanto estar allí, porque mi mundo, en toda su intolerable banalidad, brillaba.

Me volví y eché un vistazo al reloj de la pared. Eran las doce menos veinticinco. Luego miré a Yngve. Parecía cansado. Tenía los ojos medio cerrados y un poco enrojecidos. Su vaso estaba vacío. ¡Ojalá no pensara en irse a dormir! Yo no podría quedarme allí a solas con la abuela.

—¿Quieres un poco más? —le pregunté, señalando con la cabeza la botella en la mesa.

—Bueno, tal vez otra copa —contestó—. Pero la última. Tenemos que

levantarnos temprano mañana.

—¿Ah, sí? —le pregunté—. ¿Para qué?

—Tenemos una cita a las nueve, ¿lo has olvidado?

Me di un golpe con la mano en la frente, un gesto que no hacía desde que iba al instituto.

—Todo irá bien —dije—. Hay que estar allí a las nueve, eso es todo.

La abuela nos miró.

¿No iba a preguntarnos adónde íbamos?, pensé. La palabra «funeraria» rompería con toda seguridad el encanto. Y luego nos quedaríamos allí sentados como una madre que acaba de perder a su hijo y dos chicos que han perdido a su padre.

Y sin embargo no me atreví a preguntarle si quería más. Había un límite, que tenía que ver con la decencia, y ese límite lo habíamos traspasado hacía rato. Cogí la botella y serví a Yngve, luego me serví a mí. Entonces me encontré con la mirada de la abuela.

—¿Quieres otra?— me oí decir.

—Tal vez una pequeña —contestó ella—. Se ha hecho tarde.

—Pues sí, es tarde en la tierra —dije.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Ha dicho que es tarde en la tierra —contestó Yngve—. Es una cita famosa.

¿Por qué dijo eso? ¿Pretendía ponerme en mi sitio? Pero joder, era una cosa muy tonta. «Tarde en la tierra»...

—Karl Ove va a publicar un libro pronto —dijo Yngve.

—¿De verdad? —preguntó la abuela.

Asentí con un gesto de la cabeza.

—Sí, ahora que lo dices, creo que lo he oído. Tal vez lo dijera Gunnar. Vaya, vaya. Un libro, fíjate.

Se acercó el vaso a la boca y dio un trago. Yo hice lo mismo. ¿Eran imaginaciones mías o sus ojos se habían vuelto a oscurecer?

—¿Así que no vivíais aquí durante la guerra? —pregunté, dando otro trago.

—No, hasta unos años después de la guerra no vinimos a vivir aquí. Durante la guerra vivíamos por allí —dijo, señalando detrás de ella.

—¿Cómo fue realmente? —pregunté—. Durante la guerra, quiero decir.

—Bueno, casi como siempre, ¿sabes? Un poco más difícil conseguir comida, pero, por lo demás, las diferencias no eran tan grandes. Los alemanes eran gente normal, como nosotros. Conocimos a algunos, ¿sabéis? Fuimos a verlos después de la guerra.

—¿A Alemania?

—Sí, sí. Y cuando tuvieron que marcharse, en mayo del cuarenta y cinco, nos llamaron para decir que si queríamos podíamos pasarnos a recoger algunas cosas que habían dejado. Había unas bebidas estupendas. Y una radio. Y muchas cosas más.

Ya había oído decir que habían recibido regalos de los alemanes antes de la capitulación. Pero que los alemanes los habían llevado a casa de los abuelos.

—¿Dónde las dejaron? —pregunté.

—En un montón de piedras —contestó la abuela—. Cuando llamaron nos dijeron exactamente dónde podríamos encontrar las cosas que habían dejado. Eran amables, ya lo creo.

¿Los abuelos habían estado buscando bebidas dejadas por los alemanes una noche de mayo de 1945?

La luz de los faros de un coche se deslizó por el jardín y golpeó unos segundos la pared debajo de la ventana, hasta que terminó de doblar la curva y pasó lentamente por la estrecha calle de abajo. La abuela se inclinó hacia la ventana.

—¿Quién puede ser a estas horas?

Suspiró y se acomodó de nuevo en su silla, con los brazos cruzados. Nos miró.

—Está bien teneros aquí, chicos.

Hubo una pausa. La abuela dio otro trago.

—¿Te acuerdas de cuando viviste aquí con nosotros? —le preguntó de repente a Yngve, dirigiéndole una cálida mirada—. Cuando vuestro padre vino a recogerte, se había dejado barba, y corriste escaleras arriba gritando «¡Ése no es mi papá!». ¡Ja, ja, ja! Cómo nos reíamos contigo.

—Me acuerdo muy bien de eso —contestó Yngve.

—Y luego aquella vez que escuchamos en la radio *Nitimen*, y entrevistaron al propietario del caballo más viejo de Noruega. ¿Te acuerdas? «¡Papá, eres igual de viejo que el caballo más viejo de Noruega!», dijiste.

Se inclinó hacia delante, riéndose y frotándose los ojos con los nudillos de los dedos índice.

—¿Y tú? ¿Te acuerdas de cuando te quedaste solo con nosotros en la cabaña? —dijo mirándome.

Asentí con la cabeza.

—Una mañana te encontramos sentado en el escalón. Estabas llorando, y cuando te preguntamos por qué llorabas, nos dijiste: «Estoy muy solo.» ¡Tenías ocho años!

Fue el verano que mis padres se fueron a Alemania de vacaciones. Yngve se quedó en Sørbøvåg con nuestros abuelos maternos, y yo allí, en Kristiansand. ¿Qué recordaba de aquello? Que la distancia con los abuelos era demasiado grande. De repente formaba parte de su vida diaria. Eran más extraños de lo que solían ser, ya que no había nadie que mediara entre nosotros. Una mañana había un insecto en mi vaso de leche, y no quise bebérmela. La abuela dijo que no fuera tan exigente, que lo sacara, pues así era la naturaleza. Su voz era severa. Y yo me bebí la leche, sintiendo náuseas. ¿Por qué había sobrevivido precisamente ese recuerdo y ningún otro? Tendría que haber otros, ¿no? Sí, mis padres me mandaron una postal con una foto del Bayern de Múnich. ¡Cuánto la había deseado y qué feliz me sentí cuando por fin llegó! Y los regalos cuando volvieron a casa: un balón de fútbol amarillo y rojo para Yngve, y uno verde y rojo para mí. Esos colores... Ah, la sensación de felicidad que aquello me proporcionó.

—En otra ocasión estabas en la escalera llamándome —prosiguió la abuela, mirando a Yngve—. «Abuela, ¿estás arriba o abajo?» Yo contesté «Abajo» y tú gritaste «¿Por qué no estás arriba?».

Se rió.

—Pues sí, nos reíamos mucho... Cuando os mudasteis a Tybakken, llamaste a las puertas de los vecinos para preguntar si vivían allí niños. «¿Viven aquí niños?», preguntabas. ¡Ja, ja, ja!

Siguió riéndose entre dientes un rato mientras se liaba otro cigarrillo con la máquina. Dejó la parte final del papel vacía, y ardió cuando lo encendió. Una mota de ceniza voló hasta el suelo. Y el fuego alcanzó el tabaco, cerrándose como un rescoldo que lucía con más brillo cada vez que aspiraba el filtro.

—Pero ahora sois adultos —añadió—. Y eso me resulta raro. Parece

que fue ayer cuando veníais por aquí de pequeños...

Media hora más tarde nos acostamos. Yngve y yo recogimos la mesa, guardamos la botella de vodka en el armario de debajo de la pila, vaciamos los ceniceros y metimos los vasos en el friegaplatos, mientras la abuela nos miraba. Cuando acabamos, también ella se levantó. Un poco de pis goteaba de la silla sin que ella se diera cuenta. Al salir se apoyó en el marco de la puerta, primero en el de la cocina, luego en el de la entrada.

—¡Buenas noches! —dije.

—Buenas noches, chicos —respondió con una sonrisa. Me quedé observándola, y vi cómo la sonrisa desapareció en el momento en el que nos dio la espalda y empezó a bajar la escalera.

—Bueno —dije cuando unos minutos más tarde estábamos arriba en el cuarto—. Ya está.

—Pues sí —dijo Yngve, quitándose el jersey. Lo puso sobre la silla, y luego los pantalones. Acalorado por el alcohol, me apetecía decirle algo agradable. Todas las desigualdades se habían borrado, ya no había problemas, todo era sencillo.

—Vaya día —dijo.

—Tienes razón.

Se tumbó en la cama y se tapó con el edredón.

—Buenas noches —dijo, y cerró los ojos.

—Buenas noches —contesté—. Que duermas bien.

Me acerqué al interruptor de la pared y apagué la luz del techo. Luego me senté en la cama. No tenía ganas de dormir. En un instante de locura pensé que podía salir. Los bares no cerrarían hasta dos o tres horas después. Y era verano, la ciudad estaba llena de gente, seguramente también habría algún conocido.

Entonces me llegó el cansancio y el sueño. De repente sólo quería dormir. De repente apenas era capaz de levantar un brazo. La idea de desnudarme me resultaba inabordable, así que me tumbé vestido, cerré los ojos y caí dentro de una suave luz interior. Cada pequeño movimiento que hacía, aunque sólo fuera mover el dedo meñique, me producía cosquillas en el estómago, y cuando me dormí unos instantes más tarde, fue con una sonrisa en la boca.

Ya muy dentro del sueño supe que fuera me esperaba algo terrible. Cuando entré en un estado de semiconsciencia, intenté por tanto darme la vuelta y regresar al sueño, y seguro que lo habría conseguido si no hubiera sido por la insistencia de la voz de Yngve, y la certeza de que esa mañana tendríamos una importante reunión.

Abrí los ojos.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Yngve me miró desde la puerta, vestido y listo para marcharse. Pantalón negro, camisa blanca, americana negra. Tenía la cara hinchada, los ojos medio cerrados y el pelo enredado.

—Las nueve menos veinte —contestó—. Hay que levantarse y marcharse.

—Mierda —exclamé.

Al incorporarme noté que la borrachera aún no había abandonado mi cuerpo.

—Te espero abajo —dijo—. Date prisa.

El llevar puesta la ropa del día anterior me creó una fuerte sensación de malestar, que no hizo sino crecer al acordarme de lo que habíamos hecho. Me desnudé. Había pesadez en todos mis movimientos, incluso levantarme de la cama y quedarme de pie en el suelo me costó, por no decir levantar el brazo y coger la camisa que colgaba de una percha en la puerta del armario. Pero tenía que vestirme, no quedaba más remedio. Meter el brazo derecho, meter el brazo izquierdo, abrochar primero los botones de las mangas, luego los de delante. ¿Por qué coño habíamos hecho aquello? ¿Cómo pudimos ser tan estúpidos? Yo no quería, de hecho era lo último que habría querido hacer: ponernos a beber en esa casa y con ella. Y sin embargo fue *exactamente* lo que hice. ¿Cómo era posible? ¿Cómo coño era posible?

Fue indigno.

Me arrodillé frente a la maleta y busqué entre las capas de ropa hasta encontrar el pantalón negro, que me puse sentado en la cama. ¡Qué agradable era estar sentado! Pero tenía que levantarme y acabar de ponerme el pantalón, sacar la americana y enfundármela. Bajar a la cocina.

Cuando me bebí el vaso de agua que acababa de llenar, tenía la frente húmeda de sudor. Incliné la cabeza hacia delante y me la mojé en el grifo, en

parte para refrescarme, en parte para darle un aspecto algo más decente a mi pelo, corto, pero despeinado.

Con las gotas de agua cayéndome por la barbilla y el cuerpo pesado como un saco, bajé hasta la entrada y salí. Yngve me estaba esperando fuera con la abuela, haciendo ruido con la llave del coche en una mano.

—¿Tienes un chicle? —le pregunté—. No me ha dado tiempo a lavarme los dientes.

—No puedes dejar de lavarte los dientes en un día como hoy —dijo Yngve—. Tendrás tiempo si te das prisa.

Tenía razón. Seguramente olía a borrachera, un olor que no pegaba mucho en una funeraria. Pero era incapaz de darme prisa. En el pasillo del piso de arriba tuve que tomarme un descanso, me quedé colgando sobre la barandilla, como si también la voluntad se me hubiera agotado. Tras coger el cepillo y la pasta de dientes de la mesilla de noche, me los cepillé frente a la pila de la cocina. Debería haber dejado el tubo y el cepillo allí mismo y bajar a toda prisa, pero algo dentro de mí me dijo que eso no podía ser, el cepillo y la pasta no podían quedarse en la cocina, tenían que volver arriba, al dormitorio. Así pasaron otros dos minutos. Cuando volví a salir, eran ya las nueve menos cuatro minutos.

—Nos vamos ya —dijo Yngve, dirigiéndose a la abuela—. No tardaremos mucho.

—Muy bien —dijo ella.

Me senté en el coche y me puse el cinturón de seguridad. Yngve se sentó a mi lado, metió la llave, la giró, volvió la cabeza y empezó a dar marcha atrás por la pequeña cuesta. La abuela se quedó en la parte de arriba de la escalera. Yo le dije adiós con la mano, ella me devolvió el saludo. Cuando llegamos marcha atrás al callejón donde ya no podíamos verla, me pregunté si ella seguiría allí, como solía hacer, para que cuando volviéramos de frente pudiéramos verla y despedirnos con la mano por última vez, antes de que ella se diera la vuelta para entrar en casa y nosotros saliéramos a la calle.

Ella seguía allí. Le dije adiós con la mano. Ella agitó la suya, y luego entró.

—¿Crees que le hubiera gustado venirse con nosotros? —pregunté.

Yngve asintió con un gesto.

—Tendremos que hacer lo que le hemos dicho. No estar mucho tiempo

fuera. Aunque no me hubiera importado nada sentarme un rato en un café. O echar un vistazo a algunas tiendas de discos.

Puso el intermitente con el pulgar izquierdo, a la vez que cambiaba de marcha mirando hacia la derecha. No venía nadie.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —le pregunté.

—Bien, ¿y tú?

—Noto algo —contesté—. De hecho, sigo estando un poco borracho. Me miró justo cuando enfilamos la calle.

—Pues qué fastidio —dijo.

—Pues sí, no fue muy oportuno.

Esbozó una leve sonrisa y volvió a reducir una marcha para detenerse justo detrás de la raya blanca. Un anciano de pelo blanco, muy delgado y con una gran nariz, cruzó por el paso de peatones delante de nosotros. Las comisuras de los labios le colgaban. Sus labios eran de color carmesí. Primero miró hacia el descampado arriba a la derecha, luego a la fila de tiendas al otro lado de la calle, antes de mirar al suelo, seguramente para asegurarse de dónde estaba el borde de la acera delante de él. Hizo todo eso como si estuviera completamente solo. Como si no le preocuparan las miradas de los demás. Así era como pintaba Giotto a las personas. Siempre parecían ignorar que estaban siendo observadas. El aura de desprotección que eso les aportaba era única de ese pintor. Probablemente era algo de su época, porque las siguientes generaciones de pintores italianos, las generaciones de los grandes, tenían siempre incorporada la certeza de la mirada en sus cuadros, lo que les hacía menos ingenuos, pero también menos reveladores.

Por el otro lado venía a toda prisa una joven pelirroja con un coche de niños. En ese instante el semáforo se puso rojo para los peatones, pero ella miró el disco, que seguía rojo para los coches, y se atrevió a cruzar, pasando correteando por delante de nosotros. Su hijo, de acaso un año, con mejillas carnosas y boca pequeña, estaba sentado erguido en el coche, mirando a su alrededor algo perplejo cuando pasaron por delante de nosotros a toda prisa.

Yngve soltó el embrague y aceleró suavemente en el cruce.

—Ya son las nueve y dos —señalé.

—Ya lo sé —respondió—, pero si encontramos un sitio para aparcar, no vamos tan mal.

Al salir al puente, levanté la cabeza y miré el cielo sobre el mar. Estaba

nublado, por algunas partes con nubes tan ligeras que lo blanco tenía una pizca de azul, como si una membrana transparente se hubiera tensado sobre él; por otras, las nubes eran más pesadas, algunas grises, con bordes que volaban como humo sobre lo blanco. Donde brillaba el sol, la capa de nubes estaba amarillenta. Pero la luz debajo del cielo era suave y parecía venir de todas partes. Era uno de esos días en los que nada arroja sombra, donde todo se agarra a sí mismo.

—¿Te vas entonces esta noche? —quise saber.

Yngve asintió con un gesto.

—¡Allí hay un sitio! —exclamó.

Al instante se paró junto a la acera, apagó el motor y puso el freno de mano. La funeraria estaba al otro lado de la calle. Hubiera preferido tener un poco más de tiempo, con el fin de prepararme para lo que nos esperaba, pero no había nada que hacer, sino lanzarse a ello.

Me bajé del coche, cerré la puerta y crucé la calle tras Yngve. En la sala de espera, la señora de detrás del mostrador nos sonrió, y dijo que podíamos entrar.

La puerta estaba abierta. Cuando el grueso agente de la funeraria nos vio, se levantó de su silla detrás del escritorio, salió y nos saludó estrechándonos la mano con una sonrisa cortés en los labios, pero no demasiado cordial, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Bueno —dijo—. Ya están aquí de nuevo. ¡Siéntense! —añadió, señalando las dos sillas.

—Gracias —dije.

—Supongo que este fin de semana habrán reflexionado un poco sobre el entierro —empezó el hombre. Se sentó, cogió un pequeño montón de papeles del escritorio y se puso a hojearlos.

—Pues sí, hemos estado pensando —contestó Yngve—. Vamos a elegir un entierro religioso.

—De acuerdo —dijo el agente funerario—. Entonces les daré el número de teléfono de la oficina del pastor. Nosotros nos ocuparemos de los asuntos prácticos, pero de todos modos es mejor que hablen ustedes directamente con él. Como dirá unas palabras sobre su padre, conviene que le cuenten algo sobre él.

Nos miró. Los pliegues de la papada colgaban sobre el cuello de su

camisa como la piel de un lagarto.

—Existen muchas maneras de hacer esto —señaló—. Aquí tengo una lista con diferentes alternativas. Por ejemplo, si quieren ustedes música, y, en ese caso, de qué tipo. Algunos quieren música en vivo, otros prefieren una grabación. Tenemos un cantor de iglesia con el que trabajamos mucho, también toca varios instrumentos... La música crea un ambiente especial, de dignidad... No sé, ¿han pensado en algo?

—Podría estar bien, ¿no? —dije, mirando a Yngve.

—Pues sí —contestó.

—¿Entonces se decantan por la música en vivo?

—Vale.

—¿Decidido entonces? —preguntó el agente funerario.

Dijimos que sí.

—Aquí pueden ver algunas alternativas sobre la música. Pero si prefieren otra cosa, no hay ningún problema, siempre y cuando nos avisen con un par de días de antelación —dijo, alcanzándole una hoja a Yngve.

Me incliné, e Yngve se movió un poco para que yo también pudiera ver.

—¿Qué tal Bach? —sugirió Yngve.

—Sí, Bach le gustaba.

Por primera vez en casi veinticuatro horas, volví a llorar.

Ni de coña voy a usar uno de sus Kleenex, pensé, frotándome los ojos un par de veces con el brazo. Luego inhalé profundamente, y exhalé muy despacio. Noté que Yngve me echaba una rápida mirada.

¿Le incomodaba mi llanto?

No, no podía ser.

No.

—Estoy bien —dije—. ¿Qué estábamos diciendo?

—Bach estaría bien —dijo Yngve, mirando al agente—. Esa sonata de violonchelo, por ejemplo...

Y dirigiéndose a mí preguntó:

—¿Estás de acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Entonces quedamos en eso —intervino el agente—. Lo normal son tres piezas musicales. Y luego dos o tres himnos cantados por todos los presentes.

—*Hermosa es la Tierra* —sugerí—. ¿Podríamos cantarlo?

—Claro que sí —contestó.

Ooooh. Ooooh. Ooooh.

—¿Estás bien, Karl Ove? —me preguntó Yngve.

Dije que sí.

Acordamos dos canciones que cantaría el cantor de iglesia, y luego todos cantaríamos un himno, además de la pieza de violonchelo y *Hermosa es la Tierra*. Quedamos en que no habría ningún discurso ante el ataúd, y con ello quedaba planificado el entierro, porque los demás elementos pertenecían a la liturgia y eran fijos.

—¿Desean ustedes flores aparte de las coronas? A mucha gente le gusta. Tengo algunas opciones aquí, si quieren verlas...

Alcanzó otra hoja a Yngve. Yngve señaló una de las alternativas, y me miró. Yo asentí.

—Entonces está decidido —dijo el agente funerario—. Y luego está el ataúd. Tengo aquí algunas fotos...

Otra hoja sobre la mesa.

—Blanco —señalé—. ¿Te parece bien? Éste.

—Sí, de acuerdo, éste —señaló Yngve.

El agente funerario cogió la hoja y anotó. Luego nos miró.

—Querían ustedes verlo hoy, ¿no?

—Sí —respondió Yngve—. Esta tarde si es posible.

—Claro que sí. Pero..., bueno, ustedes saben bajo qué circunstancias murió, ¿verdad? Que estuvo relacionado con el alcohol.

Ambos asentimos.

—Bien —dijo—. A veces conviene estar preparado para lo que nos espera en situaciones así.

Recogió los papeles y dio un suave golpe en la mesa con ellos.

—Por desgracia me es imposible acompañarlos esta tarde. Pero mi colega estará allí. Junto a la capilla de la iglesia de Oddernes, ¿saben dónde está?

—Creo que sí —respondí.

—¿A las cuatro les va bien?

—Muy bien.

—Entonces quedamos en eso. A las cuatro en la capilla de Oddernes. Y

si hubiera algo que quisieran añadir, o si cambiaran de opinión, sólo tienen que llamarme. Tienen mi número, ¿verdad?

—Sí —contestó Yngve.

—Bien. Ah, queda un asunto. ¿Desean una esquila en el periódico?

—Supongo que sí, ¿no? —dijo, mirando a Yngve.

—Sí —contestó él—. Habrá que ponerla.

—Pero tal vez necesitaremos un poco de tiempo —señalé—. Para decidir lo que va a poner, qué nombres incluir, etc...

—Ningún problema —dijo el agente funerario—. Pueden pasar por aquí, o llamarme cuando lo hayan pensado. Pero no demasiado tarde, porque suelen tardar uno o dos días en insertarla en el periódico.

—Le llamo mañana —dijo—. ¿Está bien?

—Excelente —respondió levantándose, con una nueva hoja en la mano—. Aquí tienen el nombre y el número de teléfono de la oficina del pastor. No sé quién de ustedes lo quiere.

—Ya lo cojo yo —dijo.

Cuando salí y me detuve en la acera junto al coche, Yngve sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció. Cogí uno. En realidad sólo pensar en fumar me producía náuseas, como siempre me pasaba el día después de una borrachera, debido a que el pitillo, no tanto el sabor o el olor, sino lo que representaba, creaba una conexión entre el día de hoy y el día de ayer, una especie de puente de sensaciones, sobre el que en ese momento empezaron a cruzar toda clase de imágenes, de tal manera que todo lo que me rodeaba, el asfalto casi negro, las piedras grises de cemento a lo largo del borde de la acera, el cielo gris, los pájaros que volaban por debajo de él, las ventanas negras de las filas de edificios, el coche rojo que teníamos al lado, la figura de Yngve mirando hacia otra parte, era penetrado por unas imágenes interiores terroríficas, pero al mismo tiempo había en esa sensación algo de destrucción y demolición que proporcionaba el humo en los pulmones que yo necesitaba o deseaba.

—Bueno, ha ido bien —dijo.

—Pero hay algunas cosas que tenemos que decidir —dijo—. O mejor dicho, que tienes que decidir. Como por ejemplo lo de la esquila. Pero puedes llamarme sobre la marcha.

—Mmm.

—Por cierto, ¿te fijaste en su pregunta? Que si queríamos verlo. Como si se tratara de un piso.

Sonreí.

—Sí, también hay algo inmobiliario en ese negocio. Su trabajo es hacer parecer todo lo mejor posible, a cambio de la mayor suma posible de dinero. ¿Viste los precios de los ataúdes?

Yngve asintió con la cabeza.

—No, pero la funeraria no es exactamente un sitio donde uno pueda ahorrar —dijo.

—Es un poco como pedir el vino en un restaurante —dije—. Si uno no sabe nada de vinos, quiero decir. Si tienes mucho dinero, eliges el segundo más caro. Si tienes poco dinero, eliges el segundo más barato. Nunca el más caro, ni nunca el más barato. Seguro que lo mismo pasa con los ataúdes.

—Ese punto lo tenías muy claro —comentó Yngve—. Que fuera blanco, quiero decir.

Me encogí de hombros y tiré el cigarrillo encendido a la calle.

—Pureza —dije—. Supongo que pensé en pureza.

Yngve tiró su cigarrillo al suelo y lo pisó. Luego abrió la puerta del coche y se metió en él. Yo hice lo mismo.

—No me hace mucha ilusión tener que verlo —dijo Yngve. Se puso el cinturón de seguridad con una mano mientras metía la llave en el contacto y la giraba con la otra—. ¿Y a ti?

—A mí tampoco, pero tengo que hacerlo. Si no, nunca sabré de qué ha muerto realmente.

—A mí me pasa lo mismo —señaló Yngve, mirando por el retrovisor. Puso el intermitente y arrancó—. Vamos a casa ya, ¿no?

—Bueno, falta lo de las máquinas —dije—. El limpiamoquetas y el cortacésped. Estaría bien arreglarlo antes de que te vayas.

—¿Sabes dónde están esas empresas?

—No, ése es el problema —contesté—. Gunnar dijo que hay una en Grim, pero no sé la dirección exacta.

—Vale —dijo Yngve—. Tenemos que mirar las páginas amarillas. ¿Sabes si hay alguna cabina cerca?

Negué con la cabeza.

—No lo sé, pero hay una gasolinera a final de la calle Elv, podríamos intentarlo allí.

—Muy bien —dijo Yngve—. Tengo que echar gasolina antes de irme esta noche.

A los pocos minutos llegamos a la gasolinera. Yngve aparcó junto al surtidor, y mientras él llenaba el depósito, yo entré. Había un teléfono en la pared y debajo colgaban tres soportes con guías. Tras encontrar la dirección de la empresa y memorizarla, me acerqué a la caja a comprar un paquete de tabaco. El hombre que estaba delante de mí en la cola se volvió cuando entré.

—¿Karl Ove? —dijo—. ¿Tú por aquí?

Lo reconocí. Habíamos ido juntos al instituto. Pero no me acordaba de su nombre.

—Hola —saludé—. Cuánto tiempo. ¿Qué tal te va?

—¡Bien! —contestó—. ¿Y a ti?

Me sorprendió su tono cordial. En la celebración de los bachilleres organizamos una fiesta en mi casa, él asistió, se puso violento y se lió a dar patadas en la puerta del baño hasta que hizo un agujero. Luego se negó a pagar el desperfecto, y yo no pude hacer nada. En otra ocasión conducía una furgoneta conmigo y con Bjørn, creo, sentados en el techo, íbamos al centro Fun, y de repente, en la cuesta después del cruce de Timenes aceleró, tuvimos que tumbarnos y agarrarnos a las barras, pues el tío iba por lo menos a setenta, tal vez a ochenta. Cuando llegamos y le pusimos verde, él se limitó a reírse.

¿Por qué estaba tan amable entonces?

Me encontré con su mirada. Su cara era un poco más carnosa, por lo demás, estaba igual que antes. Pero había algo rígido en sus facciones, una especie de inmovilidad, que la sonrisa reforzaba más que suavizaba.

—¿Y tú qué haces? —pregunté.

—Trabajo en el Mar del Norte —contestó.

—Ah —dije—. ¡Entonces ganarás mucho dinero!

—Pues sí. Y tengo mucho tiempo libre. No está mal. ¿Y tú?

Mientras me hablaba, miró al dependiente y señaló hacia las salchichas, levantando un dedo.

—Sigo estudiando —contesté.

—¿Y qué estudias?

—Literatura.

—Ya te interesaba entonces —dijo.

—Así es —contesté—. ¿Ves alguna vez a Espen? ¿Y a Trond? ¿O a Gisle?

Se encogió de hombros.

—Trond vive aquí en la ciudad, así que lo veo de vez en cuando. Y a Espen cuando viene en Navidad. ¿Y tú? ¿Tienes contacto con alguien?

—Sólo con Bassen.

El dependiente metió la salchicha en el pan de perrito, y puso una servilleta alrededor.

—¿Ketchup y mostaza? —preguntó.

—Sí, gracias, las dos cosas. Y también cebolla.

—¿Cruda o frita?

—Frita. No, cruda.

—¿Cruda?

—Sí.

Cuando su pedido estuvo listo y tenía el perrito en la mano, volvió a mirarme.

—Me alegro de haberte visto, Karl Ove —dijo—. ¡No has cambiado nada!

—Tú tampoco.

Abrió la boca y dio un mordisco a la salchicha, a la vez que alcanzaba al dependiente un billete de cincuenta. Surgió un momento embarazoso mientras él esperaba el cambio, porque ya habíamos acabado la conversación. Esbozó una sonrisa.

—Bueno, bueno —dijo, cerrando la mano en torno a las monedas que le habían devuelto—. ¡Ya nos veremos!

—Seguro que sí —dije. Compré el paquete de tabaco, y me quedé unos instantes delante del expositor de revistas, fingiendo que me interesaban, para no volver a toparme con él fuera, cuando Yngve entró a pagar la gasolina. Lo hizo con un billete de mil. Aparté la mirada cuando lo sacó de la cartera, no quería darle a entender que sabía que se trataba del dinero de mi padre, así que murmuré que lo esperaba fuera, y fui hacia la puerta.

El olor a gasolina y a hormigón en la penumbra bajo la marquesina de una gasolinera..., ¿hay algo que dé lugar a más asociaciones? Motores, velocidad, futuro.

Pero también salchichas y CD de Celine Dion y Eric Clapton.

Abrí la puerta y me senté en el coche. Yngve llegó justo después, arrancó, y salimos de allí sin mediar palabra.

Estaba en el jardín cortando el césped. La máquina que habíamos alquilado consistía en un aparato que se ataba a la espalda, y un palo con una hoja de cuchilla giratoria en la punta. Me sentía como una especie de robot dando vueltas con grandes cascos amarillos, como si estuviera sujeto a una maquinaria rugiente y vibrante, cortando metódicamente todos los arbolillos, todas las flores y toda la hierba con que me topaba. No podía parar de llorar. Me llegaban oleadas de dolor una tras otra mientras cortaba la hierba, ya no me resistía, dejé que me invadieran. Sobre las doce, Yngve me llamó desde la terraza, y entré a tomar algo con ellos; había sacado té y panecillos, que era lo que la abuela tenía por costumbre servir, calentados en una pequeña parrilla en la placa eléctrica, para que la corteza, generalmente blanda, se pusiera dura, y cayera en finas láminas cuando le hincabas el diente, pero no tenía hambre y enseguida salí otra vez para proseguir con el trabajo en el jardín. Resultaba liberador andar por el jardín solo, y también satisfactorio, porque el resultado se veía inmediatamente. El cielo se había cerrado, debajo de él las nubes entre blancas y grises se posaban como una tapadera, la oscuridad de la superficie del mar se dibujaba así con mayor nitidez, y la ciudad, que bajo el cielo abierto aparecía como una pequeña e insignificante piña de casas, como un escupitajo en el suelo, adquirió entonces más peso y solidez. Allí fue donde estuve, eso fue lo que vi. La mayor parte del tiempo tenía la mirada fija en la cuchilla giratoria y las briznas que caían como soldados segados, más amarillos y grises que verdes, entremezcladas con las luminosas y rojas dedaleras y las rudbeckias amarillas, pero a veces levantaba la vista hacia el macizo tejado gris claro del cielo, y hacia el macizo suelo gris oscuro del mar, hacia los edificios del muelle y su caos de lonas y cascos, mástiles y proas, contenedores y chatarra oxidada, y hacia la ciudad, que yacía vibrante, como una máquina, con sus colores y movimientos, mientras las lágrimas corrían por mis mejillas, porque mi padre, que se había criado allí, había muerto. O quizá no fuera por eso por lo que lloraba, quizá fuera por razones muy distintas, tal vez fuera por todo lo que había ido acumulando dentro de dolor y miseria durante los últimos quince años, y que ahora se disolvía. No

importaba, nada importaba, me limitaba a andar por el jardín cortando la hierba, que había crecido demasiado.

A las tres y cuarto apagué ese aparato infernal, lo metí en el cobertizo de debajo de la terraza, y entré a darme una ducha antes de salir. Cogí ropa, toallas y champú de la buhardilla, lo dejé todo en la tapa del inodoro, cerré la puerta, y me desnudé. Me metí en la bañera, aparté la alcachofa de la ducha y abrí el grifo. Cuando el agua salía ya un poco caliente, coloqué de nuevo la alcachofa de modo que el agua caliente me cayera encima. Solía ser una sensación agradable, pero esa vez no, allí no, de modo que tras lavarme y enjuagarme el pelo a toda prisa, cerré el grifo, salí de la bañera, me sequé y me vestí. Me fumé un cigarrillo fuera mientras Yngve bajaba. Lo que nos esperaba me producía pavor, y por su cara cuando abrió la puerta del coche supe que a él le pasaba lo mismo.

La capilla estaba al otro lado del instituto en el que yo había estudiado, en diagonal detrás del gran polideportivo, y el camino por el que fuimos era el mismo que yo recorría cada día aquel medio año que estuve viviendo en casa de mis abuelos en la calle Elv. Pero ver esos lugares conocidos no evocó nada en mí, tal vez los viera por primera vez tal y como eran realmente, vacíos de sentido, sin contexto. Una empalizada por aquí, una casa pintada de blanco del siglo XIX por allá, algunos árboles, algunos arbustos, un poco de hierba, una valla, un cartel. Los movimientos regulares de las nubes en el cielo. Los movimientos regulares de los seres humanos en la tierra. El viento que levantaba el follaje, haciendo temblar los miles de hojas en dibujos tan imprevisibles como ineludibles.

—Puedes meterte por aquí —le indiqué, cuando habíamos pasado el instituto y veíamos la iglesia detrás de la valla de piedras, justo delante de nosotros—. Está ahí dentro.

—Estuve aquí una vez —dijo Yngve.

—¿Ah, sí?

—En una confirmación. Tú también estabas, ¿no?

—No me acuerdo —dije.

—Yo sí —dijo Yngve, inclinándose hacia delante para poder ver más allá.

—¿Está detrás de ese aparcamiento?

—Creo que sí —contesté.

—Aún es pronto —dijo Yngve—. Falta un cuarto de hora.

Salí del coche y cerré la puerta. Un cortacésped venía hacia nosotros por el otro lado de la valla, conducido por un hombre con el torso desnudo. Cuando la máquina nos pasó a unos cinco metros, vi que el hombre llevaba una cadena de plata al cuello, con algo colgando que parecía una hoja de afeitar. Al este, por encima de la iglesia, el cielo estaba oscuro. Yngve se encendió un cigarrillo y dio unos pasos por la plazoleta.

—Bueno —dijo—. Ya estamos aquí.

Miré hacia la capilla. Había una luz encendida sobre la puerta de entrada, casi borrada por la luz diurna. Un coche rojo estaba aparcado al lado. El corazón empezó a latirme más deprisa.

—Así es —dije.

Muy a lo alto sobre nosotros, bajo el cielo que seguía de color gris claro, revoloteaban unos pájaros. El pintor neerlandés Ruisdael pintaba siempre pájaros volando muy alto para conseguir la profundidad de los cielos, era su seña de identidad, yo al menos lo había visto en cuadro tras cuadro en ese libro que tenía sobre él.

La parte de abajo de los árboles próxima a nosotros estaba casi negra.

—¿Qué hora es ya? —pregunté.

Yngve estiró un poco el brazo, de modo que la manga se deslizó hacia atrás y pudo ver la esfera del reloj.

—Menos cinco. ¿Nos acercamos?

Asentí con la cabeza.

Cuando estábamos a diez metros de la capilla, se abrió la puerta. Un joven con traje oscuro nos miró. Tenía la cara bronceada y el pelo rubio.

—¿Knausgård? —preguntó.

Los dos asentimos con un gesto.

Nos estrechó la mano. La piel junto a las alas de su nariz estaba roja, como irritada. Sus ojos azules ausentes.

—¿Entramos? —dijo.

Volvimos a asentir. Primero llegamos a una entrada, donde el joven se detuvo.

—Es allí dentro —nos indicó—. Pero antes de entrar creo que debo preveniros. Lo que vais a ver no es exactamente bonito, hubo demasiada

sangre, ya sabéis, bueno..., hicimos lo que pudimos, pero todavía se nota.

¿Sangre?

Nos miró.

Me quedé helado.

—¿Estáis preparados?

—Sí —contestó Yngve.

El hombre abrió la puerta y lo seguimos al interior de una habitación más grande en medio de la cual yacía mi padre sobre una camilla. Sus ojos estaban cerrados, sus facciones suavizadas.

Oh, Dios.

Me coloqué al lado de Yngve, justo delante de mi padre. Tenía las mejillas rojas, como saturadas de sangre. Se habría quedado en los poros cuando intentaron quitarla. Y la nariz estaba rota. Pero aunque yo veía todo eso, no lo veía, porque todos los detalles desaparecieron dentro de algo distinto y más grande, tanto lo que irradiaba, que era muerte, y cerca de la cual no había estado nunca hasta entonces, como lo que era para mí, un padre, y todo lo que en ello había de vida.

* * *

Hasta que regresé a casa de la abuela tras despedirme de Yngve, que se fue a Stavanger, no volví a pensar en lo de la sangre. ¿De dónde había salido tanta sangre? La abuela había dicho que lo encontró muerto en el sillón, y basándonos en esa información, lo lógico era pensar que le había fallado el corazón estando allí sentado, seguramente mientras dormía. No obstante, el agente de la funeraria no sólo había dicho que hubo sangre, sino mucha sangre. Y la nariz, la nariz estaba rota. De modo que tuvo que haberse librado allí una terrible batalla contra la muerte. ¿Se habría levantado en medio del dolor, para luego caerse contra la pared de la chimenea? ¿Contra el suelo? Pero en ese caso, ¿por qué no había sangre ni en la pared ni en el suelo? ¿Y cómo se explicaba que la abuela no hubiera dicho nada de la sangre? Pues *algo* tendría que haber sucedido, no *podía* haber expirado pacíficamente con toda esa sangre. ¿La abuela la habría limpiado para luego olvidarlo? ¿Y por qué iba a hacerlo? No había limpiado ni ocultado nada más, de modo que esa

necesidad no parecía existir en ella. Igual de extraño era que yo me hubiera olvidado de eso tan pronto. O tal vez no fuera tan extraño, había habido muchas cosas que afrontar. De todos modos, tendría que llamar urgentemente a Yngve en cuanto llegara a casa de la abuela. Tendríamos que hablar con el médico que lo había encontrado. Él sabría explicarnos lo sucedido.

Subí lo más deprisa que pude la suave pendiente, a lo largo de una valla de tela metálica verde con un tupido seto al otro lado; andaba como si tuviera mucha prisa, a la vez que me movía otro impulso, el de alargar cuanto pudiera el tiempo que tenía para mí solo, incluso quizá buscar un café donde sentarme y leer un periódico. Porque estar en casa de la abuela con Yngve era muy distinto a estar solo. Yngve sabía cómo tratarla. Pero ese tono ligero y humorístico entre ellos, que también empleaban siempre Erling y Gunnar, a mí no me resultaba fácil de emplear. No era una exageración decir que durante aquel año del instituto en que pasé mucho tiempo en su casa, porque vivía muy cerca, mi manera de ser les resultaba incómoda, había algo en mí que ellos no querían aceptar, una sospecha que en cierto modo sería confirmada unos meses después, cuando una noche, mi madre me contó que la abuela la había llamado para decirle que no debía ir tanto a su casa. Yo podía soportar la mayor parte de los rechazos que sufría, pero no ése, ellos eran mis abuelos, y el hecho de que ni siquiera ellos quisieran saber de mí fue tan estremecedor que me eché a llorar delante de mi madre. Ella, por su parte, estaba furiosa, ¿pero qué podía hacer? Por aquel entonces yo no entendía nada, pensaba que simplemente no les gustaba, pero más tarde empecé a intuir en qué podía consistir ese malestar. Yo era incapaz de fingir, incapaz de desempeñar un determinado papel, y esa seriedad de estudiante de bachillerato que introducía en su casa, a la larga no la podrían ignorar, antes o después tendrían que ocuparse de ella, y el desequilibrio que surgiría entonces, ya que tampoco me daban ninguna pauta de actuación, sería la razón por la que acabaron por llamar a mi madre. Mi presencia siempre exigía algo de ellos, algo concreto, por ejemplo, comidas, porque si iba a su casa directamente desde el instituto, antes del entrenamiento, tendría que estar sin comer hasta las ocho o las nueve de la noche si ellos no me ofrecían algo, o dinero, porque los estudiantes sólo viajaban gratis en los autobuses de la tarde, y no siempre tenía dinero para pagarme el viaje. No es que ellos tuvieran nada en contra ni de darme de comer ni de darme algo de dinero, supongo que lo que les fastidiaba era que

yo lo necesitara y que ellos por lo tanto no tuvieran elección: la comida y el dinero para el autobús no eran regalos espontáneos, sino otra cosa, y esa otra cosa afectó a nuestra relación, creó entre nosotros unos lazos que ellos no querían aceptar. Yo no lo entendía entonces, pero lo entiendo ahora. Mi manera de ser, por la que me acerqué a ellos con mi vida y con mis pensamientos, formaba parte de lo mismo. Ellos eran incapaces de darme esa intimidad, y supongo que tampoco querían dármela, ya que también la intimidad era algo que yo les robaba. Lo irónico era que en todas esas visitas siempre pensaba en ellos, siempre decía lo que pensaba que ellos querían oír; incluso contaba lo más personal, porque pensaba que sería bueno para ellos oírlo, no porque necesitara contarlo.

Pero lo peor de todo, pensaba, mientras caminaba por la alameda en dirección a Lund, pasando por delante de la fila de coches del atasco de la tarde, y de los árboles con troncos oscuros de polvo de asfalto y gases de tubos de escape, tan pesados y petrificados comparados con la abundancia de hojas verdes y ligeras en sus copas, era que sin embargo en aquella época me consideraba un buen conocedor de la naturaleza humana. Me imaginaba que ése era mi punto fuerte. El comprender a los demás. Mientras yo mismo era más bien un enigma.

¡Ah, qué estúpido!

Me reí. Enseguida levanté la cabeza para comprobar si la gente dentro de sus coches parados me había visto. Pero no, todo el mundo estaba a lo suyo.

A lo mejor me había vuelto un poco más prudente con los años, pero seguía sin saber fingir. No mentir, no actuar. Por esa razón había dejado a Yngve manejar a la abuela y me había sentido muy aliviado. Pero ahora me tocaba a mí.

Me detuve y encendí un cigarrillo. Curiosamente, cuando proseguí mi camino me sentía animado. ¿Sería por las fachadas, originalmente blancas pero oscurecidas por los gases de los tubos de escape a mi izquierda? ¿O eran los árboles de la alameda? ¿Esos seres inmóviles, vestidos de hojas, bañándose en el aire? Porque siempre cuando los veía me llenaba de alegría.

Inhalé profundamente, y quité a golpecitos la ceniza plateada del cigarrillo mientras caminaba. Lo que no había absorbido de recuerdos despertados por el entorno al ir en el coche con Yngve, me llegaba ahora con

toda su fuerza. Conocía a los abuelos de dos épocas: de cuando de niño iba a verlos allí, a Kristiansand, y cada pequeño detalle del panorama urbano siempre me parecía fantástico, y luego de cuando viví allí de adolescente. Hacía algunos años que no estaba allí, y desde el momento en el que llegué, me di cuenta de que ese chorro de impresiones que me proporcionaba el lugar, en parte relacionadas con un mundo de recuerdos, en parte con el otro, existía en tres tiempos separados a la vez. Vi la farmacia y me acordé de un día en que Yngve y yo estuvimos en ella con la abuela; los montones de nieve recogida abultaban en las aceras, nevaba, ella llevaba abrigo, y gorro de piel, la cola delante de la ventanilla, cómo en la trastienda se movían los farmacéuticos con batas blancas. De vez en cuando la abuela volvía la cabeza para comprobar qué estábamos haciendo. Tras el primer momento de búsqueda, en el que su mirada, si no fría, al menos era neutra, sonrió, y sus ojos se llenaron de calidez como por arte de magia. Vi la cuesta que subía al puente de Lund, y me acordé de que el abuelo solía subir por allí todas las tardes en su bicicleta. Qué diferente parecía cuando estaba al aire libre. Como si ese ligero zigzagueo causado por la cuesta no sólo rigiera para la bicicleta que montaba, sino también para quien era él: un momento un señor mayor de Kristiansand con gabardina y gorra de visera, y al siguiente el abuelo. Vi los tejados de las casas de la zona residencial, que se extendía al otro lado de la calle, y me acordé de cuando con dieciséis años solía andar entre ellas por las noches, a punto de estallar de emociones. Cuando todo lo que veía, incluso un torcido y oxidado tendedero en un patio trasero, manzanas podridas en el suelo debajo de un árbol, una barca tapada con una lona con los caballetes mojados sobresaliendo y la hierba debajo, amarilla y aplastada, ardía de belleza. Vi el césped detrás de los edificios del otro lado, y recordé un frío día azul de invierno en el que fuimos allí con la abuela a jugar en la nieve con el trineo. Había un reflejo resplandeciente de rayos de sol que hizo que la luz pareciera de alta montaña, y la ciudad diera la sensación de estar tan extrañamente abierta que de todo lo que ocurría —los seres humanos y los coches que pasaban por las calles, el hombre que estaba quitando la nieve de la entrada de coches de los salones de fiestas al otro lado de la calle, los demás niños deslizándose en sus trineos en la nieve—, era como si nada estuviera fijado en ninguna parte, sino que simplemente volara bajo el cielo. Estaba vivo en mí cuando bajaba la cuesta, haciéndome ver y sentir los alrededores, pero

sólo en la superficie, sólo en la capa más exterior de la conciencia, porque mi padre había muerto, y el dolor que eso me había producido irradiaba en todo lo que sentía y pensaba, como revocándolo. Él también estaba en esos recuerdos, pero allí, curiosamente, no era importante, allí su recuerdo no aportaba nada. Mi padre caminando por la acera unos metros delante de mí un día a principios de la década de los setenta, veníamos del quiosco de comprar limpiapipas e íbamos a casa de los abuelos, me acordé de cómo él levantaba la barbilla a la vez que sonreía para sus adentros, la felicidad que yo sentía al verlo, o mi padre en el banco, cómo sostenía la billetera en una mano y se alisaba el pelo con la otra, mirando su reflejo en el cristal que protegía la caja, o mi padre en el coche, saliendo de la ciudad: en ninguno de esos recuerdos lo sentía como una persona importante. Es decir, sí lo sentía entonces, cuando los viví, no luego, al revivirlos. Ahora bien, pensando en que había muerto, todo era diferente. En ese pensamiento él lo era todo, pero también el propio pensamiento lo era todo, porque mientras yo andaba bajo esa ligera lluvia, más bien llovizna, era como si me encontrara en un determinado espacio. Lo que había fuera de ese espacio no significaba nada. Yo veía y pensaba, y acto seguido lo que veía y pensaba era anulado. Nada importaba. Sólo el hecho de que mi padre hubiera muerto.

Todo el tiempo mientras caminaba estaba presente en mi conciencia ese sobre marrón que contenía los objetos que él llevaba consigo cuando murió. Me detuve delante de la tienda de comestibles al otro lado de la farmacia, me acerqué a la pared y saqué el sobre. Miré el nombre de mi padre. Parecía extraño. Esperaba ver Knausgård. Pero en el fondo era correcto, ese apellido tan ridículo y pomposo que tenía cuando murió.

Una mujer mayor con un carro de la compra en una mano y un perrito blanco en la otra me miró de reojo al salir. Me acerqué un poco más a la pared y sacudí el sobre para que su contenido cayera a mi mano. Su anillo, un colgante, algunas monedas, un broche. Eso era todo. En sí objetos de lo más cotidianos. Pero que él los hubiera llevado puestos, que el anillo hubiera estado en su dedo, el colgante en su cuello cuando murió, les proporcionaba una aureola muy particular. Muerte y oro. Les di vueltas en la mano uno por uno, me llenaron de espanto. Allí estaba, sintiendo miedo de la muerte de la misma manera que lo sentía cuando era pequeño. No de que yo mismo fuera a morir, sino de los muertos.

Volví a meter los objetos en el sobre, y el sobre en el bolsillo. Crucé corriendo la calle entre dos coches, entré en el quiosco a comprar un periódico y una chocolatina Lions, que me comí mientras recorría los últimos doscientos metros que me separaban de la casa.

Incluso después de todo lo que había ocurrido allí, colgaban en la casa reminiscencias de la infancia. Ya de pequeño meditaba sobre ese fenómeno, cómo era posible que cada casa en la que había estado, las de todos los vecinos y las de toda la familia tuvieran su olor, completamente suyo y específico, que nunca cambiaba. Todas, menos la nuestra. No tenía ningún olor específico o propio. No olía a nada. Las veces que los abuelos venían de visita traían consigo el olor de su propia casa; recordaba sobre todo una vez que la abuela vino a visitarnos por sorpresa, yo no sabía nada, y cuando volví del colegio y noté el olor en la entrada, pensé que eran imaginaciones mías, porque no había nada que sustentara aquella idea. Ningún coche aparcado delante de la casa, ni abrigos o calzado en la entrada. Sólo el olor. Pero no eran imaginaciones mías, pues cuando entré, la abuela estaba sentada en la cocina con el abrigo puesto. Había cogido el autobús, quería darnos una sorpresa, eso era totalmente insólito por su parte. Era curioso que el olor de la casa fuera el mismo ahora, veinte años más tarde, después de tantos cambios. Podría pensarse que tenía que ver con los hábitos, que uno usaba los mismos jabones, los mismos detergentes, los mismos perfumes y colonia para después del afeitado, que se hacían las mismas comidas de la misma manera, que todos los días se volvía del mismo trabajo, dedicándose a las mismas actividades por las tardes y noches: si uno se dedicaba a la mecánica de coches, habría en el aire un componente de aceite y aguarrás, metal y gases de tubos de escape, si se coleccionaban libros antiguos, entonces habría en el aire un componente de papel amarillento y brillo de antaño. Pero en una casa en la que habían cesado todos los hábitos anteriores, donde las personas habían muerto, y las que quedaban eran demasiado mayores para hacer lo que hacían antes, ¿cómo era posible que el olor permaneciera inalterado? ¿Estaban incrustados en las paredes cuarenta años de vida, era eso lo que notaba cada vez que entraba allí?

En lugar de subir directamente donde estaba la abuela, abrí la puerta del sótano y bajé unos escalones por la estrecha escalera. El aire frío y oscuro que se posó sobre mí era como un concentrado del aire del resto de la casa,

exactamente como lo recordaba. Allí abajo era donde guardaban las cajas de manzanas, peras y ciruelas en el otoño, y junto al olor a muro viejo y a tierra, los aromas de entonces yacían como una especie de subolor en la casa, donde todos los demás olores se añadían y complementaban. Yo no había estado allí abajo más de tres o cuatro veces, al igual que las habitaciones de la buhardilla, era recinto prohibido para nosotros. ¿Pero cuántas veces no había estado yo en la entrada viendo subir a la abuela con bolsas llenas de jugosas ciruelas amarillas, o maravillosas y sabrosas manzanas apenas arrugadas para nosotros?

La única luz provenía de una pequeña escotilla, parecida a la de un barco, que había en la pared. Como el jardín estaba más bajo que toda la parte de la entrada de la casa, se veía directamente desde el sótano. La perspectiva resultaba confusa, era como si la sensación de cohesión del espacio se hubiera disuelto, por un breve instante fue como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Luego, en el momento en el que me agarré a la barandilla, todo me volvió con claridad: yo estaba allí, la ventana estaba allí, el jardín y la entrada a la casa allá.

Permanecí unos instantes mirando por la ventana, sin fijarme en nada y sin pensar en nada en especial. Luego di la vuelta, subí al recibidor, y colgué la chaqueta en una de las perchas del armario empotrado. Me eché un vistazo a mí mismo en el espejo colgado en la pared junto a la escalera. Había una especie de opacidad en mis ojos. Subí la escalera con pasos pesados, para que la abuela oyera que estaba llegando.

Estaba sentada como la dejamos unas horas antes, junto a la mesa de la cocina. Tenía delante una taza de café, un cenicero y un platito lleno de migas del panecillo que había comido.

Cuando crucé la puerta, ella levantó la cabeza y me miró de esa manera suya, rápida y como de pájaro.

—Ah, ¿eres tú? —dijo—. ¿Ha ido todo bien?

Probablemente había olvidado dónde habíamos estado, pero no podía estar seguro de ello, y contesté con la seriedad que la situación requería en ese caso.

—Sí —contesté—. Ha ido bien.

—Menos mal —dijo, apartando de nuevo la mirada.

Entré y dejé en la mesa el periódico que acababa de comprar.

—¿Quieres un café? —preguntó.

—Con mucho gusto —respondí.

—La cafetera está en la placa.

Había algo en el tono de su voz que me hizo mirarla. Nunca me había hablado de esa manera. Lo curioso era que ese nuevo tono no la cambiaba tanto a ella como a mí. Así era como habría hablado a mi padre en los últimos tiempos. Era a él, no a mí, a quien se estaba dirigiendo. Y no se habría dirigido a mi padre de esa manera si el abuelo hubiera vivido. Ése era el tono entre madre e hijo cuando nadie más estaba presente.

No es que pensara que ella me confundía con mi padre, sólo que hablaba por inercia, de la misma manera que un barco sigue deslizándose por su cuenta incluso después de que los motores se hayan apagado. Y sin embargo me hizo sentir frío por dentro. Pero no debía mostrarlo, de modo que saqué una taza del armario, me acerqué a la cocina eléctrica y toqué la cafetera. Llevaba mucho tiempo fría.

La abuela silbó un ratito mientras tamborileaba con los dedos en la mesa. Era algo que hacía desde que podía recordar. En cierta manera fue un alivio verlo, porque por lo demás habían sucedido muchos cambios en ella.

Había visto fotos suyas de principios de la década de 1930. Era guapa, no espectacular, pero lo suficiente como para destacar, de esa manera típica de la época: la parte de los ojos oscura y dramática, boca pequeña, pelo corto. Cuando a finales de los años cincuenta, madre ya de tres hijos, fue retratada delante de lugares emblemáticos en sus viajes, todo lo que había destacado en ella seguía presente, aunque de una manera más suave, menos tajante, y sin embargo no difusa, todavía se podía utilizar la palabra guapa para referirse a ella. Cuando yo era niño, y ella rondaba los setenta, yo no veía, claro está, nada de eso, ella era sólo «la abuela», de lo que ella tuviera de propio, de lo que contara algo de quién era, yo no sabía nada. Una señora mayor de la burguesía, que se conservaba bien y que vestía elegantemente, ésa tenía que ser la impresión que daba por aquel entonces, a finales de la década de los setenta, cuando hizo algo tan raro como coger el autobús para ir a visitarnos y de repente se presentó en nuestra cocina de Tybakken. Viva, presente, con buena salud. Hasta hacía sólo un par de años había sido así. Luego le ocurrió algo, y no fue a causa de la edad, tampoco de ninguna enfermedad, fue otra

cosa. Su manera distante no tenía nada que ver con ese despiste indulgente de la gente mayor y su suave saciedad del mundo, sino que era dura y esmirriada, como ese cuerpo que habitaba.

Yo lo veía, pero no podía hacer nada, no podía construir un puente por encima, ni ayudarla o consolarla, lo único que podía hacer era ver y observar, lo que hacía cada instante que pasaba con ella. Lo único que servía era estar en movimiento, no dejar que nada de lo que allí había, en la casa o en ella, se quedara fijado.

Se quitó una brizna de tabaco del labio con una mano, mirándome.

—¿Te hago a ti también? —pregunté.

—¿Le pasa algo al café? —quiso saber ella.

—Es que no está caliente —contesté, yendo hacia el fregadero a tirarlo—. Voy a hacer otro.

—¿No está caliente, dices?

¿Me estaba censurando?

No. Porque se echó a reír, sacudiéndose una miga.

—Creo que he empezado a chochar —dijo. Estaba segura de que lo acababa de hacer.

—No es que estuviera *muy* frío —dije abriendo el grifo—. Lo que pasa es que a mí me gusta el café ardiendo.

Tiré los posos y enjuagué la cafetera, apuntando el chorro al fondo de la pila, hasta que todo se hubo ido por el desagüe. Luego la llené de agua y vi que estaba casi negra por dentro y llena de grasa de los dedos por fuera.

«Chochear» en nuestra familia era el eufemismo de senilidad. El hermano del abuelo, Leif, «chocheaba» cuando en varias ocasiones se escapó de la residencia de ancianos para volver al hogar de su infancia, donde hacía sesenta años que no vivía; allí se quedaba gritando y llamando a la puerta durante toda la tarde y toda la noche. El otro hermano del abuelo, Alf, también había empezado a chochar los últimos años, en su caso consistía más bien en una fusión entre el pasado y el presente. Incluso el abuelo chocheaba un poco cuando hacia el final de su vida se quedaba levantado por las noches jugueteando con una enorme colección de llaves, cuya existencia u objeto eran desconocidos por todos. Se daba en la familia; la madre de ellos también chocheaba bastante hacia el final de su vida, según contaba mi madre. Por lo visto, lo último que hizo fue subir al desván en lugar de bajar al sótano al

escuchar una sirena. Según mi padre, se cayó por la empinada escalera del desván de su casa y se mató. Yo no sabía si era verdad; mi padre era capaz de mentir sobre cualquier cosa. Mi intuición me decía que no lo era, pero no había forma alguna de averiguarlo.

Llevé la cafetera hasta la cocina eléctrica y la puse en la placa. El tictac del interruptor de seguridad llenó la cocina. Al cabo de unos instantes, la parte inferior de la cafetera, que estaba mojada, empezó a crepitar. Yo permanecí con los brazos cruzados, mirando el empinado paisaje y la casa blanca que en él se erguía. De pronto me di cuenta de que durante toda mi vida había mirado esa casa, sin jamás haber visto un alma en ella o a su alrededor.

—¿Y dónde está Yngve? —preguntó la abuela.

—Se iba hoy a Stavanger, ¿te acuerdas? —dije, volviéndome hacia ella—. A ver a su familia. Volverá el viernes para el ent...

—Ah, sí, es verdad —dijo, como a sí misma—. Se iba a Stavanger. —Cogió el paquete de tabaco y la pequeña máquina roja y negra de liar y dijo, sin levantar la cabeza—: ¿Pero tú te quedas aquí?

—Sí —contesté—. Yo me quedaré todo el tiempo.

El que ella quisiera tan claramente que me quedara me hizo sentirme muy contento, aunque sabía que no era yo en concreto quien quería que estuviera, sino simplemente alguien.

Movió con una fuerza sorprendente la manivela de la máquina, sacó la funda llena de tabaco y encendió el cigarrillo, volvió a sacudirse unas migas del vestido y se quedó mirando al frente.

—Pensaba seguir fregando —dije—. Y esta noche tengo que trabajar un poco y hacer unas llamadas telefónicas.

—Muy bien —dijo. Luego levantó la vista y me miró—. Pero no estás tan ocupado que no puedas quedarte un rato aquí conmigo, ¿no?

—Claro que no —le contesté.

La cafetera empezó a zumbar. La apreté con fuerza contra la placa, el zumbido aumentó, la aparté, eché café a ojo, lo removí con un tenedor, golpeé con fuerza la cafetera contra la placa y la puse en la mesa sobre el salvamanteles.

—Ya está —dije—. Ahora sólo hay que dejarlo reposar un poco.

Entre las huellas dactilares de la cafetera, que aún no habíamos fregado, también tendría que haber de mi padre. Vi en mi interior las huellas de

nicotina en sus dedos. Tenían algo de indigno, como si la vida tan trivial que mostraban no encajara con la solemnidad que traía consigo la muerte.

O que yo quería que trajera.

La abuela suspiró.

—Ay, ay —exclamó—. La vida es una guela, dijo la mujer que no sabía pronunciar la «r».

Sonreí. También sonrió la abuela. Luego volvió esa ausencia en su mirada. Busqué en la mente algo de que hablar, pero no encontré nada, serví café en la taza, aunque estaba más dorado que negro. Pequeños granos subieron a la superficie.

—¿Quieres? —le pregunté—. Está un poco flojo, pero ...

—Sí, con mucho gusto —dijo, empujando la taza unos centímetros hacia mí en la mesa.

—Gracias —dijo, cuando la taza estaba medio llena. Cogió el cartón amarillo de nata líquida y se sirvió.

—¿Y qué hay de Yngve? —preguntó—. ¿No va a venir?

—Se ha ido a Stavanger —contesté—. A ver a su familia.

—Ah, sí, es verdad. ¿Y cuándo vuelve?

—El viernes, creo.

Enjuagué el cubo en la pila, lo llené de agua limpia, eché detergente, me puse los guantes de fregar, cogí la bayeta con una mano, levanté el cubo con la otra y me fui al fondo del salón. Había empezado a oscurecer. Una tenue luz azulada se vislumbraba cerca del suelo, alrededor de las hojas y los troncos de los árboles, en los arbustos junto a la valla del vecino. Era tan suave que no redujo la intensidad de los colores, como ocurriría más avanzada la tarde, sino al contrario, la reforzó, porque la luz ya no podía cegar, proporcionándole una especie de fondo sobre el que destacar. Pero en el mar, al suroeste, donde se vislumbraba el faro muy a lo lejos, la luz diurna seguía intacta. Allí ardían algunas nubes de color rojizo, como por fuerza propia, porque el sol se había escondido.

Al cabo de un rato entró la abuela. Encendió el televisor y se sentó en el sillón. El sonido de la publicidad, que siempre era más alto que el de los programas, no sólo llenó el salón entero, también retumbaba débilmente contra las paredes.

—¿Hay noticias ahora? —le pregunté.

—Creo que sí. ¿No quieres verlas tú también?

—Sí —respondí—. Sólo quiero acabar esto.

Después de fregar todo el rodapié de una pared, escurrí la bayeta y fui a la cocina, donde se intuía el reflejo de mi figura en la ventana como trozos confusos, unos más claros, otros más oscuros. Vacíe el cubo en la pila, coloqué la bayeta sobre él, permanecí inmóvil un instante, abrí el armario, empujé a un lado los rollos de papel de cocina, y saqué la botella de vodka. Cogí dos vasos del armario de encima de la pila, abrí el frigorífico y saqué la botella de Sprite, llené hasta arriba un vaso, el otro lo mezclé con vodka y me llevé los dos al salón.

—Pensé que podíamos tomarnos una copa —dije, sonriendo.

—Qué bien —dijo ella, devolviéndome la sonrisa—. Con mucho gusto.

Le di la copa con vodka, y yo me quedé con el vaso que sólo tenía Sprite. Luego me senté en el sillón al lado del suyo. Terrible, era terrible. Me hizo pedazos. Pero no podía hacer nada para remediarlo. Ella lo necesitaba. Así era.

¡Si al menos hubiera sido coñac u oportó!

Entonces podría habérselo servido en una bandeja con una taza de café, y aunque no del todo, habría parecido normal, al menos no tan chocante como el vodka y el Sprite, ambos transparentes.

Vi cómo abría su vieja boca y se tragaba la bebida. Yo había decidido que no volvería a pasar. Pero allí estaba ella, de nuevo con una copa de alcohol en las manos. Me cortó como un cuchillo en el corazón. Por suerte no pidió más.

Me levanté.

—Voy a hacer un par de llamadas —dije.

Volvió la cabeza hacia mí.

—¿A quién vas a llamar a estas horas?

Una vez más fue como si se dirigiera a otra persona.

—Sólo son las ocho —dije.

—¿Sólo?

—Sí. Pensaba llamar a Yngve. Y luego a Tonje.

—¿A Yngve?

—Sí.

—¿Pero no está aquí? Ah, no, no está —dijo. Y centró su atención en la televisión, como si yo ya hubiera abandonado la habitación.

Saqué una de las sillas del comedor, me senté y marqué el número de Yngve. Acababa de entrar por la puerta, todo había ido bien, de fondo pude oír a Torje chillando, y a Kari Anne, que intentaba acallarlo.

—He estado pensando en lo de la sangre —dije.

—¿Sí? ¿Qué ocurrió? —preguntó Yngve—. Tuvo que pasar algo más de lo que nos contó la abuela.

—Él se caería o algo así —dije—. Contra algo duro. Porque tenía la nariz rota. ¿Lo viste?

—Claro que lo vi.

—Deberíamos hablar con alguna persona de las que vinieron aquí. Simplemente con el médico.

—Supongo que la funeraria tiene su nombre —señaló Yngve—. ¿Quieres que llame yo?

—Sí, ¿no te importa?

—Llamaré mañana. Ahora es un poco tarde. Mañana hablamos.

Yo quería hablar un poco más con él de lo que estaba pensando, pero intuí en su voz cierta impaciencia, lo cual no era de extrañar, pues su hija Ylva, de dos años, lo había esperado levantada. Y al fin y al cabo hacía unas horas que nos habíamos visto. Sin embargo, no hizo ningún intento de terminar la conversación, de manera que lo hice yo. Cuando colgué, marqué el número de Tonje. Noté por su voz que estaba esperando mi llamada. Le dije que estaba agotado y que podíamos hablar al día siguiente, y que ya faltaban pocos días para que viniera. La conversación sólo duró unos minutos, y sin embargo me sentía mejor después. Cogí los cigarrillos y un encendedor de la mesa de la cocina y salí a la terraza. También esa tarde había muchos barcos entrando en la bahía. El aire templado estaba repleto de ese olor a madera de serrería tan característico de la ciudad, como siempre cuando el viento venía del norte, del aroma de las plantas del jardín y de un suave, apenas perceptible, olor a mar. Dentro vacilaba la luz del televisor. Me puse a fumar junto a la verja negra de hierro forjado en un extremo de la terraza. Cuando acabé, apagué la colilla contra la parte exterior del muro y los rescoldos cayeron como estrellitas al jardín. Ya de nuevo dentro, antes de subir la

escalera hasta el dormitorio de la buhardilla, comprobé primero que la abuela seguía en el salón. Mi maleta estaba abierta al lado de la cama. Saqué el cartón con el manuscrito, me senté y arranqué la cinta adhesiva. La idea de que realmente se hubiera convertido en un libro a punto de publicarse, me alcanzó con todas sus fuerzas al ver la portada, tan distinta de la versión a la que estaba acostumbrado. La puse boca abajo, no podía perder el tiempo pensando en eso, cogí un lápiz del bolsillo de la maleta, saqué la hoja con los signos de corrección de pruebas, me senté apoyado en el cabezal de la cama, y me puse el montón de hojas sobre los muslos. Ya corría prisa, y había planeado hacer todo lo que pudiera esa misma noche. Hasta entonces no había tenido tiempo. Pero con Yngve en Stavanger, y siendo sólo las ocho, tenía por delante al menos unas cuatro horas para trabajar, si no más.

Empecé a leer.

Los dos trajes negros colgados cada uno de una puerta entreabierta del armario que había junto a la pared de enfrente de la cama me dificultaban la concentración, porque mientras leía, los intuía todo el tiempo, y aunque sabía que no eran más que dos trajes, la idea de que fueran dos cuerpos reales arrojaba sombras sobre mi conciencia. Al cabo de unos minutos me levanté y los quité de allí. Estaba con un traje en cada mano, mirando a mi alrededor en busca de un lugar donde colgarlos. ¿En la barra de la cortina encima de la ventana? Allí estarían más visibles que en ningún sitio. ¿En el listón sobre la puerta? No, yo tendría que pasar por debajo. Al final salí de la habitación y entré en el desván, donde se secaba la ropa, y allí los colgué de sendas cuerdas. Así colgando sueltos, parecían más que nunca figuras, pero si cerraba la puerta, al menos estaban fuera de mi vista.

Cuando volví a la habitación, me senté en la cama y proseguí con mi trabajo. A lo lejos oí acelerar un coche. Abajo se oía el ruido de la televisión. En esa casa, por lo demás tan silenciosa y vacía, resultaba un ruido lunático, como una locura que recorría las habitaciones.

Levanté la cabeza.

Ese libro se lo había escrito a mi padre. Yo no lo sabía, pero era así. Se lo había escrito a él.

Dejé el manuscrito y me levanté. Me acerqué a la ventana.

¿Él significaba realmente tanto para mí?

Pues sí, significaba tanto para mí.

Yo quería que él me viera.

La primera vez que comprendí que lo que escribía era realmente algo y no sólo algo que quería que fuera algo, o que fingía que era algo, fue cuando escribí un pasaje sobre mi padre y me puse a llorar mientras escribía. Era algo que jamás me había pasado. Ni por lo más remoto. Escribí sobre mi padre, y las lágrimas me chorreaban por las mejillas, apenas era capaz de ver el teclado o la pantalla. Ese dolor que se había soltado dentro de mí era algo cuya existencia desconocía. Mi padre era un idiota, alguien con quien no quería tener ningún trato, y no me costaba nada mantenerme alejado de él. No se trataba de reprimir nada, pues no había nada que reprimir, nada de él me afectaba. Así era, pero al sentarme a escribir, se me saltaron con fuerza las lágrimas.

Volví a sentarme en la cama, y me puse el manuscrito sobre las rodillas.

Pero había algo más.

También había querido mostrar que era mejor que él. Que era más grande que él. ¿O sólo quería que estuviera orgulloso de mí? ¿Obtener su aprobación?

Él ni siquiera había llegado a saber que iba a publicar un libro. La última vez que estuvimos a solas antes de morir, hacía año y medio, me preguntó qué estaba haciendo, y le respondí que había empezado a escribir una novela. Habíamos subido por la calle Dronningen, íbamos a cenar en algún restaurante, su frente chorreaba de sudor aunque hacía frío por la calle, y me preguntó sin mirarme y claramente con el fin de conversar sin más, si la cosa llegaría a algo. Le confirmé que una editorial estaba interesada. Entonces me miró como de reojo mientras andábamos, como desde un lugar donde todavía era el que había sido antaño, y tal vez pudiera volver a serlo.

—Me alegro de que te vayan bien las cosas, Karl Ove —dijo.

¿Por qué recordaba eso con tanta minuciosidad? Por regla general me olvidaba de casi todo lo que me decía la gente, por íntimos que fueran, y nada me hacía prever que sería una de las últimas veces que estaría con él. Quizá lo recuerde porque me llamó por mi nombre, por lo menos habrían pasado cuatro años desde la última vez que lo había hecho, y lo que dijo fue, por lo tanto, inesperadamente íntimo. Tal vez lo recuerde porque pocos días antes había escrito sobre él, con sentimientos totalmente contrarios a los que evocó en mí ese día al mostrarse amable. O quizá lo recuerde porque odiaba el dominio que

tenía sobre mí, y que resultó tan obvio por el hecho de que me alegrara por tan poco. Por nada en el mundo quería hacer algo por él, ser empujado a hacer algo por culpa de él, ni en un sentido positivo ni negativo.

Ahora esa voluntad ya no tenía valor alguno.

Dejé el montón de hojas sobre la cama, metí el bolígrafo en el bolsillo de la maleta, me agaché, cogí la carpeta de cartón del suelo, intenté meter el manuscrito dentro, pero no lo conseguí, de modo que lo dejé tal cual en el fondo de la maleta, bien tapado con prendas de ropa. El cartón que estaba sobre la cama y que estuve un buen rato mirando fijamente llevaría mis pensamientos hacia la novela cada vez que lo viera. Mi primer impulso fue bajarlo y tirarlo al cubo de basura de la cocina, pero me lo pensé mejor y opté por no hacerlo; no quería que se incorporara a la casa de esa manera. De modo que aparté otra vez la ropa de la maleta y puse el cartón en el fondo junto al manuscrito, luego la cerré con la cremallera antes de salir de la habitación.

La abuela estaba sentada en el salón viendo la televisión. Era un programa de debate. Me pareció que para ella el tema no tenía ninguna importancia. Ella veía indistintamente los programas juveniles de la Televisión 2 y de la Televisión Noruega, y los documentales de la noche. Nunca había entendido lo que esa enloquecida realidad juvenil, con su infinito deseo, de la que también estaban llenos los programas de noticias y debates, podía decirle a ella. ¿A ella, nacida antes de la Primera Guerra Mundial y que procedía de la vieja Europa, ciertamente de la periferia más periférica? ¿Para ella, que fue niña en la década de 1910, joven en la de 1920, adulta en la de 1930, madre en las de 1940 y 1950, y que ya era una mujer mayor en 1968? Algo tendría que haber, porque se sentaba a verlo todas las noches.

Debajo de ella había un pequeño charco marrón. Un trozo más oscuro a lo largo del costado de la silla indicaba de dónde venía.

—Yngve te manda recuerdos —dije—. Ha llegado bien.

Ella me echó una breve mirada.

—Qué bien —dijo.

—¿Necesitas algo más, abuela?

—¿Necesitar?

—Sí, comida o alguna otra cosa. Puedo prepararte algo, si quieres.

—No, gracias —contestó—. Pero toma tú algo.

La visión del cadáver de mi padre había hecho que la mera idea de comer me resultara repugnante. Pero una taza de té sería difícilmente asociable con la muerte, ¿no? Eché agua en una cacerola, la calenté en la placa, cuando estaba hirviendo la eché en la taza sobre la bolsa de té, y me quedé unos instantes mirando cómo el color se desprendía de la bolsa y salía flotando formando lentas espirales en el agua, hasta que todo se puso dorado, y entonces cogí la taza y me la llevé a la terraza. A lo lejos, mar adentro, se deslizaba el ferry que hacía la travesía entre Oslo y Copenhague. Estaba ya totalmente despejado. Todavía quedaba algo de azul en el cielo oscuro, algo que le confería un aspecto material, como si en realidad se tratara de una enorme lona y las estrellas que se veían, vinieran de la luz de detrás, que brillaba a través de miles de agujeritos.

Di un sorbo y dejé la taza en el alféizar. Recordaba más cosas de aquella noche con mi padre. En las aceras había mucho hielo, el viento del este había barrido las calles casi desiertas. Entramos en el restaurante de un hotel, nos quitamos los abrigos y nos sentamos a una mesa. Mi padre respiraba con dificultad, se pasó una mano por la frente, cogió la carta y la miró de arriba abajo. Volvió a mirarla desde arriba.

—Al parecer, aquí no sirven vino —dijo. Se levantó y se acercó al maître. Le dijo algo. Cuando el otro negó con la cabeza, mi padre se dio la vuelta y regresó a la mesa, casi arrancó la chaqueta de la silla y se la puso andando hacia la salida. Yo me apresuré a seguirlo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté cuando ya estábamos fuera.

—En este sitio no sirven alcohol —dijo—. Dios mío, es un hotel de abstemios.

Luego me miró, sonriendo.

—Tenemos que beber vino con la comida, ¿no? Pero no importa. Hay otro restaurante muy cerca de aquí.

Acabamos en el Hotel Caledonien, sentados a una mesa junto a la ventana, comiendo un bistec. Mejor dicho, yo comí un bistec; cuando acabé, el de mi padre seguía prácticamente entero en el plato. Encendió un pitillo y se bebió el vino tinto que quedaba. Luego se reclinó en la silla y dijo que había pensado ponerse a trabajar de camionero. No supe cómo reaccionar, me limité a asentir con la cabeza sin decir nada. Dijo que los conductores de transportes

de larga distancia llevaban una vida cómoda. Siempre le había gustado conducir, siempre le había gustado viajar, y si encima te pagaban por ello, ¿para qué dudar? Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Holanda, España, Portugal, añadió. Es una profesión estupenda. Pero debemos irnos ya de aquí, dijo. Yo pago. Tú vete. Seguro que tienes mucho que hacer. Me ha encantado verte. Hice lo que me dijo, me levanté, cogí la chaqueta, dije que te vaya bien, salí a la recepción del hotel y luego a la calle, dudé un momento entre si coger un taxi o no, decidí no hacerlo, y me fui hacia la estación de autobuses. Volví a verlo por la ventana, cruzó el restaurante hacia la puerta del otro extremo, que daba al bar, y una vez más vi que sus movimientos, a pesar de su cuerpo grande y pesado, eran rápidos e impacientes.

Fue la última vez que lo vi con vida.

Durante todo nuestro encuentro tuve la sensación de que estaba intentando sobreponerse. Que durante esas dos horas había empleado todas sus fuerzas en concentrarse para estar atento y presente, para ser como había sido.

Pensar en ello me dolía mientras daba vueltas por la terraza mirando alternativamente la ciudad y el mar. Pensé en salir, bajar un rato a la ciudad, o tal vez acercarme al estadio, pero no podía dejar sola a la abuela, y tampoco tenía ganas de andar. Al día siguiente lo vería todo de otra manera. El día siempre llegaba con algo más que luz. Independientemente de lo deprimido que uno pudiera sentirse, era imposible permanecer totalmente indiferente ante lo que un nuevo día traía de comienzos. De modo que entré la taza, la metí en el friegaplatos, y lo mismo hice con todas las tazas, vasos, platos y fuentes que había en la pila, eché el detergente y lo puse en marcha, limpié la mesa con un trapo, lo escurrí y lo colgué del grifo, aunque había algo obscuro en el encuentro entre su tela húmeda y áspera y el resplandeciente cromo, luego fui al salón y me detuve delante del sillón de la abuela.

—Creo que me voy a dormir —dije—. Ha sido un día muy largo.

—¿Tan tarde es ya? —preguntó—. Yo también me acostaré pronto.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —dijo ella.

Me volví hacia la puerta.

—Oye —dijo.

Me volví de nuevo hacia ella.

—No pensarás dormir allí arriba también esta noche, ¿no? Es más fácil para ti dormir abajo. En nuestro viejo dormitorio, ¿sabes? Ahí tienes el baño justo al lado.

—Es verdad —dije—. Pero creo que me quedaré arriba esta noche. Como ya nos hemos instalado allí...

—Bueno, bueno. Como quieras. Buenas noches.

—Buenas noches.

Hasta que llegué al dormitorio y empecé a desnudarme, no me di cuenta de que su propuesta de que durmiera abajo no era por mí, sino por ella. Volví a ponerme la camiseta, quité la sábana de la cama, enrollé el edredón en un bulto, me lo puse debajo del brazo, cogí la maleta con la otra mano y bajé. Me encontré con ella en el descansillo de la primera planta.

—He cambiado de idea —dije—. Es mejor dormir abajo, como tú has dicho.

—¿Sí, verdad?

Bajé tras ella por la escalera. En la entrada se volvió hacia mí.

—¿Entonces tienes todo lo que necesitas?

—Todo en orden —contesté.

La abuela abrió la puerta de su pequeña habitación y desapareció.

El cuarto en el que iba a dormir era de los que no habíamos limpiado aún, pero no me importaba mucho que las cosas de la abuela, tales como cepillos de pelo, rulos, joyas y joyeros, perchas, camisones, blusas, ropa interior, toallas, bolsos de aseo, maquillaje, estuvieran diseminados por las mesillas de noche, sobre el colchón, en los estantes de los armarios abiertos y en los alféizares, me limité a limpiar la cama en un abrir y cerrar de ojos, antes de poner la sábana y el edredón. Luego apagué la luz y me acosté.

Debí de dormirme inmediatamente, porque lo siguiente que recuerdo es que me desperté y encendí la lámpara de la cama para mirar el reloj. Eran las dos. Escuché pasos delante de la puerta. Lo primero que pensé, todavía confuso tras el sueño, y probablemente en relación con algo que había soñado, fue que era mi padre que había vuelto. No como fantasma, sino como vivo. No había nada en mí que se opusiera a esa idea, y me entró miedo. Pero luego, no de repente, sino poco a poco, comprendí que era una idea ridícula, y salí a la entrada. La puerta de la habitación de la abuela estaba entornada. Miré dentro.

Su cama estaba vacía. Subí la escalera. Seguramente habría ido a beber un vaso de agua, o tal vez no podría dormir y hubiera subido a ver la televisión, pero quería comprobarlo por si acaso. Primero la cocina. No estaba allí. Luego el cuarto de estar. Tampoco se encontraba allí. Habría ido entonces al otro salón.

Sí, allí estaba, delante de la ventana.

Por alguna razón no le dije nada. Me detuve en la sombra de la oscura puerta corredera y la miré.

Era como si hubiera entrado en trance. Estaba inmóvil mirando el jardín. A veces se le movían los labios, como susurrándose a sí misma. Pero no salía de ellos ni un sonido.

Sin previo aviso se volvió y se dirigió hacia mí. No tuve tiempo de reaccionar, me quedé allí quieto viéndola llegar. Pasó a medio metro de mí, y aunque su mirada alcanzó mi cara, ella no me descubrió. Pasó por delante de mí, como si yo fuera un mueble entre todos los demás muebles.

Esperé hasta oír cerrarse la puerta de abajo antes de seguir.

Cuando volví a entrar en el dormitorio, sentí miedo. La muerte estaba por todas partes. La muerte estaba en la chaqueta colgada en la entrada, donde se encontraba el sobre con las cosas de mi padre, la muerte estaba en el sillón en el que ella lo había encontrado, la muerte estaba en la escalera por la que lo habían bajado en la camilla, la muerte estaba en el baño donde el abuelo se había desplomado, con la tripa llena de sangre. Cuando cerraba los ojos me resultaba imposible huir de la idea de que los muertos pudieran aparecerse, exactamente como me ocurría cuando era pequeño. Pero tuve que cerrar los ojos. Y aunque conseguí ridiculizar esas fantasías infantiles, no fui capaz de evitar la imagen del cadáver de mi padre. Esos dedos entrelazados con las uñas blancas, la piel amarillenta, las mejillas hundidas. Muy dentro del ligero sueño, al abrirse la conciencia, esas imágenes se entremezclaban de tal manera que resultaba imposible saber si pertenecían al mundo de la realidad o al de los sueños. Una vez que la conciencia se había abierto de esa manera, estaba seguro de que su cadáver se encontraba en el armario; lo abrí y toqué todos los vestidos que estaban allí colgados, abrí el siguiente y luego el otro, y cuando acabé, volví a meterme en la cama y seguí durmiendo. En mis sueños él estaba en parte muerto, en parte vivo, en parte en el presente, en parte en el pasado. Era como si me dominara totalmente, como si me dirigiera por completo, y

cuando por fin me desperté, sobre las ocho de la mañana, mi primer pensamiento fue que él se había abatido sobre mí, el segundo que tendría que verlo de nuevo.

Dos horas más tarde cerré la puerta de la cocina, donde estaba sentada la abuela, me acerqué al teléfono y marqué el número de la funeraria.

—Funeraria Andenæs.

—Hola, soy Karl Ove Knausgård. Estuve allí con mi hermano, antes de ayer, en relación con la muerte de mi padre, ocurrida hace cuatro días...

—Sí, sí, hola.

—Fuimos a verlo ayer..., pero quería saber si era posible verlo una vez más. Una última vez, por así decirlo...

—Claro que sí. ¿A qué hora le viene bien?

—Bueno —contesté—. ¿En algún momento esta tarde? ¿A las tres? ¿A las cuatro?

—¿Digamos a las tres?

—De acuerdo.

—Delante de la capilla.

—Sí.

—Bien, entonces quedamos en eso. Estupendo.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Aliviado de que la conversación hubiera resultado tan fácil, salí al jardín y seguí cortando la hierba. El cielo estaba nublado, la luz suave, el aire cálido. Acabé sobre las dos. Entré a decirle a la abuela que había quedado con un amigo, me cambié de ropa y me encaminé a la capilla. Delante de la puerta estaba el mismo coche. Cuando llamé, abrió el mismo hombre. Me saludó con la cabeza, abrió la puerta de la sala donde habíamos estado el día anterior, se quedó fuera y yo me encontré de nuevo ante mi padre. Esta vez estaba preparado para lo que me esperaba, y su cuerpo, cuya piel había oscurecido aún más en el transcurso de las últimas veinticuatro horas, no despertó ninguno de esos sentimientos que el día anterior me habían desgarrado. Ahora lo que vi fue lo inánime. Vi que ya no había ninguna diferencia entre lo que mi padre había sido y la mesa sobre la que yacía, el suelo sobre el que ésta descansaba, el enchufe de la pared debajo de la ventana, o el cable que iba al

aplique de al lado. Porque los seres humanos no son más que una forma entre otras formas, expresadas una y otra vez por el mundo, no sólo en lo que vive, sino también en lo que no vive, dibujado en arena, piedra y agua. Y la muerte, que yo siempre había considerado la magnitud más importante de la vida, oscura, atrayente, no era más que una tubería que revienta, una rama que se rompe con el viento, una chaqueta que cae de la percha al suelo.

Título de la edición original: Min kamp

Edición en formato digital: julio de 2012

© de la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2012

© Forlaget Oktober as Oslo, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.

2012Pedró de la Creu, 58 08034 Barcelona

ISBN: 978 - 84 - 339 - 3393 - 5

Notas

1. Arne Treholt, ex diplomático noruego, condenado en 1985 a veinte años de prisión por alta traición y espionaje a favor de la Unión Soviética. Indultado en 1992. (*N. de las T.*)

1. Axel Sandemose (1899 - 1965), novelista nacido en Dinamarca, emigrado a Noruega en 1930. En una de sus novelas describió la famosa «Ley de Jante», una serie de normas para el pequeñoburgués muy irónicas. (*N. de las T.*)

